



**Fruko y sus presos:
Prácticas cotidianas en barrio Antioquia (1951 – 2018) entre las actividades deportivas y
religiosas como tejido de un espacio fragmentado.**

Gerardo Estiven Piñeros Pinto

Tesis de maestría presentada para optar al título de Magíster en Sociología

Asesor

Omar Alfonso Urán Arenas, Doctor (PhD) en Investigación y Planeación Urbana y Regional

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Maestría en Sociología
Medellín, Antioquia, Colombia
2023

Cita	(Piñeros Pinto, 2023)
Referencia	Piñeros Pinto, G., E. (2023). <i>Fruko y sus presos: prácticas cotidianas en barrio Antioquia (1951 – 2018) entre las actividades deportivas y religiosas como tejido de un espacio fragmentado</i> . [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Maestría en Sociología, Cohorte III.

Línea de Investigación Formación social, espacio y territorio.

Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH).



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Decano/Director: Alba Nelly Gómez García

Jefe departamento: Mario Alberto Giraldo Ramírez

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Tabla de contenido

Resumen	6
Abstract	7
Introducción.....	8
1. Nos dieron el Barrio por cárcel.....	30
1.1. Expansión urbana de Medellín y segregación interna	36
1.2. Apuntes finales: el barrio y su relación con la ciudad	59
2. El barrio y su memoria	61
2.1. Los sitios y las situaciones como marcadores sociales en el barrio	67
2.2. Apuntes finales: lugares vividos y vividos en el Barrio	92
3. El barrio, su gente, la vida cotidiana.....	95
3.1. Los eventos: los ritmos de la cotidianidad del barrio.	104
3.2. Prácticas religiosas: una batalla contra el sello de la moral católica de Medellín ...	115
3.3. Prácticas deportivas: entre la competición y la convivencia.	123
3.4. Apuntes finales: prácticas cotidianas entre tensiones, convergencia y convivencia	138
4. Barrionalismo	143
4.1. Informalidad, juegos y socialización	153
4.2. La estructura del barrio como ideología	160
4.3. Apuntes finales: el barrio como vecindad y forma de socialización	167
5. Conclusiones	170
5.1. Metodología y la co-construcción del objeto.....	170
5.2. Estructura y/o estructuración, un tema de perspectiva	172
5.3. Ciudad – Barrio la disyuntiva del urbanismo	173
5.4. Lugares/espacio producto de relaciones	174

5.5. Re-crear la cotidianidad, prácticas entre la identidad, memoria y transformación .	175
6. Memorias metodológicas: la cotidianidad reconstruida desde la transversalidad de las fuentes	181
6.1. Una metodología para explorar las prácticas cotidianas.....	184
6.2. Trabajo de campo en medio de la pandemia	186
6.3. Alfarería con los datos	197
Referencias	201
Anexos	208
Anexo 1. Archivos consultados	208
Anexo 2. Instrumentos de recolección de información	211

Lista de tablas

Tabla 1. Identificación de los sitios y referencias socioespaciales en Barrio Antioquia --- 88

Lista de figuras

Figura 1	Mapa de Barrio Trinidad (Comuna 15 de Medellín).	9
Figura 2.	Implementación del Plan Piloto de Medellín en su tercera fase	12
Figura 3.	Zonificación de Medellín por nivel socioeconómico.	41
Figura 4.	Marianito Arboleda retirado hace 15 años del oficio.	50
Figura 5.	María Dolores Sanmiguel, habitante de barrio Antioquia y asidua trabajadora. 51	
Figura 6.	Espacios recuperados	71
Figura 7.	Grupo de la tercera edad Espigas Doradas.	75
Figura 8.	Cierre del aeropuerto.	77
Figura 9.	Patio del Tango.	77
Figura 10.	Calle 25 en 1951	80
Figura 11.	Gustavo “Gallina” en el Dragón Rojo.	81
Figura 12.	Iván Álvarez “el cura”.	85
Figura 13.	Mosaico de participaciones deportivas patrocinadas por Iván Agudelo	85
Figura 14.	Cartografía 1. Sitios referentes en el barrio.	87
Figura 15.	La Institución Educativa Camilo C. Restrepo, día de la Antioqueñidad	106
Figura 16.	Fiesta de disfraces en la calle 25	106
Figura 17.	Pesebres navideños.	108
Figura 18.	Los Tolditos.	112
Figura 19.	Los Chamberlain.	113
Figura 20.	Tienda los Pepes en el sancocho del primero de enero	114
Figura 21.	Celebración de los 60 años de la parroquia la Santísima Trinidad	119
Figura 22.	Desfile de la Virgen del Carmen.	119
Figura 23.	Firma del acuerdo de paz entre combos en 2009.	120

Figura 24. Carrera de ciclas del 20 de julio.	124
Figura 25. Equipo de Barrio Antioquia campeón del torneo Inter barrios 1969.	128
Figura 26. Triunfó la convivencia, tregua realizada en 2005.	132
Figura 27. Alicia la Galletera	155
Figura 28. Equipo del bar Cristal Campeones del torneo en el Cuadrito	158
Figura 29. O felia “Corina”.	164
Figura 30. Cartografía 2B realizada en Corporación Fusión Cultural	190
Figura 31. Cartografía 3A realizada en Corporación Fusión Cultural	192
Figura 32. Mapa conceptual de categorías empíricas	198

Resumen

La consolidación de Medellín como capital industrial de Colombia en la segunda mitad del siglo XX, trajo consigo una serie de desafíos para la naciente planeación urbana de la ciudad, donde los intentos de adaptarse a las necesidades productivas se harían a costa de la segregación de gran parte de los entornos barriales y comunitarios; este sería el caso del Barrio de la Santísima Trinidad (Barrio Antioquia), una localidad afectada desde sus inicios por la industrialización a sus alrededores, y por una cruda pugna con los imaginarios de ciudad que la administración municipal construía a costa de sus habitantes, al declararla zona de tolerancia mediante el Decreto Municipal 517 de 1951, que obligó a sus moradores a convivir con dinámicas de la vida nocturna de cantinas, alcohol y tabernas, entre otros. Si bien la vigencia de la medida no fue prolongada en el formalismo, este hito marcaría de facto una realidad que viven los pobladores hasta el día de hoy. El presente trabajo aborda desde un enfoque de la sociología del espacio y la vida cotidiana, el modo en que los habitantes de Barrio Antioquia establecen vínculos comunitarios de identidad, vecindad y convivencia en el territorio; para ello, se realizó una aproximación etnográfica que utilizó cartografía social aplicada, archivos históricos y fotográficos para la comprensión de la realidad barrial, como una unidad sociológica que persiste a manera de estructura socioespacial en constante interpretación de las lógicas de ciudad.

Palabras clave: barrio, sociología del espacio, cotidiano, ciudad

Abstract

The consolidation of Medellín as the industrial capital of Colombia in the second half of the twentieth century, brought a string of challenges for early city-planning, where the efforts to adapt to economic necessities came with the segregation of neighborhoods and community environments. That's the case of the Santísima Trinidad neighborhood, also known as Barrio Antioquia, a place affected since its origins by the surrounding industrialization, and the struggles derived from the impositions of a vision carried by the municipality against the neighborhood, by declaring it a tolerance zone by the 517 Decree of 1951, that forced its inhabitants to coexist with night-life related dynamics, such as alcohol, bars and canteens, among others. Even though formally this declaration didn't hold in time, it created a reality that lasts to this day. This study approaches, from a space and daily-life sociology, the way that the inhabitants of Barrio Antioquia form community bonds of identity and coexistence throughout the territory. For this, an ethnographic approach also took place, using methods such as social cartography, and a revision of historical archive and photographs, in order to understand the neighborhoods reality as a sociological unit, that persists in the socio-spatial structure on a constant process of interpreting city logics

Keywords: neighborhood, sociology of space, every day, city

Introducción

El barrio Trinidad se encuentra ubicado en el costado suroccidental de Medellín en lo que se agrupó como la Comuna 15 (Guayabal), con una población estimada de 11.800 habitantes (Colombia. Departamento Nacional de Planeación, 2019), y una actividad económica diversa, ya que, desde la informalidad de los negocios caseros y servicios prestados, hasta el asentamiento de micro y pequeños empresarios han encontrado cabida en este sector de la ciudad. Lo que fueron anteriormente, en su mayoría predios destinados para la construcción del aeropuerto Olaya Herrera, fueron invadidos paulatinamente por grupos de gentes desplazadas o en busca de mejores venturas en la capital antioqueña.

En la actualidad, la zona se encuentra enfrentando distintas problemáticas, por un lado y la más reconocida es el estigma de “olla de vicio”, imagen contra la cual, han luchado los moradores de la localidad desde mediados del siglo XX, momento en el que la llamada “zona de tolerancia” instauraría una situación de permisividad como válvula de escape a unas problemáticas que acaecían en la ciudad, y se condensarían en este barrio. A lo anterior se suma, el ambicioso Plan de Ordenamiento Territorial (POT) que plantea la Alcaldía de Medellín (Acuerdo municipal, 2014), en donde como es tradición en los modelos de planeación municipal, retoma la centralidad de Río Medellín¹ como eje ordenador de la dirección de expansión, sectorización, usos y valorización del espacio de la ciudad.

El día a día de los habitantes de barrio Antioquia como también es conocido este sector de la ciudad, se encuentra entrelazado con la trayectoria de la localidad, donde la estigmatización se ve acompañada por la acción en muchos casos omisa de la administración municipal para la atención de las necesidades de la población. Más que un rechazo tajante a las situaciones que pasan en la localidad, el accionar de los habitantes mezcla un sin sabor de lucha, resignación y adaptación al estado de cosas que allí suceden.

¹ Plan Piloto (1951) y Plan Regulador (1958) como antecedentes de la institucionalización de la planeación urbana de Medellín no solo hacen una sectorización de la ciudad por actividades económicas, sino que reponen la centralidad extensa de la ciudad como conexión regional con el Río como orientador (Piñeros, 2016)

El nombre surge después de analizar la transversalidad de las entrevistas, donde los interlocutores de mayor edad cuentan con cierto aprecio y con un criterio de identidad la relación de Barrio Antioquia con el tango, quizás recordando la muerte de Carlos Gardel en el aeropuerto de la ciudad, y el Rincón del Tango como un sitio emblemático de la localidad. Los jóvenes por su parte, retomando una nueva honda escuchan más ritmos electrónicos, salsa, rap local y en su momento, la llamada Guaracha que según algunos habitantes del barrio es originario de las fiestas que hacen los jóvenes de allí. Pese a la ruptura de géneros musicales, más que entender como etapas en las tradiciones populares (del tango a la salsa, luego al punk o el rap, la electrónica y la Guaracha), lo importante es la pervivencia y la coexistencia que hay unas dentro de las otras. De este modo, el título retoma una canción del grupo Alcolirykoz en donde si bien no relatan la realidad del presente barrio, si retratan las dinámicas propias de Aranjuez (otro barrio de origen popular de la ciudad), valiéndose de la metáfora para explicar la diversidad y exclusión social a la que se ven sometidos las áreas más populares, y que de una u otra manera, han ayudado a forjar las identidades y ciertos sentidos de pertenencia con el espacio habitado. Además de esto, el nombre que le ponen los raperos a la canción hace tributo a la agrupación de salsa Fruko y sus tesos, recordando las raíces musicales que forjan el estilo y la identidad del grupo urbano.

En un símil, esta inspiración de Aranjuez a los autores es la misma que genera Trinidad para sus moradores, así que se valiéndome de esta metáfora ya construida, el título ayuda a darle un sentido que, por un lado, la imposición de un imaginario de lo Popular de lo que se cree es la vida en estos barrios, condicionan el actuar de quienes habitan allí, al igual que la manera en que ellos se relacionan con la ciudad, y la ciudad con ellos; un juego de espejo por el reconocimiento y la identidad. De igual manera, el guiño musical que se hace a modo de tributo desde el rap a la salsa entabla la sugerencia de procesos de continuidades, transformaciones y adaptaciones, las mismas que se vislumbran en el habitar del barrio, donde la actuación de las personas en el aquí y el ahora, aún permite ver la transversalidad de los procesos sociales que dieron origen a la constitución del barrio.

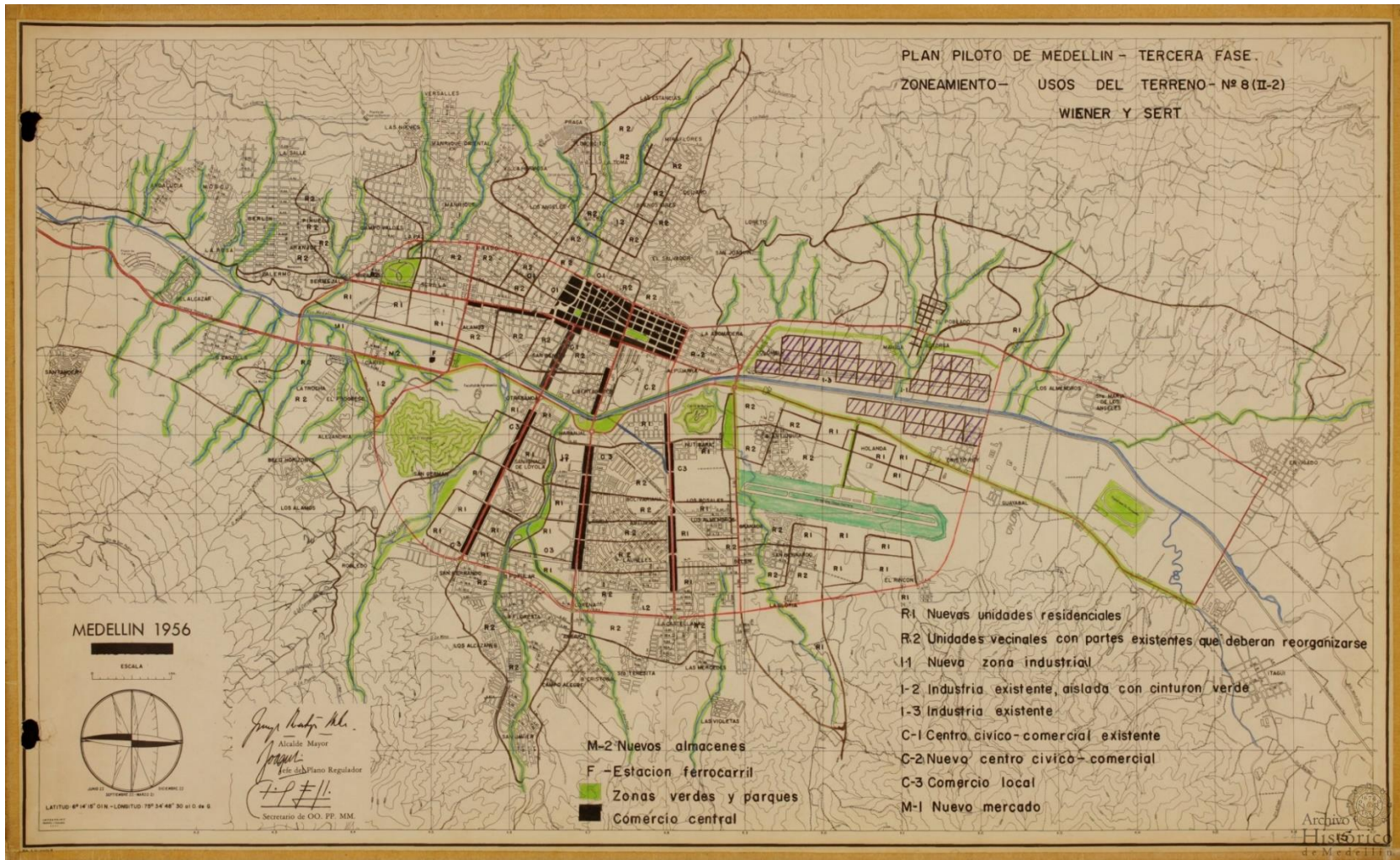
“Fruko y sus presos” relata elementos de la cotidianidad de un barrio, los cuales, si bien parecen aiosos o repletos de arbitrariedad, en el fondo se encuentran cargados de sentidos, de pasados e historias re-vividas que dan sentido a la estructura barrial como un eje transversal de la socialización, convivencia e identidad de sus moradores.

Planteamiento del problema

Barrio Antioquia comienza a poblarse cerca de 1910, en una parcial lejanía a la centralidad del pueblo, lo que actualmente se llama La Candelaria, Comuna 10 o El Centro. Al igual que el resto de Medellín, los primeros asentamientos se componían de familias campesinas en busca de nuevas oportunidades, que iniciaron con pequeñas instalaciones dispersas en lotes o baldíos (Ramírez, 2011; Ruiz, 2011). Ya en la década de los treinta este asentamiento se consolida, a medida que la ciudad comienza a crecer a un ritmo más acelerado por la gradual industrialización. Esta empieza a ordenar el espacio urbano de acuerdo con nuevas necesidades, en donde la organización de los lugares para la residencia de la clase obrera se vuelven un tema de salud pública, y la conexión vial de la ciudad se vuelve en un imperativo para la circulación, más que de personas, de mercancías (Restrepo, & Posada, 1981).

Ya en la mitad del siglo XX con el crecimiento acelerado de las principales capitales del país, incentivado por el auge del fenómeno de violencia y la industrialización, Medellín pone en vigencia el Plan Piloto (1949) y el Plan Regulador (1951) (Figura 2). Estos fueron los primeros intentos de solucionar las problemáticas de la ciudad, en este caso: la movilidad y la conexión urbano-regional, sin dimensionar las implicaciones demográficas de este crecimiento (Ramírez & Gómez, 2011; Restrepo, & Posada, 1981; Ruiz, 2011). Intervenir la ciudad tenía diversas implicaciones, siendo que las problemáticas para la época no solo eran de movilidad, sino que también se asociaban a los focos de conflicto en las altas aglomeraciones del centro, principalmente en la Plaza El Pedrera de Guayaquil (Cisneros), la cual generaba escozor por las dinámicas de fiesta, prostitución y tráfico, entre otras (Aricapa, 2016; Riaño, 2003, 2005).

Figura 2.
Implementación del Plan Piloto de Medellín en su tercera fase



Fuente: Descargada desde Archivo Histórico de Medellín (AHM)-F1-Planeación-Plano-505272 (1956).

Estas lógicas generaban, según los habitantes de la zona centro, un deterioro moral del espacio urbano. Esto, dado que las personas que comenzaban a asociarse a estas prácticas eran relacionadas como gente indeseada. En este sentido, sectores como Lovaina, antiguo Barrio de residencia de la clase alta de Medellín, se vio prontamente afectado, al ir convirtiéndose gradualmente en la morada de esta gente indeseada. Así, se da motivo a medidas inmediatas por parte de la administración municipal, que decide erradicar el problema mediante Decreto 517/1951, donde se establece a Barrio Antioquia como una zona de tolerancia² de todas estas prácticas de droga, fiesta y prostitución; trasladando la población que vivía de esto en Guayaquil y residía en Lovaina, a esta nueva localidad renombrada desde aquel momento como Barrio Trinidad (Aricapa, 2016; Riaño, 2003)

Las repercusiones de aquellas decisiones de la administración municipal marcarían el devenir del Barrio Antioquia hasta la actualidad. Así, fue que en el lugar se consolidó una economía subterránea, ilegal y de prácticas excluidas por la ciudad en general, al igual que por muchos de los habitantes de la localidad, quienes encabezarían procesos de lucha y resistencia contra estas dinámicas con las que se les ha obligado convivir. La marca de este sitio con la marginalidad, lo vincularía de a poco a las complejas estructuras de violencia y narcotráfico que se tejían ya en los años 60 en la ciudad de Medellín, y que escogían la particularidad de este barrio como escondite, asunto no reducido al Barrio Antioquia, sino que, como muestra la historia de Medellín, se convirtió en problema de toda la ciudad (Riaño, 2003)

En la actualidad la realidad del sector se encuentra de cara a posibles intervenciones, y proyectos encabezados por la administración pública, que buscan en el oficio rediseñar, rehabilitar el espacio urbano que ocupa el Barrio, dada la centralidad y la amplia conectividad que posee este lugar de la ciudad. Asimismo, intereses como los de privados que ven en el Barrio un enorme potencial urbanístico y de valorización, se conjugan bajo un argumento

² Zona de tolerancia hace referencia es un espacio donde directa o tácitamente se destinan un área determinada para la realización de ciertas actividades que son rechazadas por la moral o por temas estéticos de grupos de personas, creando un margen de acción donde estas se pueden realizar libremente. Cambiando de nombre dependiendo de los grupos que las nombran o los actantes que se asocian a estas, barrios rojos, zonas rojas o en los barrios migrantes (chinos, italianos, Latinos, Afro, etc.).

que busca eliminar la imagen histórica de olla de vicio que tiene este lugar (Acuerdo Municipal, 2014).³

Barrio Antioquia es considerado como una de las mayores plazas de venta de drogas y sustancias psicoactivas, conjugado paradójicamente, como una de las áreas más seguras de la ciudad de Medellín. Esto no es un tema actual, sino que ya es historia, memoria y recuerdo de este espacio urbano, sin embargo, a pesar de esto, para los habitantes del Barrio, es un espacio como cualquier otro de la ciudad, atravesado por las dinámicas históricas de drogas y violencia de Medellín, pero, es el espacio de ellos, de familia, de vecindad, de sostenimiento económico, de ocio, es el día a día que viven.

Los estudios sobre la producción de espacios Urbanos en la ciudad de Medellín se han visto marcados por distintas posturas teóricas, las cuales, han centrado la óptica en la producción estructural donde agentes como el mercado inmobiliario y la exclusión social a los nuevos pobladores de una ciudad en crecimiento, han anudado las lógicas explicativas de la ciudad, del mismo modo que fundamentan una tendencia a las problemáticas de las periferias geográficas y sociales, las áreas de expansión urbana (Botero, 1996). En este sentido, comprender las formas urbanas requiere una segunda revisión, la cual, retome el papel preponderante que juegan los pobladores locales (en tanto comunidad, grupos e individuos) como creadores a partir de sus prácticas cotidianas y la constante experimentación del espacio que habitan; pero, también re-productores de los espacios, como elementos cargados de memorias, de rutinas de las prácticas de lo habitado. Es decir, el barrio visto desde su reelaboración constante por parte del diario vivir de los habitantes y de lo ya vivido.

Ya superando los 100 años de los primeros asentamientos, la historia de este lugar se ve marcada por un largo proceso de marginación de sus habitantes, donde los pioneros del poblamiento, desposeídos de tierra y construyendo sus ranchos con lo que podían, comienzan a ver florecer su barrio. Sin embargo, el rechazo de las dinámicas de vicio y prostitución que crecía en la ciudad, terminan por obligar a los habitantes de este naciente barrio obrero, a convivir en su día a día con la segregación que les imponía la ciudad (Riaño, 2003). Así, el

³ Uno de ellos son las recientes iniciativas por parte de la administración municipal en el desmonte del aeropuerto local (Olaya Herrera) con la finalidad de hacer un parque temático en las centralidades de la ciudad.

estatus de área marginal que se asigna sobre el Barrio comienza a determinar la forma en la cual los habitantes se relacionan e integran con la ciudad en general.

Ahora bien, reducir la segregación del Barrio a un tema netamente de estatus y posición social de los habitantes, es una conclusión apresurada, ya que hay diversos elementos que dotan de mayor profundidad el escenario. Pensar el tema de las dinámicas de ilegalidad, con las cuales se ven obligados a convivir los habitantes, ya no es solo cuestión de posición social, sino una condición de arraigo de prácticas que constituyen utilidad para afrontar las carencias en las cuales se ven forzados a vivir. Así, se observa una desacralización de las fronteras legales/formales, hacia una informalidad/ilegalidad, como medio de subsistencia material.

Asimismo, este arraigo a aquellas formas ilegales, su tolerancia e integración con las dinámicas cotidianas del Barrio, sumado a la desidia de la autoridad local por este tema, abrió el espacio para el surgimiento de nuevos actores, que comienzan a ejercer poderes en el sector y fuera de él. El surgimiento de los combos de la mano de la problemática de violencia que vivía la ciudad en general hacia la segunda mitad del siglo XX comienza a mezclarse en un velo de legitimidad de los poderes locales, en estos lugares carentes de autoridades y con un proceso prolongado de afianzamiento de ilegalidad y la marginalidad social.

Por último, habría que destacar no solo la presencia de estos elementos, sino la permanencia y prolongación de estos, ya que la marginación⁴ que ha marcado el acontecer del Barrio, es reproducida al interior de sus habitantes. Pero a su vez, permite la emergencia de pequeñas formas de resistencia que pueden mitigar los patrones cotidianos y los gestos de negación en el discurso oculto. Sin embargo, en el nivel de la doctrina social sistemática, los grupos subordinados se enfrentan a ideologías complejas que justifican la desigualdad (Scott, 2000). Es decir, las dinámicas de exclusión terminan por ser incorporadas en la cotidianidad, donde ellos mismo se excluyen y marcan una relación con el resto de la ciudad, asumiendo la marca social impuesta, interiorizando un proceso de alienación a la idea de gueto marginal. A propósito, Riaño Alcalá (2003) en una investigación realizada en el Barrio Antioquia a finales de la década del noventa, en medio de proceso de sanación de una prolongada

⁴ Se entiende por este el proceso en el que un grupo con la capacidad de ejercer dominio o las tácticas usadas en ello excluye parcialmente a ciertos sectores de la sociedad con el fin de crear un afán organizador de la vida social, según intereses o criterios arbitrariamente impuestos a estos últimos.

violencia, que por fin veía visos de acabar, nos decía: a pesar de tanta mierda este barrio es poder. Si bien esta afirmación reconoce el arraigo de la problemática de droga y violencia que ha tenido este sector, también es importante pensar en los elementos que en sus residentes forman la unidad de barrio, cómo a pesar de tanta mierda permanece la idea de comunidad en este lugar donde viven, odian y aman.

En este contexto, retoma valor espacialidades como la de Barrio Antioquia como uno de los barrios residenciales tradicionales de la ciudad, donde se han arraigado problemáticas como la permisividad de actividades como el consumo de alcohol, drogas, y la prostitución; además de las intenciones por parte de la administración de intervenir y valorizar el sector. Estas dinámicas han logrado calar al interior de la estructura barrial y componer en la actualidad una relación cercana entre formas violentas y las tensiones coyunturales, con el diario vivir de los habitantes. Sin embargo, si bien estas lógicas marcan la cotidianidad de Barrio Antioquia, la presente apuesta es por ver el escenario de fondo, la cotidianidad que entreteje y es opacada por los macro relatos, que nublan el papel de las prácticas cotidianas, del día a día como constructoras y reproductoras de la espacialidad del barrio como un territorio, que reflejan los imaginarios de violencia y exclusión que ha constituido el barrio.

Pregunta de investigación

¿Cómo las prácticas cotidianas de la población local de Barrio Antioquia producen y configuran su espacio barrial desde 1951 hasta la actualidad?

Justificación

La parcial centralidad de Barrio Antioquia ha producido que, en lo concerniente al ámbito académico, haya permanecido relegado, dado que las poblaciones objetivo se direccionan hacia las periferias geográficas, donde la preponderancia de actividades llamadas nocivas, vuelven estos sectores como áreas de interés. Esta localidad termina por verse oculta por la legitimación de las prácticas ilegales que se radicaron en el sector, generando un encubrimiento a plena vista de diversas problemáticas, admitidas o permitidas en tanto el

sitio existía excluido para ello. Ya a finales del siglo XX y con la pacificación del sector, comienzan a emerger las primeras investigaciones en cabeza de Pilar Riaño y Corporación Región (2000, 2003, 2005, 2006) las cuales se concentran en la sanación y la memoria, como proceso de superación de la larga y cruda violencia del Barrio Trinidad. En este sentido, por lo menos en plano académico, este sitio permanece no inexplorado, pero sí poco abordado y quizás con muchas cosas de decir, de la ciudad en general.

Así pues, la apuesta investigativa se basa en la necesidad de enfocar nuevas investigaciones que revelen la complejidad inscrita en la producción social del espacio más allá de las dinámicas de violencia dominantes en la narrativa contemporánea, tanto en el sector, pero no reduciéndolo allí, sino como un tema de ciudad. Además, un enfoque desde lo cotidiano permite observar el panorama de consolidación de ciertas estructuras, de ciertas lógicas socio-espaciales que reflejan los determinantes históricos del Barrio, de este modo, ver más allá del foco de la violencia, y entender el escenario del crudo gris que contiene tanto la reproducción de la violencia y la dominación, como la resistencia y las transformaciones a lo incorporado.

Objetivos

Objetivo general:

Comprender la configuración espacial de Barrio Antioquia en la actualidad a partir de las prácticas socioespaciales de sus pobladores

Objetivos específicos:

- Detallar las prácticas cotidianas de la población local de Barrio Antioquia.
- Identificar la dimensión espacial de las prácticas cotidianas de la población local de Barrio Antioquia.

Antecedentes investigativos

Las investigaciones que se han asentado en Barrio Antioquia no son muy numerosas, uno de los primeros relatos que surgen acerca de la localidad, hace parte de un concurso municipal que convocó a distintas organizaciones de índole comunitario y barrial, donde se permitió a los habitantes de los distintos barrios de la ciudad el construir su historia local, destacando y haciendo hincapié en los elementos que transversalicen la vida cotidiana de estos lugares. El producto fue la publicación de una serie de cuadernillos en la década de los ochenta bajo el nombre *Esta es la historia de mi barrio*⁵, allí, las expresiones barriales se vieron decantadas y sintetizadas bajo una elaboración algo propia de lo que había sido el devenir de las unidades urbanas de la ciudad.

En un segundo momento y haciendo una actualización de los relatos construidos anteriormente, se realizó *La piel de la memoria* (2001) este proyecto buscó entender los procesos amplios de fragmentación que tenía el Barrio Trinidad, por un lado, entre la ciudad y la localidad producto del amplio estigma que caía sobre esta última. La segunda, por las rencillas, luchas territoriales y las identidades que se imponían en este barrio, alimentada por dinámicas más globales de violencia, alcanzando un nivel de crudeza cuando se perturbó las libertades del habitar el espacio urbano. Esta iniciativa impactó de manera positiva a la comunidad, ya que permitió reordenar lazos comunitarios al escudriñar en las memorias personales y colectivas, hallando nodos que interrelacionan a los habitantes más allá de las vicisitudes⁶.

De manera más reciente, se publica el texto Guayabal “El barrio de los tejares” (2008) como el resultado de un proyecto colaborativo y de participación a nivel comuna, allí, barrio Trinidad aparece como la unidad territorial norte de la comuna 15. Este trabajo, cuenta con una amplia información de tipo cartográfica, fotográfica y talleres a partir de los cuales,

⁵ Para el caso de Barrio Antioquia se publica en el año de 1989 por Arturo Gallo Restrepo, en esta obra, se hace un relato de los primeros pobladores y asentamientos de la localidad, donde la retórica que resalta los orígenes migrantes y campesinos es uno de los puntos fuertes de la elaboración, acompañada de un imaginario de progreso y crecimiento que se impregnaba no solo en este barrio, sino en la joven Medellín. No obstante, la vida sacerdotal y las intrigas locales se abren paso en la historia local cuando se presenta la constitución de zona de tolerancia, marcando un hito en la memoria urbana del Barrio Antioquia. Y aunque la mella en la memoria es mucha por el decreto 517 de 1951, el relato, la historia local de barrio Antioquia se construye con sus familias, su gente y distintos personajes que se convierten en emblemas de la localidad, allí, el escenario deportivo y las hazañas de Rocío Gallo, Diego Luis Cardona, Samuel Posada, entre otros, como orgullo local.

⁶ Posteriormente, Riaño Alcalá (2000, 2003, 2005, 2006) presenta una serie de producciones que relacionarían la experiencia realizada en el proyecto *La piel de la memoria*, creando una línea de discusiones donde la memoria como catalizadora de la violencia, permite el rescate de los lazos de convivencia.

reconstruyó la historia de los distintos barrios. Por otra parte, Jaramillo y Spitaletta (2011) retoman el tristemente célebre decreto 517 de 1951 y somete a discusión las repercusiones que tuvo la batalla moral por la imposición de tal mandato administrativo, señalando varios elementos que surgieron, el primero, sobre el reconocimiento de los habitantes de la localidad, pasando de sector propiamente obrero a un sector de gente ampliamente marginada, direccionando la manera en que se relacionaría moradores y ciudad. El segundo, un arduo proceso de resignificación de las dinámicas sociales de sus habitantes, como un modo de adaptación a las disposiciones a las que constantemente son sometidos; por último, las adversidades en el sector han creado una tradición de lucha y autoprotección de su espacio, de su territorio.

Ampliamente y aunque parezca una producción muy reducida sobre el sector, es importante destacar los elementos entre los cuales versa la historia ya construida por barrio Antioquia, además de ciertos puntos de encuentro a los que llegan los autores. El primer momento del recuerdo se abre con el imaginario de gentes migrantes y en busca de nuevas oportunidades, en una ciudad que crecía aceleradamente. Seguido a esto, el hito 517 del 51 se vuelve en un referente obligado en la memoria de los habitantes de barrio Antioquia, toda vez que no solo representó la tensión de aquel entonces, sino la integración de nuevas dinámicas en la cotidianidad de los moradores (Jaramillo Correa, Mary; Spitaletta Hoyos, 2011; Riaño Alcalá, 2000, 2003, 2005, 2006).

La historia que siguió a los años 50 más que un destaque de expresiones locales, emerge como producto de una narrativa más global, donde la violencia se abre paso en el panorama nacional, el surgimiento del narcotráfico inauguró los años sesenta con la articulación de dinámicas ilegales a distintas escalas de la vida urbana de Medellín. Las consecuencias de lo anterior, trajo un periodo prolongado, una suerte de secuela donde se consolidan formas criminales al interior de los entornos barriales. En los años noventa, si bien se continúa en la misma tónica de lo que se experimentaba en el resto de la ciudad, una oleada de violencia, bandas y combos en disputas locales por el poder, allí la memoria de los habitantes de Barrio Antioquia se vería marcada por el recuerdo permanente de fuertes rupturas de los ritmos de la cotidianidad (Hoyos Agudelo & Nieto Nieto, 2001; Riaño Alcalá, 2000, 2003, 2005, 2006).

Hasta este punto, los autores construyen una periodización del devenir del barrio, pero, ya entrados en el siglo XXI habría que hacer un reajuste añadiendo elementos que versen en los mismos hilos conductores que muestran los fenómenos locales como una articulación con desarrollos más amplios. Blair et al., (2009) consideran que los procesos de negociación entre grupos delincuenciales y la administración municipal, realizados entre finales y principios del nuevo milenio, crearon un nuevo ambiente y transición a lo que sería las primeras décadas donde los pactos y negociaciones de los márgenes tolerables de violencia en la ciudad, crearían un eje ordenador de las disputas territoriales⁷. Ley de Justicia y Paz (2005) representó la cúspide de estos procesos, ya que se legitimó distintas estructuras de poderes en los contextos urbanos.

Dada esta periodización que hacen los autores y la añadidura que se realiza luego de los inicios del siglo XXI, se tiene una linealidad del relato en cuanto las elaboraciones de la historia propia de barrio Antioquia. A este marco temporal, habría que añadir una predilección de los trabajos realizados por la implementación de técnicas cartográficas, por un lado, por el carácter fragmentario de las relaciones entre los habitantes, además del desarrollo acelerado que ha tenido el espacio barrial. Por otro, y quizás uno de los más llamativos, es la capacidad exploratoria que posee esta herramienta para identificar dinámicas espaciales, muchas de ellas vedadas por silencios o hechos violentos asociados, o por el entretejimiento de complejas redes de control territorial realizada por grupos particulares que crean un velo a la realidad del habitar⁸.

Por último, es importante destacar otros elementos recurrentes en la narrativa local. El primero de ellos atiende a la alusión a lo religioso, esto por la batalla ante el Decreto 517 que puso a Barrio Trinidad en pugna con una idea moralizada de ciudad. Esta expresión de iglesia, más que guía espiritual se convirtió para esta época en canal de diálogo y participación en un entorno comunitario restringido. El segundo elemento, corresponde una fijación a ciertas historias de personajes representativos, las más recurrentes a individuos

⁷ Los autores relatan el efecto expansionista del margen de acción paramilitar en la ciudad de Medellín, las disputas del Bloque Metro y el Cacique Nutibara supuso el sometimiento de grupos fragmentados y dispersos a un orden más general dentro de la ciudad (Blair, et al., 2009; Rincón Patiño, 2009) Con esto, más que una pacificación de la violencia, se creó una naturalización del hecho violento y las distintas expresiones que realizan las organizaciones de campo de acción más localizado.

⁸ Cabe destacar que los trabajos de Riaño Alcalá (2006) poseen un enfoque más comunitario en su utilización, donde el foco de pesquisa son la memoria barrial, aunque mucha de ella recaiga en la violencia, este se expresa como hecho tácito.

emprendedores y un imaginario de progreso y pujanza. Aunque, con mucha nostalgia se recuerdan las proezas deportivas y estos personajes que enaltecen el trasegar del barrio, al atribuir estos logros a orígenes comunes en el territorio. Por último, la relación que se alcanza a percibir en los textos compone en una división tajante entre la ciudad y este barrio, creándose una dicotomía entre los imaginarios que se construyen entre ambas partes.

El problema del barrio practicado desde lo cotidiano

Pensar el barrio desde su dimensión cotidiana, supone distintos retos interpretativos en términos de escalas de análisis, ya que, es deconstruir un enorme micro escenario donde estructura, acción y agencias están convulsionando en operaciones con rumbos aparentes y otras que parecen no tenerlo. Enfoques analíticos con predominancia de las formas estructuradas en sus dimensiones macro, terminan por abordar el problema de la vida diaria desde el funcionamiento de instituciones de representación política de lo barrial (Torres, 2016). O la cotidianidad como proceso de interacciones y forjadora de identidades, donde el barrio estructura las formas de socialización de los moradores locales, en el caso de Czesli y Murzi (2018) y Roberti (2017) la juventud. No obstante, las relaciones urbanas tienen el carácter de mezclar y densificar los nodos reticulares, donde los escenarios de los eventos de las interacciones del cara a cara se ven como una expresión de estructuras macro. Investigaciones recientes exponen un proceso sistemático de resistencia generado en los barrios, donde las formas de solidaridad y ayudas mutuas entre vecinos permiten ejercer un acto de resistencia desde el día a día a las dinámicas globales del capital, pero, siendo absorbidas estas acciones por expresiones históricas y patrimoniales como nuevas formas de gentrificación (Colodro-Gotthelf, 2019; Dentice-Bacigalupe et al., 2019; Farris & Salgado, 2019; García-Hernández, 2018).

La cotidianidad como evento homogenizado hace parte de una más de las hechuras del capitalismo, donde las clases bajas son estandarizadas en su modo de producción de realidad dentro de un ideario de cultura popular, negando de este modo el espacio a heterogeneidades y matices que en este escenario se pueda dar (Certeau, 1999). En este sentido, entenderemos el espacio de la vida diaria como el soporte material de la cotidianidad, el cual, posee una dimensión simbólica como escenario de reproducción de identidades

socializadas, y otra, que responde al ámbito de interacciones que se da entre los sujetos (García-Hernández, 2018). La cotidianidad de los habitantes no solo representa la producción y reproducción de ciertos elementos que se materializan en el espacio, sino de los que le dan sentido y coherencia a todo un universo estructurado. Este giro reciente en las formas estructurales de entender el barrio y las prácticas cotidianas, principalmente en las de corte de geografía crítica, han permitido analizar una nueva dimensión de las dinámicas sociales. Pérez (2019) retoma la relevancia que se ha señalado desde la geografía feminista de lo cotidiano, estableciendo la capacidad explicativa que posee una perspectiva macroscópica de los escenarios particulares y lógicas como la del habitar, donde espacio e interacción se transforman constantemente, y el habitar del individuo es entendido como un fenómeno espacial y no solo experiencial en el sentido temporal del término (Pérez, 2019).

Por otro lado, para los enfoques dedicados a la acción del individuo el diario vivir es una preocupación de la microsociología, aquí, la cuestión no es reducir la unidad de análisis en un tema de escalas, donde el centro se retomará exclusivamente en el individuo, sino que se propone considerar la capacidad exponencial de las situaciones, y la dimensión explicativa que puede tener en su expresión macro. Asimismo, la condición situacional no es plenamente excluyente de pensar en temas de estructuras, toda vez que estas no solo se expresan en las formas macro, ya que se expresan en todos lados y a distintos niveles (Collins, 2009). Integrar los escenarios de la cotidianidad urbana, debe contemplar las condiciones estructurales de segregación de ciertos grupos, los cuales, son obligados a afianzar procesos de confianza y ayuda, entre distintos círculos sociales como la familia, y otros extensos en el espacio como los vecinales. Herrera-Pineda y Ibáñez-Gijón (2016) nos acerca a estos lazos comunitarios, proponiendo a los espacios e individuos marginados por los procesos económicos de mercado como creadores de lazos de reciprocidad, manteniendo una relación estrecha entre los elementos involucrados en el proceso, así, según el grado de confianza que se tenga con familiares o amigos, se desarrollarán relaciones de reciprocidad diferentes, todas ellas indispensables para satisfacer las diversas necesidades individuales que se presentan en la vida cotidiana.

El afianzamiento de relaciones recíprocas, parte de la historicidad de los individuos contextualizados en los escenarios de la acción inmediata, esto, genera posicionamientos de ciertas situaciones de interacción, que acerca o aleja socialmente las experiencias de distintas

personas. Así, en la cotidianidad se consolidan las calidades de los vínculos entre sujetos diferenciados, pero a su vez, unidos por experiencias conjuntas u homologas negociadas a través del tiempo (Alvarado, 2013; González, 2016; Herrera-Pineda & Ibáñez-Gijón, 2016). Por su parte, Cuenca (2016) destaca el papel socializador de los espacios del día a día, en donde casos como la calle anclada a la familiaridad de los amigos, se convierte en fundamento de valores como la solidaridad, lealtad y un profundo reconocimiento del valor propio y del otro. Del mismo modo que el sustento de reconocimiento de lo prohibido, lo ilegal y los sistemas de recusación donde la identidad de los grupos se afianza (Stuart, 2016). Las relaciones en la esquina, el saludo o andar con amigos o familiares en el barrio no es una interacción aleatoria⁹, ni un mero intercambio de emotividades, sino un fuerte vínculo que comienza a direccionar la realidad de las personas, al entablar procesos racionalizados, lógicos (con la lógica de los grupos y las situaciones), que van a marcar las percepciones que tienen los sujetos de la realidad social vivida. A esto, Jokisch (2000) señala que cualquier acción que repita su sentido en una experiencia correlativa a procesos sociales o cadenas de interacción¹⁰, viene anclado a una estructura de experiencias como un acervo de sentido, donde, las cadenas son posibilitadas a través de las estructuras, mientras que las estructuras deben su estabilidad a el accionar constante de las cadenas de interacciones.

En el campo de lo habitual, entendido dentro de los enfoques de la acción racionalizada, se da una relación entre operaciones (tiempo presentes-futuro), con estructura (tiempo pretérito-presente), creándose una reproducción de una simbiosis entre la acción y la estructura (Fontes & Andreu, 2015; Jokisch, 2000). De esta misma manera, Bourdieu (2013) retoma esta relación dual entre estructura e interacción, donde esta última al ser en sí una estructura estructurante, tiene la capacidad de dinamizar la primera. Pero, el autor hace una

⁹ La reciprocidad sería en este sentido el fundamento de lo social. Fontes y Andreu (2015) recuperando el contenido relacional de la obra de Georg Simmel, destaca el entendimiento de la sociedad no solo agremiación de individuos o grupos, sino una unidad permanente o pasajera de seres que se vinculan en lazos de reciprocidad.

¹⁰ Las Cadenas de Rituales de Interacción (CRI), como categoría explicativa se dan en las situaciones y los lazos que en ellas generan los individuos alrededor de la reciprocidad, allí se cimentan las leyes que ordenan y dan sentido a las acciones en cada situación. De este modo, los rituales enseñan una capacidad de vinculación entre individuos, acciones y territorialidades sobre las que recaen las situaciones; es decir, una labor de apropiación de ciertas interacciones y empatía emocional en espacios concretos, que enlazan producciones emocionales con sitios específicos de socialización ritual. La reciprocidad de las relaciones sociales y la empatía emocional que se establece en las situaciones se convierte en el sustrato que cimienta las CRI, toda vez que un ritual es un mecanismo que enfoca una emoción y una atención conjuntas, generando una realidad temporal compartida (Collins, 2009).

distinción al separarse del carácter teleológico atribuido a la acción, sin necesidad de negarla, pero abriendo un espacio a la irregularidad de esta:

Dicho de otro modo, por no reconocer ninguna otra forma de acción que no sea la acción racional o la reacción mecánica, uno se impide comprender la lógica de todas las acciones que son razonables sin ser el producto de un designio razonado ni, con más razón, de un cálculo racional; habitadas por una especie de finalidad objetiva sin estar conscientemente organizadas con respecto a un fin explícito constituido; inteligibles y coherentes sin haber surgido de una intención de coherencia ni de una decisión deliberada; ajustadas al futuro sin ser el producto de un proyecto o de un plan (Bourdieu, 2013, p. 49).

Así pues, Bourdieu (2013) propone un acercamiento al axioma de los individuos partiendo de la comprensión de operaciones no racionalizadas per se, donde los gestos serán los encargados de dimensionar el sentido práctico de las acciones, en tanto finalidades inmediatas. En este sentido, los gestos instituidos en el habitus como estructura estructurante de la estructura estructurada expresan este complejo proceso en la cotidianidad, donde estos exteriorizan los elementos de las incorporaciones de formas ya existentes, pero a su vez, con la capacidad de remasterizarlos constantemente en una relación de habitus, situación y estructura. En un trabajo sobre fotografías de familiar rurales a principios del siglo XX en Italia, Tenorio (2014) analiza distintos elementos que en lo estético de la imagen y cómo fue retratada dan muestra estructuras sociales más amplias, allí, las poses y formas que adoptaban los miembros de la familia representaban la incorporación de sistemas de valor frente al como coordinar la acción, a pesar de cierta resistencia en la forma de realizar las mímicas y el performance de la expresión corporal (Tenorio, 2014).

Siendo así como, dentro de las rutinas de lo cotidiano los individuos asumen las estructuras al incorporarlas como elementos del diario vivir, allí se comienzan a gestar códigos de sentido que ordenan la percepción de la vida social y la acción futura, con variantes de acuerdo a los escenarios de acción, ya que como expone Ruiz-Tagle (2016), en el contexto urbano (barrio) hay distintos códigos que configuran prácticas de un modo diferenciado en los individuos y los grupos, de acuerdo a discursos y representaciones que

configuran un orden interactivo del mundo (Hoekstra & Pinkster, 2019; Sierra, 2014). Casos como el de las praxis de los jóvenes donde significan, conforman sus estilos y formaciones de vida, Sierra (2014) explicando de este modo, como los jóvenes varones encuentran en el barrio espacios de socialización estructurados y estructurantes de códigos y rutinas de sentido en general (Sierra, 2014). Sin embargo, esta condición de predominancia de sentidos en las formas de acción no puede confundirse con un carácter teleológico en los gestos de actuar de los sujetos, toda vez que esto obedece a las disposiciones en las cuales se posicionan las operaciones de los individuos. La cotidianidad como elemento constitutivo de las situaciones donde operan los axiomas de los sujetos, representa un extenso y denso marco normativo, donde la realidad expone multiplicidad de sentidos acerca del como habitar la ciudad y el barrio, pero, la decisión práctica donde confluyen acción, estructura y situación, permitirá al habitus la (re)producción de composiciones sociales.

La cotidianidad vista desde este enfoque que propone Bourdieu de las prácticas, no es un ambiente irrestricto de la acción, sino un denso proceso estructurado, estructurante y en estructuración que integra múltiples formas de accionar e interactuar los entornos, por ello, las interacciones allí desarrolladas obedecen a procesos más complejos de lo que se destaca a simple vista, donde los lugares y las relaciones entre individuos/grupos generan lógicas relacionales inscritas en prácticas específicas. Las formas en que los habitantes del barrio El faro (Medellín-Colombia) atienden el abastecimiento y derecho al agua, como lo expone Botero-Mesa y Roca-Servat (2019) obedece a una lógica sin ley, no estatal, donde comienzan a proliferar las normas de la misma comunidad, en este caso, lo cotidiano como fuente de acción viva, bajo la cual distintas formas de acuerdos habituales o transitorios, direccionan la acción. Estas prácticas no son uniformes, sus variaciones sirven tanto a las necesidades como a las posibilidades de cada hogar y tienen en cuenta los múltiples orígenes culturales de las personas que componen el barrio (Botero-Mesa & Roca-Servat, 2019). De este modo, las prácticas son gestos dotados de experiencia, situados y formadores de estructuras en estructuración y estructuradas.

En este mismo sentido, la experiencia habituada no solo es cuestión del individuo que la ejerce, sino de los sitios marcos de acción, donde los individuos actúan, es decir, los lugares como sistema de relaciones habitadas. Por lo tanto, los lugares poseen distintas formas en relación con los movimientos que encarna, encubriendo significados, valores de una forma

de uso y apropiación, al inscribir estos elementos en la formalidad de la vida cotidiana (Fortuna, 2019). Vista de este modo, el diario vivir representa una realidad axiomática donde se sintetizan las realidades espacio temporales y las configuraciones de sentido que instituyen en la realidad social, la estructuran, la posicionan y la potencian como marco de interacciones de individuos, instituciones, agentes, grupos, etc. Las prácticas cotidianas son una forma de sintetizar realidades espacio temporales, donde cuerpo y mente, saberes, discursos y estructuras son corporeizados como patrones cotidianos de vida (Jones & Murphy, 2011).

A modo de síntesis de lo visto hasta acá en el presente apartado, hay que destacar las distintas formas de interacciones como anabolismo de acciones, estructuras y situaciones, que sugieren distintos enfoques a la hora de pensar la vida cotidiana, los cuales, a su vez, permiten diferentes direccionalidades acerca de cómo entender el fenómeno de lo barrial. El primer enfoque, enmarcado en una visión macro de las estructuras, permite un acercamiento a lo cotidiano desde procesos de socialización, como la escala mínima en el contexto urbano, empero, expresa distintas versiones más cuando se aproxima a posturas como las de la geografía crítica, donde se permite pensar un mayor contenido relacional que conjuga distintas escalas de análisis. un segundo enfoque, proyectado desde la visión macroscópica de la microsociología y fundamentada en la acción racionalizada, permite un acercamiento a la cotidianidad a partir de relaciones de reciprocidad y lazos axiomáticos que contienen la simbiosis de acción y estructura. Por último, un tercer modelo, las prácticas como una actualización de los enfoques de la acción, al retomar la capacidad de conjugación de estructuras estructurantes y en estructuración, pero, entendiendo este movimiento como una relación encubierta, de finalidades no siempre manifiestas y en redefinición constante, discutiendo de este modo con las concepciones de la acción objetiva y racionalizada, en este sentido, el habitus será un elemento central y dinámico en el proceso de entender las estructuras en distintas escalas de lo cotidiano.

Las relaciones de lo cotidiano permiten repasar las dimensiones espaciales del barrio, donde la construcción del Espacio se da incidiendo en las prácticas “banales” de todos los días y en las relaciones sociales que se consolidan en el tiempo en un determinado ambiente (Farris & Salgado, 2019). En este sentido, las prácticas nos permiten concebir el espacio en tanto fuerza social, como aquel que une distintos procesos sociales, aun cuando las relaciones de dominación de poder los muestre en formas diferenciadas o con expresiones jerarquizadas

(Ramírez Kuri, 2015; Torres, 2016). Acá, nos aproximamos al planteamiento de Fortuna (2019), cuando destaca la importancia de entender las prácticas en su densidad de interacción, ya que la comprensión de este panorama amplio otorga el grado de realismo necesario, al cuestionar las exterioridades del fenómeno e indagar en los escenarios donde su acción no se hace evidente o se muestra aparentemente subordinado (Fortuna, 2019).

El ejercicio del habitar, se llena de sentido en la medida que se percibe y ordena en las directrices sensoriales del espacio experimentado (Shoshan, 2013), así, se logra dar norte de sentido, etiquetar y dominar los aspectos y las evocaciones que los lugares comienzan a generar. El espacio público revela ideas y prácticas no sólo diferentes, sino desiguales de ciudadanía, a través de la forma como la gente se relaciona y lucha por las oportunidades (Kuri, 2015), donde las polisemias de sentido de lo habitado expresan contenidos amplios de batallas no solo gesticuladas, sino articulaciones discursivas y límites materiales de cómo se percibe el espacio barrial. Al analizar la violencia de los barrios como estructura cotidiana de los jóvenes en las ciudades latinoamericanas, Alvarado (2013) se acerca al caso de Medellín (Colombia), entre otros, donde los jóvenes sugieren la existencia de fronteras invisibles entre territorios de dominio de las estructuras delincuenciales de los combos, exhibiendo como en los barrios fuera del mallado que hace la administración pública en términos de planeación, este debe del mismo modo, interactuar con los trazados cotidianos que generan sus habitantes de a pie, es allí, donde el espacio habitado rompe con las formas de concebirlo y entra en esquemas de las experiencias de rutinas del día a día (Alvarado, 2013).

El barrio no es solo una condición física, sino una experiencia social que desde lo cotidiano se refleja en formas materiales, en este sentido, pensar el fenómeno de lo barrial no como áreas contenidas dentro de unos límites físicos, sino como prácticas articuladas en nodos relacionales e interpretaciones sociales amplias, donde el habitar urbano es susceptible de ser afectado tanto por la dimensión local como por la global (Troncoso et al., 2019). En esta misma linealidad, Erices (2019) entiende en el barrio un contenido relacional que supera su materialidad, al comprenderse como una pieza de la integración sistemática por cuanto las relaciones de las personas sobrepasan las fronteras físicas de los mismos y se proyectan en el entorno, la ciudad, el país y el mundo (Erices, 2019).

Las prácticas espacializadas que se dan en la cotidianidad de los barrios comprenden diversas dimensiones de la acción, donde por un lado encontramos el espacio vivido, desde

donde se configura el sentido del habitar de los sujetos, al realizar una experimentación de las realidades inmediatas en una interacción enteramente sincrónica entre situación e individuo. Por otro lado, encontramos el espacio como percepción, donde los individuos agencian los movimientos del habitar, toda vez que, allí confluyen los componentes de la interiorización y la experiencia de las interacciones ya vividas, sintetizándose en el cruce con lo diacrónico donde individuo y agencia estructuran la situación. En última instancia, hallamos el espacio concebido, como el ámbito ideado por expertos, planificadores, científicos, etc. (García-Hernández, 2018). De este modo, los habitantes se ubican en los contextos barriales como individuos en un proceso de constante incorporación, elaboración y reelaboración del universo de sentido que representa el barrio inmerso en las interacciones de lo cotidiano.

Estructura de lo que viene

La estructura de los capítulos siguientes, principalmente los de desarrollo de la investigación inician con un juego de espejos entre categorías que se enfrentan y se definen las unas a las otras, buscando en el segundo apartado esclarecer los detalles de los movimientos de estas en el contexto puntual de Barrio Antioquia, donde se redondeará el sentido que desde los artilugios de lo teórico se comienza a construir. Al final de cada capítulo se hace una síntesis donde se intenta mencionar con mayor claridad la aparición de las elaboraciones teóricas en el marco de la vida social. De este modo, el presente trabajo de investigación se ordenó de la siguiente manera:

El capítulo 1 (Nos dieron el Barrio por cárcel) realiza una reconstrucción de la historia de Barrio Antioquia, estableciendo un marco temporal de la investigación, así como resaltando la relevancia de ciertos momentos en la historia del barrio. En esta parte, se versaron la conjugación de las categorías de Ciudad y Barrio, y al interior de estas, una serie de elementos contextuales que definieron la construcción de cada una de estas a la sombra de la otra.

El capítulo 2 (El barrio y su memoria) reconstruye a partir de los relatos, las experiencias de los habitantes y el archivo como partidario de la memoria ajena, los sitios que conforman nodos de interacciones y entretejen la realidad urbana que se vive en el

contexto urbano. Con esto, la discusión se centra en la relación entre lugar y espacio, viendo en esta última una relación conflictuada entre la acción y la experiencia como configuradora de las dimensiones espaciotemporales de la vida de los moradores del barrio.

El capítulo 3 (El barrio, su gente, la vida cotidiana) describe dos elementos centrales en la cotidianidad de Barrio Antioquia, el primero de ellos los eventos como el creador de una rítmica y una condición temporalizada de las dinámicas allí realizadas. En el segundo se resalta la aparición de dos componentes reiterativos en la historia y relatos del barrio, la cual, logra consolidar un nodo de interacciones y relaciones sociales complejas que transversalizan la realidad urbana de los habitantes locales. Así pues, en este capítulo se retraen elementos de los anteriores en términos de posiciones y disposiciones, articulando dentro de la acción de los moradores locales, resaltando los efectos socializadores de las prácticas espaciales que ellos realizan.

El capítulo 4 (Barrionalismo) decanta del relato de los moradores locales la capacidad de socialización que tiene el espacio habitado, donde los juegos de los niños y las relaciones económicas informales se vuelven estructura propia del paisaje urbano que habitan. La construcción de una territorialidad propia de los barrios y en últimas, un sentido de pertenencia por el lugar en el que viven y el que los ha vivido a ellos, son parte de la identidad que trae el barrio como unidad de vecindad, parentalidad, sociabilidad.

En el apartado de Conclusiones donde se destacan los puntos a considerar durante el proceso investigativo, no solo finalidades del tema y el objeto y el desarrollo de los mismos, sino la apertura a nuevas discusiones en distintos ámbitos, tanto teórico como metodológicos, discusiones sobre las bondades de enfoques estructurantes o estructurados, o la integración de los mismos, relación barrio – ciudad como un profundo juego de espejos y una colonización del uno por y para el otro, etc., estos entre otros temas serán los tratados en discusión.

Por último, Memorias metodológicas: la cotidianidad reconstruida desde la transversalidad de las fuentes, se relata el proceso de negociación que se hizo entre la apreciación teórica, con los detalles de la realidad material a la que se enfrentaba, de este modo, se elaboró un ajuste constante a los parámetros de la investigación, al igual que una precisión de los conceptos y categorías llevadas a cabo.

1. Nos dieron el Barrio por cárcel

*“Hay un campanero en cada esquina
Por si algún problema; la Sonora por señas
Niños con una dieta alta en riñas
Crecen fuertes a falta de vitaminas
El pasado no perdona
Nos dieron el barrio por cárcel
Los pillos no se pensionan” (Alcolirykoz, 2018)*

Las sociedades modernas se terminan cimentando sobre estas categorías sociales dadas por el Estado, creadas a base de estadística y criterios oficialistas, las cuales, estructuran las poblaciones, así como sus mentalidades¹¹, y con la capacidad de generar efectos económicos y sociales con pleno realismo, al disponer a los individuos a reforzar y conformarse a los medios dados (Bourdieu, 2007). El Estado establece y marca las pautas de juego al crear una serie de terminaciones, unos imperativos sobre las categorías que definen a la sociedad, en este caso los barrios, allí establece per-ce, los tipos de relación que allí se darán lugar y de este modo, la formación de las estructuras allí enrejadas.

La segregación aparece como un componente estructural del espacio urbano, que crea un efecto de separación y congregación, reunión en términos de homogeneización de grupos sociales, y distanciamiento como señalamiento y apartamiento en la jerarquía de otros grupos yuxtapuestos (Castells, 1999). Los procesos de desigualdad en la ciudad crean un sistema asimétrico que posiciona a los agentes de acuerdo con el papel que desarrollan en el sistema productivo¹², con centralidades y marginalidades de unos grupos con respecto a otros

¹¹ La interiorización de las estructuras permite la reproducción de estas, al mantener vigentes y dinámicas las particiones anteriores, donde la segmentación del espacio empieza a configurar formas sociales concretas. La descomposición de los individuos, los lugares, los gestos, los tiempos, las acciones, operaciones, etc. Hace parte de un intento de descomponer, separar, por un lado, mientras que en el otro los modifica y homogeniza (Foucault, 2018).

¹² El manejo de las poblaciones pobres se ha desarrollado como un proceso de marginación de ciertos grupos que no se integran a este, allí la eliminación o en todo caso el control de los pobres, la exclusión de quienes no pueden trabajar y la obligación de hacerlo aplicada a quienes son aptos para desempeñarse como trabajadores (Foucault, 2018).

(Santos, 2000). Dicho de otro modo, el método de diferenciación que define las posiciones en las dimensiones del espacio social y urbano, corresponde a un sistema de atributos establecido por las clases - construidas por agentes -, la cual relaciona las prácticas y los recursos que poseen (Bourdieu, 2007)

Las ciudades pensadas más allá de las fronteras preestablecidas en ellas, y no solo en su contenido espacial, sino social desborda su expresión interrelacionar; es decir, las urbes no como unidades cerradas, sino como expresiones sumamente complejas donde se puede articular una variedad de procesos transfronterizos que son reconstituidos como condiciones parcialmente urbanas (Sassen, 2007). La presencia de los barrios compone una organización tanto espacial como social, que ayuda a proyectar el espacio de la ciudad, en tanto articulación de autonomías y jerarquización de grupos sociales. La unidad barrial tiene en este sentido una doble delimitación donde se halla por un lado los equipamientos y la parte física, mientras por el otro la estructura social y el contenido interrelacionar, llegando a erigir un mosaico de formas de autoridad (Castells, 1999)

Los contextos urbanos, en este caso barriales excede la condición en apariencia meramente funcional y material de las urbes, donde el discurso se direcciona y proyecta hacia los elementos constitutivos de una ciudad sistema, ordenada y fluida; los parámetros de la moral, una moral de ciudad comienza a dominar el panorama de la planeación y será directriz de su orden y función. Una pugna por transformar la vida cotidiana de los habitantes, principalmente de la “gran miseria”, será una herramienta de orden lógico, técnico y funcional (Lefebvre, 1978). El Estado termina por crear una representación de la realidad, donde objetiva y cosifica los elementos sociales en un fin de conciliar controversias y ejercer el dominio sobre estas¹³, de este modo, sectoriza y disecciona la información producida, creando capas y divisiones en la sociedad (Bourdieu, 2007)

Las clases dominantes ejercen sobre la sociedad un deber ser, que aproxima más que a una realidad material, a un pensamiento fragmentario de cómo los grupos en ejercicio de

¹³ El Estado concentra la información, la trata y la redistribuye, y sobre todo lleva a cabo una unificación teórica. Al situarse en la perspectiva del Todo, de la sociedad en su conjunto, es responsable de todas las operaciones de totalización, especialmente mediante el censo y la estadística o mediante la contabilidad nacional, y de objetivación, mediante la cartografía, representación unitaria, desde arriba, del espacio o, sencillamente, mediante la escritura, instrumento de acumulación del conocimiento (por ejemplo con los archivos) y de la codificación como unificación cognitiva que implica una centralización y una monopolización en beneficio de los instruidos o de los letrados (Bourdieu, 2007)

poder desean construir una sociedad, una quimera de autoconstrucción por parte de unos, mediante la señalización y determinación del otro¹⁴. Estas estrategias apuntan a naturalizar y volver permanentes, a legitimar, una serie de prácticas de distinción y distanciamiento, una radicalización de las diferencias sociales que trae consigo la consolidación de posiciones en una estructura (Bourdieu, 2013)

Ante la imposición de un sistema de valores que implica la exclusión social a ciertas prácticas y comportamientos que la ciudad en general distancia de la idea de ser “ciudad” dominante, los grupos alternos a esto crean un sistema comportamental que se acerca y distancia a la representación antepuesta (Scott, 2000). Las formas de cohesionar/coaccionar las formas sociales, la llamada legitimidad social de ciertas condiciones se hace por medio de los campos y las estructuras imperantes en el contexto de los individuos, que permiten enmarcar en una coherencia superficial los medios de dominación en los que se ven inmersos, del mismo modo, estas formaciones sociales, permiten la reproducción en prácticas y habitación más allá de las temporalidades laxas de los agentes, ya que se garantiza una pervivencia más en el largo plazo y la creación de estructuras sociales despersonalizadas. A este respecto, Bourdieu (2013) menciona:

Puede verse que, desafiando los usos simplistas de la distinción entre la infraestructura y la superestructura, los mecanismos sociales que aseguran la producción de los habitus adecuados forman parte integrante, aquí como en otros lugares, de las condiciones de reproducción del orden social y del aparato mismo de la producción, que no podría funcionar sin las disposiciones que el grupo inculca y refuerza continuamente y que vuelven indispensables prácticas que la economía desencantada del "interés desnudo" hará aparecer como legítimas o incluso como inevitables. Pero el peso particularmente grande que corresponde a los habitus y a sus estrategias en la instauración y la perpetuación de relaciones duraderas de dominación sigue siendo un efecto de la estructura del campo: a falta de ofrecer las condiciones

¹⁴ Lo que Scott (2000) denomina “Discurso público” lo expresa como un autorretrato que erigen las elites dominantes sobre las clases subyugadas, creando una imagen del cómo se desean ver, y al tener la capacidad del ejercicio del poder, se impone una asimetría en la relación. Está hecha para impresionar, para afirmar y naturalizar el poder de las élites dominantes, y para esconder o bufonizar la ropa sucia del ejercicio de su poder (Scott, 2000)

institucionales de la acumulación de capital económico o de capital cultural (que desalienta incluso expresamente por una censura que impone el eufemismo de poder y de violencia), este orden económico hace que las estrategias orientadas a la acumulación de capital simbólico que se observan en todas las formaciones sociales sean en este caso las más racionales, por ser las más eficaces dentro de los límites de las coacciones inherentes al universo. Es en el grado de objetivación del capital donde reside el fundamento de todas las diferencias pertinentes entre los modos de dominación: los universos sociales en los que las relaciones de dominación se hacen, se deshacen y se rehacen en y por la interacción entre las personas se oponen a las formaciones sociales en las que, mediatizadas por mecanismos objetivos e institucionalizados como el "mercado autorregulado" (self-regulatingmarket) en el sentido de Karl Polanyi, el sistema de enseñanza o el aparato jurídico, esas relaciones de dominación tienen la capacidad y la permanencia de las cosas y escapan a las tomas de conciencia y a las adquisiciones individuales de poder (Bourdieu, 2013, p. 209-10).

Las posiciones se vuelven en el manto decisorio que orientan a los agentes que dinamizan los sitios, al otorgar la capacidad de disposición a la acción misma desarrollada por los grupos. Posterior a esta base material, la creación de categorías o estigmas como una forma de dominio lingüístico sobre los grupos, permite que quien establezca el juicio pueda cobijarse con el abrigo de un sentido de identidad, con la denominación realizada o como resistencia a esta misma (Scott, 2000). Estas formas de control son producidas y reproducidas por una misma estructura social que establece un sistema de relaciones y una articulación de valoraciones, entre las cuales se esconden las formas de dominación:

[...] Mientras no se haya constituido el sistema de los mecanismos que aseguran por su propio movimiento la reproducción del orden establecido, a los dominantes no les basta dejar hacer al sistema que ellos dominan a fin de ejercer perdurablemente su dominación; necesitan trabajar cotidiana y personalmente en producir y reproducir las condiciones siempre inciertas de la dominación. Al no poder conformarse con apropiarse de los beneficios de una máquina social todavía incapaz de encontrar en

ella misma el poder de perpetuarse, se ven condenados a las formas elementales de la dominación, es decir a la dominación directa de una persona sobre otra persona cuyo extremo es la apropiación personal, es decir la esclavitud [...] (Bourdieu, 2013, p., 209).

Los efectos simbólicos del posicionamiento social crean una relación de legitimidad que se basa más en mecanismos para el mantenimiento de la estructura social, que por el ejercicio directo que soporten las relaciones de poder en ellas inscritas (Scott, 2000). La dualidad de las relaciones sociales, la simbología por decirlo de alguna manera, conceden distintas formas de cohesión/coerción¹⁵ en los individuos y grupos que las recrean, al sintetizar en las relaciones como expresión material una serie de estructuras sociales que se produce y reproduce mediante la acción de estos agentes (Bourdieu, 2013).

Las clases dominantes crean un cinturón de valores morales a los cuales se pueden erigir las festividades y celebraciones de una sociedad, en el caso de la joven Medellín, la exclusión de las actividades refugiadas en los barrios, supone el ocultamiento del centro del ejercicio del poder, su permisividad en áreas por definición marginales, donde se pueden realizar sin mayores detrimentos de la sociedad en general. El reconocimiento de las diferencias en términos de tradiciones locales, la identidad étnica, las prácticas religiosas, el dialecto y otras manifestaciones culturales, se convierte en una estrategia de las clases dominantes para mantener un límite, un distanciamiento entre unos y otros, clases dominantes y subordinadas. No obstante, estas actividades quedan excluidas de la escena pública u oficial¹⁶, ya que los ritos oficiales, como los desfiles o las procesiones, las reuniones para recibir instrucciones o para presenciar un castigo, las fiestas autorizadas, y las reuniones

¹⁵ La coexistencia de la violencia abierta y de la violencia simbólica, vuelve a encontrarse en todas las instituciones características de esta economía y en el corazón mismo de cada relación social: está presente en la deuda tanto como en el don, que, a pesar de su aparente oposición, tienen en común el poder de fundar dependencia e incluso servidumbre tanto como solidaridad, según las estrategias a las que sirven (Bourdieu, 2013).

¹⁶ En el caso del Barrio Antioquia y su maridaje con las actividades nocturnas como zona de tolerancia se vuelve en un espacio extraoficial, catalogado como un oficio urbano, un centro que se constituía como válvula. “Por ejemplo, las actividades nocturnas se multiplican, volcando los ritmos circadianos. Como si lo cotidiano no fueron suficiente para llevar a cabo tareas repetitivas, la práctica social se come poco a poco en la noche. Al final de la semana, en lugar del tradicional día de descanso semanal y la piedad, la ‘Fiebre del sábado noche’ estalla.” (Lefebvre, 2007).

más comunes para trabajar, son precisamente el tipo de acción pública colectiva prevista por el discurso oficial (Scott, 2000).

La relación de lo permitido y lo no permitido desde el punto de vista de las acciones sociales que realizan los grupos o individuos, no parte desde la dicotomía de estas dos, lo normal y anormal, sino de la norma, en primera instancia en su carácter prescriptivo señalando el patrón de lo regular, dejando por omisión el espectro de los actos irregulares (Foucault, 2018). Es decir, los actos que condicionan el actuar del individuo - relación de posiciones y disposiciones -, crean el espectro de lo normal y lo anormal, al plantear como problema el hecho nocivo y el acto en negativo, lo cual, mediante la interiorización consigue la reproducción de los elementos y la normación de la relación al configurar la dicotomía no explícita. En palabras de Foucault (2018) “[...] la normalización disciplinaria vaya de la norma a la diferenciación final de lo normal y lo anormal, me gustaría decir, acerca de lo que ocurre en las técnicas disciplinarias, que se trata más de una normación que de una normalización [...]” (p. 76).

El caso de barrio Antioquia, un entorno comunitario percibido como sitio de proliferación de dos condiciones con base en la relación barrio-ciudad, por un lado, es un componente disciplinado al proyectarse una exclusión en tanto lugar de acogida de ciertas prácticas marginalizadas; mientras que, por otro, se compone un espacio identitario donde los obligados lazos de solidaridad permiten un abrazo extensivo a las cadenas y una forma de reconocimiento dentro de la estructura general de ciudad. Scott (2000) lo reconocería de la siguiente manera: “Los espacios sociales relativamente autónomos no son sólo un terreno neutral donde pueden crecer negaciones prácticas y discursivas. Como ámbitos de poder que son por naturaleza, sirven tanto para disciplinar como para formular patrones de resistencia [...]” (p. 148).

Así pues, el barrio emerge como un espacio, una realidad primera y última que tiene la capacidad de ordenar las representaciones que los agentes pueden generar en ella, el espacio social es la síntesis material de las relaciones sociales que efectúan los individuos (Bourdieu, 2007). La práctica como el gesto que articula la acción no puede confundirse en su apariencia funcional, que debe traducirse en condicionantes de sentido que proponen la apropiación que los individuos y los grupos realizan. En otras palabras, la apropiación de la realidad es un hecho social, que no debe confundirse con las funciones y estructuras mismas,

estos hacen parte de nociones prácticas sociales (praxis), las cuales, asocian tanto agentes como grupos en una relación conflictuante, compleja y cambiante (Lefebvre, 1978).

1.1. Expansión urbana de Medellín y segregación interna

El desarrollo de las principales ciudades en Colombia se ve relacionado con dos fenómenos, por un lado, los intentos de industrialización del país que produjo un agolpamiento a sectores urbanos o a los nodos productivos de un precario sistema productivo para la época. Por otro lado, las constantes migraciones producto de la violencia creó una afluencia de despojados a las centralidades del país, acrecentando el boom demográfico, y en una forma más dramática en la segunda mitad del siglo XX (Ramírez, 2011; Restrepo, & Posada, 1981; Ruiz, 2011). La complejidad de este fenómeno urbano ha encerrado en su interior una dicotomía entre la promesa de desarrollo que mantiene viva la idea de ciudad, como unidad productiva y la incapacidad material de alcanzar un mejor estilo de vida. Además de esto, el despojo alimenta el crecimiento poblacional, en espacios donde no hay suficiente cubrimiento laboral que soporte o garantice condiciones dignas de vida. Es decir, la ciudad es expresión material de la oferta de desarrollo, insostenible por las condiciones sociales de la población (Harvey, 2013; Smith, 2012).

El desarrollo de Medellín vino impulsado por el crecimiento cafetero en el interior del país y las conexiones ferroviarias que llevaron flujos considerables de mercancías a la capital antioqueña (Kalmanovitz, 2019). De manera prematura, comenzó a convertirse de pueblo a ciudad, con un desarrollo constante de mercados como el textil que encontró en los talleres y nacientes empresas una prometedora industria. Tejares, ladrillos y la alfarería en general comenzaban a tapizar las fachadas de los hogares que iban transformando las maneras y las hechuras con las que se hacían, dado cada vez pasos más acelerados a la urbanización y el crecimiento del espectro demográfico que atraía las iniciativas industriales. Medellín se comenzaba a jactar de una promisorio imagen de prosperidad económica para la población local, quienes se vieron golpeados por migrantes campesinos que llegaban por violencia o por pobreza, creando asentamientos irregulares, y formas de habitar el espacio distintas a las típicas coloniales sobre la que había crecido la ciudad (Gómez, 2013; Ramírez Jiménez & Gómez, 2011; Ramírez, 2011; Ruiz, 2011).

La ciudad se pobló como La Candelaria, Prado centro, Lovaina, y ciertos sectores de Villa Hermosa, como los lugares de residencia de los más acaudalados la pequeña élite medellinense, mientras que, la zona norte, actual Manrique, Castilla y Aranjuez, se comenzaban a asentar grandes flujos de migrantes (Naranjo, 1992). Belén y Robledo eran unos de los principales nodos poblados de la ciudad en occidente, sin alcanzar la densidad de la zona norte. Los poblamientos hacia el sur eran aún dispersos y se caracterizaba por ser áreas de propiedades de pequeños hacendados que iban parcelando y segmentando por los reajustes que hacía la presión demográfica al casco urbano de la joven Medellín (Naranjo, 1992; Restrepo., & Posada, 1981). Las nuevas colonizaciones urbanas comenzaron a evidenciar distintas problemáticas que la ciudad no está en capacidad de afrontar, temas como el acceso a servicios, saneamientos básicos eran una ilusión en estos sectores de gente pobre. Los llamados asentamientos irregulares trajeron tras de ellos todo un discurso institucional que intentaba regular las problemáticas de salubridad por la densidad poblacional (Foucault, 2018; Gómez, 2012; Ramírez & Gómez, 2011), pero, mayoritariamente, mantener en alto todo un sesgo moral de base católica acerca del deber ser de una ciudad en auge como la Medellín de la época. Es por ello, que se comenzaron a asociar innumerables problemáticas en estos sectores como “antisociales”, prostitución, robos, amenazas, extorsiones fueron una marca que surgía de la ciudad para los asentamientos de gentes pobres. Principalmente las laderas eran el objeto de acusaciones, no obstante, había sectores en el centro de la ciudad (La Candelaria), que comenzaban a formar conflicto por las lógicas que había en su interior, barrio Sagrado Corazón (Barrio Triste) y la plaza El Pedrero o Guayaquil, eran un llamado foco de problemas sociales que la administración debía atender o esconder (Riaño, 2000, 2006; Rincón, 2009)

En este contexto surge barrio Antioquia a inicios de siglo XX con unos pequeños poblamientos dispersos, entre las propiedades y parcelaciones de los potentados del lugar, recibiendo una gran cantidad de migrantes del suroeste antioqueño (Jaramillo, Spitaletta, 2011; Riaño, 2000, 2003, 2005, 2006) allí crecerían las ocupaciones del naciente barrio. En la actualidad este sitio se encuentra localizado en un área muy central de la ciudad, pero para sus primeros ocupantes era una posición semi-periférica, dada la cercanía al centro histórico de la ciudad, pero, el distanciamiento social frente a las clases sociales que ocupaban la zona céntrica de la villa. Es decir, geográficamente no era una periferia al no hallarse en la banda

que las laderas hacen en las márgenes del casco urbano, sin embargo, este sitio sería considerado un arrabal¹⁷. En una carta dirigida al despacho del alcalde, los moradores del lugar describían la situación de la siguiente manera:

[...] mientras que nosotros permanecemos abandonados y amenazados hoy inmisericordiosamente a todos los ostracismos más terribles que verse puedan, presenciando muertes en accidentes de tránsito, velando nuestro hogares de día y de noche para que nuestros familiares no sean asesinados y robados por la ola de rateros que hoy han vuelto a sentar sus reales en este sector [...] dejándonos hoy en la tortura más espantosas y presenciando, como hemos presenciado en los últimos días, el sacrificio de reses y ganados vacunos en estas márgenes por los rateros cuyas carnes cargan en horas de la madrugada sin que se oigan siquiera por estos contornos el pito de un policía que alarme o la presencia del Jefe a quien no se le ve la cara desde que fue trasladado de aquí, pues solo se ha circunscrito a velar en el barrio “Antioquia” cuatro cantinas o cafés que frecuentan las mujeres de vida airada y a velar o vigilar medio kilómetro de carretera que hay para salir de la plaza a la carretera principal donde hoy se están cometiendo las fechorías que hoy estamos presenciando aún en perjuicio de las empresas públicas porque es aquí donde continuamente, arde la luz de día y de noche, y se apaga solo cuando un agente de policía sube a “media legua” a buscar alimentos para luego volverse a vigilar una cantina que hay en este último lugar.(AHM: Alcaldía, T11, F194-5. Año 1939)

Un abandono constante por parte de las autoridades que concentraban su capacidad operativa a otros lugares de la ciudad, y manteniendo la presencia armada como una evidencia material, pero poco eficiente de la presencia institucional. La cuestión es que para la época ya casi adentrándonos a mediados de siglo, barrio Antioquia permanecía marginado

¹⁷ El término se asocia a la llegada de inmigrantes italianos a las costas de Buenos Aires estableciendo ocupaciones a los alrededores de la ciudad, los cuales se denominaron arrabales, autores como Castells, (1999) y Lefebvre (1978) lo asocian a una sinonimia con los asentamientos populares o barrios. No obstante, en Medellín la connotación se asume por una afinidad con el Tango, Gardel representó símbolo de una idiosincrasia musical que aparecía recurrentemente en cantinas y espacios de la vida nocturna, los cuales prontamente se denominarían arrabales, como una marca peyorativa a las lógicas que allí se enfrascan, ya sería por extensión que los barrios y las clases populares serían expresión de esta denominación (Riaño, 2006).

de presencia efectiva del Estado a atender las problemáticas sociales, las cuales, en muchos casos no era internas, sino de visitantes que frecuentaban este sitio para ejecutar acciones dolosas para sus habitantes. En este sentido, ese ostracismo hace un llamado a la configuración de gueto hacia el cual se direccionaba el operar del barrio, vinculado un ya constituido accionar de abandono por omisión.

Sería hasta 1951 cuando la administración municipal trasladaría la zona de tolerancia de la ciudad a barrio Antioquia¹⁸, intentando limpiar esta problemática del centro de la ciudad, principalmente de Guayaquil y Lovaina, instaurando el sello de marginación y zozobra a este nuevo sitio, Barrio Antioquia (Riaño, 2000; Rincón, 2009). El polémico decreto 517 dio vía libre a la creación de un espacio para la prostitución, el juego, consumo de alcohol y de drogas, el cual captaría todas estas dinámicas en un solo sitio y no en distintos sectores de la ciudad, como se venía dando para la época. Las medidas tomadas por el Decreto 517, generaron distintas reacciones, unas de rechazo como las cartas elaboradas a la presidencia (F3-8), a las alocuciones hechas por el alcalde de turno (F22), y por el equipamiento que poseía el sector (F65-71). Por otro lado, las cartas de apoyo llegaban por montones ante las críticas del polémico decreto, donde las juntas de barrios Lovaina, Campo Valdés Y Manrique se dejaron sentir (F16; F72-78), el párroco de la iglesia del Sagrado Corazón (F17), ciudadanía en general (F20-21; F23-29; F47-62; F80-82), sumando las peticiones para cerrar el centro cívico de Barrio Antioquia como principal opositor a las medidas (F79) (AHM: Alcaldía, T91, F3-82. Año 1951).

La especialización de los espacios urbanos configura un sistema de exclusión con relación a las actividades que se desarrollan en los lugares, en este sentido, la destinación del decreto buscaría crear un gran panóptico que centrifugaría las problemáticas sociales a las márgenes de la ciudad (Castells, 1999; Castro Gómez, 2012; Foucault, 2018), escondidas de los ojos de gran parte de la población medellinense, pero, solo a plena vista ya que para nadie era un secreto el acuerdo tácito dentro del cual vivían. Pese a este porfío decreto, las preguntas que surgieron fueron acerca del porqué en este sitio en particular, de gente pobre y sin

¹⁸ Años posteriores se cambia el nombre de Barrio Antioquia a Barrio de la Santísima Trinidad, debido que se le adjudica el nombre de la parroquia local, y se le quita el nombre del departamento, al no considerar un ejemplo este lugar para la ciudad (Rincón, 2009).

mayores alternativas de nuevas ubicaciones o trasladar sus grupos familiares a otro sitio, la respuesta de la alcaldía se amparaba en el comunicado que radicó:

[...] Desde un cuidadoso estudio realizado primero desde planos y luego sobre el terreno, y después sobre datos estadísticos, llegamos a la conclusión de que el Barrio Antioquia era por muchas razones el indicado para zonas de tolerancia. Su situación, su anterior contaminación, aunque parcial el hecho de tener una sola entrada y otros factores de diversa índole, lo hacen indicado para el fin que nos proponíamos. [...] Con tantas zonas de tolerancia era imposible mantener un estricto control sobre ellas y sobre la policía misma, especialmente sobre su distribución para la vigilancia. Hoy, elevado de categoría a la de Inspección de Barrio Antioquia, tal como lo vamos a hacer, se podrá obtener mejor solución y más respecto para todos y asegurar la conservación del orden público en este lugar... (AHM: Alcaldía, T88, F136. Año 1951)

El anterior comunicado evidenció la disposición de la administración municipal de asumir con seriedad el traslado de la zona de tolerancia, argumentando la realización de estudios espaciales y topográficos que avalaron las condiciones de Barrio Antioquia para atender las dinámicas impuestas. La batalla no solo era en el plano urbanístico, sino en condiciones morales de un imaginario de ciudad que pretendía ocultar, más no negar, las actividades calificadas como “nocivas” (juegos, alcohol, prostitución y drogas), así pues, se intentó crear un cerco moral en las áreas tradicionales de la Medellín, excluyendo y cohesionando este tipo de acciones. Los afectados en últimas son gente pobre y despojada de sus tierras, los habitantes del barrio, que quienes se quedaron sin otro lugar a dónde ir, debieron asumir el sello de abandono y marginación social, como lo mencionan en una carta a la alcaldía local: “Perjudicarnos con el malhadado decreto # 517, y ahora perjudicarnos con el no cumplimiento – del mismo. A dónde vamos a parar los propietarios de este triste y querido barrio? Qué va a hacer, si no se nos mira como a los demás?” (AHM: Alcaldía, T94, F207. Año 1952). Mientras que, quienes se fueron del lugar, terminaron padeciendo en otras locaciones de la ciudad por pagar arriendos obligados, al abandonar sus hogares (AHM: Alcaldía, T94, F261. Año 1952).

Figura 3.
Zonificación de Medellín por nivel socioeconómico.



Fuente: Archivo Histórico de Medellín (AHM), Deposito 3, Planoteca 6, Bandeja 27, Folio 3. (1958).

La gente de barrio Antioquia, por lo menos quienes se vieron más afectados, las clases populares entendieron su situación y las pocas rutas de escape que tenían ante las medidas nocivas arrojadas sobre ellos por la administración municipal, pese a esto, los archivos anteriores muestran una petición con un dejo de resignación, donde se conjuga el amor y odio que se le tiene al barrio, a aquel lugar donde se ven obligados a crecer, vivir, y más que nada, sobrevivir. Entretanto, el cierre detalla cómo ellos ya tienen una imagen que los separa del resto de la ciudad, la segregación ha sido efectiva, desde el discurso a la expresión espacial (Bourdieu, 2013; Santos, 2000; Scott, 2000).

La resistencia de grupos encabezados por la iglesia de la Santísima Trinidad y la Junta Cívica (posteriormente Junta de Acción Comunal), lograron hacer presión a los medios criticando la medida de la administración municipal, que permitieron la suspensión del decreto 517 en 1953 y posteriormente el olvido de este en los archivos, sin reversar los efectos materiales que se mantendrían pues estas actividades permanecerían como parte de la cotidianidad del barrio (Riaño, 2000; Rincón, 2009). No obstante, las respuestas a la anulación de la medida fueron fuertes, en apoyo al montaje de las medidas en totalidad, por el bienestar moral de la población de la ciudad en general, tal como lo muestra la carta dirigida a la alcaldía de Medellín por parte de la Junta de Propietarios de Barrio Antioquia:

Quisiéramos preguntar con el derecho que nos da la lógica razonada y fría, hacer el estudio detenido de la moral de la ciudad, a través de 4 años de efímera existencia del decreto # 517 [...] La primera pregunta es al centro cívico (cínico) de este barrio: ¿qué consiguió con su oposición al decreto y desobediencia la Sr. Arzobispo? Escandalizar a sus hijos e hijas; desmoralizar las mujeres y desplazarlas a otros barrios; quedarse con las más relajadas que viven allá clandestinamente; perjudicar a los otros centros cívicos donde centraron plaza las que huyeron de zonas de tolerancia; hacer regresar a la fuerza y contra su voluntad a familias honorables que no han podido alquilar y vender su propiedad en este barrio, a tal punto que ha llegado la desvalorización que los bancos no prestan y tampoco se vende; hacer quebrar a muchos que hoy viven en la miseria económica y finalmente quedarse ellos en la miseria moral más degradante. A eso condujo la rebeldía y que lástima, a estos se les llama honorables, cívicos, ciudadanos, católicos [...] SEGUNDA PREGUNTA. Que

bien consiguieron para la moral de la ciudad con su oposición al citado decreto los Sres. [...] opositores que hasta vergonzoso e irritante es mencionarlos que en vez de construir destruyen; gracias a estos hombres estorbos, rémoras de la sociedad, vemos las mujeres vivir en todos los barrios, cerca de los templos como San Antonio en sus vecinas pensiones, en carrera 50-51-52 Guayaquil a 4 cuadras del centro de la ciudad, Balcanes, entrada de la ciudad y en otra entrada norte Las Camelias, que vergüenza y así se consideran ciudadanos cívicos, católicos y demás lindezas. Se pregunta: ¿qué consiguieron para la moral de la ciudad? Nada; cívicamente menos, algunos abogados consiguieron unos centavos por sus demandas, los cívicos se quedaron con su pecado y sin el género –como dicen algunos – y nosotros los más perjudicados nos tumbaron las casas y la ciudadanía recibió el baldón oprobiosa de una ridícula minoría para tener que continuar contemplando las zonas de tolerancia en la Guaira o la Bayadera, Guayaquil y centro, Lovaina, Bosque y Las Camelias, pero nosotros esperamos que la ley de compensación, o ley de acción y reacción o la némesis de los griegos les llegue [...] En cambio nosotros y la ciudadanía sensata hemos quedado con una inmensa deuda de gratitud para con los Sres. [...] amigos del decreto # 517, o sea amigos del aseo moral de la ciudad, con excepción de un Pbro. Morales párroco de ese triste barrio, todos los demás párrocos de la ciudad, pues ellos son los más afectados; tampoco podremos olvidar aquí y reconocer sus buenos servicios [...] otros personajes distinguidos [...] gracias a ellos, mil gracias por habernos sacado de ese barrio [...] No podemos creer en manera alguna, por qué las autoridades echaron pie atrás en campaña tan bella, benéfica para la salud moral de la ciudad; la jerarquía eclesiástica no se le oyó su voz de estímulo y consejo alrededor de tema tan trascendente, o sería que no fueron consultadas posteriormente ¿solo se oían las voces de sirena y los papagayos (periodistas y radio periodistas) opositores; en una palabra unos se burlaron de la ley y otros no la cumplen y la ley debe cumplirse, pues el consejo de Estado dictó fallo favorable en junio de 1.952; ¿por qué se borraré con el codo lo que se escribió con la mano? Es decir, se considera superior el Contencioso de Antioquia al consejo de Estado? Si así se va a seguir legislando en Colombia para no cumplir y hacer cumplir, es mejor coger el monte donde lo gobiernan las leyes naturales primitivas que también son sabias, invariables y morales [...] Y si civismo

es destrucción, caos, rebeldía, como lo hizo el centro cívico del barrio de los mil nombres entonces estamos embromados. Y si catolicismo es solo oír misa y no obedecer la orden del Pastor y ayudarle al orden moral de la ciudad e irse contra 70 centros cívicos y más de 20 parroquias y ellos quedarse sucios, porque los pocos prostíbulos existentes en ese barrio no se serán cerrados [...] Así esperamos que la acción ley del tiempo juzgue y demande a unos y otros sus buenas o malas acciones; pero no olviden las autoridades actuales que el barrio Antioquia sigue siendo el sitio más indicado para zona de tolerancia por su ubicación y topografía única (AHM: Alcaldía, T70, F282-3. Año 1955)

Las pugnas que se dieron alrededor del decreto 517, mostraron distintos matices, sectores que evidenciarían que, esto más allá de ser un tema de una zona de tolerancia reducida a tan solo un barrio, se extendía a una lógica de ciudad. Primero, se hace un llamado a una moralidad en general que demanda la presencia de este sitio, donde se condensen y concentren todas las actividades que la villa no considera de tolerancia pública. Esto a pesar de sus habitantes, quienes deben o aceptar honrosamente el hecho, o irse del lugar, lo que muestra la situación de comodidad de quienes escriben, propietarios que tiene capacidad de poder migrar a otras latitudes y alimentar los flujos de capital inmobiliario que se comenzaba a dinamizar en Medellín. El tema se termina amparando en la disputa política de la época, ya que la presencia de liberales encabezando el centro cívico en contra del decreto, mientras que el apoyo era de sectores fuertemente conservador y eclesiásticos, quienes buscaban una estética inodora de ciudad. Muestra de esto, está la carta abierta al rechazo de las medidas de suspender el Decreto 517 se dejaron sentir con prontitud, donde la mayoría de los argumentos que buscaban la defensa de la implementación del citado decreto para la llamada limpieza moral de la ciudad clamando por mantener a barrio Antioquia como zona única de tolerancia:

[...] ahora analicemos el caso que nos ocupa. Hemos tenido el conocimiento que al Alcaldía han llegado uno o varios memoriales firmados por los honorables rebeldes del barrio Antioquia – porque este nombre será imborrable aunque le pongan nombres celestiales – y ya que no dejaron progresar el decreto # 517 y vivir con las mejores mujercitas que hoy viven en otras zonas de tolerancia, permitidas y toleradas, pues

solo se quedaron con las peores como las de la Bayadera – que buen gusto – se quedaron con el pecado y sin el género; allá ellos por rebeldes, corrompidos y malos, sigue sufriendo las consecuencias de su rebelión como los otros pueblos de que hemos hablado; se ha castigado así mismo y ahí tienen, mantienen y tendrán el fruto estéril de su cosecha [...] Que triste suerte les tocó a estos honorables rebeldes que no dejaron asear a la ciudad moralmente, ya que este barrio estaba sentenciado a ser una zona de tolerancia desde antes de 1936 por otras autoridades por su ubicación tan especial. Que malo es el egoísmo, la rebeldía, la anarquía y a esto lo llaman civismo moralidad, derecho; pero fue que allí en ese centro cívico hubo dos elementos comunistas; rebelarse contra las autoridades civiles, eclesiásticas y leyes naturales, lo mismo que contra las personalidades como sus autores doctores [...] de la misma manera los 4 o seis rebeldes del centro cívico del prostituido barrio Antioquia (porque lo era antes, lo es y lo será) [...] (AHM: Alcaldía, T107, F180. Año 1956)

El cambio de nombre al barrio no tuvo los efectos que esperaban, ya que el lugar aún es reconocido como barrio Antioquia, al igual que Trinidad, pero, ya desde muy tempranas épocas se anunciaba la permanencia de esta cuestión como la marca que permanecería en este sitio de la ciudad. Del mismo modo que el atisbo a mantener estas lógicas de prostitución y demás en este lugar, comenzó a alimentar el estigma con el que viviría Barrio de la Santísima Trinidad en todo su devenir, hasta la fecha, ya que, si bien el levantamiento de la medida suponía el desmonte de la zona de tolerancia, más bien terminó siendo la orden tácita de pequeños núcleos en toda la ciudad, pero, con un preferente y una predominancia de trasladar la mayoría a esta zona. La mezcla discursiva entre moral, los usos indeseados asociados al deterioro urbano comienzan a volverse bandera de las olas higienistas que buscan asumir en Medellín una estética dictada desde la naciente clase burguesa y los tradicionales terratenientes, a la vez que convertían a este discurso en fuente sustantiva de valor en el uso de los suelos urbanos (Restrepo, & Posada, 1981).

La década del 60 inicia con la puesta en marcha de los procesos de higienización de ciertos sectores de la ciudad, el foco, los barrios piratas e invasiones que para aquel momento en Medellín abundaban, por un lado, por el tema de salud pública y condiciones precarias de los asentamientos carentes de una adecuada dotación de servicios, y por otro, por la dirección

de planeación de la ciudad ordenada por el Instituto de Valorización (INVAL), posteriormente por el Departamento Administrativo de Planeación (Piñeros Pinto, 2016). Barrio Antioquia no fue ajeno a esta situación, en este periodo inició las revisiones a residencias e inquilinatos (AHM: Clarín, T55, F380. Año 1960), y el sellado del Teatro Antioquia (AHM: Clarín, T61, F44. Año 1960), y constantes visitas para la inspección del barrio (AHM: Clarín, T64, F112. Año 1961; AHM: Clarín, T71, F229. Año 1961; AHM: Clarín, T91, F29. Año 1961). Pese a una presencia más cercana de instituciones de la administración que buscaban mediar la temática urbanística, las problemáticas de Barrio Antioquia no desaparecían, por el contrario, los habitantes sentían un mayor arraigo de estas actividades con las que debían convivir en el día a día, más aún, habían creado otras a su alrededor. El siguiente es el juicio administrativo que, en sumatoria recogió diversas problemáticas que perviven en el lugar:

[...] 2° la Alcaldía de Medellín, en forma precipitada y sin consideración alguna, por medio del decreto 517 de 22 de septiembre de 1951 [...] consignó como zona de tolerancia una zona residencial habitada por trabajadores y obreros que, en lucha abierta y constante, logramos después de múltiples sacrificios construir una pequeña vivienda para alojarnos con nuestras familias [...] 3° con motivo de aquel decreto vino a los barrios Antioquia y fundadores una invasión de hetairas, quienes con tahúres, ladrones y homosexuales vinieron en alud arrollador a sentar sus reales en el otro barrio honesto de trabajadores de Medellín [...] 4° Aquella invasión imprevista sembró el pánico y desolación en hogares honestos y dignos, aunque pobres y menospreciados por la autoridad, la cual no paró mientes en intranquilizarlos con disposición tan grave como calamitosa para la honestidad y moralidad de la juventud que allí habita [...] 5° Muchas fueron las protestas que formularon los moradores de los barrios citados, muchos los descatos presenciados por todos, que mirábamos con horror cómo se violaban domicilios al amparo de la autoridad a fin de lograr que desocupáramos nuestras casas para acomodar, contra nuestra voluntad, a las meretrices que acudieron en avalancha de todos los puntos de Antioquia [...] 6° No paró mientras la Alcaldía de Medellín al dictar su decreto en el que él se violaba también una Ley Municipal, que lo es la del Plan Regulador, que destinó aquella zona

para un Núcleo residencial y fundamento de una unidad vecinal; asimismo olvidó que ese plano regulador, frente a los barrios unidos de Antioquia y Fundadores, destinó zona espacial para la construcción de un Bulevar por donde se entrará a la ciudad en no muy lejana época y, además, cerca de la cual quedará la industria pesada y liviana que funcionará en la ciudad [...] 7° la Alcaldía de Medellín en su afán de ejecutar rápidamente lo dispuesto por el decreto Nro. 517, cerró las escuelas de los barrios mencionados, frecuentadas por más de mil niños, impidiéndoles a estos el examen final de fin de año, pues perdieron el año lectivo cuya consecuencia inmediata fue la de ver cómo los niños deambulaban por las calles, frente a los prostíbulos presenciando actos ignominiosos, a la vez que entregándose a la vida disipada y corrompida de tahúres, ladrones y homosexuales, escándalos de los cuales dio cuenta ampliamente la prensa hablada y escrita para que fuera más tristemente célebre la historia de este decreto [...] 8° No solo fueron escandalizados los niños y damas honestas de los barrios Unidos, sino que se pudieron presenciar escenas espeluznantes protagonizadas por borrachos y prostitutas, tales como invitar a la Santísima Virgen a que bajara con ellos de su pedestal a bailar con ellos cumbia, sin que la policía frenara de forma alguna los desmanes criminales que avergonzaría a la misma cafrería y no solo eso: mientras en el templo se oficiaba implorando la miseria Divina para los humanos, al frente de sus puertas aquellas mujeres, en íntimo connubio con bandidos irresponsables, hacían alarde de incredulidad y se mofaban del sacerdote como si tratara de un trotamundos y estafador. Y a tal punto llegaron los desmanes, que el señor Arzobispo de Medellín optó por cerrar el templo, dejando a los católicos sin los consuelos de la Religión que profesan, pidera más escándalo para la juventud del barrio que inquiría el porqué de tan grave medida [...] 9° También mujeres honestas que para ayudar a la subsistencia de sus hogares han tenidos que apelar al trabajo en las Fábricas existentes en el barrio Antioquia y fuera de él, pero que allí residen, han sentido el salivazo inmundo y el inmundo procaz del borracho agresivo que se siente en su medio y que no respeta a las mujeres, porque cualquiera que todas las que viven en el barrio residencial, son de la misma calaña de la que llevó allá el decreto 517 sin que parara aquí el abuso, sino que cuando llegaba la queja a la autoridad, se las contestaba secamente “Retírense del Barrio Antioquia”, sin que hubiera protección al

honor de la obrera, que vale tanto como el honor de vuestra esposa e hijas [...] 10° Pero la cadena de ignominias no paró aquí, las entradas y salidas de barrio Antioquia y Fundadores fueron bloqueadas al libre tránsito y sus moradores sometidos a la coyunda humillante de la identificación y del sostenimiento a las disposiciones del decreto Nro. 517, actitudes que la gentes desprevenidas llaman humillación a un barrio y la policía denomina cumplimiento indispensable para salir al trabajo y regresar de él. Pero es más: Policías uniformados diciendo cumplir órdenes superiores,, cometieron miles de abusos de autoridad amparados por el decreto 517 sobre zona de tolerancia muchas mujeres honestas ultrajadas, domicilios violados niños encarcelados y pervertidos, madres amenazadas con la inscripción en el Dispensario Antivenéreo, obreras honestas privadas del salario y mil atrocidades más, fueron las huellas imborrables que dejó tras de sí el Decreto Nro. 517 de 22 de septiembre de 1951 de la Alcaldía de Medellín [...] 11° Con la invasión de mujeres públicas vino la de cantineros y de comerciante inescrupulosos quienes, previa autorización de la Alcaldía, pusieron a funcionar pianos y tocadiscos a todo volumen y durante toda la noche sin restricción de ninguna especie ni consideración para los habitantes del barrio, especialmente obreros y obreras cuya merma de la capacidad para el trabajo se hizo notoria debido a que por esa causa no podían conciliar el sueño y cuando lo lograban era de forma deficiente y por tanto insuficiente para el descanso natural [...] 12° Los asesinatos constantes y misteriosos, el mercado incontrolado de estupefacientes, el cierre de escuelas para destinar locales a cuarteles de policía y dispensarios, fueron factores decisivos para que los propietarios de los barrios Unidos y Antioquia sufrieran una gran desvalorización [...] (AHM: Personería, Departamento civil, C159, L4, F3-9. Año 1949-1962)

El juicio y lo que se impugna a la administración municipal es la censura pública de los habitantes del territorio de barrio Antioquia y Fundadores¹⁹, quienes fueron obligados a

¹⁹ Barrio Antioquia y Fundadores es la división tácita que generó el decreto 517 debido a lo que hoy es la carrera 65 sería el límite entre un barrio y otro, hacia el oriente Fundadores y hacia el occidente barrio Antioquia o Santísima Trinidad. La división se da por la radicación de la zona de tolerancia que acogió en los planos sob Barrio Antioquia, mientras la otra quedó libre en los planos, pero no del estigma de la zona en general. Más adelante se verá que esta frontera cobró distintas connotaciones.

vivir con las actividades, a tolerar lo que el resto de la ciudad no quiso acoger, radicando innumerables problemas, como el incremento de bares y cantinas con altos niveles de ruido por los tocadiscos a altas horas de la noche, borrachos inescrupulosos molestando con imprudencias a las mujeres moradoras del lugar, bloqueos al libre tránsito por parte de la policía que con desmanes de autoridad actúa de manera humillante con sus habitantes, el incremento de los homicidios, entre otro. Esta mala planeación por parte del ente municipal ancló una serie de vivires y sentires que se reproducirían a lo largo de la historia del barrio, allí, tanto la vida nocturna como la proliferación de un mercado informal sería una de las alternativas a la realidad de los habitantes de esta zona.

El sustento de muchos de los habitantes de barrio Antioquia se vería ligado a la plaza de Guayaquil, y no solo en el asentamiento de las actividades ligadas a la prostitución, sino que, como gran parte de la ciudad mercaban y obtenían allí el abasto para sus casas o negocios. Mientras para Wilson Londoño el sustento económico de su familia estuvo vinculado al subarrendamiento de bares en el viejo Guayaquil: El árabe y El Santa Cruz fueron bares que quedaban al frente de la plaza de mercado, para Mariano Arboleda, uno de los fundadores del Barrio Antioquia era una fuente de sustento transportando con su vehículo tirado por caballos bultos de grano como maíz, frijol y arroz, desde la Plaza de Mercado Cisneros hasta las tiendas del barrio., con el cierre de esta²⁰, se movía desde la Central de Abastos Mayorista al barrio (Wilson Londoño, comunicación personal, 2020). Francisco García por su parte, era una tradición ir a la plaza a merca para los hogares, comprar las legumbres, la carne en frente de la Estación del Ferrocarril, y volver a la casa en bus con bultos, fue una tradición enseñada por padres y madres, pero a él, se la habituó su tía (Francisco García, Comunicación personal, 2020).

²⁰ La plaza de mercado de Cisneros, La Pedrera o Guayaquil tuvo una etapa de disolución desde el incendio en 1968 hasta su desmonte en 1980 por la construcción del Centro Administrativo la Alpujarra (Rincón, 2009).

Figura 4.

Marianito Arboleda retirado hace 15 años del oficio.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2005)

Figura 5.

María Dolores Sanmiguel, habitante de barrio Antioquia y asidua trabajadora.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño 2005.

El vínculo de Guayaquil con barrio Antioquia será más extenso, convirtiendo al primero en fruto de condena de situaciones ajenas a los moradores del lugar, pero a su vez, una forma de sustento a la población en general. Muestra de esta relación está expresada en la petición que realizan los habitantes del Barrio Trinidad por una mejora en la prestación del servicio de buses, ya que el trabajo hasta altas horas ha obligado a quienes necesitan volver a sus casas a movilizarse en taxi, creando perjuicios a los habitantes de la localidad²¹ (AHM: Clarín, T342, F107. Año 1968). La informalidad será el medio por excelencia para el sustento de las zonas populares y marginadas por la ciudad, allí se desarrollarán luchas desde el día a día por construir lazos comunitarios y de cooperación económica entre los moradores, buscando una estabilidad ante la variabilidad de la realidad social que viven (Bourdieu, 2007).

El barrio se convierte en un espacio irrestricto de experimentación y expansión de las fronteras sociales, allí, las economías informales están poniendo a prueba el sustento de amplias capas de la población de la ciudad, del mismo modo que afianza vínculos y relaciones entre sus habitantes desde la interacción del día a día (Lefebvre, 1978; Santos, 2000). Desde especulación con productos y el contrabando con otros, son parte de la forma del sustento de los barrios, obligados a sobrevivir con dinámicas de precios atípicas por su capacidad adquisitiva de consumo (Godelier, 1990). Casos como la especulación con el precio de la leche (AHM: Clarín, T74, F277. Año 1961), son fenómenos que pasan en los entornos populares como una manera de obtener el sustento, tildado por las industrias por práctica desleal para los monopolios, pero en los barrios representa una forma de abastecimiento de productos negados por las dinámicas de mercado. Pese a esto, se crean vínculos entre los habitantes, al reconocer ejemplos de trabajo arduo, con el sello del rebusque y una marca de sacrificio cotidiano como es en las áreas marginadas de la ciudad, Lolita, será un modelo de esto:

Esta señora fue un ejemplo de trabajo, los hijos muy vagos y trabajó ella toda la vida, no sé si aún esté viva, se fue para Caldas. Ella llegaba a la distribuidora de leche le

²¹ Habría que mencionar que esta petición marca las lógicas al interior del Barrio, al establecer horarios extendidos con una fuerte actividad nocturna; es decir, el llamado está inspirado en los ritmos que impone la vida nocturna que trajo a la localidad la instauración del decreto 517 en el barrio.

dejaban a ella en consignación – una cantidad de bolsas de leche – cuando la leche venía en litros en los años 70, entonces ella en un carro que se jalaba con piola llevaba esos litros a vender. Se ayudaba también engordando marranos, ya de vuelta de vender la leche, el mismo carrito recogía agua-masa, las sobras de los alimentos y con eso engordaba los marranos (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

Ahora bien, en barrio Antioquia según menciona Francisco García, hay unos oficios tradicionales, zapatería, albañilería y todo lo relacionado con mecánica, que en los últimos años han mezclado un rebusque en las ventas de alimentos como fritangas, chorizos, chunchurria, chuzos, perros, hamburguesas, eso es lo que se ve aquí, y la venta de drogas, eso no falta." (Francisco García, Comunicación personal, 2020). Nos obstante, la historia económica del barrio está vinculada a todo un fenómeno de ciudad, donde el deterioro de la industria textil y el deceso de Medellín como la capital industrial del país (Gómez, 2013; Kalmanovitz, 2019), crea efectos en los barrios y un vuelco cada vez más notorio a la informalidad o a encontrar otras fuentes de recursos, así lo menciona Edwin Pérez, cuando rescata la importancia de una empresa como la Fábrica de Medias Cristal, su deterioro y la aparición de una nueva fuente de sustento, quienes estaban en el exterior:

Medias Cristal Hace parte de la historia de muchas familias, porque muchos padres y madres de gente del barrio trabajó allí. Creo que aún sobrevive, pero como toda la industria textil, muy deterioradas, aunque yo me atrevería a pensar que la gente que trabajaba allí era de otros barrios, eso allá se llenaba de buses, porque la gran concentración – del trabajo – está en la informalidad ¿de qué hemos vivido siempre en el barrio? Los negocios, las tiendas, bares, pero eso desapareció, de las fritangas, la ilegalidad el microtráfico o las bandas que los llevan a fabricar, en la violencia ¡ah se me olvidaba! Vivir de los que estaban en Estados Unidos, España e incluso Japón. En el barrio se nace, se crece, se va a Estados Unidos y se muere – risas. Mi papá fue mulero, mensajero, después manejó taxi liquidando, un tiempo que se quedó sin trabajo vendió chance, y lo que era obligado en el barrio para la época, se fue para Estados Unidos, y como era, ilegalmente. Fue dos veces. Llegaba a donde amigos de él que lo recibían, lo hospedaban, ya cuando conseguía su trabajo se independizaba,

bueno entre comillas porque ellos siempre vivían entre dos o tres, ahí recibían a otros, hasta que los deportaban. Durante esa época como en todo el barrio, hay un cambio económico y por tanto social en las familias, nosotros – familia – tuvimos la fortuna, porque tuve amigos muy cercanos que, no aguantaban hambre todo el tiempo, pero tenían momentos de mucha necesidad que se acostaban sin comer, que no había pal traído, que el papá se emborrachaba con la plata del mercado, muy seguido eso. Nosotros, como parte de nuestro orgullo no tuvimos que vivir eso, todo muy sencillo, pero nunca tuvimos que llegar hasta ese extremo. Recuerdo con mucha gratitud con esas épocas difíciles, yo le alegaba a mi mamá que en esas épocas se volvía muy creativa y se inventaba dos o tres platos que surgía en esas crisis, pero eso eran sobras – risas – o lo que encontraba, una papa un plátano, nosotros vivimos eso. Bueno entonces cuando se van – a Estados Unidos – los mejores equipos de sonido, el primero o segunda televisión a color, recuerdo que hubo un reinado y la cuadra se llenó a ver en el televisor a color, los tenis de Estados Unidos, la sudadera, eso lo desfilábamos en la calle 25. Eso hasta que llegó mi papá con ahorros y se compró su propio taxi." (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020).

Las actividades económicas eran diversas en el barrio, se tenía desde la gente que trabajaba en las industrias bien sea aledañas o movilizarse a otras latitudes de la ciudad, ya que la segunda mitad del siglo XX en Medellín estuvo marcada por la arremetida industrializadora, aunque en un ritmo que se ralentizaba a nivel nacional (Ramírez, 2011; Ruiz, 2011). Esto, se mezclaba con una gran cantidad de gente que vivía de iniciativas particulares o la informalidad que financiaba un sostenimiento de poca estabilidad, y siempre expectante de lo que iba a pasar mañana, y como menciona, siempre las dinámicas de ilegalidad lograron captar población que se dedicó a esto, generando cambios considerables en los estilos de vida de los habitantes locales (Riaño, 2006; Salazar, 2018). Este fenómeno subsidiario del narcotráfico de los años 80 que impulsó el financiamiento de bandas y combos al largo de Medellín logra arraigarse en distintas partes de la ciudad e impulsar las economías populares.

En barrio Antioquia, y quizás al igual que el resto de los lugares de la ciudad donde se explotó el fenómeno de la violencia, se vio favorecidas estas dinámicas por el mismo

contexto de marginación y muchas veces de necesidades que permitieron la proliferación de las economías ilegales. El abandono institucional crea el ambiente adecuado para la gestación de dinámicas sociales que exceden el funcionamiento del Estado, toda vez, que los barrios en este caso juegan una suerte de quimera donde la institucionalidad es puesta a prueba por la realidad social de sus habitantes que reestructuran constantemente las dimensiones de la excepcionalidad (Agamben, 2004; Das et al., 2008). Es decir, el desarrollo de prácticas ilegales se da por la pericia de los habitantes y la actitud laxa de las autoridades, tal como lo muestra los siguientes informes de la Personería de Medellín respecto a las inspecciones de policía de barrio Antioquia, donde ya para mediados de siglo XX denunciaban estos hechos como actos legitimados por actuaciones descuidada de la autoridad de facto:

Me parece también irregular el hecho de que los sindicados por algún delito de los que contempla el C. Penal, se les ponga en libertad bajo una simple promesa de presentación impuesta en una conminación. – Esta informalidad, indica o relleva cierta negligencia por parte del funcionario Instructor, además que cierta largueza y benevolencia para los sindicados, no contemplada en la ley, lo que al establecerse como práctica o como norma se traduce en cierta impunidad. – Al sindicado se le pone en libertad, cuando esto deba hacerse, previo al lleno de los requisitos legales de fianza, o bien, si es pobre, con el lleno de los requisitos del art. 415 del C. de P. P. – (AHM: Personería, T65, F161. Año 1946; AHM: Personería, T69, F89. Año 1947).

Lo anterior genera en la población un desdén por las normas y el cumplimiento de estas, debido a la ligera forma de afrontarlas y la posibilidad permanente de poder tomar interpretaciones alternativas, ya que los trámites en la jefatura de policía muestran un accionar algo laxo y una informalización de los procedimientos legales que en el barrio se aplicaban. Luego a esto, la expedición del decreto 517 institucionaliza la pervivencia de estos desordenes y la permisividad por parte de las autoridades. Y aunque el decreto se levantó pronto, las practicas se mantuvieron y generaron ambiente de zozobra, debido a esta desilusión de al cumplimiento de las normas. Casos como un grupo de niños entre 8 y 14 años que quebraban bombillas en el sector a modo de travesuras causaron daños en la vecindad, en la tranquilidad pues estos lugares se volvían propicios para hurtos a la propiedad

(AHM: Clarín, T47, F180. Año 1960). Un año después de esta notificación, y se da el surgimiento de grupos de menores que con cuchillos y garrotes comenzaron a hacer ilícitos (AHM: Clarín, T65, F345. Año 1961). En la infancia se experimenta esta delgada línea entre travesura y vandalismo que establece los marcos limítrofes de lo aceptado y lo censurado, allí es donde desde lo barrial, se comienza a experimentar en los jóvenes los límites de la acción social (Bourdieu, 2007; Santos, 2000).

En lo posterior, barrio Antioquia sería reconocido por la acción permisiva de las autoridades frente al accionar delictivo. Eventos como captura de personajes dados a la fuga de la cárcel (AHM: Clarín, T69, F435. Año 1961), capturados por delitos de todo tipo, o por delitos como juegos de dados (AHM: Clarín, T15, F368. Año 1959), eran cuestiones aleatorias que sucedían en el lugar. Esto alimentaría el dato extraoficial que el párroco de la iglesia de la Santísima Trinidad presentaba a la alcaldía municipal, argumentando que allí se puede calcular que hay un setenta por ciento de ladrones entre los moradores adultos (AHM: Clarín, T7, F258. Año 1959). Las medidas fueron llegando con una parcial purga y expulsión de quienes no tuviesen su pasado judicial al día con certificado de DAS (AHM: Clarín, T76, F293. Año 1961). Sin embargo, la infamia acompañaría a los habitantes de esta zona de la ciudad, quienes serían todos asociados a delincuentes de todo tipo, Wilson Londoño piensa que el estigma era una realidad que vino y fueron obligados a convivir con ella:

No, si se vivía – el estigma – eso se vivió. En los años 58, 55, 60 vinieron al barrio, no es que se fueran creando acá, sino que llegaban personas ya, yo tenía 5 años o 7... y ellos aprovechaban allá en Guayaquil que era donde estaba la plaza de mercado y allá se iban y venían a vivir al barrio, alquilaban una pieza en una casa de inquilinato en un pasaje que se llamaba, vivían ahí, se casaban... entonces uno veía como ellos andaban tranquilamente y después cuando fueron como muy conocidos por la policía ya eran perseguidos, los llevaban a la prisión, salían pero ellos también se fueron yendo porque ya llegó después otra corriente de delincuencia como fueron los muchachos apartamenteros, que robaban en otros barrios y vivían en el barrio. Los muchachos que se quedaron conmigo en la escuela, esos pocos se volvieron malos, casi todos crecimos por el camino correcto, con valores, aprendimos una profesión, pero más que todo lo que llegó era como importado ¿sí? Como fue el caso de los

carteristas, los apartamenteros, luego ya los que vienen con el tráfico ¿sí? Eso se fue incrementando porque ya los carteristas fueron los que se volvieron los... los que traficaban con droga. (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

La segregación de la que fue víctima el barrio a mediados de siglo permitió que fuesen llegando algunas personas relacionadas con fenómenos de ilegalidad y se posicionaran allí, ganando arraigo, prestigio. Posterior a esto, ya en la década del 70 se da ese proceso de viajar con marihuana, las mulas, después llega la cocaína, viajar de aquí a Panamá o Estados Unidos, por lo general los que se iban apuntando a eso era la gente de aquí del barrio que fueron cambiando con eso la parte física del barrio, cuando venían con buenos recursos construían casas de dos y tres pisos, al lado de unos tugurios construían una casa de mármol, una extravagancia (Francisco García, Comunicación personal, 2020). Así pues, se comienza a integrar las prácticas ilegales a las dinámicas sociales del barrio, no por elección o imposición, solo por una marca que el discurso social de exclusión que ha construido la ciudad sobre ellos permite que se mantenga y reproduzca. Para Santiago López, esto se permite por la problemática permanente del microtráfico que genera un comercio de dinero fácil, y una figura de un traquetico que motiva a los jóvenes a vincularse a X o Y grupo, enriquecer y ganar estatus en el barrio, reforzando las mismas problemáticas históricas del barrio (Santiago López, Comunicación personal, 2020). Danilo Montes, por su parte y de una manera sintética propone que la composición del barrio está articulada desde una especie de periferia social-espacial, ya que muchos de los problemas se entablan dentro los estigmas y dinámicas sociales más que equipamiento que es la problemática constante a la hora de entender las periferias:

Lo que yo sé de la familia es de segunda mano porque mi mamá es la que va constantemente en al barrio y me mantiene informado. El barrio es muy particular porque no es periferia, pues dentro de Medellín es central, no es como todos los barrios de la ciudad donde se presentan problemas como la falta de servicios públicos, o hacinamientos suburbanos, eso en el barrio no se ve, o se veía antes, porque antes había un lugar que lo llamaban los ranchos en la parte de arriba al aeropuerto, esos ranchos los tiraron e hicieron la vía que da a la calle 30, eso lo desalojaron hace rato,

entonces las dinámicas propias de las periferias en el barrio no hay. Como la gente también está permeada por los que vivieron en la USA, viven de la farándula o bueno, lo que percibo en mi familia, como mis primas están metidas con gente que también está en la vuelta, entonces una prima está metida con un man de otro combo, otra prima el papá del niño está en México, así la mayoría de las primas... los primos contemporáneos las dinámicas del microtráfico están muy metidas, entonces en las reuniones familiares es muy común uno ver armas, como que se siente la zozobra, porque de un tiempo para acá una gente de Belén trata de hacerse a las plazas de esta gente, entonces lograron meterse en una que queda en el Quinto, pero ya la recuperaron, a raíz de eso le han hecho muchos atentados al novio de mi prima, hasta ella le pegaron unos tiros. El caso es que, yo no voy al barrio por eso, como en un diciembre, el primo mío mostrándome una subametralladora con un silenciador, eso no es normal, pues a mí me impactaban y que los niños vean eso raya mucho, además que él lo muestra como alardeando. Eh, mira lo que tenemos. (Danilo Montes, Comunicación personal, 2019)

Acabamos de ver tres elementos que transversalizan la historia de Barrio Antioquia. El primero, es la contradicción que se da entre la idea de desarrollo higienista, católico y moralizante que intenta implementar Medellín en su espectro urbano, y la satisfacción de las necesidades de sus habitantes pobres y desplazadas por la violencia. Esto desembocaría en la implementación de toda una discursiva de progreso y planeación urbana, que escondería un proceso de marginación social de ciertos grupos y una limpieza de ciertas zonas, lo cual, tácitamente construía a este barrio el arrabal por excelencia de la ciudad. La lógica era cada cosa en su lugar, y cada lugar para cada cosa, la pobreza era tolerable para los nuevos planos de la villa, siempre y cuando, no estuviese a plena vista. El segundo, continuando con el sello de marginación que le impone la ciudad, que obliga a la población de este sector a convivir con todo tipo de actividades que la moral católica de la ciudad considera profanas para la salud pública. Esto trajo consigo a que los moradores locales se vieran obligados a desarrollar un modelo de economía basado mayoritariamente en relaciones informales, dado que el estigma a veces los imposibilitaba para conseguir trabajos formales, así que los pequeños talleres y artesanía proliferaron en el barrio como forma de rebuscar el sustento y

ejercicio de afianzamiento de los lazos comunitarios entre sus habitantes. Por último, este esquema de economía popular basada en el rebusque y la permanencia de necesidades, acompañado de la imagen de marginación, abandono y desidia institucional, crea un espacio de aplicación laxo de la ley, permitiendo en este sector, el surgimiento y arraigo de prácticas dadas a la ilegalidad que se amalgamarían fuertemente a distintas capas de la cotidianidad de los habitantes de Barrio Antioquia.

1.2. Apuntes finales: el barrio y su relación con la ciudad

Como se ha intentado dilucidar anteriormente, el barrio ha establecido una relación central con la ciudad de Medellín en general, donde no solo por ubicación cardinal, sino por una serie de dinámicas sociales, no solo impuestas, sino vividas, han posicionado al Barrio Antioquia ante el gran panóptico de una férrea moral católica, que dirigía el actuar urbanístico de la ciudad. El barrio ha sido el centro de las miradas, una marginalidad situada y posicionada que vedaba en medio de una ciudad creciente una población y un espacio urbano apartado por marginación social, más que espacial. El contexto no inclusivo en el que se encasilló Barrio Antioquia, y no solo este, sino muchos lugares de la ciudad dada la acelerada migración/desplazamiento que se vivía el país, trajo consigo la proliferación de barrios denominados de clases bajas, gente pobre, piratas, invasiones o asentamientos irregulares, como fueron denominados según la administración municipal en su proceso de constitución, trayendo como resultado el incremento de las necesidades de una población que desbordaba las expectativas de crecimiento que tenían las ciudades para la época. No solo infraestructura en salud, educación y servicios públicos fueron las demandas, sino espacios para el esparcimiento, adecuaciones en lugares que ayudaran a mejorar las condiciones de vida, y más crucial aún, garantizar la acogida dentro de un sistema productivo aún limitado y que no poseía la suficiente articulación para lograr industrializar en su totalidad un pueblo en crecimiento.

En los lugares donde no se acercó el llamado desarrollo económico que vivió la ciudad fue en los crecientes nuevos barrios, que, a pesar de aportar mano de obra a las principales empresas, no se vio reflejado en infraestructura en sus vecindades, donde muchos de ellos ante la falta de oportunidades formales, se vieron abocados a encontrar formas de

sustento alternativo. Este sería el surgimiento de los llamados barrios populares, donde la informalidad sería la manera que por excelencia daría condiciones de subsistencia a la población que se abarrotaba a las pequeñas urbes. Los talleres en las residencias, las tiendas de barrio, el comercio nocturno, etc., eran formas en las que los habitantes de los barrios lograban hacerse a fuentes de sustento, para mantenerse en una ciudad que los había recibido con las puertas cerradas.

La emergencia de estos barrios populares evidenció la incapacidad de las ciudades principales, en este caso, Medellín para integrar las poblaciones que llegaban, desarrollando mecanismos de control demográfico que se basaron en la restricción asentamientos con la parcelación la ciudad y la implementación de los planes piloto y reguladores que intentaron controlar los problemas urbanísticos de la ciudad. Por otro lado, el fomento de discursos higienizadores que buscaba atacar las dimensiones sanitarias del fenómeno de crecimiento urbano y el asentamiento descontrolado, pero, se vio prontamente mezclado con estigmas sociales y señalamientos, producto de una muy arraigada moral católica que se hacía partícipe desde los idearios de una construcción de Medellín como ciudad.

En consecuencia, la historia que se acaba de narrar en el presente capítulo muestra la tensión barrio – ciudad, donde la consagración del Decreto 517/1951 solo reflejaría los conflictos de intereses de una idea urbana emergente que buscaba el desarrollo industrial, contra un asimétrico incremento demográfico en distintos sectores de la ciudad, lo cual, evidenció la incapacidad de la administración a la hora de atender íntegramente las nuevas problemáticas de la planeación urbana. Así pues, ante este la actitud reactiva de la administración, las comunidades barriales, en este caso la de Santísima Trinidad, ha desarrollado una serie de actividades tendientes a la informalidad que les ha permitido atender los requerimientos para unas mejores condiciones de vida allí donde no abundan las oportunidades afuera del mismo barrio, convirtiendo su nicho inmediato como su fuente de sustento económico y productivo, donde las tiendas, pequeños emprendimientos, o negocios unifamiliares darían de comer a gran parte de la estructura de la vecindad. Es a partir de este panorama de inasistencia y estigmatización que recae en las áreas urbanas olvidadas o barrios populares, donde emergen formas de socialización alternativas y nichos de interacción consolidados a partir de la interiorización y transformación de la realidad inmediata del día a día.

2. El barrio y su memoria

... Y yo, que ni siquiera había nacido

Luego fui condenado

*A vivir entre prepagos, hijos no planeados, trovadores, policías, doctores, sabios y
bandidos*

Señora, nadie nace malo

El amor es congénito

Lo demás es aprendido (Los Chikos del Maíz 2019).

Estos tópicos del como habitar y los modos específicos del ordenamiento constituyen un interrogante clásico, es allí donde la sociología ha contribuido a la comprensión del espacio desde los procesos de socialización que en ellos se da, es decir, estructurando una comprensión del espacio desde las lógicas relacionales que en él se dan (Castells, 1999). Los espacios pensados a la luz de sistemas de objetos se ven cada vez más desligados de razones o de las naturalezas que en sí misma inspiraron la elaboración de los sitios, es decir, el resultado desvinculado de los procesos que le dieron origen a estos²². A esto, Certeau, (1999) retomaría una discusión de amplia data en la geografía y acotaría en la relación entre lugar y espacio, donde la de mera estabilidad de uno a modo de contenedor, y componente dinámico en el otro, así pues, los lugares empiezan a ser marcos sentidos de la acción, mientras que el espacio es el lugar practicado.

Desde un principio, entre espacio y lugar, se planteó una distinción que delimitará un campo. Un lugar es el orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia. Ahí pues se excluye la posibilidad para que dos cosas se encuentren en el mismo sitio. Ahí impera la ley de lo "propio": los elementos considerados están unos al lado de otros, cada uno situado en un sitio "propio" y distinto que cada uno define. Un lugar es pues una configuración

²² En palabras de Gómez y Mahecha (1998) el espacio trabajado por la geografía se adhiere como sistema de objetos, cada vez con más artificios y acciones del mismo tipo, la finalidad de estos se hace cada vez más tenue y los procesos ecológicos desnaturaliza tanto los lugares como los agentes que accionan los sitios.

instantánea de posiciones. Implica una indicación de estabilidad [...] Hay espacio en cuanto que se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo. El espacio es un cruzamiento de movi­lidades. Está de alguna manera animado por el conjunto de movimientos que ahí se despliegan. Espacio es el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancia, lo temporaliza y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales. El espacio es al lugar lo que se vuelve la palabra al ser articulada, es decir cuando queda atrapado en la ambigüedad de una realización, transformado en un término pertinente de múltiples convenciones, planteado como el acto de un presente (o de un tiempo), y modificado por las transformaciones debidas a contigüidades sucesivas. A diferencia del lugar, carece pues de la univocidad y de la estabilidad de un sitio "propio" (Certeau, 1999, p. 128).

Pese a lo anterior, Massey, (2004) integra al contenido pasivo de los lugares el dinamismo de las relaciones en el espacio, donde los sitios son vistos en dos dimensiones, una emic dotada de multiplicidad de sentidos en tanto relaciones espaciotemporales que configuran un marco global de interacciones; por otro lado, una mirada etic²³, construir la interdependencia entre lugares y enmarcando el sentido en tanto relación simétrica con marcos más amplios de interacciones²⁴. A este respecto, Santos (2000) anudará estas dos dimensiones, proponiendo una relación dialéctica entre las escalas externas y los tiempos internos de los lugares, creando un eje de coexistencia donde ambas dimensiones se funden, creando las nociones y las realidades de espacio y tiempo. Es allí, donde los sitios sintetizan

²³ Estos dos enfoques son los que se contraponen en los inicios de disciplina antropológica y la manera en la que se desarrolla el método etnográfico, etic hace referencia a una observación externa, donde el fenómeno es dimensionado por yuxtaposición. Por su parte, la emic requiere la interiorización con el objeto y el entendimiento mediante negociaciones y reglas de mutuo acuerdo que de las explicaciones a la observación del investigador (Harris, 2011).

²⁴ Esta manera de imaginar la "identidad" lleva a distintas interpretaciones. Primero atiende a los lugares, hacia una apreciación de su complejidad interna, es decir como punto de encuentro, como negociación constante, como hibridismo ineludible. En segundo, dónde puede conducirnos a un sentido global de lugar (de lo local) implica también que cada país, región, ciudad se construye en buena parte a través de relaciones de interdependencia que la vincula a otros lugares (Massey, 2004)

los elementos diacrónicos e históricos de la estructura social existente con el sincrónico donde las interacciones sociales convergen en nodos de relaciones²⁵.

El espacio más allá de ser el telón de fondo de las situaciones sociales, sino como un entramado que contiene per se, relaciones intrínsecamente asociadas a este, por ello, su mera mención ya lo transforma en un componente relacional. En términos de Bourdieu (2007) la noción de espacio contiene, por sí misma, el principio de una aprehensión relacional del mundo social: afirma en efecto que toda la «realidad» que designa reside en la exterioridad mutua de los elementos que la componen. El espacio condensa la realidad temporal de las acciones, manteniendo una sinergia que extiende el contenido de estas, siendo fundamental el entrelazamiento de distintas escalas y cronologías al interior de las interacciones mismas.

Cada acción se realiza según su tiempo; las diversas acciones se dan conjuntamente. Objetivos particulares, que son individuales, funcionalmente perceptibles, se funden en el objetivo común, pero difícilmente discernibles. La vida social, en sus diferencias y jerarquías, se da según tiempos diversos que se entrelazan y anastomasan, entrelazados en el denominado vivir común. Ese vivir común se realiza en el espacio, se cual se la escala: el lugar, de la gran ciudad, de la región, del país entero, del mundo. El orden espacial es el orden general, que coordina y regula los órdenes exclusivos de cada orden en particular [...] el espacio es el orden de las coexistencias posibles (Santos, 2000, p. 134).

En otras palabras, el lugar no es donde las relaciones sociales simplemente tienen lugar, sino un ingrediente inherente de sus modalidades de actualización (J. A. Agnew, 2011). En este punto habrá que destacar la notoria relación entre espacio y tiempo, ya que, sin la

²⁵ Ritmos existen dos tipos, los cíclicos presentes en la larga duración, mientras que los lineales se basan en la repetición del movimiento y la acción constante, en este sentido, el espacio está configurado por ciclos, mientras que las prácticas son la praxis de la vida social que integran la unidad de los ciclos. Lo anterior lo expresaría Lefebvre (2007) de la siguiente manera: Repetición cíclica y repetitiva de la lineal por separado en el análisis, pero en realidad interfieren entre sí constantemente. El ciclo se origina en la cósmica, en la naturaleza: días, noches, estaciones, las olas y las mareas del mar, los ciclos menstruales, etc. lineal vendría en lugar de la práctica social, por lo tanto de la actividad humana: la monotonía de las acciones y de los movimientos, las estructuras impuestas. Tiempo y el espacio, el cíclico y lineal, el ejercer una acción recíproca: se miden entre sí, cada uno se hace y se hace una medición de la medida, todo es repetición cíclica a través de repeticiones lineales. Una relación dialéctica (la unidad en la oposición), lo que adquiere sentido y alcance, es decir, la generalidad. Se llega por la carretera como por otros, las profundidades de la dialéctica.

acción misma, los espacios son meros contenedores y una entera relación geométrica entre objetos. Así pues, las características de estas variables, es fundamental para comprender los procesos sociales en la construcción social del espacio-tiempo de los lugares (Delgado, 2003).

Los nombres propios se establecen como marcadores de identidad de sus portadores sobre los espacios sociales pretéritos, presentes y futuros, estableciendo una relación de la etiqueta tanto del espacio con el tiempo; de este modo, el nombre no puede trasportar participaciones sin elementos vinculantes, ya que fuera de esto, los efectos del nombre solo tendrán sentido dentro de un amplio y dilatado proceso de abstracción (Bourdieu, 2007). No obstante, la nomenclatura identitaria sobre los individuos no solo son personas, los lugares, las calles etc. Hacen parte de este ejercicio de poder que amplían el dominio sobre estos objetos con la mera potestad de definir el cómo llamarlos, muchas veces siendo un efecto de adormecimiento, un eufemismo útil para ocultar las formas de coerción sobre las cosas (Scott, 2000). Los nombres son una marca que se crea en las personas, lugares y objetos, que permite la libre circulación por los espacios sociales, donde el título otorgado crea una relación con la historicidad que sobrepasa a estos.

Al interior de esta idea del cómo nombrar las cosas, se establece un efecto de dominio, un control mismo tanto del objeto nombrado, como del espacio que lo circula, debido a la composición de un capital simbólico que otorga una dimensión amplia, donde no solo el nombre y el objeto se constriñen, sino las relaciones subsidiarias de esta interacción. La naturalización de los símbolos como estructuras dotas de sentido per se, crea una eficacia en las simbologías sociales, donde la acción se automatiza al percibir y recrear el contenido transmitido aún en ausencia del símbolo en su forma física, este acto cuasi mágico que delata Bourdieu (2007) como la interiorización de axiomas socializados, que en el espacio componen la configuración de una memoria social acerca del cómo habitar los lugares²⁶.

²⁶ El acto del habitar no representa la acción en sí misma, sino los objetos que se dotan de sentido social por la linealidad de eventos que se proyectan, es decir, la acción no se esconde solo en los gestos, sino en las materialidades que cristalizan el movimiento y lo sintetizan en objetos finitos. Lefebvre (1978) propondría: El habitar está constituido primeramente por objetos, por productos de la actividad práctica. Existen objetivamente o, si se prefiere, <objetalmente>, antes de significar; pero no existen sin significar. La palabra “antes” indica una especie de prioridad lógica más que una anterioridad en el tiempo. Debemos plantear el habitar como una función inherente a toda sociedad. a todo organismo social; pero a esta función práctica se añade en seguida una función significante.(Lefebvre, 1978).

Los efectos que produce esta capacidad de dominio consisten en la transfiguración de las relaciones asimétricas y una sumisión de las relaciones afectivas, transformándolas en carisma o encanto, una especie de fascinación por las máscaras que encubren la relación (Bourdieu, 2007). Viéndolo en una relación directa, puede considerarse la posibilidad de catarsis de las memorias, un proceso de naturalización del hecho violento permite la creación de lazos afectivos y la suplantación de lo trágico por el anhelo y el recuerdo, así, los espacios dotados de composiciones violentas se resignifican constantemente por carismas y expresiones cotidianas de solidaridad.

Los lugares dan y adquieren significado en sus aspectos morales y sociales, asociándose con velos de propósitos espirituales o sagrados, los cuales organizan el espacio partiendo de estas ideologías, definiendo los atributos territoriales, y las filiaciones que los grupos sociales hacen de estas²⁷; sin embargo, son los individuos mismos quienes señalan las pertenencias a los lugares, sacando la relación de los sitios y los objetos del campo de lo fortuito o causal, sino un elemento de lo intrínseco de la realidad misma de la relación, un profundo vínculo de la realización de los objetos/individuos con los lugares mismos (J. A. Agnew, 2011). La segmentación que se hace del espacio es un ejercicio netamente del accionar sociológico que disecciona los lugares y los entornos en tanto actuar social, dotado de sentido y estructura de acción y lugar, o en palabras de Simmel, (2014) “[...] El límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial[...].” (p. 652).

La convergencia a los lugares, la sectorización y las etiquetas mismas crean un efecto de límites en el espacio social, el cual se conforma y consolida por la acción de los agentes involucrados y actuantes en el sitio; Foucault (2018) lo denomina parte de la fuerza centrípeta que da la disciplina, en donde la fragmentación del espacio en segmentos, disciplina, concentra, centra y encierra su contenido en nodos de relaciones, tangibles y controlables. Los lugares adquieren en gran medida por las relaciones sociales entre grupos, una suerte de identidad dentro de un proceso situado, en cambio, como modificación y de-formación, los lugares como producto social (Massey, 2004) emergen como síntesis espacio temporal de

²⁷ Los grupos se definen teniendo como marco de referencia elementos económicos -culturales en las sociedades “desarrolladas”, pero en los casos locales, la identidad, memoria y configuración del territorio pueden jugar un papel fundamental en la manera que se posicionan los agentes en la acción (Bourdieu, 2007).

una realidad social dada, que se decanta en el instante de la acción, es el depósito final y obligado del acontecimiento (Santos, 2000).

Los lazos que se establecen entre lugares, personas y acontecimientos, estructuran las prácticas y las frecuencias de esta, las cuales ponen encubierto, una serie de disposiciones que refuerzan los productos o los resultados de la acción (Bourdieu, 2007). El espacio inmediato es el sitio por preferencia de la objetivación donde las prácticas se automatizan en el diario vivir de los individuos, cargando de sentido adquirido las acciones, para este caso, no solo las casas, sino el barrio como entorno familiar extenso, permite pensar en nuevas formas de la localidad y unidad social más allá de las formas familiares (Bourdieu, 2013).

Las relaciones sociales se ven condicionados por el núcleo de vínculos que hay en la comunidad inmediata, donde las relaciones productivas condicionan gran parte de ellas (Godelier, 1990; Santos, 2000) sin necesidad de ser el único marcador de los ritmos de interacción, ya que se parte de la adaptación a estas donde se permite la ejecución de actos potenciales que desbordan los marcos de interacciones predeterminados. Los barrios y conjuntos urbanos han reformulado las interacciones que supone la calle, las ciudades modernas se deteriora la noción de calle como encuentro, un fundamento para la sociabilidad, no por esto solo se vuelve tránsito de la residencia al trabajo; hay una realidad propia en la socialización en las calles, y es la necesidad de proximidad y de vecindad²⁸. Un teatro de juegos sin reglas precisas, una quimera de acuerdos mutuos, permanentes y transitorios (Lefebvre, 1978). En palabras Santos (2000), las relaciones espaciales de los lugares se entenderían de la siguiente manera:

En el lugar -un orden cotidiano compartido entre las más diversas personas, empresas e instituciones- cooperación y conflicto son la base de la vida del común. Debido a que cada uno ejerce una acción propia, la vida social se individualiza; y debido a que

²⁸Los procesos de socialización emergen en los entornos sociales como un mecanismo de comunión y de diferenciación social, al aproximar las diferencias entre individuos y crear vínculos comunicativos y nodos en común para una vida social más amplia. Los objetos en común son quienes dan sentido al mundo social, a través de relaciones de reciprocidad son las producen alteridad y comunión (Santos, 2000). Estas disposiciones comunes son producto de una socialización que permite la incorporación de estructuras ampliamente generalizadas y eficazmente implementadas, esto crea unas pautas, unas reglas de juego preestablecidas que condiciona el accionar de los individuos, a la vez que permiten su codificación, lo cual a su vez, consiente implantar y dar la vigencia de los marcos sociales de dominación, control y pervivencia de relaciones asimétricas que encubren la violencia del lazo desigual (Bourdieu, 2007).

la contigüidad es creadora y comunión, la política se territorializa, con la confrontación entre organización y espontaneidad. El lugar es el marco de una referencia pragmática al mundo, del cual le vienen solicitudes y órdenes precisas de acciones condicionadas, pero es también el escenario insustituible de las pasiones humanas, responsables a través de la acción comunicativa, por las mismas manifestaciones de la espontaneidad y de la creatividad. (Santos, 2000, p. 274)

A modo de síntesis habrá que destacar que, espacio y lugar se han comprendido no solo por la sociología, sino por las ciencias sociales en general como dos expresiones cercanas, pero disimiles, que se atraen y se limitan conjuntamente (Delgado, 2003; Massey, 2004). Es por ello por lo que para el presente trabajo se entenderá el espacio como el elemento dinámico de las relaciones social, el campo que impone las condiciones, restringe y proyecta las acciones de los individuos en tanto prácticas estructurantes. Por otro lado, y lejos de ser un componente vacío, los lugares serán los campos donde se materializan, pero, sin necesidad de ser elemento exclusivamente geométrico, es un espacio dotado de memoria, con interacciones inscritas y con rítmicas implantadas por las acciones espacio-temporalizadas. A continuación, se intentará aproximar a la realidad de los lugares/espacios, a los sitios y situaciones que en el barrio se han construido por una cotidianidad, que se repite, y que, a su vez re inventa.

2.1. Los sitios y las situaciones como marcadores sociales en el barrio

El espacio urbano en barrio Antioquia se construyó anclado a una serie de relatos que comenzó a configurar las experiencias con las que los habitantes hoy en día ordenan y entienden los lugares que transitan. Las primeras migraciones no fueron casas dispuestas de una manera aleatoria o seleccionada por las familias que comenzaban a ocupar de una manera equidistante entre sus allegados, no, la memoria crea a través del habitar un sesgo en las experiencias que tenemos con los sitios que concurrimos (Bourdieu, 2007; Gómez, 2012; Lefebvre, 1978). El decreto 517 no impuso solo unas actividades en la localidad por efectos de la zona de tolerancia, sino una ruptura en el espacio urbano añadiendo una serie de etiquetas en distintos lugares, las cuales, cambiaron de connotaciones con el paso del tiempo,

pero que aún conviven, pero quizás con otros nombres que velan el contenido primario de los lugares.

El cese del decreto no trajo consigo la pacificación del lugar, ya que el barrio se vio condenado a convivir con la existencia de facto de los bares y cantinas que mantenían en vigencia la zona de tolerancia, ya no con la permisividad de todas las actividades asociadas, sino con una flexibilidad tácita que les otorgó el decreto 235. Esto terminó por perjudicar a los moradores del barrio, quienes se ven afectados por los altos ruidos de los tocadiscos, ocasionando numerosas protestas en pro de la tranquilidad en las noches (AHM: Clarín, T18, F421. Año 1959). A partir de esto, se dio un tira y afloje entre la administración manteniendo la permisividad en tanto se demostrarán los llamados perjuicios a los habitantes (AHM: Clarín, T18, F430. Año 1959), mientras seguían reclamando los daños y discriminación a familias de trabajadores que necesitan del sueño para madrugar al sitio de sus trabajos. (AHM: Clarín, T18, F430. Año 1959; AHM: Clarín, T38, F288. Año 1960; AHM: Clarín, T35, F182. Año 1960), los dueños de las cantinas aprovechaban de las laxas medidas y mantenían el funcionamiento a merced (AHM: Clarín, C5, T28, F430. Año 1960). Sin embargo, el ruido también ocultaba otras cosas que pasaban en algunas de las tabernas, tal como relata el anuncio del Radio Periódico El Clarín:

Las autoridades municipales prohibieron el funcionamiento de dos cantinas en el barrio Trinidad, debido especialmente a que se habían convertido en centros marihuaneros. Se comprobó que diariamente se reunían varios sujetos entregados al comercio de la marihuana así como a fumar la yerba maldita. Las notificaciones respectivas se hicieron por la inspección general de policía. Por su parte, el alcalde informó que está decidido a tomar medidas moralizadoras en estos establecimientos denominados cantinas, en guarda de la seguridad de los asociados. Los propietarios de las cantinas clausuradas temporalmente mientras se llenan requisitos legales, se disponen a solicitar reconsideración de la medida, pues la creen como es obvio suponer, perjudicial para sus intereses. En tanto, las autoridades distritales están dedicadas a que se cumplan ciertas normas para permitir el funcionamiento de los citados establecimientos (AHM: Clarín, C5, T34, F226. Año 1960)

La temprana aparición de las “casas de vicio” se relacionan con el ruido y las cantinas, conjugando las estructuras permisivas en el lugar. De este modo, la reacción a lo que sucedía en el barrio era buscar detener el “detrimento moral” de estas prácticas, quizás no para la población local que ya estaban predispuestas a ello, sino para lo que esto significaba para la ciudad en general. Así pues, la Alcaldía dispuso la vigilancia permanente para el cumplimiento de las medidas, a cerca de 170 cantinas que se registraban en el sector, un sector con aproximadamente 26.000 habitante (AHM: Clarín, T38, F453. Año 1960)

La condición de ser un barrio que combina residencias y zonas comerciales con alto índice de ruido por las dinámicas nocturnas se vuelve una problemática intensa en la zona, más cuando se destaca la condición obrera de quienes están siendo afectados por los hechos. Las dinámicas nocturnas comienzan a configurar parte de los ritmos de vida de los habitantes de la localidad, donde no solo quienes visitan los lugares que tocan música hasta altas horas hacen parte de estas actividades, sino quienes la viven pasivamente son integrados a estas. Es así como se ha configurado un denso y amplio panorama acerca del como habitar el barrio, un lugar que nunca descansa, en parte por la pervivencia de prácticas evasivas de los controles legales, lo cual, ha generado una desidia, un marco de acción amplio para que se arraiguen y reproduzcan esto como práctica.

Los problemas se mantendrían, el funcionamiento nocturno del Barrio se convierte en una constante de sus ritmos de actividades, allí se comienzan a generar unas rutinas que trascienden a la cotidianidad a la cual, ellos se ven obligados a hacerle frente, convivir e integrar; para la época, han pasado cerca de 30 años de la implementación del decreto 517, pero las consecuencias permanecen, con áreas de tolerancia y con dinámicas no restringidas por ningún ente.

Señores, esta con el fin de comunicar el tormento que sufrimos los que tenemos la dolorosa suerte de vivir de cerca de una de tantas cantinas y heladerías que funcionan en este barrio desde que fue decretado zona de prostitución con el decreto 517, en la siguiente dirección funciona una de estas heladerías; Kra 65 con calle 26 esquina en la cual funciona hasta las 12 o 1 de la mañana con un amplificador a un volumen desconsiderable como consecuencia de esto no se puede dormir ni mucho menos descansar de las labores del día, hasta que no cierran dicho establecimiento. Por dios

les rogamos nos quiten este tormento, creemos que este barrio no es el peor de Medellín, el nombre de este establecimiento es HELADERÍA LAS ANTILLAS, de esto se puede convencer del miércoles en adelante, si estos funcionaran en los alrededores del estadio, laureles, santa gema y otros barrios similares, el escándalo sería mayor pero como es el Barrio Antioquia, todo está bien; será que los que vivimos en este Barrio no somos seres humanos y no merecemos consideración? ... también les diré hemos llamado al puesto, pero cuando ven que se acercan inmediatamente le merman el volumen. (...) (AHM: Alcaldía, Secretaría de Gobierno, C763, L7, F13-15. Año 1981)

A la contaminación auditiva que se veían obligados a convivir las familias que habitan el Barrio Antioquia, se le suman los intentos de asalto en las cantinas (AHM: Clarín, T86, F180. Año 1961), peleas a machete entre la calle 25 con carrera 64 (AHM: Clarín, T69, F140. Año 1961), asesinatos, como el de Magdalena Ospina entre las carreras 62 y 65 sobre la calle 25 (AHM: Clarín, T72, F6. Año 1961), o el asesinato del peluquero José Eugenio Barrera Álzate en riñas en plena calle (AHM: Clarín, T65, F183. Año 1961), atracos (AHM: Clarín, T49, F329. Año 1960), depósitos de objetos robados (AHM: Clarín, T52, F209. Año 1960), captura a traficantes (AHM: Clarín, T58, F211. Año 1960), abaleos en la calle 25 con carrera 65 (AHM: Clarín, T526, F499. Año 1973). Así, los ritmos nocturnos de las cantinas son quienes comienzan a marcar ciertas dinámicas sociales en el barrio, en estos casos muchos de ellos terminando en situaciones violentas, que captan el funcionamiento del corazón del barrio, el cruce entre la Calle 25 y la carrera 65 hasta la 62, el famoso Coquito en el futuro:

En la vista que en la semana pasada hizo el alcalde mayor de la ciudad, acompañado de varios de sus secretarios, al barrio la trinidad, se acordó en construir un puente en ese sector" con el fin de desembotellarlo. También se convino moralizarlo, pues actualmente existe mucho menor delincuente y casas donde se protagoniza escándalos, se fuma marihuana y se comete toda clase de ilícitos (AHM: Clarín, T70, F287. Año 1961).

Figura 6.
Espacios recuperados



Nota. En los tiempos recientes el nodo del conflicto se concentró en la carrera 65 hacia el sur, donde se ubicaban los límites de dos plazas o espacios barriales de los habitantes ya condensados por estas dinámicas de violencia, el Coco en la calle 24 con carrera 65 y la Salsa en la 23 cerca de las canchas. Allí en la esquina del parque que se arregló hace poco, los muertos marcaron la vitalidad de una frontera invisible, solo materializado con las vidas que allí quedaban. Fotografía de Wilson Londoño (2000).

La carrera 65 sería un lindero que separaría en lo posterior al barrio cuando aparece la ola de violencia que genera el narcotráfico, que terminaría por enfrentar a los distintos sectores del barrio, representados por sus respectivos combos. Este proceso representó la resignificación de una problemática anterior, que para Santiago López era la división producto del decreto 517 entre Barrio Antioquia de la carrera 65 hacia el occidente, y Fundadores hacia el oriente, sin embargo, ambos eran reconocidos por su nombre tradicional, el cual fue cambiado a Barrio de la Santísima Trinidad (Santiago López, Comunicación personal, 2020). La pelea por los límites del barrio y la acogida de la zona de tolerancia van desapareciendo con los años al ser todos afectados por igual, pero con una concentración de esta problemática en el corazón de la localidad. En los años venideros, los combos lograron darle otras connotaciones a esta sectorización, atomizando los sectores del barrio conservando la unidad de hecha por la 65. En palabras de Edwin Pérez, lo relata de la siguiente manera:

Yo te voy a decir... según mis cálculos mis papás llegaron en la década del 50 porque mi papá es del 36 y mi mamá del 40, y llegaron de niños. Yo nací en el 61 en el barrio, seguro mi papá tenía cinco, seis años... Yo diría que los barrios (con los asentamientos) se sectorizan: el hueco, el coco, la 27, la 28, la 59.... Y dentro de esas zonas hay como referentes. En tal están los Cárdenas y así, pero las identidades se concentran más por sus zonas, que incluso eso mismo ocurre con el problema del microtráfico y la violencia, de ahí es que se enfrentan. Producto de ese tema en un momento la carrera 65 se volvió lindero, de la 65 al oriente y al occidente, fue miedosa esa guerra... o los del coco con los del hueco, así fueron esas cosas... (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020).

Ahora bien, hasta ahora estos son memorias de los lugares centradas en el proceso de exclusión e importación de actividades que le dieron otros ritmos, otros matices a un barrio que para sus inicios era residencial de gente pobre. Hay distintos usos que los moradores locales le dieron al espacio urbano, ya que otros sitios se les dio utilidad de encuentros alternativos que permitiera desconcentrar la centralidad del centro problemático que se configuraba en la calle 25 con 65. La Casa Liberal que se encontraba cerca al actual Parque

la Santísima Trinidad, entre la calle 26 con carrera 65d, allí el lugar, aunque con una evidente labor política y los festines tenían tal motivo, se volvió en parte de la tradición y encuentro este tipo de eventos en el barrio (AHM: Clarín, T59, F255. Año 1960; AHM: Clarín, T69, F422. Año 1961). Wilson Londoño lo recuerda con una emotividad que quiso explícitamente recordarlo, aunque la entrevista no nos llevó hasta allí:

A ver, me gustaría hablar mucho de una época muy bonita del barrio eran en los años 55 más o menos, había dos lugares de baile, porque habían dos grupos musicales, de música tropical que eran León Piña... conjunto de León Piña y el de Emilio Guerra...por la escuela donde está el parque infantil que te digo yo, por la escuela donde vas a la casa de la cultura, había una casa que era un... un fortín político, una estructura pues de un fortín liberal, llamada La casa liberal; entonces los sábados allí habían, había baile desde las cuatro de la tarde hasta las dos de la mañana, valía diez pesos la entrada y era un mano a mano de esos dos conjuntos entonces empezaba León Piña y después Emilio Guerra, entonces era un parche muy bacano pero entraban personas de 18 años; a mí me tocaron las dos épocas, cuando antes de los 18 y después que sí podía entrar allá. Cuando no podía entrar, al frente del parque había una caseta enrejada y en esa caseta era con discos, ponían discos y bailábamos con discos, ahí éramos muchachos... niños de 13, 14 de 10 de 12... entonces esa época fue muy bonita porque a uno lo dejaban ir... cuando estaba yo de 13 hasta tales horas, pero ya cuando tuve los 18 ya era la novia pues que la oficial y la cosa...entonces fue muy bacana esa época y a la salida eran las peleas de las parejas, pues con la novia que uno le quito la novia a otro o entre mujeres...entonces eso era un espectáculo que... era a los puños que no había cuchillo, no había... cuchillo hubo fue cuando los guapos – grupos de jóvenes cercanos a la ilegalidad – ahí si estaba el cuchillo, entre ellos y esa época que te hablo era de los puños, entonces yo le comentaba por ahí hace dos años a León Piña que todavía está vivo, era un acordeonista y le dije yo ¿Te acuerdas del puño que le pegaste a Marcos? – Marcos ya falleció. y me dijo ¿Vos te acuerdas de eso, vos crees que yo me acordaba? Y le dije. Como no me voy a acordar ese puño que le pegaste. Fue una época bonita que... que yo quiero que quedé como

en esa historia porque es muy bacana. (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

El recogimiento que representaba más que los lugares eran las festividades que le daban contenido a las interacciones que allí se daban (Bourdieu, 2007; Scott, 2000), es decir, el compartir y presenciar la ruptura de la cotidianidad de los habitantes era un momento de dispersión y disfrute, donde se encontraban vecinos, amigos y otros, con el fin de compartir la cotidianidad del barrio. Por otro lado, las relaciones que se dan en el barrio y principalmente la convivencia, como muestra Wilson, no es sinónimo de armonía, ya que el conflicto hace parte de las formas de relacionarse y reconocerse en el otro, sin la necesidad de negarlo. Así pues, los lugares que los llama a compartir pueden desatar pleitos y rencores que son olvidados en la sincronía de la vida barrial.

El barrio comprende innumerables actividades comunitarias, donde bailes, cantos y comida, se muestran como actos de convergencia y apropiación de los espacios, el parque la Santísima Trinidad da testimonio de ello, recibiendo los usos de convergencia de sus moradores, en este caso para las festividades del 20 de julio, donde el impulso a la comunidad permitió planear una seguidilla de actividades para todo el fin de semana (AHM: Clarín, T84, F167. Año 1961). En la actualidad, las ocupaciones siguen siendo diversas, como de niños y niñas a jugar en el parque infantil, o los adultos mayores encontrando espacio de convivencia y reunión en estos lugares donde realizan las actividades que los llame a todos

Figura 7.
Grupo de la tercera edad Espigas Doradas.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2015).

Otro sitio cargado de memorias de los moradores del barrio es el Liceo Benjamín Herrera, donde la construcción inicia por una iniciativa por convite de los estudiantes del sector, que, en palabras de Francisco García, desfilaron con ladrillos de ida al colegio apoyando con una donación material para la construcción de este (Francisco García, Comunicación personal, 2020). Pero esta historia se entrelaza un poco más, ya que sería la Fábrica de Medias Cristal quien apoyaría este proyecto con la donación de un lote para el levantamiento de una escuela que comprenderá dos secciones (AHM: Alcaldía, T564, F541. Año 1963). La fábrica de la mano del liceo, se convirtieron en componentes representativo de esta localidad, el primero por ser fuente de empleo e inversión social por la familia Echavarría dueños de esta (Universidad de Antioquia, Patrimonial, Antioquia, Acción Comunal Barrio Trinidad. Año 1989); el segundo por su parte, por ser el instituto que recibió indistintamente la población de jóvenes del barrio.

Igualmente dio empuje el sentido del progreso la decisión de la administración Municipal, en cuanto a la construcción del aeropuerto “Olaya Herrera”, en el solar del Barrio Antioquia; quien iría a pensar que en este aeropuerto construido con esfuerzo y alegría, los habitantes desde las puertas sociales y los tejados de sus casas, iban a ser testigos oculares del trágico accidente que consumió en llamas la voz del morocho del abasto, que aún hoy persiste y estremece en los corazones de todos aquellos seguidores del gran cantante argentino: “Carlos Gardel”, el trágico accidente despertó en muchos de los habitantes el interés por la mecánica y la aviación, entre ellos, encontramos a los hermanos Sánchez: Leonardo, Oscar y Hernando, que posteriormente se graduaron como ingenieros de vuelo: uno de ellos tuvo el honor de dirigir el primer vuelo Jumbo de Avianca en Medellín. (Universidad de Antioquia, Patrimonial, Antioquia, Acción Comunal Barrio Trinidad. Año 1989)

Figura 8.
Cierre del aeropuerto.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (1988).

Figura 9.
Patio del Tango.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2008).

El aeropuerto en este caso representó fuente de trabajo para algunos habitantes, para otros fue ocio y esparcimiento de quienes aprovechaban a ir a este lugar a ver los personajes que llegaban, deportistas, ciclistas, etc. Era un auténtico paseo de olla en palabras de Wilson Londoño (Comunicación personal, 2020). Por otro lado, la marca que deja la muerte de Gardel en Medellín, en Barrio Antioquia precisamente, impuso una tradición cercana al tango, tanto por el hecho como por la época que se vivía y la vigencia del ritmo musical, entre estos aparece El Patio del Tango hace 30 años, inaugurado por Aníbal Moncada “El gordo” quien fuera el propietario hasta hace 10 años, y hoy en día es parte de un recuerdo vivo aún en las calles del barrio.

Esta división hizo que la vida social de los habitantes se concentrara en la calle 25, en sus respectivos sectores, en palabras de Edwin Pérez, la centralidad por donde fluían los habitantes se hallaba allí, la caminada, el vuelcón, era un desfile, y todavía hay mucho de eso, un ritual. Hasta los jóvenes, hacemos un recorrido, todo el barrio. La 25 era una afluencia de barras y grupos que pasaban y venían, eso es muy común, como la 45 en Manrique (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020). Pese a esto, el barrio se extiende más allá de sus límites administrativos y los que son tradiciones que se recuerdan gratamente y que muchas veces transitan la centralidad de la 25, como fiestas patronales, pesebres en diciembre, etc. también se fomentan actividades que orbitan la espacialidad de la localidad, o por lo menos así los ve Santiago López:

Yo recuerdo mucho que las actividades de organizar las cuadras en diciembre y en las fiestas patronales para ganar el premio de la parroquia, entonces lo que hacían en mi cuadra, en la calle 28, uniéndose entre la carrera 65d y 65b, entonces se reunían desde septiembre y comenzaban a hacer actividades en conjunto por el sector, haciendo bazares para poder conseguir con qué adornar las cuadras o hacer un paseo, tipo coger sudaderas e irse al cerro Nutibara y montar un sancocho. Mira que las actividades superan el entorno familiar, sino a nivel de cuadra o barrio, utilizando todo este tipo de sectores. Con el Juan Pablos II era una caminada todos en familia a tirar piscina, o subir hasta el venteadero a comer Salpimueños, que es el salpicón que se vende enfrente de Campos de Paz, eso también era una actividad de familia y de barrio, lastimosamente se ha perdido mucho esto pero se podría incentivar para

fomentar otra vez la comunidad, y aprovechar lo que orbita al barrio, porque sin duda es muy central, vos tienes a los alrededores lo que es el Cerro Nutibara, La Terminal del Sur, Molinos y Monterey relativamente cerca, Premium Plaza pasando el río, o Unicentro. Del centro queda cerca, de estaciones del Metro y Metroplús, del Aeropuerto, del Aeroparque, el barrio es demasiado central, ese es uno de los factores que hace que la gente se quede en el barrio, tipo que se desocupa una casa y en cuestión de días vuelve a ocuparse, así esté estigmatizado el barrio, pero a la semana o dos semanas se vuelve a ocupar.... La calle 25 que es el sector más activo del barrio que encuentras veterinarias, droguerías, tiendas de ropa, de todo a 1000\$, zonas de comida, hasta un tropical Cocktails, el barrio tiene todo entonces la gente no sale. (Santiago López, Comunicación personal, 2020).

Las actividades, las interacciones que se dan en los lugares marca los ritmos de cómo habitar estos, van dejando huellas en los sitios y comienzan a condicionar la forma en que el visitante se relaciona con este (Giddens, 1995; Lefebvre, 2007). Los espacios generan memoria donde las personas dotan de sentido el habitar quien comienza a actuar en función a las disposiciones ya inscritas en los lugares, bien sea por previos acercamientos en primera persona o en tercera, ya que el rumor o el relato alrededor de los sitios intervienen y limitan los márgenes de posibilidades de mi interacción. Los lugares logran sintetizar con mucha precisión las interacciones que transversalizan los recuerdos que allí se dieron, con las actividades que en la sincronía de la cotidianidad desarrollan los habitantes (Bourdieu, 2007; Massey, 2004).

Figura 10.
Calle 25 en 1951



Nota: entrando por Comfenalco después de la quebrada entonces vea la Fábrica de Medias, era grande, la que movía el empleo acá, al lado era un bar y tienda – lado izquierdo de la foto – y esta era una cafetería la llamaban la esquina rosada donde vendían el tinto y el perico, y al lado estaba el Teatro Antioquia – costado derecho de la fotografía – hoy en día es una fábrica de confecciones que se llama El Globo. (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020)

Figura 11.
Gustavo “Gallina” en el Dragón Rojo.



Nota: la Calle 25 con Carrera 65 ahora hay un bar y una panadería, anteriormente era solo un bar. Fotografía de Wilson Londoño (2000).

Pese a esto, el constreñimiento que se cierne en la manera como se habita e interactúa con los lugares, no se limita a esto, y no representa que los lugares expresen una sola cara o que las dinámicas sean dicotómicas, no, los sitios logran conjugar diversas actividades, muchas de ellas contradictorias, solo compensadas por los ritmos que manejan cada una, siendo el tiempo el principal factor de la división de las contradicciones en los lugares (Gómez, 2012; Santos, 2000). Ejemplos como la calle 25 que transversaliza el desarrollo del barrio, por cargar las actividades productivas formales e informales, del mismo modo que las dinámicas de la zona de tolerancia, logra establecer ritmos, no siempre precisos, pero que excluía las actividades a un margen de tiempo en donde son consentidas por obligación. La noche y el día creaban una frontera espacial entre unos usos a otros en el espacio urbano del barrio.

Por otro lado, la memoria y los recuerdos de los lugares no son móviles, objetos pétreos que direccionan las formas de interacción entre uno u otro como una máquina de movimiento perpetuo, no. Las experiencias que se han construido en los sitios logran transformar sus connotaciones y sentido en relación con las nuevas dinámicas que se imprimen en la zona, o en una naturalización de las acciones que se dan en estos lugares, que permite unir fielmente los lugares con los usos, como si fuesen indivisibles el uno del otro (Santos, 2000). En este momento, se logra construir nuevos sentidos de los lugares que trasciendan o varíen el sentido que se le da a esta, tal como pasó en la conjugación del nombre del barrio de barrio Fundadores a Antioquia y luego a Santísima Trinidad, y aunque permanezca el segundo, esta pugna por el nombre logró resignificarse y generar una frontera visible por las vidas que se arrebataron por el estallido de violencia.

La unión entre acción y lugar, una especie de materialización del movimiento es una forma en la que se esconde el sentido de las prácticas que se realizan, en muchos casos uniendo a los individuos a los sitios o las actividades como parte del espacio social, en este caso del barrio, ciertas personalidades representan la memoria o elementos de plena sincronía de lo que es el habitar del barrio más allá de la acción misma, sino una conexión con la memoria de lo que se hace y con quien se hace. Casos como los que se vieron en el capítulo anterior, evidencian como personajes como Marianito o Lolita, logran se expresión de los valores que se atributen al barrio, en este caso, del trabajo, mientras que la cotidianidad las vuelve parte del paisaje urbano de la localidad.

Él – Gallina – cuidaba los carros de quienes iban a misa a la parroquia la Trinidad los domingos, allá el viejo se rebuscaba su platica, y los pelaos cansones le decían Gallina, y se enojaba y sacaba unas piedras que mantenía en los bolsillos del saco. Yo iba en bicicleta a la parroquia porque a final de cada mes hay bautismos, entonces iba como fotógrafo, y empezaba la pelea entre Gustavo y otro pelao por quien cuidaba las cosas. Casi todo el mundo lo conocía por las misas. (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

El Cura era un personaje tremendo, a él era el que le bajan la cabeza los guapos del barrio pues era peluquero, en ese entonces había tres peluquerías en el Barrio, Villegas, Ramiro y el Cura, él era el mejor de todos. Era muy agradable dejar peluquear por él porque contaba muchas historias, una carreta tremenda de buen antioqueño, buen paisa. Ahí mismo mecateaba uno porque la señora tenía una tienda a un costado de la peluquería, esa señora muy trabajadora que desde las cuatro de la mañana vendía ahí tortas de pescado, café, chocolate, y ahí afuera llegaban los buses a cuadrar porque ahí se llenaba en la calle 25 con 65c... hoy en día hay un supermercado grande, creo que se llama el Montañero. Tuvo una hija muy educada, creo que es profesional hoy en día. le decían el cura porque tenía ideales de clérigo, a todos le decía así Iván, Amador y Francisco –haciendo referencia a los hermanos del Cura – Amador murió en Bogotá, Francisco manejó bus y después taxi, e Iván toda la vida peluquero. Una vez un muchacho Jaime Upegui se hacía motilar de él, entonces afuera en la carrera 65 se formó una balacera y el muchacho le pidió permiso para asomarse, y una bala le dio en la frente, el pelao vivía por el Coquito, un zapatero. El cura fue un fundador del barrio, cuando deja la peluquería consigue un permiso para vender pitos, los vendía en el Cerro Nutibara. Muere en 2012.” (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020). El cura – risas – él era el peluquero del barrio, pero peluquero tradicional con esas sillas bacanas clásicas, era tan bella que la compró el municipio y era la silla que había en la barbería del pueblito paisa, no sé si todavía, pero en su momento. Era un personaje, conocía a todo el mundo, eso abierto, todos los chismes se cogían allá en ese puntico, es que el cura además de tener peluquería tenía una cafetería y se la administraba la esposa, doña teresa creo que se

llamaba. Entonces quién no pasaba después de toda la noche de rumba, entonces quien no terminaba mecateando ahí donde el cura... nosotros estudiábamos en la escuela Paraguay, allá había un personaje muy querido en el barrio, Don Luis – el rector – todo el mundo decía que era homosexual, él sí era amanerado en sus expresiones pero eso si era una persona muy querida muy bella – lo decía en tono de duda a los comentarios de la gente – entonces llamó a Rubén para que fuera donde el cura por unos manteles que le había prestado para un acto cívico. Uno aprovechaba esos momentos porque era una escapada, entonces Rubén salió feliz, al rato llega. Rubén, los manteles – reclamaba Luis. Ante el silencio del muchacho, insistió con un tono más aplomado. ¡Rubén que me digas qué dijo el cura!. Ante la insistencia respondió con la respuesta que dio el cura. ¡Dígale a ese viejo marica que yo no le tengo ningunos manteles!. Don Luis se quedó pensando y le dijo. Ven ¿vos a donde cual cura fuiste? – risas porque lo habían enviado a la parroquia. A donde cuál más va a ser ¡a donde el peluquero! – respondió Rubén. Ah sí, donde te hubiera mandado a comprar marihuana ahí si sabrías donde ir – risas ante la respuesta de Luis." (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020).

En un torneo en el Alejandro Echavarría quedamos campeones en 1995. También patrociné muchos equipos en el barrio, con el nombre de Depósito Fundadores, todos eran pelaos del barrio que venían y me buscaban, de aquí salieron buenos deportistas como Edwin Cardona, Néider Morantes, Los Vélez, bueno en todo caso, los Cardona eran de por allá arriba, Morantes era de por aquí, pues los de ahora, porque los de hace mucho tiempo Orlando Guzmán en Nacional, Tiní, Abel Álvarez, algunos si llegaron a jugar en los equipos que patrociné, los de ahora no. Hace más de 20 años que ya no juego y solo patrocino, hasta el año pasado que por la contingencia no se podía. También corrí en por ahí 20 maratones. (Iván Agudelo, Comunicación personal, 2020).

Figura 12.
Iván Álvarez “el cura”.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2002)

Figura 13.
Mosaico de participaciones deportivas patrocinadas por Iván Agudelo

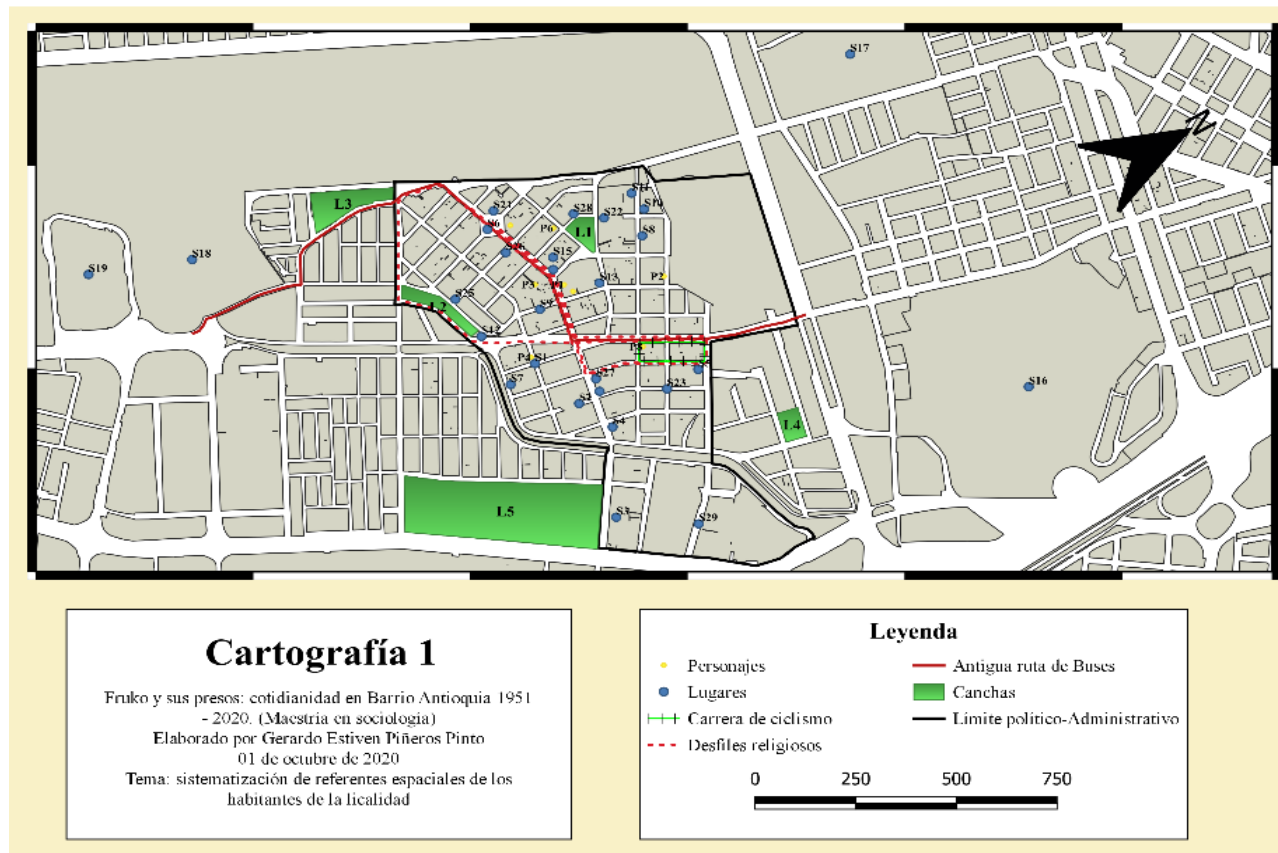


Nota: Iván Agudelo (esquina inferior izquierda) un impulsor del deporte en el barrio, en sus paredes los cuadros atestiguan sus participaciones en este ámbito del barrio. Fotografía Gerardo Estiven Piñeros Pinto (2019)

Asimismo, la espacialización de ciertos usos que se da en el espacio urbano logra generar sectorizaciones y pequeñas territorialidades al interior de los barrios, ejemplo de ello fue la proliferación de las guerras entre combos en Medellín (Blair, et. al., 2009; Nieto, 2009). Estas fragmentaciones de los barrios al alcanzar largas trayectorias y nutrirse de diversos procesos sociales, familias, vecindades, etc., ocultan el sentido concreto de la segmentación y volviéndolo móvil a los usos de los lugares, lo cual genera una naturalización de ciertas dinámicas. Es decir, el arraigo de las fragmentaciones en una especie de legitimación vuelve el espacio barrial como un mosaico de puntos conexos, un paisaje en conjunto, que lleva a que en las entrevistas muchas veces los referentes de los eventos sean las zonas de control de los combos que se asentaron en ciertos sitios. La violencia prolongada se enraíza dentro de las formas sociales que encuentran en el actuar expresiones identitarias, al mezclar en esta nombre, espacios e historias que dan otros sentidos o connotaciones más amplias a este fenómeno paisajístico en el barrio.

En la Tabla 1 se presentan los lugares más representativos, o por lo menos las anclas del barrio, donde ellos se ubicaban reiterativamente para explicar hechos o eventos que dieron lugar en el barrio, muchas veces reconociendo en ellos el agravamiento del conflicto que han propiciado, en otros, solo son sitios referentes para ubicarse una catarsis materializada en el espacio habitado. Unas de estas anclas son lugares puntuales, otros son espacios públicos que siempre recurrían a los parques o principalmente a las canchas y placas deportivas, pero otro muy importantes, era la memoria de sus habitantes como unidad territorial, ya que ciertos personajes representativos se vuelven parte íntegra de la cohesión del espacio urbano. El espacio del barrio se cohesionaba muchos en la calle 25 y la carrera 65, y va perdiendo densidad en los puntos en las áreas de mayor predominancia industrial, pero esto muestra la amplitud de la ocupación del entorno barrial, donde muchas veces salen a lugares satelitales que se unen por historias al barrio.

Figura 14.
Cartografía 1. Sitios referentes en el barrio.



Nota: elaborado con datos de campo

Tabla 1.*Identificación de los sitios y referencias socioespaciales en Barrio Antioquia*

Números	Código	Espacios	Nombre	Descripción
1	S1	Lugar	El Coco	Uno de los sitios que se marcó de manera temprana con la viñeta de violencia, al estar ubicado en el corazón del barrio en espacio cercano a la antigua zona de tolerancia.
2	S2	Lugar	Fábrica de Medias Cristal	La Fábrica representativa de la familia Echavarría, fueron impulsores del desarrollo de la localidad con inversión social y trabajo.
3	S3	Lugar	Ins. Ed. Benjamín Herrera	Colegio característico del barrio que ha acogido la mayoría de los jóvenes del lugar.
4	S4	Lugar	Teatro Antioquia	Teatro representativo del barrio donde funcionaba Cine Colombia.
5	S5	Lugar	Iglesia Santísima Trinidad	La parroquia del barrio donde se encararon la mayoría de las resistencias en los primeros años de la zona de tolerancia.
6	S6	Lugar	Lavadero	El lavadero donde acopiaban los buses del barrio.
7	S7	Lugar	El Patio del Tango	Sitio representativo del tango del barrio, aunque no es tan antiguo es uno de los que aún persisten con respeto a la tradición.
8	S8	Lugar	Los Chamberlain	Espacio labrado por adultos que se reúnen con motivo de compartir unos Chamberlain en la misma tienda por tradición.
9	S9	Lugar	El Quinto	Antigua zona de temor para transitar en el barrio, cerca al corazón de la localidad.

10	S10	Lugar	Casa de la Cultura	Corporación de impacto social en la cotidianidad de los habitantes locales.
11	S11	Lugar	Metro salud	Centro de salud de los habitantes.
12	S12	Lugar	Parque limítrofe	Una de las fronteras invisibles que materializó la violenta división de la 65.
13	S13	Lugar	Tienda Los Pepes	Tienda tradicional del barrio que hace unos años ha asumido la tradición del sancocho del primero de enero.
14	S14	Lugar	Tropical Cocktails	Uno de los bares que fue haciendo presión para la salida de las antiguas cantinas del barrio.
15	S15	Lugar	El Balisca	Uno de los bares tradicionales que vio morir a muchos de los habitantes en su interior por el conflicto.
16	S16	Lugar	Pueblito Paisa	Uno de los referentes para la población local, como paseo de olla y la oportunidad de ganarse unos pesos con los visitantes del lugar.
17	S17	Lugar	Unidad Deportiva de Belén	Centro deportivo a las afueras del barrio donde se hacían eventualmente partidos con las vecindades que se disputaban el lugar.
18	S18	Lugar	Aeropuerto Olaya Herrera	Un paseo de olla típico y esparcimiento para los habitantes, y uno de los juegos tradicionales del barrio.
19	S19	Lugar	Terminal de Transporte Sur	Un punto de encuentro de los habitantes del barrio.
20	S20	Lugar	Bar Cristal	Bar tradicional que se ubicaba frente a la empresa que inspiró su nombre.
21	S21	Lugar	Los Tolditos	Una de las cantinas tradicionales del barrio cerca al lavadero de buses.

22	S22	Lugar	Escuela de Música Benjamín	Escuela tradicional del barrio que mantiene vivo el impulso a la banda marcial del colegio.
23	S23	Lugar	La Cueva	Uno de los sectores que marcó una espacialidad y tradición a sus habitantes que mantuvo viva la violencia en el barrio.
24	S24	Lugar	Plaza de Guayaquil	La antigua central de abastos de los habitantes del barrio y una fuente de trabajo para muchos.
25	S25	Lugar	La Salsa	Uno de los sectores que mantuvo la fragmentación del territorio del barrio y enfrentó a los habitantes al proceso de violencia agudizado.
26	S26	Lugar	Alex Pin	Sector del barrio marcado por la violencia y sus dinámicas subsidiarias.
27	S27	Lugar	El Andaluz	Antiguo bar tradicional de barrio Antioquia en la antigua zona de tolerancia.
28	S28	Lugar	Casa Liberal	La casa del partido liberal donde se presentaban orquestas para el disfrute de la población local.
29	S29	Lugar	El Hueco	Otro sector que marca la memoria al volver tradición las dinámicas de los grupos en el espacio.
30	L1	Espacios públicos	Parque la Trinidad	Uno de los lugares públicos donde se acogen actividades de los habitantes del barrio.
31	L2	Espacios públicos	Canchas de la 20	Actualmente las sintéticas, frontera, deporte, y un sello de convivencia de las pugnas por el territorio.
32	L3	Espacios públicos	Cancha Lux	Antigua cancha de fútbol del barrio eliminada por el loteo público.

33	L4	Espacios públicos	Cancha El Cuadrito	Cancha donde se hicieron partidos con las empresas aledañas, pero se ubica en Tenche.
34	L5	Espacios públicos	Cancha (Potrero)	La cancha donde hacían educación física por convite, un antiguo potrero que se loteo y se hizo Confenalco.
35	P1	Personajes	El "Cura"	Un encuentro para oír chismes y los comentarios del cura sobre lo que pasaba en el barrio, un sinónimo de convivencia.
36	P2	Personajes	Alicia la Galletera	Trabajadora siempre en la entrada del puesto de salud, y que recorría el barrio haciendo sus labores.
37	P3	Personajes	Octavio López	Cantante del Patio del Tango.
38	P4	Personajes	Ofelia Corina	Una habitante del barrio y expresión de la herencia de los nombres y el territorio.
39	P5	Personajes	Lolita	Una de las trabajadoras incansables que unía el barrio por las labores que hacía recorriendo toda la localidad.
40	P6	Personajes	Gustavo "Gallina"	Personaje conocido por los habitantes, ya que parqueaba los carros en la iglesia.
41	P7	Personajes	Marianito	Motor de los abastos desde Guayaquil al barrio y posteriormente desde la Mayorista.
42	P8	Personajes	Iván Agudelo	Uno de los impulsores del deporte en el barrio a través de sus contactos con empresarios locales y el financiamiento constante de equipos y actividades.

Nota: elaborado a partir del registro en campo

En el mapa (Figura 12) se ubican espacialmente los lugares que se referencian en la tabla anterior, ya que permite visualizar de mejor manera la cohesión del espacio urbano

del barrio Antioquia, allí se graficaron por medio de los mismos códigos que trazó la tabla. Las nomenclaturas de las calles no se usaron por no densificar la imagen, y por la relevancia que les daban a los nombres que ellos les daban a los lugares, donde las plazas y combos eran parte del entorno. De igual manera se primó la orientación que ellos perciben del territorio, donde la referencia es la carrera 65 y divide el barrio en oriente y occidente, pero, ellos lo mencionan como de la 65 para arriba (occidente) o para abajo (oriente), por ello se rompe con la idea del norte arriba y se posiciona el mapa en este sentido. En este sentido, la 65 rompe la localidad entre arriba y abajo y será la entrada por excelencia, ya que tanto desfiles como las rutas de buses (ambos señalados en rojo) se toman este sector y la calle 25, creando el eje de movilidad y el corazón del barrio. Por último, un sector referenciado en la tabla y que no aparece en la ilustración es la plaza de Guayaquil, ya que por las dimensiones de la proyección no alcanzaba a integrarla.

El espacio del barrio ha visto tejido múltiples memorias que han logrado cohesionar los lugares y las actividades que allí se dan. En un primer momento, las dinámicas que trajo la zona de tolerancia crearon unos ritmos de convivencia con ciertas prácticas, la laxitud de las autoridades, y posteriormente el arraigo de estructuras del conflicto urbano en estos sectores amparados del sesgo que caía en estos sitios, que eran lugares de entera permisividad. Pero, por otro lado, hay otros sitios que se relacionan con formas de vida comunitaria, donde los bailes, el paseo de olla, los trabajadores de las fábricas, y los pequeños emprendedores generaban otras marcas que mantenían la unidad del territorio. La marginación social se vuelve una realidad en esos lugares donde la ley pareciera no existir, mientras, en los otros se construían escenarios que permitía a los moradores apropiarse de otras dinámicas sociales que fomentara la vecindad. Los lugares realizan un acervo de todas estas actividades y establecen ritmos de convivencia que densifica los relatos, crenado múltiples expresiones semánticas que permiten a los espacios sociales rehacerse en la cotidianidad de los habitantes.

2.2. Apuntes finales: lugares vividos y vividos en el Barrio

Considerando lo anteriormente expuesto, es bueno recalcar la consolidación de ciertos espacios urbanos, lugares en los que los habitantes de la localidad cimentaron

relaciones de su cotidianidad, tanto la que se desarrollaba, como la experimentada. Los primeros trazados de las vías, las cuadras y las casas se iban formando en pequeñas parcelaciones, ocupaciones, y asentamientos que a partir de la voz a voz traía un círculo de allegados, un espectro de habitación enteramente residencial, que con el desarrollo de la ciudad prontamente se vio cercado por la aparición de empresas a los alrededores, que limitaron la actuación azarosa de la ocupación de viviendas. Este legado de los instrumentos de planeación de la ciudad, crearon las fronteras administrativas de Barrio Antioquia, aunque las dinámicas sociales de la población de la localidad se extenderían mucho más allá de esta geografía. Pero, no solo serían viviendas e industria lo que representaría el paisaje urbano de Barrio Antioquia, las iniciativas que llevaron a la apropiación de áreas trajeron consigo la aparición de canchas, escenarios deportivos y de esparcimiento, o la creación de centros educativos y hospitalarios.

A las menciones anteriores, se debe agregar la espacialidad que crearon los negocios que los moradores locales crearon, los cuales se volvieron referentes y terminaron por consolidar en calles como la 25 y la carrera 65 unos corredores de tránsito, no solo de quienes habitaban el barrio, sino paso para conectar la ciudad en los años posteriores. Entre estos aparecerán los bares, donde el tango marcaba con nostalgia el oído de quienes habitualmente residían en el lugar, cimentando parte del entorno residencial de barrio Antioquia, y con esto las dinámicas allí desarrolladas. La consagración del Decreto 517 de 1951 instaura una serie de relaciones entre personajes, situaciones y el sector mismo donde se desarrollarían, haciendo que habitantes locales se tuviesen que acostumbrar a la convivencia con esta serie de situaciones que se volverían recurrentes en el sector. Es así como, las tensiones sociales que se trajo consigo la normativa administrativa de la zona de tolerancia forma una espacialidad interna en el barrio y divide, entre un área más residencial y comercial, y una mixta, donde las situaciones nocturnas, tendrían lugar.

A pesar de partir de un mandato administrativo que introduciría las dinámicas de la zona de tolerancia en barrio Antioquia, las tensiones ante esta medida tuvo efectos sociológicos, ya que fue la misma comunidad quien sectorizó el barrio, estableciendo márgenes de permisividad y áreas de impacto, salvaguardando ciertas porciones de la localidad. Es así como se crearían tres puntos neurálgicos en el barrio. El primero, sería de la Carrera 65 hacia occidente, tomando como centralidad la Calle 25, allí se establecería una

amplia zona de viviendas lejana a los bullicios diurnos de la industria y nocturnos de las cantinas. El segundo, del mismo punto (Carrera 65), hacia oriente se posicionaría otras residencias entremezcladas por las tomas que paulatinamente realizaban las empresas de lotes en el sector. El tercero, sería el cruce de la 65 con la 25, allí se ubicarían principalmente bares y cantinas quienes comandarían las dinámicas, apareciendo a espaldas de este lugar El Coco, uno sitio clave en la historia de violencia que vivió El Barrio.

Con esta parcelación interna que se hace del barrio se constituyó una concatenación de otros elementos al interior de la localidad, ya que, lo que en un principio eran marcas de referencia en el tránsito de los habitantes, posteriormente se volverían en filiaciones que identificaría miembros de una parte u otra. El Coco, La Cueva, La Salsa, etc., son lugares reconocidos al interior de Barrio Antioquia, pero del mismo modo otorgarían pertenencia a ciertos sectores del barrio un reconocimiento a la historia de los lugares donde convivían, y determinarían una forma de relacionarse con los demás.

Esta segmentación, estos límites en las dinámicas que impondrían tácitamente los moradores del barrio, recalarián en distintos procesos sociales, siendo un marcador de identidad de combos que participarían en la oleada de violencia que se tomaría la localidad para finales del siglo XX, trayendo consigo una resignificación del espacio urbano, una reinterpretación de las tensiones que habían dado origen a ciertos lugares y la parcelación interna. Los sitios se desvinculaban de las memorias que los delimitaron y pasarían a ser fenómenos activos a las situaciones que los dinamizarían, pero conservando formas del pasado. Es así como tanto los lugares, y en algunos casos los personajes, representarían una espacialidad móvil, que se ancla a una estructura general, pero se redimensiona en relación con la interacción a la que da. El paisaje urbanístico de Barrio Antioquia se ve mezclado en la actualidad por una sumatoria de dinámicas sociales que han configurado su realidad actual, tanto los usos como los significados han contribuido a mantener un mosaico paisajístico en esta localidad, donde industrias, residencias, violencia, ocio, esparcimiento, etc., se combinan en los lugares y se experimentan con sus diversos matices al ritmo de las interacciones de quienes transitan por el barrio.

3. El barrio, su gente, la vida cotidiana

*Tan solo son rutinas, vidas cruzadas
En este mundo en ruinas, lleno de gestos, de miradas
Vecinas, vecinos, la caña del domingo
Y José Fina dejándose la pensión al bingo (Los Chikos del Maíz, 2019).*

Los individuos quienes a través de las acciones producen la sociedad para vivir, resignifican las dimensiones de su actuar, así como la naturaleza misma en la que se inscriben; así se produce la cultura, historias e Historia (Godelier, 1990). El momento de producción de la acción es también la reproducción misma de los contextos cotidianos en los cuales se ordenan estos, ya que los agentes no solo replican los actos, sino los contornos que configuran el universo de sentido de la acción, de este modo, la estructura general se articula con la cotidianidad de los individuos como un todo de sentido (Giddens, 1995). En esta dirección, el análisis de las acciones supone la comprensión de nodos de convergencia donde recaen múltiples dimensiones de la sociedad, disposiciones, potencialidades, estructuras situadas por los contextos que median las relaciones, son factores para tener en cuenta (Bourdieu, 2007).

Los contextos sociales emergen como el campo de automatización, son el sentido inscrito, el sistema de relaciones preestablecida, que moldean los hábitos de los agentes nacidos, crecidos y formados en este estado de cosas (Bourdieu, 2013; Wacquant, 2006). Los códigos sociales o las estructuras mismas son interiorizadas por aquellos quien ejercen las acciones, quienes terminan por reproducir un orden dado, claro está, esto se hace como una labor a ciegas, sin plena consciencia de los componentes que la integran, pero generando una copia fiel de la estructura como tal (Castells, 1999). El campo se instaura en un ámbito plenamente coyuntural que le da parcial autonomía de las dinámicas globales que lo definen, construyendo un entorno entrópico de significación de la realidad inmediata. Siendo un espacio quimérico de producción y re-producción de realidades generales y locales. Según Bourdieu (2007):

Lo que se produce en el campo es cada vez más dependiente de la historia específica del campo, y resulta cada vez más difícil de deducir o de prever a partir del conocimiento del estado del mundo social (situación económica, política, etc.) en el momento considerado. La autonomía relativa del campo tiene lugar siempre más en unas obras cuyas propiedades formales y valor sólo se deben a la estructura, por lo tanto a la historia del campo, descalificando cada vez más las interpretaciones que, mediante un «cortocircuito», se permiten pasar directamente de lo que ocurre en el mundo a lo que ocurre en el campo. (Bourdieu, 2007, p. 70)

El campo resume y sintetiza las relaciones sociales ejerciendo un efecto control del accionar, nodos de vínculos donde se refleja por densidad, un sustrato significativo de la realidad social. La lógica interna del funcionamiento de los campos demarca el cinturón de posibilidades que tanto agentes como quienes analizan estos aspectos pueden captar como incompatibles con elementos inmediatos de la acción, siendo solo notorias desde una perspectiva sociológica; es decir, ampliamente relacionar (Bourdieu, 2007). Al interior de este constreñimiento los agentes actúan dentro de un marco limitado de acciones, pero con una amplitud visto desde el ámbito interpretativo, pese a esto, el espacio probabilístico que genera el campo no es un determinismo lógico de la acción de los individuos, sino una brecha amplia que estructura la acción de estos.

Los individuos inscriben en sus cuerpos la capacidad de reproducción social, donde los gestos, como ejecuciones de la acción preestablecida y direccionada, permiten la transferencia y repetición, del acto sincrónico del aquí y el ahora, del ayer y el después, a esto, Mauss (1991) denominaría técnicas del cuerpo (habitus). El acto tiene que ser eficaz tradicional, en contraposición de los de carácter mágico, religioso o simbólicos, ya que no hay técnicas ni la transmisión de la misma mientras no haya tradición:

El acto se impone desde fuera, desde arriba, aunque sea un acto exclusivamente biológico relativo al cuerpo. La persona adopta la serie de movimientos de que se compone el acto, ejecutado ante él o con él, por los demás [... Es precisamente esa idea de prestigio de la persona la que hace el acto ordenado, autorizado y probado en relación con la persona imitadora, donde se encuentra el elemento social. En el acto

imitado se da un elemento psicológico y un elemento biológico. (Mauss, M., & Lévi-Strauss, 1991, p. 340)

El habitus representa un principio generador y unificador que retraduce los elementos que integran y relacionan las acciones del día a día, y que en últimas ordenarían la realidad de cada individuo. Es un cuerpo socializador, estructurado que se incorpora a distintas facciones del mundo, que direccionan la percepción que se trae sobre este, y las acciones que se toman sobre la realidad inmediatamente vivida (Bourdieu, 2007). Los gestos – Habitus – se interiorizan o asumen con una cierta naturalidad en conformidad con las estructuras sociales imperantes, es decir, que el gesto como apropiación se ve constantemente condicionado por los marcos sociales de la acción (Lefebvre, 2007; Wacquant, 2017; Wacquant et al., 2018). Así continuaría Bourdieu (2007) como principio activo, nunca reductible a las representaciones pasivas históricamente constituidas y situadas, sino como una síntesis que da cuenta de lo sensible, vínculos de representación, conciencia y apropiación de la realidad. El habitus no es propiamente la acción, sino la interiorización de la ejecución de estructuras de historicidad, repetición y ordenamiento que preceden a los individuos.

Como una suerte de condensación de las historias que introyectan los individuos, concentrando prácticas socialmente generalizadas, el habitus no es otra cosa que esa ley inmanente, *lex ínsita*, inscrita en el cuerpo por las historias idénticas, que es la condición no sólo de la concertación de las prácticas sino también de las prácticas de concertación (Bourdieu, 2013). Este carácter acumulativo, permite que sin ser una acción que se ancle a las temporalidades pretéritas, ya que su ejecución depende enteramente de las condiciones de su sincronía y el contexto, del mismo modo, el acervo generacional potencia a los habitus dentro de las estructuras como producto y andamiaje al interior de esta. El habitus decanta la coincidencia de distintos elementos sociales que se condensan en la acción de los agentes, creando un complejo estructurado y ordenado más allá de la banalidad de los actos expresados:

Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen habitus, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras

estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente "reguladas" y "regulares" sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas, y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta (Bourdieu, 2013, p. 86).

Los habitus aparecen como una expresión del mundo de lo práctico, en donde hay una relación entre la acción y el medio que la motiva, generando insumos suficientes para ejercicios sincrónicos y diacrónicos en ella, es decir, la posibilidad de ser estructurada en formas objetivadas o ser estructurante de la mismas por medio de las prácticas. Así pues, este se establece como un campo de experimentación de la experiencia, el mundo práctico se presenta como una quimera donde el habitus se expone como respuesta inmediata a las exigencias del entorno, estructurando prácticas o siendo estructurada por el acervo de estas. El gesto – Habitus – es fuente inagotable de concepción, con una plena disponibilidad racionalizada de pensamientos. Percepciones, acciones y expresiones, que tan solo se ven constreñidas por determinantes históricas y socialmente situadas de su producción, que recortan la posibilidad de desvíos operacionales, pero tampoco la reproducción mecánica (Bourdieu, 2013; 2007). Se está frente a un axioma como un elemento que abre la capacidad creadora, pero a la vez un vástago de su tiempo en tanto se limita esta condición por limitaciones sociohistóricas del contexto de reproducción.

Los gestos logran accionar una serie de estructuras al completarse el sentido de la ejecución, mientras que paralelo a esto, emergen elementos tácitos o no evidentes en la escena, siendo allí donde el habitus les da paso a las prácticas como un doble juego que materializa e integra el sentido global del gesto, como un acto visto en positivo, con la esencia de la acción no ejecutada, pero construido tras bambalinas. Este doble juego estructural con la definición objetiva de la práctica se pone de manifiesto en los comportamientos más habituales, donde la práctica es en sí una acción con efectos simbólicos al recrear una

dicotomía constante, habituada en el día a día²⁹, de este modo, es una estructura estructurante y estructurada que se llena de sentido en tanto afirmación y negación en sí y para sí (Bourdieu, 2007).

El sentido práctico es convertido en acto naturalizado al dar el paso a esquemas motrices y automatismos de este, inspirado por atenciones a requerimientos sociales, que hacen de las prácticas un producto de sentidos ocultos a los ojos de quienes lo ejecutan³⁰, ya que el sentido global se esconde a plena vista (Bourdieu, 2013). Las prácticas se ubican en la base material de la creación de las estructuras ya que permiten la activación mediante el acto, y la reproducción mediante la interiorización de las relaciones que se predisponen en esta, de este modo, el habitus se posiciona como un relé³¹ que permite la activación de la capacidad re-productiva de las estructuras³². Las prácticas son la capacidad axiológica que poseen las estructuras que permiten su producción y reproducción constante, en aquellos órdenes de cosas en los que los individuos ignoran su existencia, siendo partidarios de un orden mucho más grande y amplio de la motivación superficial que radica la acción de los agentes (Wacquant, 2006).

Al interior de las estructuras, logran arraigarse prácticas diacrónicas que alcanzan a regir la cotidianidad de los habitantes, la ley o la familia serán ejemplos de esta cuestión, ya que las instituciones encarnan presentaciones de la estructura, siendo los agentes quienes determinan el sentido del producto, al productores y productos del acervo de interacciones

²⁹ Las prácticas cotidianas aparecen determinadas en su esencia por las lógicas que la preceden y configuran la dirección de las mismas, para Castells (1999) es la ideología y las representaciones inscritas en el espacio las que dotan de sentido a las prácticas: Las reacciones cotidianas están llenas de asociaciones derivadas de una cierta experiencia y según las cuales tal barrio corresponde a un modo de vida popular, tal otro es “burgués”, mientras que la ciudad X está “sin alma” o el pueblo Z, por el contrario, conserva su encanto (Castells, 1999)

³⁰ El abordaje de las prácticas se hace partiendo de una negación de una predisposición o un acto per se que racionaliza la acción, sino partir de la apertura de sentido y el condicionamiento por el pensamiento relacional que integrará un sentido global, contextual y estructural del acto de los agentes que intervienen. Lo que me induce a pensar que, para comprender la lógica específica de las prácticas que se fundamentan en disposiciones, hay que abandonar la distinción canónica entre la explicación por unas causas y la explicación por unas razones (Bourdieu, 2007).

³¹ circuito eléctrico que permite abrir o cerrar otros circuitos independientes

³² Las estructuras que contribuyen a la construcción del mundo de los objetos se generan en la práctica de un mundo de objetos construidos según las mismas estructuras. Ese "sujeto" nacido del mundo de los objetos no se erige como una subjetividad frente a una objetividad: el universo objetivo está hecho de objetos que son el producto de operaciones de objetivación estructuradas de acuerdo con las estructuras mismas que el habitus le aplica. El habitus es una metáfora del mundo de los objetos, que es él mismo un círculo infinito de metáforas que se corresponden entre sí (Bourdieu, 2013).

sociales (Delgado, 2003). Las prácticas como expresiones axiológicas de los individuos y parte misma de las estructuras que reproducen, no son efectos lógicos del sistema social en general, sino que hacen parte y son expresión de las mismas contradicciones internas de la estructura que permite dar un margen de operación autónomo en tanto las posibilidades de la estructura misma³³, lo que permite cambiar el orden situacional o acelerarlo por la acción material que dinamiza la transformación de los marcos sociales.

[...] Las combinaciones y transformaciones entre los diferentes sistemas y elementos de la estructura se hacen por intermedio de prácticas sociales, o sea, de la acción de los hombres, determinada por su particular inserción en los diferentes lugares de la estructura así definida [...] Esta acción, siempre contradictoria, en la medida en que toda estructura social presenta desfases y engendra oposiciones en su desarrollo, actúa sobre la misma estructura. No es tan solo un puro vehículo de efectos estructurados, sino que produce otros nuevos. Sin embargo, estos nuevos efectos no provienen de la conciencia de los hombres, sino de la especificidad de las combinaciones de sus prácticas, y esta especificidad viene determinada por el estado de la estructura. Se puede explicar así el que las relaciones sociales no sean la pura expresión de una libertad metafísica, sino que conservan la posibilidad —dado su carácter específico, siempre renovado— de influir en la estructura que les ha dado forma. Esta capacidad de modificación nunca es, sin embargo, ilimitada: se ajusta a las etapas de despliegue de una estructura, aunque pueda acelerar el ritmo de ella y, por consiguiente, modificar considerablemente su contenido histórico [...] En consecuencia, analizar el espacio en tanto que expresión de la estructura social equivale a estudiar su elaboración por los elementos del sistema económico, del sistema político y del sistema ideológico, así como por sus combinaciones y las prácticas sociales que derivan de ello (Castells, 1999, p. 154).

³³ Aspecto similar es el que menciona Giddens (1995) cuando habla de las modalidades de estructuración, donde esta acción de las estructuras que permite aclarar las dimensiones duales de la misma interiorizada por los agentes, siendo estos últimos quienes utilizan estas modalidades para reproducir los sistemas de interacciones en los que conviven. Para el autor, estructura y el movimiento de esta (estructuración), son dos caras de la misma moneda, pero que no son fundamentalmente la misma cuestión.

Las prácticas como estructuras que ordenan el día a día de las personas están en constante interacción con las instituciones como objetivación de corporaciones sociales de alta complejidad, además de la acción que los mismos individuos o actores realizan³⁴. Giddens (1995) añadiría a este respecto, que las propiedades sociales del sistema son una consecuencia de las prácticas que son organizadas por las estructuras mismas, donde más que un elemento externo, las estructuras ejecutadas en su noción práctica son internas a los individuos, y más que un constreñimiento al movimiento, es un efecto habilitante y constitutiva. Las estructuras no son andamiajes netamente restrictivos y un estricto sistema normado de la acción en pro de la reproducción social y del orden dado, sino una capacidad intrínseca de las estructuras y del orden de crearse y recrearse a partir de las actividades diarias.

Las formas sociales que otorgan un orden a la realidad que experimentan los individuos, hace parte de una serie de estructuras cimentadas y legitimadas mediante largos procesos hegemónico, se puede decir sin contradicción que las realidades sociales son ficciones sociales sin más fundamento que la construcción social y que existen realmente, en tanto que están reconocidas colectivamente (Bourdieu, 2007). Este principio, hace parte o se encontraría en un poder más amplio que se ejerce no solo sobre los cuerpos, sino ante las creencias y la acción colectiva socializada, y se ejecutaría sobre los montajes verbo-motorens más profundamente ocultos, ya sea para neutralizarlos, ya sea para reactivarlos haciéndolos funcionar miméticamente, este sería la eficacia simbólica³⁵ presente en las estructuras de la práctica (Bourdieu, 2013).

³⁴ Es importante aclarar que, la racionalidad de la que disponen las prácticas es distinta a la que dota la acción de los sujetos, aunque efectivamente se encuentren puntos de entera convergencia, la orientación operativa de la primera responde a un direccionar de múltiples secuencias de acciones, prácticas estructuradas y coordinadas, mientras que la acción de los agentes puede escampar en campos aleatorios del obrar. La acción se predica de sujetos particulares, la práctica se predica de conjuntos o redes (dispositivos) dotados de una racionalidad. Es por eso, la racionalidad opera como condición de posibilidad de la acción (Gómez, 2012).

³⁵ Al mejor estilo de Levis Strauss (2011), la eficacia simbólica es la capacidad de los símbolos, como el sentido global de las estructuras de sentido de una sociedad, para ejercer dominio eficaz sin la acción que la invoque. El habitus genera una estructura mental que ha sido inculcada en todo aspecto socializado, que mezcla tanto lo individual como lo colectivo, una norma tácita de la percepción de la realidad social; mientras que la práctica encarna el consenso sobre el sentido de este mundo (Bourdieu, 2007). La eficacia simbólica es el nodo de relaciones que permiten la acción de las prácticas como estructuras en la ausencia misma de un gesto como tal, otorgando una capacidad operativa en las prácticas fuera de ellas mismas.

Las prácticas se establecen en el acto cotidiano, donde el actuar de los individuos es enmarcada en eventos periódicos y que sugieren una contestación a las ejecuciones llevados a cabo, es decir, donde la rutina, ritual y norma marcan las pautas de acción y entre ellos, aparece el acto de contra ritual que niega la norma para poder mantenerse vigente - ya que en los rituales se esconde la dualidad del símbolo, en la cual, no existe lo sagrado sin lo profano y viceversa - es en estos escenarios donde la práctica aparece como elemento intemporal y plagado de múltiples connotaciones que dan sentido en el largo plazo, sin escapar del acto inmediato. La estructura temporal de las prácticas permite la coexistencia tanto de la experiencia subjetiva de cada individuo, con los acervos de los actos objetivos de las estructuras³⁶ (Bourdieu, 2007).

La composición temporal de las prácticas está temporizada por las estructuras mismas, quienes existen por la capacidad más que de repetición, de imposición de ritmos, siendo allí donde la reproducción mecánica de la acción requiere el instante en función de constancia, mientras que los ritmos al tener una duración más prolongada, conservan el momento inicial, adicionando el reinicio con los arreglos posteriores, por lo tanto, una multiplicidad y pluralidad que sin repetir de manera eidética, sino la supeditación a la diferencia y el acto divergente de los agentes involucrados que transforman la práctica estructurante y la estructura misma (Lefebvre, 2007). Ritmo y memoria, repetición y ausencia de esta, son elementos a tener en cuenta a la consideración del movimiento de los hechos, y las secuencias temporizadas carentes del contenido del evento.

El espacio y el tiempo como elaboración objetiva en los grupos sociales termina por concatenar una realidad donde las prácticas sociales, como elemento de interacción y de experimentación de la realidad es condicionado y significado por las estructuras objetivas. Así pues, la definición objetiva de espacio implica procesos de reproducción social que orientan la ejecución de las prácticas asegurando su orden, mezclando las condiciones del tiempo objetivados en las composiciones del espacio. La representación de lo espaciotemporal surge de las prácticas sociales, siendo a su vez, instrumento de regulación

³⁶ Los ritmos encarnan la presencia de la experiencia subjetiva de la administración que cada individuo hace de sí, del mismo modo que una celebración de las pautas sociales hace en el entorno y la experiencia vivida. Lefebvre (2007) explica este tema refiriéndose a los ritmos como adquisiciones internas y sociales; en un día en el mundo moderno, todo el mundo hace más o menos lo mismo más o menos a la misma hora, pero cada persona está realmente sola haciéndolo.

de estas últimas (Delgado, 2003). Los sujetos establecen una relación con las prácticas en la cual, el espacio se expresa como elemento indisoluble y que de por sí, ya sugiere condiciones a lo práctico, tal como propone Santos (2000), el espacio por su forma geográfica materiales, es la expresión más acabada de la experiencia pasada, del individuo y la sociedad, las cuales, se corporifican en formas sociales y se inscriben en las configuraciones espaciales y el paisaje, dentro de relaciones práctico-inertes. Esto lo precisaría de igual modo Delgado (2003) al entender la condición de significación social presente en la producción del espacio, donde la relación particularizada que hace el individuo no sugiere de por sí, la subjetividad de la relación, sino la elaboración de una acción localizada y estructurada³⁷.

Ahora bien, hasta el momento se ha revisado los conceptos que atienden a las estructuras y la estructuración de la realidad social de los individuos, es allí donde nos encontramos con las nociones de acción, habitus-campo, prácticas y estructuras, que, aunque se encuentran vinculadas por su afán motriz y ordenador, no atienden a lo mismo por ser momentos distintos del movimiento de los agentes. La acción tal como la asume Giddens (1995) es el acto, movimiento y ejecución que hace los agentes con una finalidad estructurante, la cual sin ser clara aún, mantiene una relación configuradora del presente con el pasado. Por su parte, el habitus es el gesto³⁸, una estructura estructurante – racionalizada – que a diferencia de la acción se automatiza por la interiorización, proceso por el cual el propósito no se encuentra a simple vista, o en ocasiones se desnaturaliza de la ejecución (Bourdieu, 2013; 2007; Certeau, 1999; Wacquant, 2006). El campo por su parte, el ente establecido que crea un círculo limitante y apoyo para la acción, habitus o tácticas de los individuos, es la tabulación previa al juego de roles de los individuos, donde los movimientos se posicionan y se disponen por los aspectos de campo mismo (Bourdieu, 2013; 2007; Certeau, 1999; Wacquant, 2006). Por último, sin ser lo mismo, y sin recaer en la enunciación de estructuras estructurantes de la estructura estructurada, habrá que mencionar que las estructuras son los elementos constitutivos de la realidad temporalizada de los individuos,

³⁷ El espacio se ofrece al conjunto de hombres que actúa bajo las potencialidades de valores desiguales, cuyo uso puede ser disputado a cada instante por quienes ejecutan constantemente las acciones (Santos, 2000).

³⁸ Similar a la noción de tácticas de Certeau (1999), las cuales entendían la ejecución como un acto “improvisado” casi involuntario de los agentes, dotado de propósito en el afán de interactuar en la realidad material de los individuos. Por otro lado, se separa de la noción de acción de Giddens (1995), ya que el autor separa por lo menos nominalmente la estructura de la estructuración, siendo el habitus más próximo a esta última, dada la condición de incorporación de la norma intrínseca de la situación.

donde el pasado como la acción ya realizada, presente por el gesto incorporado, y futuro como el “deber ser” de la ejecución, se encuentran sintetizados como un universo simbólico que acciona a los agentes sin las condiciones materiales inmediatas; siendo la práctica por definición una estructura simplificada de acción, ordenadora y motora del sentido global de la situación y el contexto (espacio y tiempo) (Bourdieu, 2013; 2007; Wacquant, 2006; 2018).

A continuación, se intentará esclarecer las prácticas que los habitantes de barrio Antioquia han desarrollado para crear una unidad barrial. Posterior a esto, se detallará el papel que ha jugado el ámbito religioso y la socialización por medio del deporte, el juego y el ocio para ordenar la realidad vivida por los habitantes de la localidad.

3.1. Los eventos: los ritmos de la cotidianidad del barrio.

Las relaciones al interior del barrio se muestran como formas aleatorias o dispersas, desventuras que en primer plano carecen de finalidad, pero, es a partir de esta cotidianidad como es como los sujetos de a pie dan sentido en temporalidades más prolongadas a sus entornos barriales, a los lugares (Giddens, 1995; Lefebvre, 2007). Es allí donde la acción se carga de múltiples sentidos e interpretaciones que puede tener el habitar, el transitar, el saludo, etc., donde el afianzamiento de vínculos parece carecer de una objetividad concreta, sin embargo, eso se debe a la dimensión sincrónica de los eventos que ocultan las finalidades de estos. Es decir, la proximidad o la cercanía de la observación de estos, otorga amplios detalles en la estimación de la calidad de las relaciones, pero, imposibilitando divisar su proyección en el tiempo al ser una serie de movimientos multipropósitos.

La cotidianidad del barrio no es lo mismo que la de sus habitantes, pero se encuentran estrechamente relacionadas, y son dos componentes de la misma eventualidad, mientras la primera expresa una amplitud mayor en el tiempo que la compone, la segunda obtiene un ritmo más elevado por las interacciones diarias de los habitantes que refuerzan lo consuetudinario. Es por ello por lo que los eventos y festividades representan una ruptura en el diario vivir de los habitantes, pero parte de la rutina del barrio, debido a las temporalidades más extendidas y las dimensiones repetitivas de las acciones. Allí donde las interacciones entre las personas marcan un ritmo más precipitado, las festividades marcarían los compases

en perspectiva longeva de las relaciones con el espacio habitado (Bourdieu, 2013; 2007; Scott, 2000).

Figura 15.

La Institución Educativa Camilo C. Restrepo, día de la Antioqueñidad



Nota: saliendo a las calles a desfilan los maestros y los niños. Fotografía de Wilson Londoño (2010).

Figura 16.

Fiesta de disfraces en la calle 25



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2000).

Desde festividades de tradición identitaria con microrrelatos regionalizados, como el día de la antioqueñidad que, desde los colegios y muy temprana edad en los habitantes locales, comienzan a integrar una rutina, una celebración que logra que converjan e integren espacios comunitarios. Hasta el día de las brujas (31 de octubre) donde la presencia masiva de la comunidad cobra valor por las personalidades que aparecen en la festividad o los espacios del barrio donde se dan, al tomar las centralidades que permite que se integre el observador que por afluencia en estos sitios se ve integrado a la celebración. Wilson Londoño quien ha desempeñado como fotógrafo y siempre saca un toldo en las festividades, recuerda:

Esta es la banda disfrazada – la banda marcial del Liceo Benjamín Herrera – y el padre – que está de civil es el padre Alejandro Restrepo – venía así entregando dulces, confites, ese día temprano... ese es el occidente donde parte casi siempre donde es el lavadero de carros, que está muy deteriorado ambientalmente porque el reguero de agua ha dañado esa calle, desde planeación se quiere hacer una glorieta pero eso no ha surgido, porque los que trabajan allí lavando carros se han opuesto porque es un emprendimiento el que tiene allí... ya ahora la hacen pero la hacen de noche, ya es una propuesta de un grupo de tres generaciones: el abuelo, el hijo y el nieto, y ellos, a través de bingos y bailes que celebran consiguen recursos para hacer esa fiesta, tipo 9 pm tocan música y pasan con sus máscaras, es algo ya cultural que hace parte de la riqueza... (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

En diciembre por su parte, la celebración de las novenas navideñas acompañada de sus respectivos pesebres ha permitido que en esta temporada se mezclen las dinámicas de los niños de hacer un itinerario de a qué novenas ir, pensando en los dulces que les den, la hora a la que empieza y dónde pueden conseguir un mejor aguinaldo. Del mismo modo que, integrar las dinámicas de las plazas, quienes con un sentido de pertenencia con cada fragmento del territorio donde se posicionan crean una recolecta grupal para conseguir el mejor pesebre en una expresión simbólica de poderío y tradición. Posterior a esto, desde hace 10 años el concurso se institucionaliza y hace que la creación de estos prolifere vinculando a los que hace el Aeropuerto Olaya Herrera, La biblioteca Manuel Mejía Vallejo, la Junta de Acción Comunal, entre otros (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

Figura 17.
Pesebres navideños.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (1995).

Los eventos, festividades, celebraciones y todo tipo de situaciones que llamen a la convergencia de los habitantes en sitios en común permiten establecer escenarios para la socialización, donde las relaciones y vínculos que allí se fomentan apoyan la creación de lazos de unidad. Los momentos de aglomeración son puntos referentes espaciotemporales donde se condensan una serie de relaciones sociales entre los habitantes, configurando tradiciones, organizaciones, comunidad, donde la cotidianidad es de los moradores es erosionada para dar forma a la realidad urbana del barrio en general³⁹.

Los bares y cantinas marcaron la memoria de los habitantes locales, donde la interacción allí era caso socializador, catalizador y una manera de afianzar los lazos con sectores de la comunidad. De este modo, el acervo de una cotidianidad fiesterera, donde el licor, los tangos, la salsa clásica, los boleros, la Sonora Matancera llamó a la gente a las festividades populares, o como los expresaría Francisco García con algo de nostalgia que explicaría para él este gusto como algo aprendido:

Desde que existió la Escuela República del Paraguay donde estudiamos casi todos de niños, el director para hacer cualquier evento y recoger dinero para celebrarnos alguna festividad, traernos el marrano, día del niño, para hacer alguna reparación porque el Estado no aparecía por ningún lado. Entonces el director fomentó la traída de orquestas, ir a eso era un lujo, un orgullo estar en una fiesta, por acá pasaron buenas orquestas Los Hispanos, Los Graduados, Los Melódicos, Armando Morel, Pepe Aguirre, Orlando Contreras, Carlos Arturo el señor del bolero. Entonces desde la escuela se dio esa relación donde la escuela hacía dos o tres fiestas grandes y todo el barrio iba a bailar, es un barrio muy fiestero. Mira que son todos recuerdos del pasado que la gente intenta revivir. No solo los bares eran para beber, sino bailar, las

³⁹ Scott (2000) sugiere que históricamente, lo más importante del carnaval no fue cómo contribuyó a la perpetuación de las jerarquías vigentes, sino cómo fue muchas veces escena de explícitos conflictos sociales.: En todo caso, entre 1500 y 1800, los ritos de rebelión coexistieron con un profundo cuestionamiento del orden social, político y religioso; y a veces uno desembocó en lo otro. Las protestas se expresaban en formas rituales, pero el rito no siempre podía contener la protesta. A veces el barril de vino explotaba. El ejemplo propuesto podría ser un elemento apresurado a la hora de dimensionar lo esporádico y quizás desestructuradas de algunas festividades y tomas que hacen las comunidades al interior del barrio, pero, pone luces en nuevas formas de interpretar esta dinámica, no sólo como válvula de distensión de relajación moral y de las normas sociales, sino, observar cómo detenimiento como un ámbito de teatralidad en el cual se esgrimen las tensiones sociales al confrontar no clases, pero grupos y subdivisiones al interior del territorio que convergen y divergen en momentos de reunión y congregación social, las festividades.

heladerías donde se bailaba más que en las casas en diciembre (Francisco García, Comunicación personal, 2020).

La herencia que dejó la zona de tolerancia de bares y cafés alimentó por años una población que para Francisco García era de zapateros, mecánicos, cerrajeros, albañiles como oficios de bebedores a diario, lo cual, explicaría que mantuviera la vigencia de estos lugares hasta los años 90 a pesar de la época congelada que vive en el tango, los boleros y la salsa, lo cual se rompió con los pelaos amantes al hip hop, y al reguetón actualmente (Francisco García, Comunicación personal, 2020). Uno de los bares que se transformó con el tiempo fue Los Tolditos (Figura 18) que en la actualidad es una tienda, venden licor, hacen chances (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

El nombre del parche donde jugaban cartas los viejos en barrio Antioquia se llamaba El Chamberlain, es un sitio donde se reúnen para jugar cartas y tomar chirichí, ese que es alcohol con gaseosa y revuelto en una pimpina. Esta es una reunión ociosa por parte de algunos habitantes, principalmente los de altas edades se volvía en un cimiento de relaciones sociales y de amistad, en este caso, el congregarse paulatinamente y mantener afianzada la barriada (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020). Al principio quedaba ubicado a lado de uno de los bares tradicionales del Barrio que dejó como herencia la zona de tolerancia, el extinto Balisca por las malas administraciones, los recurrentes asesinatos y por la llegada allí del Tropical Cocktails. Esto hizo presión a que no les renovaran el local a los Chamberlain, quienes se mudaron a las cercanías de la casa de la cultura del barrio. Para Edwin Pérez, ellos vivieron un desplazamiento forzado que la realidad en la que viven obliga a no verlo así:

En el barrio cuando hablamos de los bares tradicionales, te menciono tres o cuatro que eran representativos: El Balisca en la 25 con la 65b, ese es un bar de toda la historia del mundo en temas como la droga, donde los Mejía que después tuvieron esa guerra con Griselda. Después de la 65, por medias cristal, era la competencia, El Andaluz. Los Tolditos que queda en la terminal de transportes del Barrio por la 65... mi papá llega puntual del trabajo, comía y se iba pal Balisca todos los días, esa era la vida de ellos, era el círculo social... cuando el Balisca se acaba después de que

mataran gente allá y muchas malas administraciones, entonces queda gente sin el lugar de convergencia social, entonces se va esta gente para esta tiendita, el Chamberlain, le ponen así porque tomaban eso que es como unocol, entonces, Gustavo – dueño de la tienda – llevaba un nombre para registrarlo en cámara de comercio y no se lo registraron porque ya existía, entonces se embolsó y no sabía cómo ponerle, cuando un amigo le dice. Cómo más le vas a poner, ponle el Chamberlain. Ahí ellos jugaban carticas y en unas pipetas mantenían el Chamberlain... después ese lugar se los pidió y se pasaron ahí frente a la casa de la cultura." (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2022)

Las personas se apropian del espacio urbano, donde las aceras no solo son elementos del tránsito para los habitantes, sino de ocio y de estancia para muchos de ellos, allí la posibilidad de poderse encontrar a socializar y a mantener los vínculos con los cercanos. La esquina, el punto de encuentro y la tienda se vuelven en parte del paisaje urbano donde los moradores le imprimen múltiples sentidos en relación con los grupos que lo ocupen y los tiempos sociales de la ocupación (Bourdieu, 2007; Massey, 2004; Santos, 2000; Scott, 2000). Es decir, la esquina como encuentro de los muchachos del microtráfico, la esquina como la tienda donde se recurre a hacer las compras a granel, o la esquina como el encuentro en las festividades representativas, como los realiza la tienda los Pepes, la cual institucionalizó los sancochos del primero de enero, una tradición de convite que las cuadradas realizaban para su vecindario, desde las 8 am pelan la leña ponen música y llaman la gente a bailar, al principio le regalan cerveza, luego la venden, ya llevan 20 años en eso (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

Figura 18.
Los Tolditos.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2015).

Figura 19.
Los Chamberlain.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2013).

Figura 20.

Tienda los Pepes en el sancocho del primero de enero



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2015).

3.2. Prácticas religiosas: una batalla contra el sello de la moral católica de Medellín

La separación de Iglesia e instituciones del poder público ha sido un hecho que ha inaugurado la modernidad; si bien las parroquias construyen barrios donde las ciudades eran demasiado grandes para gestionar las comunidades locales, en la actualidad las parroquias han perdido su capacidad estructurante, ya que la conexión barrio-parroquia que daban sentido a la barriada, ya carece de fundamento (Lefebvre, 1978). Pese a lo anterior, Lefebvre (1978) no avizora contextos marginales, donde una separación tajante entre Estado y religión es un mero formalismo, ya que, en los barrios, todavía su conformación orgánica y los modelos de participación locales, permiten que la iglesia asuma bandera en temas de relevancia local y de ciudad.

Los curas, párrocos locales lograron hacer un pastoreo de la población no deseada o la desplazada al interior de las urbes, llegando a ser banderas de pugnas territoriales, y en el caso de Barrio Antioquia y brindarle el nombre cuando en el papel pasa a ser denominada Santísima Trinidad. Al mejor estilo de las épocas de la conquista, casas curales e iglesias se erguían a modo de colonización de un nuevo espacio, es allí donde el poder del pastor pasa de ser una vía de salvación y una cosmogonía que trascendía, a ser una por definición un poder terrenal sobre el movimiento, las poblaciones y las diásporas urbanas (Foucault, 2018). La creación de un marco de valores común y distintivo por la comunidad -Barrio- permite un núcleo de identificación respecto a la realidad social vivida, y una serie de alternativas que les integre de manera en unos casos más pasiva que otra a este contexto que los constriñe, casos como las festividades religiosas se vuelven un rito constante de peregrinar en estos valores de unidad, u otro tipo de festividades que ayudan a crear o mantener los elementos que permean en la identidad del grupo:

En la medida en que la cultura popular pertenece a una clase o a un estrato cuya situación en la sociedad produce experiencias y valores distintivos, esas características presumiblemente aparecerán en sus ritos, sus bailes, sus representaciones, su indumentaria, sus narraciones, sus creencias religiosas, etcétera. Max Weber no ha sido el único investigador social que ha señalado que las convicciones religiosas de los "desposeídos" reflejan una protesta implícita contra las

condiciones de su vida. Con espíritu sectario, alentado por su resentimiento, ellos tienden a imaginar una posible inversión o nivelación de las jerarquías y las fortunas, y a hacer resaltar la solidaridad, la igualdad, la cooperación, la honestidad, la sencillez y la sinceridad emocional [...] (Scott, 2000, p. 189).

El fenómeno de lo religioso se basa en una estructura simbólica, al crear una contraposición de elementos, ejecutando una dicotomía que direcciona las prácticas religiosas o que con ellas se concatenan, allí donde la ejecución expresa una acción aparente en negación de otra. Bourdieu (2007) lo expresa de la siguiente manera cuando menciona el caso los Cabilas: “El discurso religioso que acompaña la práctica forma parte integrante de la economía de las prácticas como economía de los bienes simbólicos.” (p. 188). Lo religioso transversaliza la vida social de los habitantes al interiorizar una serie de dogmas que anclan elementos espirituales al gesto de los habitantes, donde la acción se amplifica al representar repercusiones más allá de lo material, lo espiritualmente construido se vuelve un sistema de juicio que integra el accionar material. Las instituciones religiosas trabajan de manera práctica y simbólica para decorar las relaciones de explotación, casos como el parentesco espiritual o intercambio religioso, donde la apropiación, mantenimiento y obrar religioso se vuelve en moneda de transacción de la ofrenda libremente consentida de dinero o tiempo (Bourdieu, 2007).

Las actividades religiosas han configurado toda una tradición en Barrio Antioquia desde la denominación de la zona de tolerancia, donde el padre Mario Morales, acompañado de la junta Cívica, fueron quienes se consolidaron como la resistencia a las medidas contra este barrio, tildándolas de nocivas para los locales, pues van en contravía de sus valores religiosos, culturales y sociales. Del mismo modo que esto pudo encauzar las luchas y poner fin a las disputas entre liberales y conservadores que para la fecha se había agudizado por la época de la violencia en Colombia (Universidad de Antioquia, Patrimonial, Antioquia, Acción Comunal Barrio Trinidad. Año 1989). Esto vincularía la historia del barrio con una alta intervención de los miembros religiosos en el lugar, ya que la lucha por cambiar el estatus moral y el estigma que imponía la ciudad frente a los habitantes lograba crear una marginación como norma social. Wilson Londoño recuerda estos primeros liderazgos religiosos en el barrio así:

A ver, la iglesia Trinidad, la parroquia Trinidad nace, eran los años 50, el padre Mario Morales cuando el barrio Antioquia es declarado zona de tolerancia en el decreto 517, este padre logra derogar ese decreto. Entonces en el 52 se deroga ese decreto. El padre Morales tiene una familia en el barrio, unos zapateros y es un padre que es muy... es valiente, se enfrenta, pelea a los puños, cuando le interfieren cuando está dando la misa. En ese tiempo la parroquia era pequeña, quedaba ubicada en la calle 27 con carrera 65ª hoy en día, ahí había una capilla pequeña llamada La Trinidad y el padre era uno que no se escatimaba pues cuando estaba dando misa, cuando alguien hacia bulla o tiendas o bares por ahí cerquita hacia mermar eso, él fue inculcando como ese respeto. Luego llegan otros padres de una congregación llamada Los siervos de María donde vienen unos padres italianos, padre Darío, Narcisio y Mancinio, que también son padres que se vuelcan mucho a la comunidad, que caminan el territorio, que entran a las cafeterías, que van marcando como esa... como esa confianza y ese respeto. No el sacerdote de ahora que esta... ¿Cierto? En cuatro paredes, no, estos eran padres que estaban en las dinámicas. Luego también viene después el padre Alejandro Restrepo, que hace lo mismo que camina en las procesiones, que saluda, que se pone su atuendo de ropa civil, que acompaña las fiestas de los niños. Entonces eso ha sido como una... una atracción para que la comunidad vuelque la confianza y tenga esos lazos de amistad entre el clero, la iglesia y la comunidad y le apuestan a los desarrollos de las dinámicas que surgen. (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020)

Los párrocos y los miembros directivos de la iglesia crearon un fuerte lazo con la comunidad al representar una vocería a las demandas sociales que ellos hacían, lo que catapultó en los primeros años del barrio a estas figuras como componentes representativos de la vida comunitaria. Esto permitió que se arraigaran de mayor manera los credos religiosos en la población local, donde convergieron distintos grupos y organizaciones a apoyar la institución, en este caso católica. La localidad hallaba en las celebraciones de los devotos una oportunidad de recogimiento y convergencia con los vecinos, que acudían a las fiestas que creaban un itinerario extenso para acoger a la localidad en general. Tal como las

celebraciones del Sagrado Corazón que apoyaron el gremio informal de loteros, que programan todo un derrotero feriado (AHM: Clarín, T46, F430. Año 1960).

Los desfiles tradicionales toman el corazón del barrio pasando desde la carrera 65 hasta la calle 25, y convergen comités, centros educativos y comerciantes locales, allí el barrio acude a esto, dejando a veces sus oficios de lado y agolpándose en las calles a recorrer o solo a observar (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020). La convulsión de las festividades que se viven termina por volverse una excusa para poder romper la rutina e integrar la comunidad local, niños, niñas, jóvenes y adultos hacen parte de los cultos, no solo por el acto religioso, sino por el tránsito o la compañía a familiares que asisten o son parte de estos, casos como el de la Virgen del Carmen, donde los parientes de los conductores siguen la caravana desde el interior de los buses.

Los entornos religiosos han logrado una representativa tanto en los habitantes, como en las relaciones con la administración municipal al ser garantes de varios procesos de desarmes de los combos que ejercen control en el barrio, uno en 1998 en el que fue partícipe el cura Alejandro Restrepo que fue muy político, he hizo acuerdos con Ramos – ex acalde de Medellín – y con eso lograban ayuda pal barrio y para la iglesia, no lo puedo demostrar, pero hicieron hasta acuerdos personales (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020). U otros procesos como el de 2009, donde la presencia masiva de múltiples estamentos de la sociedad como JAL, secretarios de gobierno, alcaldía, representantes de la arquidiócesis de Medellín, y el párroco Ricardo Gutiérrez. De este modo, la presencia masiva de diversos grupos y entre ellos, los representantes de la iglesia, otorga una salvaguarda de legitimidad a los procesos sociales que se dan en el barrio

Figura 21.

Celebración de los 60 años de la parroquia la Santísima Trinidad



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (1986).

Figura 22.

Desfile de la Virgen del Carmen



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (1980)

Figura 23.

Firma del acuerdo de paz entre combos en 2009.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2009).

Como una tradición heredada de los padres migrantes campesinos se da un arraigo a los avatares de la fe, convirtiendo a la iglesia en elemento fundamental en los barrios, donde no solo la católica ha hecho presencia en la localidad, sino la proliferación de otras vertientes de esta se vuelven muy frecuentes, apareciendo próximas unas a otras, tomándose las bodegas que se reproducen en el lugar convirtiéndolas en espacio de culto, en el barrio los guía por su fe y es muy tradicional la asistencia a misa los domingos (Edwin Pérez, comunicación personal, 2020). Esto lo confluiría con una manera más jocosa Wilson: la gente del Barrio es curiosa como dicen cariñosamente por ahí, son brujitos – risas- tienen eso, lo típico, lo criollo, la barriada, el corrillo, barrio popular (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020), algo similar a lo que diría un proyecto de Secretaría de Cultura de 2005, donde definía los saberes y prácticas cotidianas de los habitantes de Barrio Antioquia como:

Estas se están tratando de rescatar mediante convivencia pacífica y los corredores artísticos [...] En lo referente a la religiosidad, la comuna es muy religiosa, tanto en lo católico como otras religiones, también existen personas que practican hechicerías, según afirman ellos hay muchos brujos [...] (AHM: Alcaldía, Secretaría de Cultura, C2, L10, F19-22. Año 2005)

La alusión al arraigo religioso de los habitantes del barrio apoya la amplia trayectoria que ha tenido la participación de las iglesias del sector, al nivel de ser parte de configuradora de las dinámicas de la cotidianidad, convirtiéndolo en catalizadora de la convivencia ciudadana. de este modo, las festividades religiosas en el barrio expresan una mayor representatividad para entender la ocupación y los usos que los moradores les da a los lugares en común. Al volverse sitios que congrega los habitantes de manera amplia, los moradores han logrado aprovechar estos lugares para el desarrollo de actividades que fomenten la convivencia y el encuentro de distintos fragmentos, tal como relata Edwin Pérez, al destacar sitios para el encuentro espiritual mostrando versiones de cohesión social:

La 28 ahí pegado a las Empresas Públicas, esa cuadra sí que ha tenido arraigo e integridad, ahí en la esquina hace poco montaron una plaza, pero esa gente vive tan organizada y mantiene esa cuadra, esa cuadra con la particularidad de estar contra el

muro de EPM, ahí esa gente montó un parquecito y esa gente mantiene eso como un bizcochito. Allí hubo un liderazgo religioso, está Martín que es uno de los líderes que montó una gruta de oración de la virgen de María Auxiliadora, porque los que le ayudaron no fueron propiamente los religiosos – haciendo alusión al financiamiento de los combos a la transformación del barrio – porque, eso es una paradoja muy graciosa, los bandidos y sus jueces, entonces eso es hermoso. Los domingos a las 2 o 3 pm hay un bingo comunitario, entonces ahí mismo en el lugar donde rezan hacen el bingo, entonces uno llega allá que me parece bien curioso, la gente juega desde las aceras de las casas o desde las salas, como eso lo anuncian con alto parlante, las viejitas son las que más juegan (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020).

Las actividades en el barrio lograban congregarse a sus habitantes cohesionando la vida diaria de cada individuo, desde la experiencia personal hasta las vivencias comunitarias, es allí, en los sitios de convergencia donde las individualidades se diluyen dando sentidos a los elementos de la socialización (Bourdieu, 2013; Lefebvre, 1978; Santos, 2000). Esto, configura en los lugares composiciones multipropósito y finalidades tan esporádicas como las dinámicas de la interacción que allí se dan, es por esto por lo que, altares como lugares de recogimiento y oración, también tienen finalidades ferias de actividades guiadas hacia el esparcimiento y fomento de la vecindad. Así pues, como se observa, los espacios religiosos no son enteramente excluyentes o estrictamente anclados a la vida espiritual de quienes los visitan, también forman parte de la vida social, al materializar rutinas e interacciones más allá del culto y el fervor.

La relación entre los espacios urbanos con el fenómeno de la religión no hace parte de un ostracismo o de temporalidades pretéritas, en las cuales se encierran estos sectores de las ciudades, que muchas veces lo relacionan con etapas premodernas, ya que la modernidad representa un centro en el individuo y la razón occidental, una laicización del pensamiento (Bourdieu, 2013; Castro Gómez, 2012; Foucault, 2018). Lo que se encuentra de facto, en los barrios, es la pervivencia del pensamiento devoto, fuertemente arraigado a las dinámicas sociales, quizás no con el nivel categórico como en tiempos pasados, donde era rector de la vida social de los habitantes, pero sí otorgando identidad a ciertos grupos, y otorgando atención a diversas necesidades locales (Foucault, 2018; Gómez, 2012). El fenómeno de lo

religioso en la modernidad y particularmente en los barrios, representa para la modernidad una reinvención de los sistemas de creencias sociales y una forma de reconfigurar las identidades de grupos, que encuentran en este canal una manera de crear lazos y comunidad.

3.3. Prácticas deportivas: entre la competición y la convivencia.

Otro de los elementos que ha creado unidad y cohesión en los espacios populares, en este caso en barrio Antioquia, son los ámbitos deportivos, donde estas actividades hacen mella en la memoria de los moradores locales, logrando legitimar proceso y crear una representatividad de estas prácticas en distintos entornos sociales, donde no solo el acto físico es el centro de la acción. Al igual que en lo religioso, los espacios deportivos no son de uso exclusivo para esto, ni mucho menos lo deportivo tiene la función ociosa del juego, un refuerzo a la convivencia aparece como nodo que transversaliza la acción competitiva (Bourdieu 2007). En este sentido, los exponentes son muy diversos en la vida pública fuera del barrio, siendo varios los personajes que se recuerdan de la localidad:

En el campo deportivo abrimos nuestro recorrido en el deporte de las multitudes [...] futbolistas [...] Del deporte de grupo pasemos al deporte individual, y nos encontramos en el atletismo con Rocío Gallo, campeona nacional, y quien representó al país varias ocasiones, Claudia Vallejo en Jabalina; Ciclismo Amador Andrade, en boxeo Samuel Posada (alias Maravilloso) y el viejo Monín; Diego Luis Córdoba campeón departamental de atletismo. (Universidad de Antioquia, Patrimonial, Antioquia, Acción Comunal Barrio Trinidad. Año 1989)

Figura 24.
Carrera de ciclas del 20 de julio.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2005)

Los exponentes que ha otorgado el barrio han sido variados a pesar de que en los entornos deportivos era escasos y estas actividades parte más desde iniciativas particulares que desde organizaciones consolidadas. Pero, más allá de los campos destacado en los que ciertos personajes pudiesen tener realce, las actividades competitivas han integrado a la comunidad por lo menos en fechas en específico donde se realizan periódicamente competiciones, o por solo el ocio y el disfrute que los lleva a cooptar algunos espacios del barrio con tal fin. Como tradición, ya perdida que duró 15 años aproximadamente, Libardo Agudelo impulsaba en las reconocidas festividades del 20 de julio, una carrera de bicicletas, donde llamaba a competidores profesionales y una invitación abierta para la población local en general, obteniendo una participación masiva y una sectorización de los participantes por grupos de edad, dando 30 o 40 vueltas en dos cuadras hacia abajo (oriente) de la carrera 65 del barrio (Wilson Londoño, comunicación personal, 2020).

Al igual que Libardo Agudelo, su hermano Iván, como vino anteriormente se encargó de impulsar el deporte, en este caso los equipos de futbol locales con el nombre del Depósito Fundadores, de donde salían los recursos para poder financiar el funcionamiento que los equipos acarreaban. Isidro apoyó la hechura de la Cancha Lux (donde actualmente es la urbanización Piamonte), la desyerbaba y la marcaba, también consiguiendo sustento con la venta de productos subsidiarios de las actividades del lugar como gaseosas, cerveza, agua, etc., allí se programaban partidos de la Liga Antioqueña de Futbol (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020). Estas iniciativas intentaban apalear las necesidades que tenía el barrio y las problemáticas que allí se daban, ya que desde mediados del siglo XX los juegos de futbol en las vías públicas de personas de todas las edades han convertido las calles en campos de futbol (AHM: Alcaldía, T114, F34. Año 1957). Ante las pocas medidas de la administración los espacios deportivos de los habitantes del barrio comienzan con la autogestión, los convites que generó un empoderamiento de las personas con la zona, tal como relata Francisco:

A finales de 60 principios del 70, un señor, don Isidro comenzó a limpiar una manga cerca al aeropuerto, se llama el barrio Piamonte, ahí hicimos una cancha por convite, hicimos una cancha, el señor consiguió unas canchas y ahí hicimos nuestros primeros torneos, eso lo llamábamos la cancha la Lux, no sé por qué le decíamos así, demás

que porque la fábrica de gaseosas Lux nos prestó la maquinaria de la arena y una excavadora para mover piedras, hoy está la urbanización Piamonte. Después, en la manga que queda frente al Liceo Benjamín Herrera, el profesor de educación física de la época para poder ensayar la banda marcial y poder hacer ensayos ahí, nos pedía limpiar esa manga de ahí enfrente donde hoy está Comfenalco. La clase de educación física era llevar un machete y empezar a cortar maleza, la hicimos bonita y también se hicieron torneos, ahí Postobón colaboró también. Entonces el barrio tenía la cancha la Lux y también la de allá de Comfenalco. Se armaron torneos interesantes donde cada cuadra con sus nombres representativos montaba su equipo de fútbol, entonces estaba El Coquito, Fundadores esos eran de la 65 hacia allá – hacia el río Medellín –, ellos se llamaba así porque cuando nos cogió el decreto 517 zonificó a las prostitutas, y dijo en que parte se permitía las casas de lenocinio y al otro se respetaba los habitantes, entonces a los que no les tocó el decreto se llamaron Fundadores de una forma discriminatoria porque quedaron exentos de la prostitución. Esos torneos los patrocinaban personas reconocidas del barrio, Iván Agudelo colaboraba para el tema de los árbitros y una oficinita para colgar la programación, la Junta de Acción Comunal de la época que se llamaba Junta Cívica ayudó. Entonces cuando el comité de deportes de la JAL se apoderó de eso terminaron 15 equipos en el barrio ¡eso es mucho! Tuvimos equipo de mayores y de niños, donde los nombres eran de equipos extranjeros: Tigres (México), Toluca (México) y los Kennedy que no sé por qué se llamaban así. Había una señora muy reconocida Ildara Valencia también patrocinó unos equipos del lado de ella que ella misma les daba los uniformes. Don Miguel, patrocinando a los Tigres, donde jugar era un lujo porque el señor tenía un almacén entonces no les faltaba nada – hablando de la dotación del equipo – incentivaba a los muchachos con regalos en diciembre y siempre que jugaban les daba la gaseosa, eso era un lujo para esa época. Esa parte deja una huella entre nosotros porque sábados y domingos era fútbol, desde el desplazamiento a las canchas, vivíamos para ir a jugar, y la cancha se llenaba de público (Francisco García, Comunicación personal, 2020).

Las intervenciones urbanas llevaron a que los habitantes se tomaran su espacio y apropiaran de este, debido a la ausencia de participación de la administración municipal en

la creación de estos, allí los escenarios deportivos se volvieron de necesidad a realidad por los moradores locales. Esto generó una participación masiva, por el empoderamiento que creo la gestación y pujanza sobre estos lugares, lo que fomentó el patrocinio desde la iniciativa particular a equipos del barrio, o por parte de organizaciones comunitarias como JAL, juntas y organizaciones de carácter comunitario. Así pues, las canchas, la utilización de las atmósferas deportivos mostraban contextos de socialización donde se comenzaba a tejer la historia del barrio, de una amplia trayectoria. Uno de estos recuerdos los trae Wilson Londoño, ese equipo que se coronó con el torneo Inter barrios en 1969 y donde también participó Iván Agudelo:

Se cumplió el año pasado 50 años de eso, se jugó en el Atanasio Girardot la final contra el equipo del Estadio, ya muchos fallecidos, Araque se fue a vivir a Campo Valdés y lo mataron por robarle, Henao que era el patrocinador y administrador del Teatro Antioquia, los entrenadores eran Hernando Cataño y Julio Pérez que tenía una concesión con el River Plate de Argentina, entonces de allá le dan dotación y recursos para que impulse acá un equipo. Alfonso fallecido, Orlando, Alberto Rendón también. Yo hice parte de este equipo, pero, a modo de anécdota te cuento – risas – a falta de tres partidos, don Edwin Henao que era el patrocinador tenía una novia que se enredó conmigo y el man por celos porque ya era mayor me sentó ese día de la final, y yo quería jugar, yo era titular. Después nos hicimos amigos, y hablamos de ese rose, yo le decía ¿Edwin por qué me sentaste? – contesta - ¡guevón si me quitaste la novia! – entre risas – Guevón yo no te quité nada... ganaron dos a uno, yo celebré con ellos, ese partido fue de reservas antes del profesional, al otro año ya no apoyó don Edwin y hasta ahí, creo que fue la última organización en Inter barrios que hubo porque empezaron los torneos empresariales como Haceb, etc.... este equipo duró dos años y entrenábamos en Comfenalco, ahí eso era una cancha y hacia el lado de acá había un morro y eso servía de tribuna... (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

Figura 25.

Equipo de Barrio Antioquia campeón del torneo Inter barrios 1969.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño.

La participación en los eventos deportivos sería parte de la cotidianidad del barrio, allí distintos grupos crearían equipos para hacer parte de esto, creando convergencia entre los miembros de la comunidad y dinamizando las relaciones sociales. Esta tradición competitiva fue uno de los elementos cruciales que creó la subdivisión del entorno barrial, al fomentar el sostenimiento de las identidades de las distintas entidades en el barrio, las cuadras, las esquinas y las segmentaciones que mantenían un mosaico permitieron compartimentar los grupos que interactuaban allí. El aforo por las actividades deportivas cimienta la convivencia, donde los distintos fragmentos del territorio se logran integrar en competencias que menguan o liberan las tensiones de los barrios. En este respecto, Edwin Pérez rememora el que llama según él, una tradición futbolera que creó rituales de participación de la comunidad en las prácticas deportivas:

Este barrio ha sido tan futbolero que yo siempre pienso por qué no tiene más, en el barrio hubo siempre ese problema, siendo tan futbolero no tenía tantas canchas, teníamos la cancha Lux y jugar en los potreros. No me atrevería a decir que en el barrio ha habido procesos deportivos, pero que existiera una organización como otros barrios, el barrio era futbolero por vocación, pero los destacados deportistas eran espontáneos, sin procesos o escuelas de fútbol, ahora es probable que se esté tejiendo otra cosa, pero antes no. Sin existir procesos, surgieron expresiones muy destacadas, Abel Álvarez, Turrón, Niño Arias que fue selección Colombia, están los Vélez (Rubén y Libardo), gamines y todo llegaron a profesional, Edwin Cardona, Néider Morantes... siempre se ha tenido eso, una pasión por el fútbol, puede ser eso mismo, como no habían clubes y eso, nosotros mismos nos organizábamos y eso se veía, finalmente los territorios o llamémoslos los sub territorios, la 27, la 28, o por sus nombres, La Nasa, El Coquito, La Cueva, El Huevo, cada uno tenía su equipo de fútbol, buenos y competitivos siendo el gran núcleo de todo esto la calle, de ahí salían y buscaban equipos, vinculándose más al fútbol. Yo soy un gomoso del fútbol, estuve mucho tiempo en los equipos, el del barrio, el de la gallada, el del trabajo, el de la universidad, entonces había un ritual espontáneo y maravilloso, los lunes había un clásico por la tarde de los del barrio con los Fátima o Nutibara, particularmente en Tenche ¿por qué era los lunes por la tarde? Porque muchos de ellos eran zapateros

que tiene la particularidad que no trabajaban los lunes, entonces se juntaban los folclóricamente vagos que era los zapateros con el resto de vagos que eran los que no trabajábamos, en los lunes tipo 3 pm en las canchas de la Unidad Deportiva de Belén. Vos sabes que en la universidad todo el mundo está pendiente de cuadrar los horarios y cómo esquivar al profesor difícil, yo nunca miraba eso, solo lo miré los lunes por la tarde, yo no cogía una clase ese día, solo la cogía a las 6 am o 6 pm, pero ¿Cómo me iba a perder eso guevón? Eso era de 2 a 6 pm esperando la oportunidad de jugar porque a veces éramos muchos (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020).

La presencia constante de grupos deportivos logró crear unidad comunitaria y toda una rutina de la cotidianidad no solo de jóvenes, sino de personas mayores quienes se vinculaban constantemente a estas actividades. Aunque la competencia llamaba a muchas fricciones, no quería decir que esta convivencia que traía la convergencia de estas prácticas significaba la nulidad de conflictos, las enemistades existían, también había una pausa a modo de tolerancia con el fin de la continuidad de la vida barrial. Pese a esto, el deporte fue una excusa lo suficientemente válida para intervenir como catalizador de los procesos de violencia que se vivían en el barrio y encarar un llamado a la convivencia de los habitantes de la localidad. Wilson, nos relata de primera mano cómo fue la socialización a nivel ciudad en 1996, que buscó mitigar la violencia agudizada que se vivía y que usó de excusa el fútbol para darle fin a esto, en el barrio logró limar las asperezas con el área invadida hacia los lavaderos, y tristemente terminó el proceso con hechos de violencia en las canchas:

La Acción Comunal a cargo de Mauricio Giraldo que estuvo en dos periodos de cuatro años, y terminando el último periodo en el 96 y se acaba este proceso, lo retoman hace por ahí 5 años y lo tiene acá en la calle 20 donde están las sintéticas. Esto fue muy chévere porque en la época había una violencia generada por la llegada de unas familias al barrio e invadieron cerca de la pista del aeropuerto donde hay unos lavaderos hoy en día, por la ciclorruta, hicieron unos ranchos y al principio salían a pedir a las casas y la gente les daba, luego esa gente empieza con el vicio marihuana, pastillas, y a lo último se dedicaron a atracar negocios, se volvió una problemática... Mauricio intervino mucho en eso haciendo como la socialización, pero fue tanta la

necesidad que la gente del Barrio se armó para defenderse, porque estaban extorsionando ¡quemaron un bus! De uno que después fue presidente de la acción comunal Olmer Munera, entonces se armaron y sacaron esos muchachos, y ya vino el desarrollo urbanos y abrieron esa calle que es la que da a la 30 – actual Carrera 67 y 66b – quedaron algunas familias como lejanas, pero la mayoría de esos pelaos los mataron... ahí hay un proceso que coincide porque Mauricio a través de la Alcaldía de Medellín – administración de Alonso Salazar – logra un proceso que se llama Probapaz, era un proceso deportivo donde equipos conformados por mujeres y hombre, con la condición que el primer gol fuera anotado por una mujer, era microfútbol de siete jugadores, siete y siete, jugábamos en Niquitao, Buenos Aires, esto logró quitar tensión porque los pelaos en todos los barrios tenían conflictos... eso generó lazos de amistad entre los barrios... esos pelaos de esos ranchos hicieron equipo y Mauricio me pidió jugar para ellos y orientarlos, y fue duro porque habían conflictos entre ellos... me le medí e hicimos un desfile por todo el barrio y no hubo problemas, a lo último continuó, yo ya no hacía parte de ellos y en un partido se alteró, en esta misma cancha mataron a un pelao, era un arquero que le decían Popeska por un jugador Croata o algo así famoso en ese mundial – Estados Unidos 1994 – en una jugada le hicieron un gol y se fue a recoger el balón y por las redes de la portería le pegaron una matada ahí, era 1996 o 1998, se rompió la paz, se terminó ese proceso (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

Figura 26.

Triunfó la convivencia, tregua realizada en 2005.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2006).

En 2005 se repite un proceso similar, el pacto que realizaron entre La Salsa y El Coquito intentó pacificar las tensiones que mantuvieron por años la carrera 65 como un lindero de la muerte al interior del barrio, sellando la paz con un partido de fútbol entre los miembros de ambos sectores (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020). El cierre de la violencia con un evento deportivo enmarcando la convivencia no solo refleja un pacto, sino que lo deportivo una representatividad en el día a día de los habitantes como ámbito de convivencia e integración. Por otro lado, la participación esporádica no representa el sello como tal entre los actores que acudían, sino entre las familias y la herencia de la problemática de violencia, donde no solo los jóvenes eran los que encarnaban la estructura, sino las familias que cargaban el peso por afinidad

La trayectoria que desarrollaron ciertas actividades como el fútbol, creo una tradición o una forma de interacción que se volvió punto en común, y en muchos casos el sello de la convivencia de sus habitantes bien sea en épocas de violencia o por un relacionamiento de la cotidianidad como la memoria de la familiaridad que se teje. El deporte no se restringía de este modo a los escenarios dados a este, ni solo a las normas competitivas que les marcaba una clara periodicidad dentro de la vida cotidiana, no, esta práctica se integró como una añadidura del día a día, donde se volvía un elemento más a considerar en las eventualidades que reunía a los moradores del barrio, es decir, emergía como otra actividad de sumatoria a todo un temario de convivencia, sancocho, baile, partido, cerveza, etc. Así lo relata Edwin Pérez:

Eso se generó espontáneamente, que el fútbol fuera tan arraigado, porque se jugaba muy fácil, dos piedras con mayor tecnología un arco, que eso sí – risas – y un balón que ese sí daba dificultad, pero, en diciembre por ejemplo no faltaba el partido del 24 y 31, hacía parte de la tradición navideña. Un puente que la gente cuadraba un sancocho del domingo, eso automáticamente previo a eso o después de eso era el partido de fútbol, que se vuelve parte de un ritual. Clásicos de barras, en esta cancha la Luz, quién se perdía un partido entre el Coco y el Hueco, o la 59 y el Coco por ejemplo, o la 59 con la 58, no se lo pierden porque ahí hay muy buenos jugadores. Entonces claro, supongo que los muchachos que obtuvieron liderazgo en este sector cómo no cerrarlo o ritualizarlo mediante un partido y un sancocho – hablando de los

pactos de convivencia que se cerraron con partido de fútbol – porque eso es casi una unidad, si estamos hablando de puente, de diciembre, de cualquier festividad venía el partido y el sancocho, y falta otro elemento el aguardiente y salsa, y ya le echaban otras cosas, incluyendo al sancocho – risas por el recuerdo de los caldos envenenados con marihuana – había paz mientras se acababa la marranada y después se encendían otra vez a bala – risas – pero no, si se tranquilizó un poco con estos acuerdos (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020).

Esta ritualización de los eventos de convivencia al interior del barrio lleva a crear lazos de vecindad entre quienes habitan el sector o los fragmentos de este, donde la localidad es experimentada por su frente y transmitida como parte de herencia de la rutina. En esta, las prácticas deportivas funcionan como una añadidura a las dinámicas que teje el espacio urbano que forma un derrotero de cómo habitarlo, con tiempos y ritmos específicos, un ejemplo de ello es el relato que hace Danilo Montes, de lo que era su niñez en el barrio, donde después de salir del colegio y almorzar en casa iban a entrenar con los equipos del INDER en las sintéticas, y los más destacados en Campo Amor – barrio aledaño – o en la Unidad Deportiva de Belén. Este movimiento los obligaba a experimentar otras dimensiones de la localidad, compartiendo el tránsito hacia estos lugares, en el caso de la Unidad Deportiva, se hacía el recorrido por medio de la pista del Aeropuerto que no era tan vigilada y no se había electrificado el enmallado, entonces se podía ir a elevar cometa, a torear a los celadores con el riesgo de terminar lavando los baños del aeropuerto si los cogían. En sí, y como continúa comentando, la centralidad del barrio permitía ir a todos lados en bicicleta a gaminear, a la 70, al estadio, para Guayabal (Danilo Montes, Comunicación personal, 2019).

Los lugares están plagados de memorias, donde la manera en que nos relacionamos con ellos estructura el espacio habitado, formando tradiciones y lazos de convivencia que se refuerzan en expresiones simples del día a día. Al igual que Danilo Montes, Francisco García tiene un recuerdo muy similar de lo que era vivir en la niñez en el barrio y gaminear, donde el aeropuerto era centro de la memoria de estas actividades, siendo una tradición que pervive a pesar de las casi tres décadas de diferencia en las edades de los personajes. De este modo, Francisco recuerda la relación con el aeropuerto de la siguiente manera:

Para nosotros las operaciones aéreas siempre nos llamó la atención, ver despegar o aterrizar aviones, primero hacíamos una cosa absurda que no sé cómo seguimos vivos después de eso, y era chuparnos todo el vapor de las turbinas pegados de la alambrada cuando el jet iba girando para salir a decolar, nos fascinaba a todos los niños someternos a ese ventarrón, pegados de esa alambrada, esa era la adrenalina para nosotros. Para los viejos la novedad era ir a ver aterrizar y gritar. ¡llegó el avión! – risas. Entonces en la parte de la cabecera norte todavía llega gente de los pueblos y se ponen a ver despegar aviones en la colinita de la parte norte. A demás cuando yo estaba niño nos tocaban hechos importantes: un helicóptero ruso que aterrizó acá a reparar mientras le traían el repuesto de Rusia, una maquina amarilla grande, para nosotros era una novedad ver eso. Y otro, un avión que se estrelló cuando se salió de la pista. El tema de la aviación está en nuestros recuerdos. Pero, nosotros de niños teníamos otra cosa, nos pasábamos corriendo la pista y desafiábamos la guardia aeroportuaria, que la vigilancia la prestaban unos soldados en un jeep que nosotros llamábamos la jeepeta. Nosotros nos parábamos en la mitad de la pista a ver si el avión venía de un lado o de otro, así que la torre de control le daba orden a la jeepeta que nos sacara a nosotros, hacernos correr, y ese era el juego hacerlos venir detrás de nosotros y tirarnos por la alambrada. A muchos los llegaron a coger, los llevaban y llamaban a los padres de familia.... ¡ah! lo otro que te iba decir era esto, cuando llegaban los aviones grandes, esa alimentación que le daban a los pasajeros eran unos sándwiches y gaseosa, como muchos no comían y había que volver a surtir para otro vuelo, las muchachas azafatas se lo daban a los del aseo y ellos lo tiraban en unas canecas al pie de la alambrada, entonces íbamos a comernos esos sándwiches, en buen estado y con gaseosa. El que diga que no fue al aeropuerto a shutear, que era comer los sándwiches que tiraban a la basura, todos los jóvenes de mi generación hicimos eso. Además, nosotros íbamos a ver los equipos que venían a jugar con Medellín y Nacional de la época, Junior, Millonarios, Cali, Santa fe, Quindío... eran los equipos de esa época, entonces le pedíamos a todos autógrafa, mientras allá en el puesto de café Águila Roja, casi donde venden los tiquetes, había unas muchachas ofreciéndole café a los viajeros, y un café muy fascinante. También comprábamos el periódico deportivo de la época para coleccionar la foto del equipo de futbol, entonces la pieza

de uno estaba con recortes del periódico Nuevo Estadio (Francisco García, Comunicación personal, 2020).

Los recuerdos de esta infancia se asumen con una gracia y cierta añoranza por parte de los habitantes, quienes la describen como lo hace Edwin Pérez, como una infancia muy feliz, donde se disfrutaba de la barriada, la cuadra, la vecindad, el sancocho, el futbol en la calle, la pista del aeropuerto como el patio de la finca que era el barrio, una verdadera cohesión social, sin negar los conflictos donde hay el borracho o las infidelidades, o la vecina chismosa, pese a esto, había unidad barrial (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020). Estas dinámicas integran y cohesionan el espacio urbano de quienes habitan los lugares, ya que se establece una rutina que se retroalimenta en la cotidianidad y el cara a cara, allí las relaciones sociales son sintetizadas en pequeñas eventualidades que expresan los lazos comunitarios. En la misma línea, Santiago López acude a la nostalgia cuando recorre la infancia en este sitio, los juegos que se hacían los 20 de julio o los partidos de futbol entre los grupitos de niños que apostaban la gaseosa o que apostaban la cancha cuando la encontraran ocupada, para él son cosas muy bellas que no solo se encierran en el futbol, ya que era una manera de relacionarse con los vecinos, ya que no solo se conocía una persona, de ahí conocía al padre, a tu tío a tus primos, entonces se formaban lazos y una red dentro de la comunidad y a formar una familia comunitaria. (Santiago López, Comunicación personal, 2020).

Los juegos se convierten en un ambiente de interacción en la infancia que supera el contexto de ocio o las relaciones que se hace cara a cara entre quienes participan, allí se tejen los lazos de vecindad entre familias, o como lo menciona Santiago, la vecindad como una familia amplia, ya que, se relaciona por lo menos nominalmente con los parientes de los otros, se deja de ser uno para ser el hijo de Fulano, primo se Zutano, sobrino de Mengano, etc. De este modo, la herencia de los nombres y las relaciones parentales, se convierten en margen distintivo en el ámbito de los juegos infantiles como mecanismo de reconocimiento entre las personas. En la actualidad, Santiago cree que los dispositivos tecnológicos han disminuido las interacciones de este tipo, creando una distancia social entre los individuos, que ya no encuentran en las calles la convergencia social de voz a voz que tenían antes, transformando a estos en sucesos esporádicos y condensados a la inmediatez (Santiago López, comunicación

personal, 2020). Cuestión similar es lo que menciona Francisco García, cuando señala que la pandemia evidenció lo fuerte que son los lazos comunitarios, aunque parezcan diluidos por los ritmos de la rutina se ocultan, pero se mantiene en la acción de la vecindad, preocuparse por el otro o así sea por la acción chismosa que entrelaza a los habitantes en la confianza:

Yo creo que la pandemia ha afectado mucho la vida del barrio, y es bueno tenerlo en cuenta. Todos los días los padres de familia llevando los niños a la escuela, por la tarde recogiendo los, de lunes a viernes; todos los días de lunes a viernes los viejitos yendo a los clubes de adulto mayor, que aquí en el barrio tenemos muchos, todos los días viniendo a tener una relación, a socializar, a hacer un algo, porque estos viejitos cuando vienen acá cambian mucho se comparten muchas cosas, hay expresiones de solidaridad, se ayudan, se prestan plata... el barrio ha sufrido mucho de solidaridad, afortunadamente o desafortunadamente el combo de Alex Pin ha organizado unos mercados pero solo para los de esa zona, un buen mercado que trae de todo. Otras personas como tenderos han organizado mercados para sus compradores, los adultos mayores también han colaborado. He visto ese contraste entre los mercados boyantes de estos combos a la solidaridad de la cajita de huevos, la panela, la librita de arroz... y el barrio recuperó esa conexión que se perdió por esa cotidianidad tan acelerada, donde nos hemos dado cuenta de Fulanito cómo está, qué le pasa, si está bien o no, si está enfermo, algo que se ha perdido, porque si bien nos está sacando la parte comercial, el barrio está sobrepoblado... es como recordar que arriba está tal familia, abajo tal, que son tradicionales, ese ejercicio de saber cada quién y donde está viviendo, es reconocimiento que hacemos mentalmente de los habitantes... saber quién es quién en cada parte (Francisco García, Comunicación personal, 2020).

El acto de la vecindad pertenece a una relación espacial entre los hogares que se juxtaponen entre sí, y se extiende a lo parental o los vínculos con otras familias de la zona, allí es donde las fronteras de lo vecinal se afianzan y dimensiona a otras latitudes del barrio en que se establecen nodos relacionales. Los nombres de las familias se comienzan a volver lugares en común y punto de encuentro entre quienes habitan el barrio, mediante la cohesión social de quienes desarrollan un sistema de actividades como relaciones entre ellos. Es así

como las personas se integran al panorama de ciertos fragmentos del territorio, creando unidad entre población y espacio habitado, donde la acción de prácticas alguno deporte o los juegos de niños, permite actualizar los vínculos constantemente, la vecindad es presentada como una relación estrecha de reconocimiento de la vida de la localidad por medio de la memoria y las historias que se comparten entre sí.

3.4. Apuntes finales: prácticas cotidianas entre tensiones, convergencia y convivencia

De lo revisado anteriormente se podría retomar lo siguiente: la cotidianidad del barrio no hace parte de actividades aleatorias, aunque contenga muchas de ellas, en realidad, son actos que desarrollan los individuos sin una finalidad evidente o por lo menos oculta a plena vista de quien observa la acción con miras a ser concatenada como una práctica. Pese a esto, el tiempo limpia toda condicionante azarosa en el día a día de los habitantes y logra ordenar la experiencia individual y colectiva dentro de los parámetros de rutinas y repeticiones paulatinas de ciertos eventos que determinarán la temporalidad y los ritmos de esta.

La historia de barrio Antioquia en particular la tensión que trajo consigo el Decreto 517 de 1951, propuso una relación enredada entre esta localidad con el resto de la ciudad, debido a las complejidades que traía consigo el desarrollo urbano de Medellín y la presencia de un imaginario de una moral católica que calaba la estructura administrativa y la forma de pensar la creciente urbe. Esto, le dio una cierta centralidad al papel de la iglesia en las dinámicas de este barrio a partir del mencionado decreto, el primer escenario y quizás el que emergerá de manera más evidente es la pugna por los idearios de ciudad moralizada, la cual, retraía una serie de actividades señaladas por la moral católica, donde los habitantes de esta localidad se veían forzados a acogerlas e integrarlas a las lógicas de su día a día. Trayendo esta medida la fragmentación de grupos tanto al interior como al exterior de Barrio Antioquia, donde se apoyaba o se rechazaba las decisiones administrativas, allí, la iglesia católica aparecería reflejando la misma fragmentación de la ciudad-barrio e intentaría tomar posturas frente a la problemática de la moral ciudadana.

El segundo momento se abriría con esta fragmentación generada por el nuevo ordenamiento que la ciudad hacía de su espacio urbano y que traía la zona de tolerancia a

Barrio Antioquia, permitió que distintos estamentos de la iglesia tomaran banderas de apoyo y rechazo a las medidas administrativas, sentidas con mayor fuerza en el mismo sector afectado, donde la congregación en escenarios de convergencia religiosa ayudaría a cimentar grupos de oposición homogéneos, una representación y una vocería que por muchos años permanecería por parte de los habitantes locales. El tercero, pero no menos relevante escenario, es la sumatoria de los dos anteriores, donde se logra evidenciar una práctica que fuera de ser superada, nos trae consigo el papel que desempeñaría la iglesia o por lo menos el ideario de ciudad que recrea esta, ya que lejos de dejar atrás aquella planimetría de asentamiento y crecimiento urbano alrededor de la Iglesia y las esferas del poder público, aún se mantendría como eje motor una imagen sacada del centro urbano, la cual desplazaría una serie de actividades rechazadas por la mirada pública⁴⁰.

Escapando de los elementos que traen consigo las características contextuales del hecho de la radicación del Decreto 517, lo que se hace evidente es la integración de una práctica centrada en lo religioso, donde se configura una idea de ciudad que proyecta y direcciona la forma en que los habitantes de Medellín comienzan a interactuar con el espacio urbano en general. Por otro lado, para los moradores de la localidad de Barrio Antioquia, emerge una centralidad de los escenarios parroquiales como forma de integración, congregación y conformación de una unidad de voz que representaría en muchos casos las peticiones silenciadas por los actos administrativos que no consensuaban con la comunidad local; es decir, una dinámica política en los barrios que se basaría en la figura mesiánica y populista de los caudillos locales, la representación política por figuras personalizadas⁴¹.

Las actividades de tipo deportivo por su parte, sin ser tan fundantes en la segunda mitad del siglo XX para las dinámicas internas del barrio, si estructuró y compuso una suerte de catalizador de la vida de los moradores de la localidad. Medellín, al igual que muchas ciudades del país, se vio inmersa en un proceso de violencia que se agudizó a finales del siglo, cuando el fenómeno del narcotráfico y la falta de oportunidades cobra la vida de un

⁴⁰ Este momento recuerda la obra de Rama, *La ciudad letrada* (2009) donde se evidencia en el proceso de conquista y consolidación de ciudades en América latina, una disyuntiva entre la idea de urbe, el diseño y la implementación de las medidas para ordenarla, una ruptura entre las clases sociales que ejercían el poder, la cual se podía entender con una simple vista a la realidad urbana (Rama, 2009).

⁴¹ En Latinoamérica la expresión y herencia religiosa ha traído un fuerte arraigo de las vocerías de la Iglesia, o las formas de culto, las cuales, han mantenido vigente las formas mesiánicas de ciertos individuos que harían la forma de hombre pueblo (Lafaye, 1997).

sinfín de jóvenes que vieron en la oleada de violencia una alternativa para solventar las condiciones precarias de subsistencia. En este sentido, Barrio Antioquia no fue ajeno a la situación, ya que la exacerbación de la violencia logró cooptar las tensiones que generó la segmentación urbana de las dinámicas de la zona de tolerancia, y resignificar tanto dinámicas como sentidos del espacio habitado.

Las pequeñas identidades de la zonificación que hacían los moradores del espacio urbano, donde las cuadras se etiquetaban con alias, apellidos o algunos eventos que darían identidad a la segmentación⁴², creando una serie de filiaciones que vinculan a los individuos con el pretérito de una historia no vivida por ellos, pero vivida en los lugares con los que interactúan en su día a día. La estructura espaciotemporal de los lugares emerge como etiquetas vívidas que posicionan y disponen a los sujetos y su manera de relacionarse con la comunidad en general. De este modo, la producción y reproducción de los espacios barriales trajo consigo la incubación de las tensiones de las que venían impregnadas las relaciones sociales.

Así pues, en un ámbito plagado de tensiones entre los mismos habitantes emergen las actividades deportivas en el barrio como un campo de performativo de las disputas entre sectores de la localidad, trasladando a las competencias la capacidad de ejercer formas de apropiación del entorno barrial, donde expresiones de poderío, estatus, etc., logran exhibir las identidades y distintas filiaciones que hacían los agentes del espacio que ellos habitaban. Es así, como un *coge*⁴³ entre dos equipos, era un pacto tácito, pero una lucha a sangre por dejar en alto el lugar de pertenencia, representando las tensiones entre distintos grupos en diversos ámbitos de la vida social, que dislocarían en últimas los motivos originarios de las pugnas de los sectores.

En concordancia con lo anterior, las actividades deportivas emergen en el barrio como un ámbito de competencia, dispersión y una manera de articular tiempos de ocio al interior de la comunidad, volviéndose una forma alternativa de convivencia fuera de los eventos, festividades religiosas, entre otros. No obstante, las relaciones identitarias que preceden a

⁴² Tal como menciona Simmel (2014) al denominar los límites como una relación social con efectos sociológicos, la segmentación que hacen los habitantes del barrio del espacio habitado crea no solo una división, sino una relación con efectos vinculantes, donde se configurarán múltiples relaciones, más allá de las notorias a simple vista.

⁴³ En el coloquio es un partido o evento deportivo que enfrenta a dos rivales que mantienen una disputa férrea por no dejarse vencer, manteniendo la intensidad.

estas actividades terminan por capitalizar diferentes contiendas que los habitantes locales hacían en sus contextos cotidianos.

La configuración de las actividades deportivas como una práctica encuentran en ellas la condensación de diversos elementos, el primero de ellos es la memoria del espacio habitado que ha escindido el entorno barrial⁴⁴, creando ciertas autonomías en sectores, historias particulares y un posicionamiento para relacionarse con otros grupos y zonas del territorio. La segunda y siguiendo la línea del elemento anterior, es la identidad, ya que la parcelación del entorno vivido fijó una serie de disposiciones que direccionarían la forma en la que las personas interactuarían entre los miembros del área inmediata, o con los pertenecientes de otras aledañas. La tercera, incrusta una labor del reconocimiento, ya que con la posición y disposición de las identidades e historias que preceden la acción de los individuos, crea un condicionamiento del obrar de los habitantes, la cual, pauta las interacciones entre personas/grupos con los espacios/lugares, donde el entendimiento de los límites de unos u otros, crea una noción vinculante de lo propio con elementos de la otredad⁴⁵. Por último, habría que destacar la quimera que representa la puesta en marcha de todos estos elementos dentro de relaciones sociales enteramente móviles y que se significan en el día a día, en este caso, las formas de socialización, ya que lo deportivo representa una de las maneras en la que los grupos experimentan la interiorización de la memoria, la identidad y la otredad, es decir, son una de las formas en las cuales re-interpretaban los parámetros bajo los cuales se habita el barrio y sus gentes.

Resumiendo lo planteado, las practicas anteriormente expuestas (religiosas y deportivas) si bien no son los elementos fundantes de la cotidianidad de la experiencia que hacen los individuos del barrio, logran por mucho sintetizar y ser expresión de distintos acervos que logran dinamizar las relaciones que se entrecruzan diariamente. En estas, se tejen las historias vivas en el espacio socializado con lo experimentado, a través de la puesta en escena de interacciones que logran transversalizar la vida de los habitantes convirtiendo los efectos de la memoria en actos del aquí y el ahora. Ambas practicas representan la re-creación

⁴⁴ Esta historicidad de lo habitado cruza tanto lo experimentado por el individuo en particular, como la memoria de los lugares que responde a elementos pretéritos de un relato que construye el espacio.

⁴⁵ Esto es similar a las pautas de comportamiento que en otra sociedad emprime el totemismo, donde el tótem señala lo propio, y por yuxtaposición lo que no pertenece a esto, lo otro, así se crea toda una normativa social que direcciona las interacciones entre grupos, convirtiendo la ley en símbolo que conjuga distintas dimensiones de la vida social (Levis Strauss, 2011).

de la cotidianidad de los moradores locales, donde las tensiones sociales entre barrio y ciudad, han logrado calarse y ramificarse dentro de múltiples formas de relacionarse tanto entre individuos, como entre segmentos de la localidad como tal.

Las expresiones de lo religioso y lo deportivo vistas como experiencias prácticas, suponen la concatenación de diversos elementos de la vida social que han permitido la unidad de criterios comunes, dentro de una historia compartida, una individualidad experimentada y un entorno socioespacial socializado.

4. Barrionalismo

*[...] Quiero estar preso acá
De dónde sale tanta nea
El barrio es un imán
Y aunque me digan: "¡No te quedes!"
Yo sí que me vo'a quedar
(Alcolirykoz, 2018).*

El estudio sobre la cotidianidad es tildado en muchos casos como banal, sin embargo, es poco delineada las diferencias entre lo cíclico y lo lineal, temporalidades que imponen el ritmo y los cortes que dan orden de repetición, lo que no ha dilucidado en esclarecer aquellos puntos de invención y resignificación de la realidad, de descubrimiento que se presenta en la rutina diaria, en aquellos tiempos de fractura y frescura. Lo cotidiano es el tiempo de los lugares, es una gran tensión entre las grandes rítmicas indestructibles y la maquinaria socioeconómica que impone un consumo, una circulación y un habitar⁴⁶. Esta aproximación muestra las razones del por qué las temporalidades sociales de la cotidianidad (espacio y tiempo) son un producto social (Lefebvre, 2007). La cotidianidad está plagada como la condición infinita de la vida social, como espacio irrestricto donde se cimentan todas las acciones llevadas a cabo por los individuos y que sin razón aparente se direcciona a el mantenimiento constante de estructuras no evidenciadas aún:

Todo ocurre como si la ritualización de las interacciones tuviese por paradójal efecto otorgarle toda su eficacia social al tiempo, que nunca actúa tanto como en esos

⁴⁶ La vida cotidiana se construye mediante la separación con la vida productiva donde se marca una métrica del día a día, allí la cotidianidad se expresa como un reducto de otros procesos marginalizados por las lógicas del capital traducidas en el habitar. Lefebvre (2007) considera que: a partir de este momento histórico, se convirtió en el tiempo de la cotidianidad, la subordinación de la organización del trabajo en el espacio a otros aspectos de la vida cotidiana: las horas de sueño y vigilia, tiempos de comidas y las horas de la vida privada, las relaciones de los adultos con sus los niños, el entretenimiento y los pasatiempos, las relaciones en el lugar de habitar. Sin embargo, la vida cotidiana sigue estando golpeada a través y cruzada por grandes ritmos cósmicos y vitales: día y noche, meses y estaciones, y los ritmos más precisamente biológicos. En lo cotidiano, esto resulta en la interacción permanente de estos ritmos con los procesos repetitivos relacionados al tiempo homogéneo (Lefebvre, 2007).

momentos en los que no pasa nada, excepto el tiempo[...] Sin olvidar todas las estrategias que, no teniendo otra función que la de neutralizar la acción del tiempo y asegurar la continuidad de las relaciones interpersonales, apuntan a producir lo continuo a partir de lo discontinuo, a la manera de los matemáticos, adicionando al infinito lo infinitamente pequeño [...] (Bourdieu, 2013, p. 170).

La realidad de la vida cotidiana que experimentan los individuos se organiza desde el “aquí” de la presencia del cuerpo y del “ahora” como la condición temporal de la situación, el presente, siendo dentro de esta composición espacio temporal -aquí y ahora- la realización de la cotidianidad, no obstante, esta realidad se sobrepasa a sí misma al desbordar la inmediatez, y se abre paso dentro de fenómenos que van más allá del instante (Berger, & Luckmann, 2005). Las acciones y eventos que se desencadenan aleatoriamente se ordenen como punto en franjas preestablecidas y ya transitadas por amplias tradiciones y trayectorias de eventos que cargan de sentido la cotidianidad. Este espectáculo de lo cotidiano transforma la participación de los individuos en nudos, que entrelazan el acto en algo más profundo que la trivialidad de la rutina (Lefebvre, 1978).

La acción de los individuos se ve marcada por el fluir de los ritmos de lo cotidiano, la cual establece unas pautas y una marcación de tiempo enmarcada en la rutina, de intervalos rítmicos que se sacuden para ordenarse en distintos márgenes de duración. Giddens, (1995) considerará estos ritmos como expresiones de la «reproducción social», «recursividad», encubiertos por las rutinas de la vida cotidiana presentes en forma de interacciones diarias y eventualidades que pasan con la futura reiteración. Es decir, la vida cotidiana tiene una duración, un fluir, pero no conduce en una dirección; el propio adjetivo «cotidiana» y sus sinónimos indican que el tiempo aquí sólo se constituye en la repetición (Giddens, 1995). La estructura temporal de la vida cotidiana no es una plena imposición del quehacer diario, sino que se ordena y direcciona las acciones de los individuos en conjunto, ya que se interioriza para la reproducción (Lefebvre, 2007). Este proceso de interiorización de las formas espaciotemporales – cotidianas- es lo que Mauss (1991) llamará *Habitus*:

“Durante muchos años he repensado sobre esta idea de la naturaleza social del «habitus» y observen cómo lo digo en latín, ya que la palabra traduce mucho mejor

que «costumbre», el «exis», lo «adquirido» y la «facultad» de Aristóteles (que era un psicólogo). La palabra no recoge los hábitos metafísicos, esa misteriosa «memoria», tema de grandes volúmenes o de cortas y famosas tesis. Estos «hábitos» varían no sólo con los individuos y sus imitaciones, sino sobre todo con las sociedades, la educación, las reglas de urbanidad y la moda. Hay que hablar de técnicas, con la consiguiente labor de la razón práctica colectiva e individual, allí donde normalmente se habla del alma y de sus facultades de repetición.”(Mauss, M., & Lévi-Strauss, 1991, p. 340)

La estructura del gesto – habitus - no es una relación directa con la costumbre del hecho sincrónicamente repetido como axioma, más bien se emparenta con la memoria de lo adquirido, la experiencia y la potencialidad de la acción, la puesta en escena de los límites no establecidos en tanto desconocidos. Así pues, cada marco social como elemento básico de experiencia, cimenta el margen de actuación que cada individuo puede ejecutar o violentar. No obstante, las condiciones presentes que las suscitan y las pasadas que producen los habitus, no se dejan deducir a simple vista, y, sin embargo, esto mismo es lo que garantiza su duración en el tiempo, su reproducción. Es decir, los habitus solo se expresan estructurados en el universo práctico en tanto se entienden las condiciones que la engendran y las que son operadas por ellos⁴⁷ (Bourdieu, 2013).

Algo similar se puede dilucidar en Gramsci (2006), donde la actuar de los individuos se basa en una acción práctica, donde muchas veces la finalidad no se avizora, y en muchos casos se emplea una consciencia contradictoria entre el obrar y pensar, por un lado se transforma la realidad material en conjunto por un generalizado proceso de socialización, mientras que por otro, se reproducen formas del pasado, aceptadas y reiteradas sin crítica

⁴⁷ Las prácticas responden a un proceso que mezcla la objetivación del investigador, con las esencias de las prácticas (los habitus), ya que, deben establecerse las condiciones en las cuales emerge, y la forma como operan con el fin de encontrar la expresión de lo concreto, siendo las prácticas condición de la objetivación social del habitus. Algo similar a lo que Certeau (1999) denomina: las tácticas: no tiene más lugar que el del otro, se insinúa, fragmentariamente, sin tomarlo en su totalidad, sin poder mantenerlo a distancia. La táctica depende del tiempo, atenta a "coger al vuelo" las posibilidades de provecho. Lo que gana no lo conserva. Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos "ocasiones". Lo hace en momentos oportunos en que combina elementos heterogéneos, pero su síntesis intelectual tiene como forma no un discurso, sino la decisión misma, acto y manera de "aprovechar" la ocasión. (Certeau, 1999).

alguna. El componente de las representaciones hace parte de la fase inmaterial, pero con efectos materiales, es decir, es un campo de la relación compuesto netamente del contenido estructural de la acción y dirección de la misma. Las relaciones tienen en sí la función simbiótica que busca la interiorización en los individuos, y así, garantizar la re-producción de las mismas, ya que las acciones como ejecución de la estructura son pensadas en su perdurabilidad más allá del axioma contextual, esto en últimas fomenta su lo que llama Godelier (1990) como su extinción, transformación o adaptación, ya que, como toda fuerza social, su movimiento en tanto forma material es susceptible de cambio.

Toda relación humana bien sea entre los hombres o con la naturaleza tiene un elemento “ideal” que desempeña un papel en la producción y re-producción de esta, del mismo modo que la niega, participando en su desaparición o transformación. Esta expresión ideal de las relaciones trae consigo por un lado una serie de elementos normativos que ordenan y estructuran la experiencia; y, por otro lado, las representaciones que hacen los agentes/grupos con el fin de disputar o consagrar la legitimidad de las relaciones interiorizadas. Pese a lo anterior, existe también todo lo que se prolonga desde el interior de los individuos – parte ideal – hacia el exterior de las relaciones sociales, ya que esta hace parte de la dimensión material de los gestos, el carácter multidimensional que tienen todas las relaciones sociales al emerger (Godelier,1990).

Las prácticas se desdoblán del gesto – habitus – cuando rompe con la estructura temporal y se versa como composición del infinitivo del mundo social, su desarrollo temporizado, son irreversibles y diluyen el sincronismo de lo aparente, estas estructuras poseen un tiempo pautado por la orientación y el sentido inscrito en ellas. De este modo, las prácticas superan el elemento potencial del habitus que lo propone no solo como repetidor de las estructuras pretéritas, sino como un creador, un componente dinamizador de las formas sociales a partir de la acción de los agentes. Las prácticas condicionan la realidad apprehendida a la materialización de movimiento y la finalidad de las mismas (Bourdieu, 2013; Wacquant et al., 2018). Las condiciones materiales nunca por idealismos de gestos no objetivados, esto es lo que permite la aproximación a las prácticas como elemento concreto en la realidad social, tal como lo menciona Gómez (2012):

[...] las prácticas no son expresión de algo que esté "detrás" de lo que se hace (el pensamiento, el inconsciente, la ideología o la mentalidad), sino que son siempre manifiestas; no remiten a algo fuera de ellas que las explique, sino que su sentido es immanente. Tras el telón no hay nada que ver ni que escuchar, porque tanto lo que se dice como lo que se hace son positividades. Las prácticas, en suma, siempre están "en acto" y nunca son engañosas. No hay nada reprimido o alienado que haya que restaurar, y nada oculto que haya que revelar. El mundo es siempre, y en cada momento, lo que es y no otra cosa: aquello que se dice tal como se dice y aquello que se hace tal como se hace [...] (Gómez, 2012, p. 28).

Los instrumentos de conocimiento – prácticas – son constructoras de sentido y del consenso de este, no competen eficacia estructurante en la medida que son ordenadas, lo cual, no las excluye de un análisis taxonómico, no obstante, el desancle de sus condiciones de producción y de uso las priva de comprender el sentido social en ellas inscrito (Bourdieu, 2013). Las prácticas sólo pueden ser comprendidas en sí, ya que desarrollan su sentido de estructura en la medida que se ejecutan, son elementos cohesionan de la acción de los individuos situados en escenarios concretos, opera como una abstracción que introduce los efectos del símbolo al aprehenderlo bajo distintos ángulos, encajando diferentes aspectos dentro de la misma dicotomía del símbolo (Wacquant, 2006).

Así pues, las relaciones sociales no parten de puntos muertos o erguido de manera arbitraria, sino que se hallan sometidas a pautas, las cuales en muchos casos no son entendidas por quienes ejecutan las relaciones (Gómez, 2012). La finalidad de los nodos de interacciones que crean los individuos solo emerge con claridad al estructurar el pensamiento práctico, al escudriñar y ordenar las dimensiones complejas en las que se amasa las relaciones sociales. Son estas relaciones sociales -acciones o habitus- las que permiten pensar en el desarrollo de geografías particulares, de espacio de interacciones y en últimas, los lugares como expresión de los modos relacionales. El acto de transitar no es un componente arbitrario del caminante, la construcción mental que tiene el espacio es estructurado por quien ejecuta la acción, al ordenar todo el espacio social y habitado en parte íntegra de la ejecución (Certeau, 1999).

Las formas de interacción que realizan los individuos hacen parte de las diversas formas que tienen estos para organizar y apropiarse del espacio como situación de relación sociocultural, las maneras en las cuales se experimenta el espacio hacen parte de técnicas estructuradas y con un amplio acervo cultural que ordenan las experiencias sociales asociadas (Certeau, 1999; Foucault, 2018). Ahora bien, si pensamos que las relaciones sociales son las que dan orden y rigen el espacio, mientras que las interacciones entre los individuos se condicionan por variables espacio-temporales que le dan sentido⁴⁸, nos hallamos pues, ante una paradoja que antes que simplificar el entendimiento de las relaciones sociales – espaciales – entendiéndolas como son, relaciones de suma complejidad, ya que, desde una escala micro en el hogar, hasta un fenómeno de ciudad, hasta flujos de fronteras, territorio, vínculos; todos estos factores suman ápices a la comprensión de los lugares⁴⁹, nunca cerrado y coherente, por el contrario, son espacios abiertos de relaciones, una articulación, un entramado de flujos, influencias, intercambios, etc. (Massey, 2004)

La importancia social no se centra en las composiciones materiales del espacio, sino el eslabonamiento y las conexiones que los individuos hacen sobre este, congregando y estructurando un universo de sentido socializado (Simmel, 2014). El espacio es una relación entre objetos, humanos y demás elementos que conllevan la cimentación de relaciones sociales, las cuales dotan a este de una forma y contenido social, no es solo el despliegue de una estructura, sino una composición histórica, situado y contextualizada de una sociedad. Su entendimiento implica el descubrimiento de una serie de leyes que ordenan y rigen la

⁴⁸ Esta es la distinción que hace Agnew (2011) cuando destaca las dos dimensiones clásicas de observar la relación de espacio y lugar, donde la primera representa el dinamismo del lugar que se constituye como contenedor de las relaciones y solo significado por estas; en la otra, encontramos el espacio como componente parasitario del lugar, ya que el movimiento que se le atribuye a este depende es de los objetos que lo rodean, más que del espacio como tal. Lefebvre (2007) sintetizaría esta discusión, pasando de una dicotomía constante entre espacio y tiempo, a una triada que sumará la energía, el ritmo como producción ulterior de las anteriores.

⁴⁹ Retomando la dualidad expresada en capítulos anteriores, la noción de espacio como recreador de la escala y lugar como síntesis temporal, los usos de los términos entienden ya de por sí, una transversalidad del tiempo como elemento de unidad entre ambos, donde el primero representa la superación del segundo, al romper con lo pétreo del pasado que se expresa en los lugares y lo dora de movilidad (Agnew, 2011). Espacio y lugar más que construir una delimitación en ambos términos en la elocuencia, lo hace desde los usos que se ha dado a estos, donde el primero se posiciona como marco de movilidad y proyección de la acción de los individuos con un espíritu enteramente potencial, mientras que la segunda se posiciona en el plano de lo local, lo pretérito y centro de congregación social, un campo anexo a las llamadas tradiciones comunitarias. Trazando una línea directriz entre estos que trasciende el marco físico del contenedor, el tiempo como marca de un espacio potencial y un lugar de la memoria de lo vivido.

existencia y pervivencia de este, además de articularlo con otros elementos como una producción histórica y material (Castells, 1999).

El espacio es el que encarna una capacidad de congregación de distintos agentes y fuerzas sociales, ampliando el espectro de posibilidades con respecto a la acción, ya que las determinantes espaciales y temporales se vuelven fuerza centrípeta en el momento de ordenar la realidad social (Santos, 2000). Siendo esta condición la que llevó a muchos pensadores a concebir el espacio como el momento original donde se daría desarrollo a múltiples procesos sociales, uno de ellos el territorio, como resultado sin ser este mismo (Haesbaert, 2013)Pese a esto, Lefebvre (1978) consideró que el espacio es un producto social donde se da la vida social y sobre el cual también se pueden ejercer poder. Al introducir este último factor – poder - el territorio aparece como un componente menos estructurado y más relacional, proponiéndose como constructor del espacio en su nivel social, como contenido de interacciones de individuos/grupos (Haesbaert, 2013).

Así el territorio visto desde una perspectiva relacional del espacio se entiende inmerso en relaciones sociohistóricas – de poder -, es por ello que los sujetos obtienen centralidad desde esta perspectiva, al ser ellos quienes estructuran y desestructuran el territorio de acuerdo a los vínculos que ellos mismos generan (Foucault, 2018; Haesbaert, 2013). El concepto se encuentra vinculado con los actores e individuos que instauran relaciones de poder concretas sobre los lugares o sitios, un ejercicio de la acción hegemónica (Gómez & Mahecha, 1998), pero, en el espacio se crea una polisemia, una sinergia de sentidos más enfocadas en la producción como potencialidad más que en la reproducción de estructuras, aunque siguen siendo parte del proceso de la producción⁵⁰. De esta manera, el eslabonamiento de las relaciones espaciales, permite hacer un acercamiento a la constitución del territorio, donde las perspectivas geo históricas – espacio temporales – se convierten en

⁵⁰ A este respecto Gómez y Mahecha, (1998) dimensionan el espacio en una relación de escala frente a lo que es el territorio, donde el espacio es una acción convergente en los lugares, y el territorio como producto de la apropiación de múltiples espacios – lugares –, por ende, el territorio es un elemento fragmentario, repleto de desigualdades y tensiones. Este ejercicio de control sobre el espacio para generar una territorialidad, será un acto que por hegemonía realizará el Estado, donde según Foucault (2018): la soberanía capitaliza un territorio y plantea el gran problema de la sede del gobierno, y así como la disciplina arquitectura un espacio y se plantea como problema esencial una distribución jerárquica y funcional de los elementos, la seguridad tratará de acondicionar un medio en función de acontecimientos o de series de acontecimientos o elementos posibles, series que será preciso regularizar en un marco polivalente y transformable (Foucault, 2018).

elemento fundamental para anudar la transversalidad del fenómeno y los efectos sociales que puede tener (Agnew & Oslender, 2010; Gómez & Mahecha, 1998)

Las relaciones no se basan en el entendimiento de su condición endémica, sino de las relaciones locales, regionales o globales, que ejercen un círculo de condicionantes sobre estas. La construcción de territorio en un determinado espacio puede ser el resultado de la conjunción de lo cercano y lo remoto, donde lo local no se explica por sí mismo, y lo global y lo local son elementos constitutivos de la dialéctica propia del territorio (Gómez & Mahecha, 1998). Así, la práctica de las relaciones espaciales – formas constitutivas del territorio – se deben complementar con ópticas que versen la continuidad de los procesos de segmentación e interiorización que hacen los individuos y grupos, construcción de sentidos de lugar; y por la imposición de controles y dominio sobre el mismo (Agnew & Oslender, 2010).

Llegando a este punto, habría que retomar que los gestos de los individuos se direccionan y entrelazan en la producción y reproducción de estructuras sociales previamente cristalizadas en la historia colectiva, lo cual ha traído consigo la composición de espacios de interacciones y apropiaciones de ciertos lapsos espaciotemporales que sintetizan el sentido de la acción en el espacio practicado, dando como resultado un mosaico de interacciones vistas como lugares. Como producción humana, estos lugares se encuentran inscritos en complejos marcos de relaciones asimétricas, conflictos y tensiones propias de las relaciones de poder, en donde la capitalización sistemática de sitios -situaciones- da como resultado, la consolidación del territorio como producción social espacio-temporalizada (Agnew & Oslender, 2010; Foucault, 2018; Gómez & Mahecha, 1998; Haesbaert, 2013). Dicho esto, las ciudades son un espacio-tiempo y no solamente una proyección de una estructura social, de una sociedad global en el mero espacio (Lefebvre, 1978).

No obstante, la comprensión del fenómeno de ciudad como un todo integrado, una versión sintética del espacio-tiempo de las relaciones sociales en el territorio, no puede eliminar el contenido espacial de otras unidades que operan en su interior, Lefebvre (1978) menciona al respecto lo siguiente:

La totalidad no debe hacer olvidar que la parte y el elemento tienen también una existencia diferenciada [...] Sería un error subestimar el barrio, que sabemos es un todo en el todo, y sin embargo en las ciudades que conocemos el barrio sólo existe en función de una cierta historia. Podría ser que conservara el concepto de unidad de base, elemental, con determinadas dimensiones, y entonces no sería ya un barrio, sino una unidad, sin separarse de la totalidad (Lefebvre, 1978, p. 142).

Los barrios aparecen como una unidad espacial parcialmente independiente, funcional en su interior en la generación de sentido, pero articulada con las lógicas generales de la ciudad (Castells, 1999). Por ello, entender el fenómeno barrio es comprender la relación que tiene este con la totalidad, en este caso la ciudad, allí la composición orgánica de la urbe crea un sistema coherente que ordena los elementos en su interior (Lefebvre, 1978). El espacio urbano – barrios - se compone de orden social preestablecido que dota de sentido a las formas sociales que allí se alojan, siendo este por definición una quimera de procesos de significación continuos y dinámicos. Así pues, Castells (1999) propone una dimensión en los estudios urbanos que contengan la capacidad de entender las particularidades locales, sin desligarse de la posibilidad de anclar a procesos históricos generales.

En contraste con esto, la perspectiva de producción espacial de los barrios, donde los lugares son entendidos como socialmente estructurados y moralmente constituidos había sido poco explorada en las ciencias sociales; principalmente por la amplia acogida de los enfoques centrados en los ámbitos normativos de los campos de relación grupos/individuos con el Estado, y un modo ecologista que asumía el espacio social como nicho más que como elemento consensuado de sentido (Agnew, 2011; Agnew & Oslender, 2010). El giro se basa en comprender más que las formas socio ecológicas consolidadas y preestablecidas, el movimiento intrínseco en estas, donde las acciones de los individuos transforman el espacio de las interacciones a través prácticas como el habitar que se esconden en lo cotidiano como datos que nutren el marco de la vida la ciudad en general. (Castells, 1999). Enfoques como los de las prácticas es el de mayor aplicación por versatilidad a la hora de comprender la producción del espacio barrial, dejando atrás los sentidos de los lugares habitados como herencia natural, permitiendo la interconexión con otros lugares, como co-constructores de sentido social. En consecuencia, los lugares tienden a tener límites permeables en lugar de

fijos y son internamente diversos en lugar de homogéneos con respecto a sus atributos sociales y de otro tipo, incluso cuando expresan una cierta comunidad de experiencia y desempeño.(Agnew & Oslender, 2010).

La vida en los barrios encarna un relacionamiento directo de los individuos y grupos en esquemas contradictorios, idealizaciones del espacio, y sistemas complejos que ordenan el diario vivir de ellos en el lugar, sin embargo, es a partir de esto que se logra componer la realidad social que integra a los individuos. La apropiación o la socialización del espacio – barrio – es realizada notoriamente en sus aspectos simbólicos, donde las distinciones que aparecen en el ambiente sirven para ejercer apego o repulsión sobre lo otro, una dicotomía (Lefebvre, 1978). En los barrios, acto que se ha denominado de vecindad, es otro de los atributos de socialización que permite el reconocimiento con el otro y diferenciación del mismo, unificando un criterio de identidad o apego a las formas territoriales que permite sombrear el espectro de unidad espacial. Para Santos (2000) será la co-presencia la que impone la interdependencia como praxis y base de construcción de lo comunitario, expresándose en diversas formas, donde el trabajo colectivo junta los individuos para alcanzar resultados colectivos. Las fuerzas económicas son las que condensan las relaciones sociales (de poder) en los sitios, al crear espectros de dominación de acciones, agentes y espacio, lo cual cimienta el pensamiento territorial, como un nodo densamente articulado de intercambios y relaciones en apariencia mercantiles, pero que se posicionan como una manera de lucha por la supervivencia y empoderamiento del lugar habitado. Es decir, los lazos de informalidad en el barrio suplen un sinnúmero de necesidades que el entorno proyecta en la estructura social, lo cual, hace valer otras formas y prácticas alternas para suplir el pool de necesidades que los habitantes de los barrios (Santos, 2000).

Resumiendo lo anterior, se ha logrado detallar como en un giro de regreso, no solo ha sido la estructura general de la ciudad la que ha definido el espacio urbano de sitios como el presente caso (Barrio Antioquia), aunque no se niega el papel interesante que tuvo al respecto, acá, lo que se logra destacar es la posibilidad creadora y de transformación que tienen los habitantes del barrio, ya que desde la acción y las interacciones que configuran los espacios-lugares, se logra conformar nodos mucho más complejos y relaciones de mayor proyección que la situación del aquí y el ahora. La realidad de los barrios y las prácticas de socialización que ellos han incrustado como una forma de llevar los contextos inmediatos, no son

arbitrarias o hechas de puro azar, son la síntesis de un sistema de interacciones “in fieri”, es decir, en producción, en movimiento (Santos, 2000).

4.1. Informalidad, juegos y socialización

Los inicios en el barrio tienen un espacio urbano por colonizar, donde los zanjones y pantanos hacían parte de las planicies en las que crecería Guayabal, las primeras casas separadas entre sí poco a poco comenzaron a llenar el espacio con vecinos contrayendo con mucho sudor y paciencia un pequeño espacio en la creciente urbe, donde los sembradíos en los solares y las gallinas para intercambiar hacían parte del día a día, pero, el barrio crece y pierde la tranquilidad con la que lo recuerdan los habitantes de aquel entonces, las calles como la 59, eran puntos en los que convergían actividades diversas, desde los partidos de fútbol, hasta los convites de regalos o las elevadas de globos (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020). El barrio como muchas partes de la ciudad, comienza a crear un mosaico de familias de migrantes que se arraigan en la zona, con una suerte de nuevo pueblo, donde la cotidianidad intenta adaptarse a las nuevas condiciones, pero transformándose en las condiciones contextuales, así, lo relata Edwin Pérez:

Yo me siento, aunque no viva me sigo sintiendo del Barrio, porque tengo esa esencia del barrio, yo fui feliz en el barrio. Yo veo que la gente habla con mucho aprecio y mucho cariño del pueblo, así me sentí en el barrio, cómo yo nací en la ciudad, yo soy ciudadano, y no lo digo por ser exclusivo... yo soy hijo de migrantes campesinos que es una realidad del barrio Antioquia... el barrio Antioquia es un asentamiento fundamentalmente de campesinos que migraron a la ciudad por la violencia o por la pobreza que son casi la misma cosa. Tal vez no nos pasó como algunos que los cogieron unos grupos y los sacaron, pero mis abuelos eran tan pobres que tuvieron que venirse, vinieron sin nada y llegaron sin nada... y así fueron muchos de esas zonas del suroeste, venían no dos o tres, venían familias, no al mismo tiempo, pero, poco a poco iban llegando. Yo soy hijo de migrantes campesinos y aun así no he tenido contacto con la tierra –haciendo referencia a la agricultura -, porque según me decían mías tías, eran recolectores de café, entonces qué fincas ni nada, no eran dueños

fincas, les trabajaban a otros, entonces yo no tenía una finca. Yo todo el tiempo, toda la juventud la viví casi que exclusivamente en el barrio, y era por eso, o esa es la explicación que yo le daba. Yo soy ciudadano, ciudadano y barrio, barrio (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020).

El rebusque configuraría una forma de sustento de los habitantes en áreas marginadas, ya que el acceso a otros lugares y la consecución de trabajo es un tema complicado por la misma marca que impone la barriada (Bourdieu, 2013; Castells, 1999; Lefebvre, 1978). Así pues, la iniciativa particular acompañado de la cooperación comunitaria, imprimirán una forma de sostenimiento en los barrios, tal como relata Iván Agudelo en sus primeros años, que ya no recuerda con precisión, allí llegó después de vivir en la Bayadera y llegar a Medellín migrando de Amagá, consiguió un puesto para vender carbón, con el cual tejió lazos a partir de la venta al menudeo con quienes vendían arepas, morcilla, moviéndose en pequeño carrito que recordaba con aprecio, hasta montar una serie de locales y el actual negocio Depósito Fundadores (Iván Agudelo, Comunicación personal, 2020).

La informalidad laboral, el rebusque y las pequeñas iniciativas se convierten en una excusa perfecta para la creación de pequeños vínculos entre los habitantes del barrio, quienes comienzan a generar una economía conjunta y en algunos casos cooperativa. Sin embargo, esta búsqueda por garantizar el sustento de las familias no es una cuestión tan tajante, ya que, en su contenido enteramente social, lo que a simple vista parece una expresión de transacción de valores, también hay un fomento a otras formas de interactuar con el espacio barrial, donde o por necesidad o sin ella, un pequeño trabajo es una excusa para rodar por el barrio (Giddens, 1995). Este es el caso de las galletas artesanales de don Quico, que dio reconocimiento a Alicia un personaje muy emotivo en el barrio, y una actividad explicativa a los niños que crecieron en el lugar:

Figura 27.
Alicia la Galletera



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (1996).

Esta señora – Alicia la Galletera – vendía esas galletas que son parecidas a las obleas, la llamaban la barranquillera, don Quico que vivía por la calle 28 donde limitan las Empresas Públicas tenía la fábrica artesanal de esas galletas, entonces los niños iban y don Quico les daba una caja de cartón y galletas para vendieran en el aeropuerto, y así.. Alicia era la vendedora adulta y muchos años vendió, muy conversadora, formalita, lo que se ganaba los gastaba en maquillaje y en latas – joyería – ella tenía su cuento rayadita pero un personaje nuestro, la queríamos mucho. Ella vendía sus galletas en el barrio, caminaba y la gente la reconocía... todos los de mi época de 60 años vendimos galletas, era un recurso, cogíamos y salíamos hasta Fátima y la Unidad Deportiva de Tenche, yo conocí el estadio Atanasio Girardot por cuenta de las galletas, nos íbamos yendo, nos íbamos yendo hasta que ¡uy dónde estamos! Vea ahí el Cerro Nutibara. Ese era el punto de referencia. Había que brincar la quebrada de la Calle 30 – volviendo al barrio – que no estaba canalizada y siempre era ancha, así que pasábamos por unas piedras ahí... De niño me gustaba... a ver... desde la niñez aprovechaba el momento y hacía, como todos los niños hacía ventas... (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020)

El lazo que se crea entre las economías de los sectores populares se convierte en una manera de cimentar los lazos comunitarios, donde las unidades productivas familiares y vecinales, se vuelven en forma de sustento de muchos hogares en los barrios, esto, permite volver llevadera la realidad inmediata en la que se vive (Bourdieu, 2007; Scott, 2000). A pesar del conflicto o las tensiones en el barrio las relaciones tienden a ser muy compactas entre vecinos, se parten las papas, la arepa, se invita a almorzar, es muy sociable en un intento de mitigar las problemáticas sociales, o por lo menos así lo piensa Wilson Londoño, al referirse a la situación en tiempos de pandemia, (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

Los juegos en la calle donde el fútbol improvisado con las pelotas Carey hasta las 11 de la noche, donde las pelotas – golpes por parte de los padres – eran frecuentes por los horarios, pero, siempre las travesuras explorando el territorio del barrio y lo aledaño, la hacienda de Mercedes Sierra en lo que es actualmente Santa Fe y San Pablo, el juego allí era subirse a los árboles por frutas, chacotear en la Guayabala que en este tramo estaba cristalina, o seguir lo

globos en diciembre, elevar cometas en agosto, tirar tropo, estos eran los recuerdos de la niñez en la década de los sesenta (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020). Estas son las primeras formas de socialización que a la par de las escuelas, el juego y el deporte, permiten las interacciones en los momentos de la niñez, del mismo modo que sintetizar un intento de colonizar espacio barrial, donde experimentan y exploran en amplitud los lugares y los quehaceres que allí se dan.

El amor al deporte como elemento integrante de la convivencia y un aliciente de la memoria, al reflejar interacciones y el reconocimiento entre los habitantes, ha tenido una amplia trayectoria por afianzar vínculos entre la comunidad, mediante un proceso prolongado de integración de equipos de forma espontánea que crea un tráfico de personajes en distintos equipos, dada la proliferación de torneos que a veces juntaba individuos que fueran contrincantes en otro. El torneo de la cancha el Cuadrito (referencia cruzada) era ejemplo de esto, donde los participantes eran miembros del barrio que completaban otros, hasta los años que siguieron, cuando muchas de las actividades deportivas se clausuras por la pérdida de vidas en la llegada de la violencia del narcotráfico (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

La agudización de la violencia a finales del siglo XX llevó a que muchos habitantes abandonasen el barrio, porque no querían estar en medio de una guerra que había cobrado a familiares, o porque en el trabajo no podían decir que habitaban esta zona de Medellín, esto generó que las propiedades del sector se devaluaran, dejando como beneficiados a quienes compraban, lo que en la actualidad son innumerables bodegas, cambiando el oficio de la zona de residencial a servicios, y un considerable incremento del estrato socioeconómico, de 1 y 2 hace 20 o 25 años, a 3 y 4 en la actualidad, así lo relata Francisco García (Francisco García, Comunicación personal, 2020). La violencia del barrio ha permitido anclar este sitio a un fenómeno de ciudad donde el tráfico de vidas ha generado una especulación fuerte en el espacio inmobiliario de la zona que ha ido impactando fuertemente a los habitantes que aún permanecen en el lugar (Harvey, 2013; Smith, 2012).

Figura 28.

Equipo del bar Cristal Campeones del torneo en el Cuadrato



Nota. Fotografía de Wilson Londoño (1984).

En otra visión, Wilson Londoño cree que quienes se quedaron en el barrio después de la agudización de la violencia por el amor a este, ya que hubo gente con oportunidad de irse a otras ciudades, pero deciden quedarse, porque el barrio es todo para ellos, un sitio geográfico central, con buen transporte, comercio, haciendo que se asuma una dinámica de tolerancia a todas estas actividades ilegales, porque según él, es mejor tolerarlo que sufrirlo (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020). Esta marca que trae el barrio como legado histórico, la población la asume y que le da un sabor característico, una suerte de amor y odio es quizás esta mezcla, que hace que quienes se queden después de tantas cosas es por un arraigo y sentido de pertenencia a los lugares.

Pese a esto, el deporte siempre ha sido considerado un valor predominante en el barrio como una expresión de lo popular, allí la cotidianidad de los habitantes mezcla distintas formas de convivencia comunitaria. Iván Agudelo, piensa que la realidad del barrio pasa primero por la fama, que cuando uno la supera, encuentra la verdadera cara del barrio, ya que cuando llegó a este sitio, encontró muchos reproches que le decían:

¿Por qué te vas a ir a vivir por allá?. Y yo me vine, para yo tener un negocio acá – afirma Iván – de materiales, entonces me vine y empecé a trabajar, y eso que a la venida para acá me empezaron ayudar, porque acá la gente me ayudó mucho, y yo no hice caso y me vine. Lo que hace que empecé acá, fue cuando me empezó a ir bien a mí, a ganarme unos pesitos, unas cositas y donde estoy, estoy bien con mi señora y mis hijos. Acá conseguí una sociedad y la gente empezó a estimarme mucho, y ahí se va yendo uno, no vine a quitarle a nadie, vine a trabajar, por eso patrocino el deporte y cuando les envío a gente que también les gusta eso y también les dan patrocinio. Eso es lo bonito, poderle ayudar a la gente sin ninguna clase de interés" (Iván Agudelo, Comunicación personal, 2020).

El barrio conserva su unidad, es comunidad e integración donde los habitantes reconocen las dinámicas con las que conviven, con las que crecieron y ha definido drásticamente en la manera de interactuar. Este lugar y su gente se convierten en víctimas de una realidad que es imposible desconocer, porque donde todos tienen amigos, familiares empresarios, profesionales y emprendedores, también los tienen en Estados Unidos o

vinculados al tráfico, esta realidad dice Edwin Pérez que evidencia lo lindo y preocupante, ya que facilita a que los habitantes vivan condenados a esta realidad hasta que salen del barrio, lo cual solo favorece a mantener las dinámicas de ilegalidad del lugar (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020).

4.2. La estructura del barrio como ideología

Las problemáticas que ha tenido barrio Antioquia desde su inicio y arremetida urbanística han ido siempre direccionadas a dignificar el espacio urbano, ya que la carencia de cierta infraestructura agudizaba los inconvenientes para los moradores, donde las dinámicas de las cantinas, la falta de vías, escuelas, hospitales, la falta de vigilancia policiaca ayudaban a fomentar la permanencia de las problemáticas de exclusión del barrio (AHM: Clarín, T65, F430. Año 1961; AHM: Clarín, T76, F306. Año 1961). Esto, lograría configurar un marco de acción ilegal que orbitaría el sector, creando un margen de operaciones que supone un blindaje en el barrio, allí, las operaciones de robos de taxis se hacían cada vez más frecuentes en las afueras del lugar (AHM: Clarín, T57, F198. Año 1960; AHM: Clarín, T62, F390. Año 1960; AHM: Clarín, T66, F62. Año 1961). A esto se le sumaría, las necesidades de la atención a la salubridad de los afluentes, que permitió la creación de grupos de limpieza para asistir a La Guayabala que se venía deteriorando por el mal manejo de residuos en su recorrido (AHM: Clarín, T69, F384. Año 1961; AHM: Clarín, T76, F13. Año 1961).

Las actividades con las cuales se convive en el barrio crean un sin sabor, un agridulce respecto a lo que es la convivencia allí, donde el amor por las vivencias es desafiado por la violencia en la que se vive, aceptando una condena a esta. Edwin Pérez cree que es una cuestión paradójica que la gente quiera vivir en el barrio a costas de la violencia, incluso de los asesinatos a familiares, pero, piensa en la creación de pactos, una especie de inmunidades en los lugares, ya que los muchachos – combos – no atracan en el barrio, pero sí en los alrededores, añadiendo a quienes se iban en la época del narcotráfico a robar a Estados Unidos, volviendo a la misma esquina de siempre así supiesen que los mataban allí, una completa curiosidad en la ideología de los habitantes." (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020). Wilson Londoño por su parte, rememora el diario vivir que, en las cantinas, desde el ocio de

los niños, reforzó la relación entre los moradores del barrio y las problemáticas sociales adjudicadas a estos lugares:

Bar Cristal era un bar de tangos ubicado frente a la Fábrica de Medias Cristal por eso el nombre, un bebedero para quienes salían de trabajar... los bares se empiezan a perder cuando surgieron las discotecas en los ochenta, porque primero fueron los bares, después las heladerías, luego las tabernas, entonces los que no mutaban se iban volviendo graneros mixtos... cuando yo era niño la policía y los detectives que era un grupo del municipio llamado Inspecciones Generales y esos no copiaban de nada, esos atropellaban y llegaban. Vos móntate. Y el barrio siempre tenía sus problemáticas, pero siempre era un atropello que nos montaran a la fuerza, a mí nunca me montaron, porque uno le corría más al ejército – para que no los llevaran a prestar servicio militar – entonces para le época jugar billar era un delito, uno iba a jugar y a correrle a los camiones, era menores de edad se los llevaban al preventivo – correccional de menores – y te podía llevar 30 días por estar en esos lugares, o ya a los mayores venían los detectives, entonces uno se crio respaldando más al inofensivo así ese inofensivo fuera un delincuente, pero en ese momento no estaba delinuyendo, quizás era un carterista que ellos también estaban viviendo en el barrio, pero uno veía que ellos no estaban delinuyendo y llegaban a atropellarlo uno veía eso como una injusticia, y en verdad sí lo era, uno vivió en ese mundo escuchando tango aquí, allá, las emisoras de radio, a uno se le pegó eso, que iba en la impronta... (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020).

El territorio es reconocido por sus habitantes tanto por las interacciones que tienen en el día a día. como por las marcas de las dinámicas de la ilegalidad que allí se mezclan y se vuelven paisaje del denso entorno urbano, estructurando un tenue gris entre la división de lo legal y lo ilegal que divisan en la cotidianidad, coordinando el espacio en una sumatoria de estructuras que posicionan a los habitantes y los condicionan a esta realidad inmediata. Zoraida, en cartografía 2 – 3, relata como en los parques llega cualquier persona, compra drogas y consumen, rescatando las canchas de la 23, donde los letreros. No Fumar. evidencia una restricción en este sitio, pero, en el resto de los lugares se hace a plena vista y solo quedan

las advertencias de correr a los niños para que no les caiga el humo. Así continúa, hasta reconocer cómo las plazas de droga se vuelven fácilmente reconocibles y parte de la interacción del día a día de los moradores, en palabras de Caliche:

Pero no es por eso Profe – asegura Caliche- como esa plaza de acá arriba la quitaron entonces todos los habitantes de calle se van para la zona de abajo, si usted viera en frente del Coco, todos los habitantes de calle están allá. Pero es que hay una cosa, la ley ya sabe dónde están las plazas. Ja, pero eso lo sabe la ley, lo sabe hasta mi niña – estallan las risas en el fondo con el comentario de Zoraida (Juan, Luis, Zoraida, Claudia, Caliche, Lina, Sara, Santiago. Cartografía 2 – 3. 02 de septiembre de 2019)

El territorio del Barrio Antioquia crea un mosaico de sitios donde se es permitido una serie de acciones, y otros donde quizás por convivencia, se intenta crear un tabú a estas actividades de consumo. Pese a esto, la realidad de los habitantes se encuentra unida, aunque se difiera en las formas de ganarse la vida, ya que los amigos y demás personas con las que crecen hacen parte de esto o no, es la misma coyuntura que los vincula a todos, así lo menciona Santiago López, los muchachos – combos – actúan en contra de la comunidad cuando alguien comete un error, allí se toman la ley por las manos, pese a que se esté a favor o en contra de ello, esta es la ley del barrio, donde no roban y no matan, cuando esto pasa son personas ajenas al lugar, de cierto modo, los muchachos tienen un sentido de pertenencia con el barrio (Santiago López, Comunicación personal, 2020).

Esta visión de un pacto por la convivencia, Francisco García la explica de otra manera, donde más que el apego al espacio donde crecieron, se impone más bien, una lógica de mercado⁵¹, donde a ninguno de estos negocios ilícitos y de droga ven con buenos ojos enfrentarse a la comunidad, es decir, el barrio está tranquilo de robos, hurtos, riñas, porque si eso se tolera o eso avanza van a tener la presencia de las autoridades, entonces hay un autocuidado, una prevención (Francisco García, Comunicación personal, 2020).

⁵¹ A esto habría que añadir las dinámicas de tercerización que se vienen implementando, ya que la llegada de venezolanos permitió que el tráfico se rentabilizara con mano de obra más barata, representando un ahorro del 50% en este rublo – 30.000\$ - posicionando a los migrantes en las labores de jibaros, campaneros y demás (Zoraida. Cartografía 2 – 3, 2019; Francisco García, Comunicación personal, 2020).

El sentido de pertenencia de los habitantes con el espacio que habitan se haya fomentado por un sentido de pertenencia por los padres y abuelos, quienes levantaron sus muros, sus casas, sus cercados, y con ello, las calles del lugar, esto crea una lucha constante por la unidad de generación en generación, manteniendo la convivencia a pesar de los conflictos, ya que estas dos no son excluyentes la una de la otra (Santiago López, Comunicación personal, 2020). La vida cotidiana de los habitantes, la cohesión y la convivencia permiten pensar las relaciones en términos de reciprocidad, pero, el conflicto como parte íntegra de estas, marca el cerco de tensiones y la dualidad al interior de toda comunidad. Con los años, los trances al interior de la vida barrial se convierten en parte de la convivencia, una especie de conflicto dormido en la memoria, ya que la incapacidad de mantener explicar las raíces de estos, lo vuelven en algo estructural de las relaciones sociales al interior:

Yo llegué preguntarle a los de la Cueva, o a las de la 24 el famoso Alex Pin que está en las estadísticas de la policía. ¿por qué se pelean con los del Coco? – pregunta Francisco. ¡Ah! es que qué gonorra. ¿Pero por qué gonorra? por política no estás peleando, por religión menos, estás peleando porque allá hay una plaza y acá hay otra. ¡Ah! Es que son unos picaos. Hasta ahí llega la explicación (Francisco García, comunicación personal, 2020).

El espacio urbano, comienza a concentrar en sus segmentos memorias, historias y tradiciones que a veces nacían allí, o se iban configurando por las dinámicas de los moradores, quienes le imprimen el sentido a los lugares que habitan. Las personas comienzan a vincularse estrechamente con el territorio, volviéndose paisaje y partes íntegras de este, las familias como referencias de los lugares y como portadores de tradiciones, donde hasta los nombre o apodos, se convierten en herencia del lugar que habitan y parte de sentido del barrio. Wilson Londoño conserva en su memoria un personaje, Doña Corina, ya que es tradición en uno de los sectores, El Coquito, con una amplia familia y un nombre heredado – Corina – que representó parte de la vida urbana en este sector, convivencia y conflicto eran parte de la mezcla que se viven en las barriadas:

Figura 29.
Ofelia “Corina”.



Nota: Fotografía de Wilson Londoño (2005).

La mamá, doña Corina tiene 90 años, era una señora que se rebuscaba la vida y tuvo por ahí doce hijos, le mataron a Omar, Horacio, Fabio y un pelao Mario, y de las muchachas Rosalba; vendía unas cosas, hacía chance, hacía morcilla, empanadas, y peleadora oiga, mantenía peinilla – machete – uno veía alboroto y uno preguntaba ¿Quién está peleando? Doña Corina. Hace por ahí 10 años ya no la dejaban salir a la calle y yo le quería hacer una entrevista y cuando fui se me quitó, me dijo No, yo no quiero eso mijo dejemos así más bien. Corina venga, es aquí adentro. No yo no quiero salir en televisión. Corina yo recuerdo de niño, yo te vi muchas peleas a vos. Qué, y es que todavía – se sacó una navaja del bolsillo – es que usted no sabe por aquí como es esto, acá hay es que andar armado (Wilson Londoño, Comunicación personal, 2020)

El estigma que se le otorgó a Barrio Antioquia se convierte en una realidad, una en la que los habitantes difícilmente pueden escapar, porque como menciona Gloria Gallego, la gente de afuera piensa que porque la gente es de allí toda es así, que cada familia tiene su expendio en casa, o que quien salga así sea morador del lugar debe someterse a las constantes pesquisas de las autoridades en las afueras (Gloria Gallego, Comunicación personal, 2020), esto ha generado una manera de relacionarse entre los habitantes y su territorio, y no solo al interior, sino con la ciudad en general. Danilo Montes, expresa esta tensión del sello con el que creció y la marca que se imprimió en su forma de habitar la cotidianidad, solo notoria en la particularidad de otros contextos que crean un juego de espejos entre los espacios incorporados y lo que se expresa en el hacer:

Todas las primas más casi contemporáneas, todas tienen hijos y el contexto les ha vuelto difícil ponerse a estudiar y se encierran al barrio, solo salen para ir a fiestas o a comer por ahí, pero toda la cotidianidad acontece en el barrio Antioquia, yo lo pienso para mí y yo no quedaría encerrado allá porque el barrio no tiene mucho que ofrecerle a uno, y en realidad ellos – habitantes del barrio – dentro de su forma de ser y de vestir no conciben otra forma. Yo recuerdo recién me fui de barrio Antioquia, cuando yo volvía del colegio que era muy grande y medio campestre llegaba con los zapatos sucios y me gozaban, eran cosas que uno no dimensionaba, hasta con el

parlache, en el barrio decían mucho Pana, y yo en Bello decía. Hay pana. Y me gozaban, hasta por el motilado, yo tenía el de Daddy Yankee... era por eso, porque en el barrio se permeaba mucho por la gente que estuvo en la USA, mi papá me decía que la juventud que vivió en el barrio tenía un amigo que estaba traficando en Estados Unidos les mandaba los casetes con el Hip Hop que escuchaban allá, y mi cucho se crío escuchando eso, lo último en guarachas. en un diciembre los pelaos que tenían familia en la USA estrenando los Nike Air For One. (Danilo Montes, Comunicación personal, 2019)

La relación que se crea entre los barrios y la ciudad en general se basan en una serie de señalamientos que realzan ciertos atributos en uno u otros sectores, donde la mayoría de las veces los más afectados son las áreas populares, creando una suerte de tabú en del mosaico urbano. Santiago López cree, que Barrio Antioquia es un lugar muy bueno para vivir independiente de las dinámicas del microtráfico, es un espacio para risas, amistades, caminar, porque la realidad que se vive, la viven hoy en día todos los barrios de Medellín, donde incluso hay barrios con problemáticas mayores (Santiago López, Comunicación personal, 2020).

El barrio es visto por sus habitantes como una compleja síntesis de muchas cosas, es una cotidianidad vivida y territorializada por ellos, por sus relaciones, por sus amores y desamores, que conviven en un solo espacio (Lefebvre, 1978; Santos 2000), es allí donde la gente dota de sentido la vida urbana. A esto se refieren Edwin Pérez y Francisco García, cuando definen en palabras de ellos lo que es Barrio Antioquia:

Es Tango, Salsa, Galladas, fútbol, informalidad, microtráfico dentro de esa informalidad más desde la comercialización que el consumo, el barrio es alegría, el barrio es integración sobre todo en las cuadras, el barrio es una víctima del desplazamiento de la violencia, es víctima de la infamia municipal, el barrio es víctima de su ubicación, el barrio es pasión, eso es el barrio (Edwin Pérez, Comunicación personal, 2020).

El barrio para mi es una expresión muy vital de lo que es la vida urbana, donde están los recuerdos, las aspiraciones y los sueños. Me imagino el barrio con el tema de la droga legalizada, en otro tiempo y en otro contexto sacando los mejores talentos de este barrio en un ambiente de paz (Francisco García, Comunicación personal, 2020).

Los imaginarios que se construyen alrededor del barrio logran arraigarse fuertemente en sus habitantes, que han estructurado una serie de dinámicas circundantes a estas, otorgándole una base material como una realidad vivida. Pese a esto, los habitantes del barrio creen que estas realidades, estas vivencias y estas problemáticas que constriñen al lugar, no son ajenas a la ciudad en general, ya que estas están presentes en toda Medellín, y son señaladas en la localidad por la densidad en las que se expresan, pese a ser un tópico de ciudad (Danilo Montes, 2019, Edwin Pérez, Francisco García, Montes, Gloria Gallego, 2020, Comunicación personal). El emblema del barrio es una impronta que marca una relación con la ciudad en general, y que fomenta la permanencia de este, en un contexto que lo repele, y que pese a esto resiste, como el barrio insigne en Medellín: "Usted cuando coge un taxi y dice El barrio y el conductor sabe a qué barrio se refiere, este es El Barrio." (Francisco García, Comunicación personal, 2020)

4.3. Apuntes finales: el barrio como vecindad y forma de socialización

En resumen, de lo visto anteriormente, la manera en la que los habitantes del barrio interactúan con los sitios tanto al interior de este, como los que lo orbitan, es lo que logró consolidar el barrio como unidad de relaciones, allí es donde tanto lazos económicos, vínculos familiares, o el simple ocio de los jóvenes en el explorar y conocer el espacio en el cual conviven. Las formas de socialización presentes en el barrio pueden ser amplias y diversas, direccionándose muchas de ellas al reconocimiento de las normas sociales inmediatas, agentes en interacción y espacios de estas. Esta manera de incorporar las nociones de su entorno, son relatadas por los mismos habitantes de la localidad como un acto ocioso o parte de juegos de niños, donde se exploraba las dimensiones de lo permitido, de lo habitado y el entendimiento pleno de los otros, donde vecinos y familias aledañas componen y ordenan la realidad urbana. Es a través de actos cotidianos o que se muestran

dotados de una simpleza aparente, donde el ejercicio de la socialización estructura la vida social de las personas, generando vecindades y el reconocimiento del otro, sus cercanías, lejanías y proximidades, así como el sistema de interacciones que dota de sentido el mundo social del barrio.

Elementos como la familia que se muestra como categoría social objetiva en sus dimensiones parentales, también presenta elementos subjetivos que se estructuran alrededor de estas, tales como lazos económicos, apoyos, mutualismos o juegos de prestigio, siendo allí donde la familia se desdobra y representa una dimensión más amplia de la sociedad de los habitantes (Bourdieu, 2007. pág. 130). En este caso, las filiaciones parentales se muestran en el barrio como criterios de identidad y relación socioespacial, que permitía o disponía la manera en la que se aproximan los unos a los otros, al imponer un carácter vinculante de una territorialidad particular que se objetiva al interior del barrio, donde las cuadradas dan una sectorización al interior de este. Por lo anterior, la economía interna de los barrios se ha caracterizado por la informalidad y la asociación por unidades parentales, la cual en muchos casos logra abaratar costos en términos de inversión asalariada, pero, más importante aún, es la apropiación del medio y un intento de dar respuesta a las necesidades de la localidad vía mercado. Las pequeñas tiendas, reciclajes, talleres, construcción, etc. se convirtieron en alternativas a las que recurrieron los habitantes locales para solventar un entorno carente de oportunidades. La economía de lo popular como respuesta a un entorno excluyente de la economía de ciudad, y como forma de apropiación del ambiente habitado.

El barrio logra decantar diversos elementos de la vida social, donde por un lado estructuras complejas se muestran con un despliegue total en el entorno de interacciones de los individuos, siendo allí, donde la familia como identidad y filiación a espacios de la localidad, o los mismos roles económicos desarrollados otorgan una manera de relacionarse entre sí. Adicional a esto, distintas maneras de la socialización integran el barrio, al otorgarle una memoria de lo vivido y una continuidad de las normativas sociales previamente consensuadas o estructuradas de manera exitosa en la vida social del lugar. La sumatoria de estos y otros elementos entretienen la localidad, dándole fuerza, vitalidad y trayectoria a los retazos de grupos asociados a esta, legitimando los órdenes sociales preestablecidos por tradición y funcionalidad en el entorno. Es decir, una territorialidad previamente constituida por dinámicas de ciudad y urbanismo que determinan maneras de relacionarse, pero, en

construcción por los mismos habitantes que resignifican a partir de su cotidianidad de las dimensiones sociales de las relaciones con su territorio.

Por consiguiente, el territorio se convierte en parte partícipe, donde la yuxtaposición de componentes crea disposiciones y posiciones, mientras que las relaciones al interior, definen la forma y contenido en el espacio que se condensa en las estructuras orgánicas del poder, el territorio. En este sentido, la noción de identidad de lo que se denomina barrio como unidad espacial, permite configurar una serie de estructuras objetivas que se desenvuelven en su interior, y otras subjetivas a la hora de la comprensión que cada individuo hace de su entorno social. El barrio a nivel de estructura estructurante es un marcador social por excelencia, que en últimas, catapulta a la integración de un territorio general.

5. Conclusiones

Como se observó en los capítulos anteriores (1. Nos dieron el Barrio por cárcel y 2. El barrio y su memoria), la relación entre ciudad y barrio contiene una simbiosis donde las posiciones y las disposiciones que se hace del espacio urbano se llenan de contenido por las interacciones que los habitantes realizan allí. Es así como la arbitrariedad de los entes de planeación, crea una ventana de posibilidades para los habitantes de a pie, que significan y resignifican los lugares de acuerdo con las dinámicas cotidianas que desarrollan. En barrio Antioquia, la administración municipal delimitó el espacio urbano de este y puso condiciones a los moradores, no obstante, estos últimos interiorizaron y reinterpretaron estas menciones, creando lazos comunitarios e interacciones que buscaban atender las necesidades materiales inmediatas.

Las prácticas que circulan en lo deportivo y religioso, muestran una centralidad por la que se hilaban estructuras mucho más complejas, donde el reconocimiento e identidad del espacio fragmentado que habitaban, creaba nociones de pertenencia y un prolongado proceso de interiorización de formas pretéritas, muchas de ellas rezagos de la parcelación que hizo la administración municipal y fue posteriormente reinterpretada por los moradores locales. Lo visto en los capítulos 3 y 4 (3. El barrio, su gente, la vida cotidiana y 4. Barrionalismo), dilucida la capacidad estructurante de lo estructurado que tiene la acción del habitar, y su papel en la consolidación de lo barrial como entorno de socialización.

En los renglones siguientes se busca destacar algunos puntos centrales que se desarrollaron en el presente trabajo, así como menciones y proyecciones de posibles elaboraciones posteriores. Elementos teóricos, metodológicos, relaciones intrínsecas entre categorías y conceptos que se materializan en la realidad urbana de los habitantes de la localidad, son algunas de ideas centrales que se destacarán a continuación:

5.1. Metodología y la co-construcción del objeto

Las investigaciones urbanas se han direccionado en mayor medida por enfoque que han definido el barrio, por ende, su relación con la ciudad de distintos modos, allí destacan las acepciones de barrio como comunidad de vínculos solidarios; identidad de construcción

de lo cotidiano; como contexto de inclusión y exclusión; objeto de definición y prestigio; por último, un conglomerado en disputa por agentes sociales por la búsqueda geoestratégica. No obstante, aunque difieran en perspectiva, el núcleo en común de entender el fenómeno de lo barrial como algo orgánico bien sea por cohesión o conflicto (L. L. Troncoso, 2018). De acuerdo con cada óptica, se condiciona las nociones metodológicas a implementar, pese a esto, las investigaciones basadas en modelos cuantitativos y de archivos históricos han predominado en el panorama (Ariza et al., 2019; Colodro-Gotthelf, 2019; Diógenes, 2015; Roig, 2015; Rosón, 2015; Tenorio, 2014; Touris, 2015; L. F. L. Troncoso et al., 2019). Hoy en día, las perspectivas participativas de fuentes vivas retoman mayor fuerza a la hora de interpretar la realidad concreta de los individuos, más allá de la abstracción de las categorías y los preconceptos (Wacquant, 2006; 2017; Wacquant et al., 2018).

La integración de diversas fuentes, perspectivas metodológicas y enfoque teóricos podría enriquecer más el panorama de las investigaciones urbanas, donde las interpretaciones heredadas de la ecología humana han formado pesquisas en términos de nichos y necesidades de grupos en el espacio (Castells, 1999; Troncoso, 2018) u otras posturas que buscan determinar la amplitud de la brecha social, las formas de marginación y las transformaciones urbanas que viven ciertos sectores de la ciudad (Echeverría, 2007; Quiceno & Sanín, 2009). Así pues, la apuesta por modelos analíticos en el campo metodológico basados en fuentes vivas ha dado visiones más integradas de la globalidad del fenómeno urbano en sus diferentes dimensiones interpretativas. La etnografía como un ejemplo de estas, se proyecta como herramienta de alto alcance, y potenciales capacidades para la interpretación densa de la realidad social local como catapulta a nociones más amplias de los tópicos espaciales, urbanos y territoriales.

Herramientas como la cartografía se nutren de amplia importancia y una potencialidad analítica a la hora de entender la realidad social de los habitantes de los barrios, y la manera como ellos entrelazan relaciones que unen el espacio habitado en un territorio articulado con una ciudad global y el mundo. Tal como mencionó Riaño Alcalá (2000) este elemento tiene un alto contenido interpretativo de los hechos que construyen los moradores locales con la aleatoriedad que en apariencia se hace con el habitar.

5.2. Estructura y/o estructuración, un tema de perspectiva

Los fenómenos espaciales en la actualidad son interpretados y reconstruidos desde una perspectiva posicionada en las estructuras, ya que estas representan un mayor acervo de componentes materiales de la vida social, tanto así que se desvinculan tangiblemente de la acción de los individuos para generar efectos sin la automatización de estas (Jessop et al., 2008; Jones & Murphy, 2011). Es decir, las estructuras imponiendo condiciones de sentido ante la vida material de los grupos en relaciones de interacción. Lo anterior no supone que las propuestas que van de la acción a la estructura no se hayan explorado aún, ni que se enfrente a un panorama inhóspito para estos planteamientos, por el contrario, ha sido un campo que se ha venido desarrollando desde la segunda mitad del siglo XX con mayor fuerza en los últimos veinte años (Giddens, 1995; Jessop et al., 2008; Jones & Murphy, 2011; Santos, 2000). Ambas posturas, aunque disimiles en el punto de partida, tienen una centralidad al decantar la discusión sobre las estructuras, una por tomarla como punto de partida, y la otra por pensarla como producto de las relaciones.

La actualidad de estas posturas no es mutuamente restrictiva entre sí, por el contrario, se han venido cruzando, llevando a una interpretación en espiral, donde las estructuras no son ni llegada o inicio, sino que son elementos construidos y en construcción constante, una realidad móvil que está en un proceso ininterrumpido. Las prácticas se han convertido en una herramienta teórico-metodológica que ha permitido entender las estructuras a partir de los puntos de inflexión que re-ordenan los elementos al interior de esta. La importancia no se cierne sobre las constantes, sino por las variables que intervienen y dan dinamismo a la base material, es decir, las practicas intervienen en tanto acción y transformación de nuevos componentes, que desafían, ponen en tensión los criterios rectores que transversalizan la vida social, observando en lo cambiante, la pervivencia. Ahora bien, estas ideas han sido implementadas en el pensamiento espacial donde autores como Bourdieu (2007), Santos, (2000)⁵² han desarrollado una concatenación de conceptos y categorías que han ayudado a descomponer las formas sociales del espacio, y reordenarlo hacia una comprensión más amplia de los preceptos de una territorialidad incipiente.

⁵² Principalmente en la segunda etapa del autor, cuando da un giro desde una posición menos estructurante a una más estructuradora de la realidad espacial de los habitantes.

5.3. Ciudad – Barrio la disyuntiva del urbanismo

El entendimiento de las prácticas cotidianas en el barrio no solo representa un discurso de aquellos quienes le dan vida a la vecindad en un entorno urbano, sino una expresión de otros ordenamientos, que han sido el motor de lógicas externas al barrio. Es allí donde se condensan las dimensiones económicas, políticas, en muchos casos religiosas y estéticas del imaginario de ciudad que se imponen ante la realidad que viven los habitantes de a pie. No hay nada de arbitrario en la manera en que interactúan las personas, si bien no son coaccionadas y mantiene la capacidad de agenciar, el contexto urbano restringe la acción, direcciona las potencialidades y propone un esquema de relacionarse, el cual, se encuentra orientado por el pensamiento de ciudad que se ordena y reordena⁵³. Barrio y ciudad, hacen un juego de espejos, donde uno y otro se intentan definir constante mente, encontrándose con desfases producto de la refracción presentes en la imagen (idea) y estructura, que de cada uno de los lados se intenta proyectar. Espacios de lo local se desdibujan en la magnitud del espectro urbano y regional, y viceversa, la ciudad se pixela en los detalles de los entornos barriales, la escala representa un desajuste a mediar en la interpretación de la relación barrio-ciudad.

En el caso puntual de localidad de Barrio Antioquia, este juego de espejo trajo consigo el señalamiento, la marginación de un gran número de pobladores que habitaban en el sector, acompañado de una serie de herramientas discursivas que daban no solo capacidad operativa a la administración, sino la encarnación de una dirección, una lógica propia de una idea de ciudad que se materializaba con estas actuaciones. La imagen de una moral católica de ciudad, una región en desarrollo, industrialización y modernización, eran el bosquejo que la elite gobernante esgrimían sobre el paisaje urbano. En los barrios por su parte, las desigualdades se hacían cada vez más evidentes, al enseñar la cara de una administración municipal precaria, enfocada en las empresas y desconociendo el crecimiento demográfico que esto traía, con ello, una economía paralela, del rebusque, de la subsistencia, toda una para-economía que permitía a los moradores de barrios populares el subsistir con apenas los

⁵³ Hay que pensar este pensamiento, esta idea de ciudad, no como algo lineal e inequívoco, construido en bases sólidas, sino como una idea cambiante por las tensiones sociales que le dan origen. No obstante, esto no restringe la capacidad operativa de ciertos elementos discursivos de direccionar la realidad de los habitantes.

mínimos recursos. La marginación y el abandono trajo consigo la conformación por antonomasia de relaciones orgánicas de solidaridad al interior de los barrios como primera forma de socialización de los habitantes.

5.4. Lugares/espacio producto de relaciones

Los lugares comienzan a transformar sus acepciones tradicionales que los enfrasan en un elemento pasivo, o contenedor inherente de la acción social y las dinámicas a este relacionadas. No obstante, poco a poco esta postura se ha ido migrando hacia una donde el espacio es tomado por un ente más activo de las relaciones sociales, hasta llegar a considerarlo de sujeto subordinado a las relaciones, a sujeto DE relaciones. Los lugares y su estrecha relación con el espacio social, trae consigo la creación de un denso contenido que forja distintas dimensiones en la materialidad de los lugares, toda esta en función de quienes practican los sitios y las situaciones. Es allí donde la acción de los individuos, el contexto y los sedimentos de memoria inscritos en los sitios, donde se construye una estructura integrada del espacio como acto practicado.

Los espacios/lugares como participes de las relaciones sociales, propone una interacción a partir de los contenidos ya integrados en las formaciones sociales ya dadas, y una reestructuración de estas a partir de la acción de los agentes en particular, ya que es a partir de este acto orgánico, por el cual, los lugares se delimitan a sí mismo, más que por un acto material, por una noción sociológica que propone las extensiones de la realidad social. En el barrio, la construcción de lugares ha estado medida en muchos casos por fenómenos de la memoria, las dinámicas y la trayectoria que ha tenido la localidad, bares y cantinas, la música a estos asociados, economía del rebusque, deportes y competiciones, festividades de toda índole, y en el peor de los casos, el fenómeno de violencia. Todos estos elementos crean un mosaico que constituye la memoria de los lugares, de los sitios en los que los moradores interactúan constantemente. Pese a esto, los recuerdos no permanecen visibles, sino que mutan y se resignifican por las dinámicas de cada época y ocasión, haciendo un reciclaje de sentidos que mantiene hilos conductores bajo nuevos postulados. Casos como la mutación de la zona de tolerancia en segmentaciones internas del barrio y la creación de identidades del

fenómeno de violencia de los combos, son la mezcla realidades contextuales cimentadas dentro de historias vigentes en la realidad del barrio.

5.5. Re-crear la cotidianidad, prácticas entre la identidad, memoria y transformación

Como se mencionó con anterioridad, las prácticas se entablan desde lo teórico como una manera de entender la movilidad de las estructuras, a partir de la acción de los individuos que interactúan en esta. Desde lo metodológico no es distinto, este adminículo busca sintetizar elementos de la realidad social, una realidad vivida e incorporada por los habitantes por las acciones realizadas y el acervo de las no realizadas, pero socializadas a modo de estructura. En este sentido, las prácticas emergen como un relej que propone una continuidad/transformación del entorno social a partir de los andamios que se reordenan con las dinámicas de los habitantes, en este caso de los barrios.

No obstante, las prácticas no son el engranaje de estructuras en particular, sino el punto donde muchas de estas convergen, hibridándolas, adaptándolas y haciendo un manejo eficaz de energía social. Es decir, no pertenecen a la particularidad instituciones si las queremos llamar así de una manera clásica (familia, economía, etc.), aunque en primera instancia parezcan relacionarse estrechamente. Más que vincularse con las proyecciones que realiza la estructura, las prácticas se relacionan con la acción misma, donde el actante interioriza los cimientos preestablecidos y los reinterpreta con la exteriorización de la norma corporizada. Así pues, el habitar se convierte en una forma en la que los individuos crean una historia conjunta, en la cual, ellos habitan los lugares y estos, hacen lo mismo con ellos, sincronizándose una memoria ligada, más allá de lo vivido, una trayectoria no sentida, pero recorrida por el acervo de relaciones que se interiorizan.

En barrio Antioquia, si bien es arriesgado proponer una o varias de estas como estructurantes de la realidad urbana del barrio, no lo es reconocer el amplio bagaje de algunas prácticas que transversalizan la cotidianidad de los habitantes de la localidad, sin terminar siendo el hilo que une las dinámicas internas, sí termina por condensar ciertos elementos que conectan a los moradores. Sin lugar a duda, las tensas relaciones que se cultivaron en el barrio trajeron consigo la parcelación del paisaje urbano en su interior, donde múltiples identidades

se ordenaron con base a una historia conjunta. Esta segmentación que hacía el relato del naciente barrio, se re-creaba constantemente con las maneras en la que los individuos habitaban los lugares, manteniendo vigente una trayectoria desdibujada, pero a la vez reescrita con distintas dimensiones del espacio, actores y situaciones asociadas que resignificaban la experiencia urbana.

De esta manera, elementos como la proliferación de identidades que en un principio pasa de ser una sectorización de actividades nocturnas, pasan a ser una taxonomía interna del espacio urbano, posteriormente la identificación de cuadras y las familias allí ubicadas, y en las temporalidades más recientes, un control territorial que ejercen combos en muy restringidas dimensiones del espacio del barrio. No quedándose solo allí, ya que estas expresiones espaciales de las relaciones sociales desarrollaron modos de ampliar su trayectoria, transferencia de sentidos y la posibilidad de reconfigurarlos al paso del tiempo, las situaciones y los agentes involucrados. Formas de socialización se integran a la experiencia del habitar, donde juegos de niños, transitar por los lugares o la sola experiencia de crear vínculos de vecindad, articulan la forma espacial del barrio como un componente interiorizado y corporizado por quienes se vinculan con el medio. Es decir, la estructura espacial del barrio, los sentidos y la pervivencia de formas de habitar los lugares solo se hace posible mediante la incorporación de las realidades vividas, las experiencias no adscritas, y una constante revitalización de los límites de la acción social mediante diversas formas de interacción.

Estos elementos de memorias compartidas, identidad y la socialización se vuelven nodos de sentido que se imponen en la estructura urbana del barrio, pero, es solo a través de las prácticas cotidianas como este se pone en escena, integrando lo pretérito con las perturbaciones que crea las condiciones materiales de los habitantes. Las prácticas, más que una actividad en sí o una acción concreta, son una relación de continuidad que activa distintos sentidos en el universo social de los grupos de personas que comparten las situaciones. En este sentido, en Barrio Antioquia se logran dibujar dos prácticas que alcanzan a transversalizar la vida de los moradores.

Las de tipo religioso, se arraigaron por las tensiones que produjo la planeación urbana que implanto la moral católica de los dirigentes de turno, quienes sometieron a la marginación a un amplio número de pobladores, todo en boca de un afán higienista del centro de la

naciente ciudad. Esta produjo una asimetría en la manera en la que los moradores de los barrios se interactuaban con la urbe en general, reproduciendo un modo de relacionar entre quienes direccionaban el deber ser de Medellín y quienes les daban vida a las calles de esta. Sin mayores oportunidades de revertir la situación, estas tensiones se volvieron estructurantes de los imaginarios que se creaban sobre los lugares de habitación de las gentes de escasos recursos.

Al interior de esto, una dicotomía entre lo moralmente permitido y lo no, dibujaba en los centros de poder de la ciudad el ideario de lo sacro, el deber ser, la limpieza y lo honorable de una urbe en crecimiento; mientras que, en las márgenes, los barrios “populares” donde se enfrascaban los actores penosos, deshonrosos, del robo, el juego y los “vicios”. Esta bifurcación impone un orden moral dicotómico y categorial sobre la mera como se entiende el contexto urbano de Medellín. Esto trajo una serie de disposiciones que direccionó las maneras en las que se llevaban a cabo las interacciones, barrio – ciudad obtendrían un formato de posiciones preestablecidas que dibujaría el trasegar de los modos entre los centros urbanos, con sus periferias bien sea geográficas o sociales.

Así pues, sin tener mayor representación y vocería, sería la iglesia católica la que asumiría estas labores, representando la voz de quienes veían con malos ojos la arbitraria repartición que se hacía de la ciudad y las dinámicas a las que se obligaba a vivir a Barrio Antioquia. En una batalla por la moral, religión y política se mezclan con el fin de solucionar los problemas que traían la planeación urbana. Sistemas de creencias e ideologías desdibujan los límites que se habían impuesto por la revolución francesa, todo con el fin de atender una realidad material inmediata. Las prácticas de lo religioso condensaron de este modo, diversos elementos de la vida social, tanto la atención de problemas económicos referentes a las necesidades materiales de los habitantes, con la creación de recaudaciones, eventos de congregación para intervenir disponibilidad de recursos, etc.; al igual que, formas de representación política frente a otros escenarios de nivel local y regional, donde la vocería intentaba reafirmar la unidad territorial de los habitantes y un llamado a la identidad de estos con el espacio vivido.

Las prácticas religiosas en barrio Antioquia tramitan e interiorizan un ambiente de exclusión de ciertos grupos con capaz de decisión en los entornos urbanos, los cuales han erigido un imaginario de ciertos lugares, al segmentarlo y diseccionarlo en una serie de

actividades concretas que restringen o por lo menos condicionan el actuar de los habitantes de la localidad. El resultado, es la reproducción por parte de los moradores de ciertos elementos del discurso que logran integrar la vida social a múltiples dimensiones, materializando la proyección de un mosaico, de fragmentos de la imagen que otros han creado sobre ellos. No obstante, sería muy fácil caer desde esta óptica en servilismos y facilismos, de la realidad social completamente maniqueísta de los imaginarios dibujados por grupos en alguna posición de poder. Los sujetos también están en un proceso de resignificar los componentes de la imagen, unirlos e interconectarlos a disposiciones de las relaciones que se estructuran en su entorno inmediato.

Por su parte, las prácticas que se direccionan a la vida deportiva de los habitantes toman su punto de partida desde un inicio encubierto y se llenarían con la estructura territorial del barrio previamente inscrita. Como se vio en capítulos anteriores, las actividades competitivas en la localidad emergen dentro del acto simple del habitar, donde los moradores se apropian del espacio urbano a través del juego e interacciones entre individuos y grupos. Este trasegar, aunque exploratorio en un inicio, se fue llenando de contenidos a medida que las relaciones sociales y territoriales en el barrio se dinamizaban, convirtiéndolas en un núcleo denso donde familias, vecindades y las propias parcelaciones que los habitantes hicieron del lugar donde residen se tramitarían en universos de sentido y contenido.

Las divisiones del entorno urbano que trajeron consigo los fulgores de la segunda mitad del siglo XX, fueron quedando atrás, tan solo vivos en la memoria de algunos habitantes que fuera de recordarlo, transmitían los recuerdos de lo vivido en nuevas interacciones vinculadas al pasado de una manera tácita, como experiencia práctica⁵⁴. Las nomenclaturas o categorías que generaban los modos de relacionarse de los habitantes servían de base para la producción y reproducción de otras formas, una constante reinención ajustada a los nuevos elementos contextuales que emergiesen.

Las pequeñas identidades, reconocimientos a familias, grupos o vecinos, una actividad, un apodo, un alias, segmentos del territorio, etc., se tejerían en el entorno urbano de quienes habitan lo lugares. El nombre deja de ser nombre y se vuelve en parte del espacio,

⁵⁴ La memoria como experiencia práctica ayuda a sistematizar la acción al proyectar en estos sentidos diversos, muchas veces concernientes a otros elementos de la vida social, pero, vinculados con una finalidad axiológica, o si se quiere ser más precisos pragmática, donde se utiliza lo ya vivido como coordinación de los límites de lo accionado.

las actividades se desdoblán de las acciones para convertirse en sitios. En últimas, la vida social se trata de un singular universo de sentidos sobrepuestos y traspuestos, todos conectados entre sí y apartados de ser completamente arbitrarios o elementos aislados, el sentido plasma la acción de los individuos quienes serán en últimas los que re-ordenan la experiencia inmediata, ejecutando un acto sintético de tiempos pretéritos y la sincronía del actuar, la práctica.

Las que de cierto modo transversalizan la realidad de barrio, no son elemento fundante, pero retoman las coyunturas que dieron origen a estas. Dentro de lo religioso y lo deportivo no hay relevancia mayor en el acto como actividad, sino en tanto la capacidad que tienen estas para retomar y representar la vida urbana de los habitantes allí inscritos, al igual que la de quienes por omisión o por referenciación se inscriben en ellas⁵⁵. La facultad de estas dos se centra en los efectos socializadores que producen, puesto que permiten la interiorización de la trayectoria de las relaciones preestablecidas, donde las tensiones barrio – ciudad son entendidas por sus elementos, más que por su significado o finalidad. Las múltiples identidades emergentes al interior del barrio son asumidas y puestas en acción, ya que es a través de estas prácticas donde se dimensionan los límites de las categorías generadas y en generación, tanto de los agentes en interacción, como de los lugares construidos. El ejercicio de lo religioso y lo deportivo abrevia identidades, espacio-tiempos, sistemas de normas o derroteros de acciones (disposiciones), tensiones tanto internas como externas a la localidad (posiciones)... todo esto al interior de sitios y situaciones.

Las prácticas se inscriben de este modo en las acciones o los modos de lo que es el habitar, en tanto creadoras y recreadoras de las estructuras existentes, simplificando o expresando un denso contenido social al corporeizarlo en los agentes mediante la descomposición de los elementos estructurantes en nociones polisémicas actuadas e interactuadas en sitios y situaciones concretas. Así es como la vida social de los barrios cobra vida y dinamismo, no por ser objeto de planeación, sino por ser sujeta de relación. El barrio

⁵⁵ Es decir, de algún modo el plano material obliga a vincular en la práctica principalmente a quienes realizan las acciones, si hablamos de las deportivas a quienes juegan, pero del mismo modo a quienes aparecen como espectadores, quienes organizan así no estén, quienes financian o los que se lucran por tener negocios que aprovechan la eventualidad. No obstante, hay quienes se mantienen al margen de esto, que no participan de la situación, pese a esto, se puede vincular en un plano de sentido donde estos personajes son miembros de la comunidad, socializados e identificados con valores o formas sociales en juego, esto ya que la vecindad los hace partícipes por yuxtaposición, así no participen del acto como tal, son parte del sentido global.

emerge como producto de las prácticas cotidianas de los habitantes donde el espacio se sintetiza, inscribe y delimita en expresiones territorializadas, enmarcando estructuras de sentido construidas por agentes en interacción con el territorio y de otros yuxtapuestos a este. Dicho de otro modo, el barrio es expresión vital de la vida urbana, es identidad, vecindad, es aquella familia extensa, es tensión, es emblema de lo popular y de resistencia, es una quimera de formas que son y de las que serán, evidencia material de la vida urbana.

6. Memorias metodológicas: la cotidianidad reconstruida desde la transversalidad de las fuentes

La cotidianidad solo se hace perceptible en el acto reflexivo y la retrospectiva que permite identificar los elementos que la configuran y la ordenan, sin el conocimiento de hacia dónde se dirige, ni proyección teleológica alguna. La cotidianidad es así, el orden de lo humano construido por lo ya construido (Lefebvre, 1978). La vida cotidiana contiene una realidad ya objetivada previa al desglosamiento del investigador, quien otorga una orientación causalista de acuerdo con la óptica o punto de observación en el que se posiciona (Berger, & Luckmann, 2005). La calle está también repleta de signos: el vestido de esta mujer significa que va de paseo y el de esta otra que va a su trabajo. En la vida cotidiana sabemos traducir al lenguaje corriente estos sistemas complejos de signos, si no sabemos traducirlos nos considerarán raros, o forasteros, o fuera de la Historia (Lefebvre, 1978). La cotidianidad está plagada de señales que se rearmen y se redefinen entre sí, y es solo entre estos cuando la vivencia de organiza⁵⁶.

Estos sistemas de señales que se acumulan alrededor de los individuos facilitan la condensación de las prácticas cotidianas, al mismo modo que condicionan el comportamiento de los accionantes, transformando y disciplinando a estos (Lefebvre, 1978). Los gestos, las señales y los símbolos con los que blindamos nuestras acciones en la cotidianidad establecen cercos que amplían el campo de ejecución, del mismo modo que la regulan y neutralizan como el acervo de eventos que la posicionaron en ese momento y lugar. Las prácticas confieren una doble noción que va desde los sentidos otorgados por quien observa en modo de lógica ordenadora, y el impulso finalista de la acción instantánea que ejecuta de forma práctica (Bourdieu, 2013)

⁵⁶La situación determina diversos elementos de la realidad de los individuos, quienes en últimas se apropian de esta para entablar un mutuo reconocimiento entre quien proyecta y quien observa. En consecuencia, cuando un individuo proyecta una definición de la situación y con ello hace una demanda implícita o explícita de ser una persona de determinado tipo, automáticamente presenta una exigencia moral a los otros, obligándolos a valorarlo y tratarlo de la manera que tienen derecho a esperar las personas de su tipo. También implícitamente renuncia a toda demanda a ser la que él no parece ser, y en consecuencia renuncia al tratamiento que sería apropiado para dichos individuos. Los otros descubren entonces, que el individuo les ha informado acerca de lo que «es» y de lo que ellos deberían ver en ese «es». (Goffman, 1981)

La comprensión de los objetos de estudio a los cuales no acercamos, parte según Bourdieu (2013) de la capacidad interpretativa que se obtiene quien observa con detenimiento el fenómeno, y la habilidad que desarrolle este a la hora de integrar otras ópticas que ayuden a delimitar y concretar la objetivación de la cosa observada e interpretada. De este modo, la integración de distintos enfoques logra dar con una reconstrucción más exhaustiva de diversos elementos que se escapan al campo de vista del analista. Es este objetivismo el que construye el mundo social como el espectáculo ofrecido al espectador que asume un punto de vista, desde el cual, la acción da fluidez al exponer los límites del objeto, del mismo modo que las relaciones que directa o indirectamente vinculen al investigador con lo que detalla (Bourdieu, 2013).

De esta manera se exhibe ante nosotros el texto social, una infinita mezcla de proporciones variadas de aspectos y elementos, significados y en significación de complejos procesos simbólicos que conectan una realidad más amplia que el propio constructo del investigador, que al reducir a meras señales y una codificación, transforma la realidad en trivialidad, mientras que la realidad demasiado explícita peca por mostrarse redundante (Lefebvre, 2007). La Etnografía más que el proceso descriptivo del investigador al otro es una forma de reconocer los lugares desde donde se está enunciando las cosas, la toma de partido no es más que otra manera de evacuar la cuestión de la verdadera relación del observador con lo observado y sobre todo las consecuencias críticas que se derivan de ella para la práctica científica (Bourdieu, 2013).

El entendimiento del espacio social entendido en contextos urbanos, supone como propone Castells (1999) un reto metodológico que alcance los niveles de codificación de un sistema social donde las prácticas se convierten en ápice para la descompresión del contenido simbólico de las relaciones sociales:

El espacio está cargado de sentido. Sus formas y su trazado se remiten y se articulan en una estructura simbólica, cuya eficacia sobre las prácticas sociales pone de manifiesto todo análisis concreto. Pero esta estructura simbólica no es el equivalente de un texto urbano organizado por la cristalización formal de la acción social. En efecto, bajo la influencia de la lingüística se ha visto nacer una peligrosa tendencia a

desarrollar un análisis semiológico del espacio urbano, según la cual éste es significativo del significado-estructura social; se trata, sin embargo, aquí, o bien de una referencia al espacio como hecho social (lo que remite simplemente al conjunto del análisis estructural del espacio urbano), o bien, de mucho más, de una prioridad concedida al análisis de las formas en la aprehensión del fenómeno urbano [...] Efectivamente, desde el momento en que se distingue significativo y significado, se plantea una cierta separación, tensión y autonomía entre los dos términos, lo que tiene dos consecuencias importantes: 1. Hay una organización propia a los significantes, que es la organización de lo urbano; 2. La clave de esta organización se encuentra en la relación con el significado social y se restablece así el estudio de lo urbano como el de las leyes de composición de estos signos espaciales que permiten descubrir, según los deseos de Lévi-Strauss, la historia de una sociedad en las huellas de sus piedras... Sin embargo, sólo es posible este análisis si se reduce la acción social a un lenguaje y las relaciones sociales a sistemas de comunicación. El desplazamiento ideológico que se opera en esta perspectiva consiste en pasar de un método de localización de las marcas de la práctica social a partir de sus efectos sobre la organización del espacio, a un principio de organización deducido de las expresiones formales inventariadas, como si la organización social fuera un código y la estructura urbana un conjunto de mitos. En esta perspectiva se está en presencia de una simbólica propia a la estructura espacial en tanto que forma. (Castells, 1999, p. 256).

El análisis de las dimensiones simbólicas presentes en el espacio debe partir del entendimiento de éstas no como meros elementos pasivos de la acción y elemento residual de estas⁵⁷, sino también articulando la óptica de las condiciones situacionales que ideológicamente practican los sitios (Castells, 1999). La observación vincula al espectador

⁵⁷ Los estudios socioespaciales comprenden la superposición de cuatro paradigmas clásicos que se ordenan dependiendo de los atributos del objeto de estudio y la especialidad de cada uno, para los autores la recomendación sería no centralizar una categoría a rajatabla, no obstante, la multidimensionalidad buscada en la mixtura de las categorías puede conllevar a una exacerbada falta de precisión escondida en la amplitud que desdibuja la precisión del sistema categorial. De este modo, el Territorio se enmarca en las relaciones de poder donde se parcela y segmenta el espacio. Los lugares hacen parte de la diferenciación en sentido horizontal del sentido del orden social; mientras que la Escala, hace parte del criterio verticalización del orden de jerarquías de las relaciones. Por último, la Red, propone un sistema de interacciones basado en nodos de densidades de este (Jessop et al., 2008).

con el proceso observado, creando un marco de referencia para la interpretación de la realidad observada/vivida, el paso del sujeto al objeto no requiere ni un salto sobre el abismo, ni el cruce de un desierto. Los ritmos siempre necesitan una referencia; el momento inicial persiste mientras otros perciben los hechos (Lefebvre, 2007). Como propone Lefebvre (1978), el habitar como cuestión fundamental o como punto de partida, donde la dirección del sentido de los individuos se materializa mediante la acción, según el autor, esto corresponde a un hecho netamente antropológico, pero sería más preciso decir que es en enfoque propiamente etnográfico.

6.1. Una metodología para explorar las prácticas cotidianas

Para el desarrollo de la temática y por afinidad teórica se decidió diseñar un enfoque etnográfico, que logre captar las estructuras que convergen, en ciertos nodos relacionales y espaciales que arman el sentido de las prácticas sociales que se dan en barrio Antioquia desde su vida cotidiana. La labor era ardua, ya que el mapeo parecía a ciegas por no señalar el objetivo, las prácticas, las personas y los lugares, pero, esto hacía parte del arbitraje de no imponer el sentido ante las vivencias, ante la realidad y la experiencia de los moradores, ya que son ellos que armarían en contenido de lo habitado, el espacio de lo habido (Bourdieu, 2013; Wacquant, 2017; Wacquant et al., 2018). De este modo, la óptica etnográfica buscaría dar respuesta transversal de las prácticas cotidianas de los habitantes de barrio Antioquia y la manera como estas elaboraban desde lo sincrónico de las interacciones cara a cara, los gestos y las interacciones en sí, una noción de espacio social, habitado y construido en conjunto, como un lugar de experimentación sincrónica en el día a día, pero diacrónica en tanto memoria y síntesis de una realidad social (Certeau, 1999; Wacquant, 2017)

Ahora bien, la experiencia etnográfica se basa en una noción barométrica donde el investigador mismo se convierte en una unidad de medida, donde las sensaciones, percepciones, olores, sabores y conversaciones juegan un papel fundamental en la interpretación de la realidad social que lo acoge (Goffman, 1981; Gúber, 2001). Pero, el punto de mayor relevancia se alcanza en la auto reflexividad que posiciona al sujeto investigador, como parte de la investigación, ya que la etnografía cobra sentido en tanto revela las fricciones de las experiencias de quien investiga, y lo que observa en la realidad en pleno

(Das et al., 2008; Gúber, 2001). Es decir, un juego de espejos entre quien observa y quienes observan al observador, que debe revelar los matices de la realidad que se escaparon a las elaboraciones previas, a la construcción del “objeto de estudio”, allí donde lo teórico es desbordado por lo empírico, se exhiben las verdaderas dimensiones de la observación.

Adicional a esto, el proyecto abarcaría trabajo de Archivo Histórico de Medellín (AHM) concentrando en los fondos Alcaldía, Personería y Radio periódico El Clarín, excluyendo las revisiones detalladas de planos, debido a la minucia que representaban y por exponer temáticas de obras públicas de manera muy operativa y procedimental, y no cumplirían el objetivo de mostrar la cotidianidad del barrio en alta data. También, se consultó en la Colección Antioquia de la Universidad de Antioquia el texto *Esta es la historia de mi barrio Trinidad*, realizado por Arturo Gallo y la Acción Comunal de barrio Trinidad, por parte de una convocatoria abierta de la Alcaldía de Medellín para fomentar la creación de las historias locales. Por último, la fotografía de los habitantes intenta detallar la cotidianidad de los habitantes captada desde ellos, desde el acto aleatorio de las capturas rutinarias, la imagen como archivo configura una fracción de sentido, de la memoria y el recuerdo que los habitantes imprimen.

La pesquisa en archivo pretende ampliar y dimensionar las temporalidades, debido a que el enfoque etnográfico responde a muchos datos del aquí y el ahora, dejando escapar anclas cronológicas más prolongadas, tan solo captadas por recursos conversacionales que logren esclarecer datos longevos (Farge, 1991; Muzzopappa, E.; Villalta, 2011; Zabala, 2012). De igual modo, esta fuente ubica la investigación en una reconstrucción de los primeros años del barrio, donde la relación con la ciudad es un arbitraje que marcaría el devenir de esta localidad. Así pues, el material documental esclarece marcas, sellos y disposiciones que se crean respecto al espacio urbano de los moradores de Barrio Antioquia, donde la zona de tolerancia y el decreto 517 de 1951, sería una impronta de los años que vendrían.

En el momento de indagar sobre las prácticas y las connotaciones de estas en la conformación de barrio, habría que pensar, en cómo se trasladan estas desde la acción ha escenarios y lugares. Acá la directriz se ampara en la búsqueda de las dimensiones sociales del espacio urbano, donde los moradores de barrio Antioquia crean anclas de sentido en puntos de encuentro, centros de actividades, áreas de tránsito frecuente, lugares relevantes, o

eventualidades que marcaran ciertos sitios (Bourdieu, 2013; Criado, 2013; Wacquant, 2006; 2017). Por ello, para el reconocimiento de las dimensiones espaciales de las prácticas se pensaron dos modelos cartográficos, el primero que se construiría con la recolección sistemática de todas las herramientas anteriores, observación participante y archivos, con el fin de identificar los nodos espaciales alrededor de los cuales se articulaban las prácticas cotidianas de los moradores del barrio. En un segundo, se intentaría contactar con las agrupaciones presentes en el barrio, Casa de la Cultura, Acción Comunal, Corporaciones, etc., que permitieran recabar en grupos consolidados que representaran distintos matices del territorio, y con ellos, reconstruir en cartografías grupales lugares de encuentro, de tránsito, emotivos, restringidos o tabúes, que se inscriben en el territorio que habitan los sujetos. Es decir, este proceso de triangulación intenta reconstruir las dimensiones del espacio urbano de los pobladores, quienes en últimas otorgan sentidos a la segmentación del barrio (Delgado; Manuel, 1999).

Por último, las entrevistas se concentran en las personas que se identifiquen relevantes después de los encuentros anteriores durante el proceso de investigación – observación, cartografía, archivo fotográfico. Por ello, la implementación de esta fuente comprobará un acervo de experiencias sobre personas destacadas y con plena pertinencia acerca de la trayectoria del barrio, o por lo menos de las vivencias que allí tuvieron. La elaboración de las entrevistas se realizará de una manera semi estructurada, otorgando ciertas dadas a la participación del interlocutor para escrudñar en la memoria y recuerdos de lo que ha significado el habitar en el barrio, anudando el relato en una historia conjunta. Además, el presente recurso pretende triangular de una manera óptima las dimensiones de las prácticas cotidianas que configuran barrio Antioquia en la actualidad, como condición que transversaliza los habitantes con su espacio urbano (Austin, & Urmson, 2016; Geertz, 1997).

6.2. Trabajo de campo en medio de la pandemia

No obstante, lo anterior responde a un planteamiento que pretende comprender las dimensiones de la cotidianidad y la capacidad de estas para crear una unidad espacial en los contextos urbanos, en este caso en barrio Antioquia. Pero en la investigación muy constantemente se vive con la condición de que plan de recolección se ve puesto contra la

pared por la realidad social que desborda los andamiajes teóricos, obligando a una cierta inventiva y capacidad analítica por parte del investigador para poder cavilar los entornos en relaciones o sistemas de interacciones. De este modo, la reconstrucción de las dimensiones del objeto de estudio, y la triangulación que se buscaba hacer, termina por ser un temario idealizado, debido a las condiciones contextuales que impidieron su desarrollo, pocas investigaciones estaban pensadas a sobrellevar las circunstancias que se viven en una pandemia, el COVID-19 obligaba a pensar de otra manera, a pensar de otra manera.

Con la entrada en vigor de la emergencia de la pandemia y la creación de cuarentenas estrictas, regulaciones al libre tránsito, el llamado “distanciamiento social”, toda una serie de medidas que buscaban mitigar el pico de contagio evitando así el colapso del sistema de salud. Esto, interpuso una alteración de la cotidianidad de los ciudadanos al integrar una nueva serie de dinámicas y formas de interacción a las cuales no estaban acostumbrados. Todo es nuevo los saludos, la forma de ingresar a los lugares, la libertad de tránsito, una serie de indumentaria para la bioseguridad, la realidad social en sus amplias dimensiones integraba una asepsia en las relaciones entre los individuos. Así pues, el COVID-19 interpuso una serie de restricciones y otras potencialidades sobre la relación de las prácticas sociales y la creación del espacio barrial.

Así pues, la emergencia trajo el reto de intentar comprender la cotidianidad de los habitantes del barrio en un periodo donde esta se ha visto fracturada por las dinámicas de salubridad, ir al parque no era lo mismo, la iglesia mucho menos, todo cambia, quizás no permanentemente, pero en la vida pública, los contactos interpersonales y las relaciones en general, eran acciones mucho más fugaces que requieren un mayor detalle para su mapeo. No obstante, no todo eran complicaciones, esta misma situación que transformaba las lógicas urbanas en la vida diaria, potenciaba otras donde de manera más esencial se podía identificar los lazos comunitarios, esto debido al mismo contexto de la sindemia mezcló el tema de salud pública, con la desigualdad social, ya que fueron las clases populares que quienes se vieron afectados mayoritariamente por el estrecho vínculo que hay entre estos grupos con las economías informales como forma de sustento. Esto volvió mucho más notorio las interacciones de los habitantes para resistir y sobrevivir, una situación que los desbordaba, obligando a reforzar o retraer al apoyo mutuo como forma de palear las repercusiones del contexto social del COVID-19.

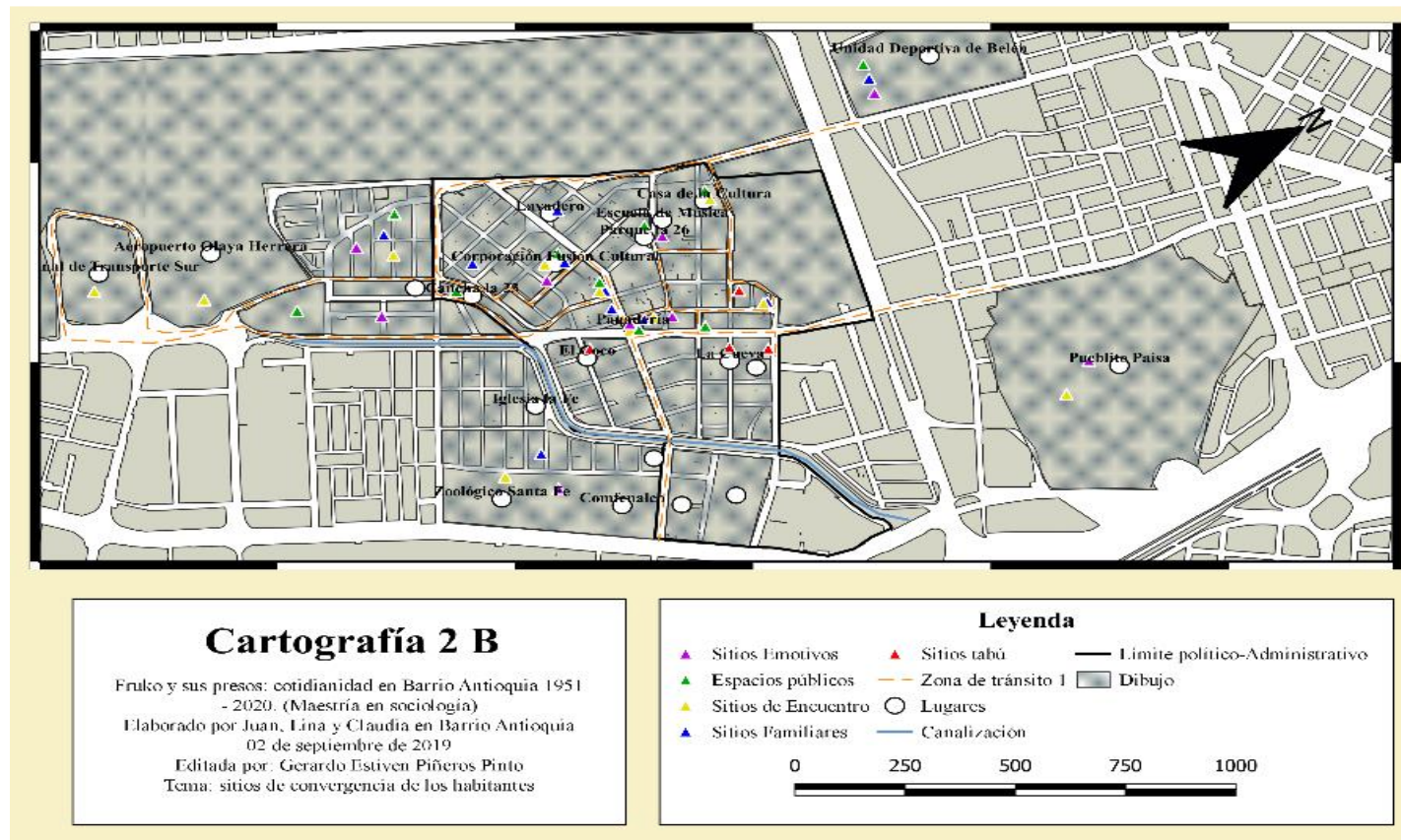
Adentrarnos en las potencialidades que ponen en evidencia la sindemia como una revitalización de las formas comunitarias, es un tema interesante para abarcar desde la etnografía, ya que es un vistazo de cerca y en primerísimo primer plano de las interacciones que de manera vital mantienen cohesionado el barrio como espacio social y experiencia conjunta de los habitantes. Allí la vecindad y la yuxtaposición de los habitantes cobran sentido en términos de interrelación espacial, ya que se convierten en argumento de apoyo, mutualismo y familiaridad entre quienes frecuentan la zona. Pese a esto, la aplicación de este método tendría éxito en la construcción de los datos siempre y cuando se reduzca la escala de medida a una cuadra o unas cuantas casas, que permitan mapear las relaciones de ayuda, apoyo y cooperación de manera detallada, una especie de Don o Kula (Malinowski, 2001; Mauss, M., & Lévi-Strauss, 1991) en pleno contexto urbano que pondría en evidencia la barriada como forma de subsistencia. La puesta en escena de este método supondría la vigilancia permanente, constante de las dimensiones de la cooperación, las casas, sus habitantes y sus visitantes serían sujetos de estudio, se anclarían a una búsqueda de los ritmos y lazos que hay en la vecindad como elemento vital del barrio. Las formas de subsistencia económica, los nexos familiares, los apoyos de la administración pública y las demás organizaciones comunitarias, entre otros, se volverían en norte de la observación etnográfica y construir la unidad socioespacial que yace al interior de los moradores de barrio Antioquia.

La cotidianidad que se expone en tiempos de pandemia, en medio de una crisis que golpea fuertemente a los sectores más populares, donde el sustento de la vida diaria parte de los medios informales, es una situación difícil de captar desde la lejanía, desde lo remoto del ojo de quien observa, un verdadero método etnográfico en este contexto y con miras a componer la unidad barrial, debería estar asentado constantemente en el marco espacial de las interacciones que se desean observar. De este modo, la observación participante representa un esfuerzo avasallador por parte del investigador. Ante la imposibilidad de poder hacerse a una morada en el barrio, por razones técnicas de acceso a un lugar de relevancia y fluidez en la temática a rastrear; disponibilidad de tiempo para realizar la exploración periódica y con rigor; y fundamentalmente, imposibilidad económica para hacer un traslado de domicilio a barrio Antioquia. Es por esta sumatoria de factores que este desarrollo metodológico se imposibilita para realizarse, por lo menos en lo que atañe a la presente pesquisa.

Caso igual, se tuvo con la implementación de las cartografías en los grupos poblacionales a los cuales se iban a mapear, donde se iba a recurrir a colecciones consolidados como los de adultos mayores, instituciones educativas, Juntas de Acción, Corporaciones de presencia en el barrio y demás organizaciones afianzadas que brinden conjuntos homogéneos de personas para hacer cartografía de elaboración asociada. Esta fuente tuvo los contratiempos de no poder contactar a los participantes en la pandemia, ya que los personajes eran reacios a reuniones personales por el contexto COVID-19, y el desarrollo virtual no logra compensar el hecho de requerir que el trazado de las calles del barrio partiendo de la memoria, con la finalidad comprender las dimensiones que los grupos hacen del habitar y los lugares que se transitan. Pese a esto, las dos cartografías que se realizaron en el diseño piloto sirvieron de base para identificar ciertas temáticas, las nociones del espacio que se habita, además de a quienes se debía entrevistar por un criterio de edad, detalle y amplitud de la información que puedan suministrar basados en la memoria como constructora de las referencias de los lugares⁵⁸.

⁵⁸ Hubo otra cartografía que se elaboró, pero esta si se tuvo en cuenta para la investigación, ya que se constuyó con datos de las entrevistas y las anclas espaciales que los habitantes mencionaban, esta se decidió integrar a la producción final ya que permitían mayor entendimiento de las dimensiones de la narración. En lo personal considero fue muy útil para poder entender paso a paso lo que relataban y los puntos de encuentro en la memoria que iban generando a medida que hablaban.

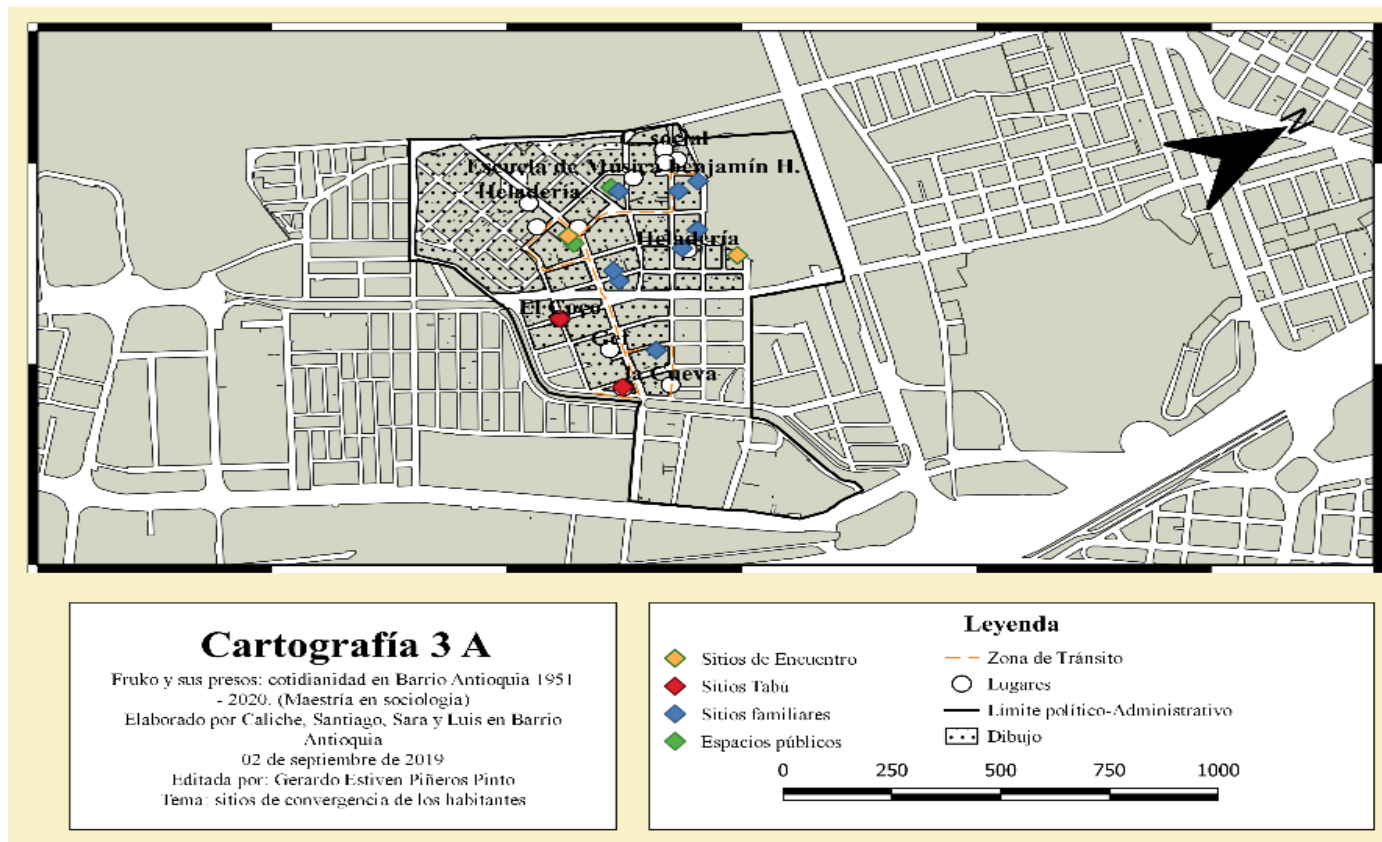
Figura 30.
Cartografía 2B realizada en Corporación Fusión Cultural



Nota: elaborada en campo

Las cartografías que se hicieron se realizaron en Barrio Antioquia a personajes integrantes y visitantes de la Corporación Fusión Cultural Colombia de la misma localidad. Allí se dividieron en dos grupos por edad, los mayores compuestos de Juan, Lina y Claudia, quienes superaban los treinta años, mientras que los jóvenes con edades de entre 16 a 23, compuesto por Caliche, Santiago, Sara, y Luis el director de la corporación quien decidió hacer el mapeo con los jóvenes (Anexo 2. Instrumentos de recolección de información). Los resultados obtuvieron unas ligeras diferencias, los de menor edad hicieron un mapa del barrio con amplias dimensiones que pidió extender el papel periódico que se les había otorgado terminando con 3 pliegos, en esta se logra ver una imagen del barrio de más reducida, donde se gana en detalle frente a la división de las cuadras, ya que al parecer lo transitan con mayor frecuencia, a pesar de una clara ausencia en el reconocimiento de sitios de encuentro (Figura 30). Por su parte, la de los mayores amplia el espectro del lugar, se vinculan lugares fuera del barrio como parte del mismo o por lo menos de la manera como lo habitan, pero, esta maximización hacer perder detalle en las cuadras, donde se ven como grandes bloques de cuadras que conglomeran sitios que casi no se circulan o que no ameritan mención, y al contrario del mapa anterior, si aparece en la señalética más sitios de referencia, de encuentro y socialización (Figura 31).

Figura 31.
Cartografía 3A realizada en Corporación Fusión Cultural



Nota: elaboración de campo

Ahora bien, las similitudes también existen en la manera de trazar el barrio, tanto unos como otros, aunque asumieron el esquema de perspectivas distintas y escalas diferentes, logran destacar la centralidad de la calle 25 en la vida del sitio, donde se conjugan la mayor cantidad de líneas que estiman el tráfico de personas por este lugar. También es relevante destacar qué, a pesar del detalle en la forma de dibujar las calles, unir las y dividir las, y que en los de menor edad se da mayor resolución a este asunto, la cartografía se revela una segmentación que en lo venidero se exhibirá como una manera de entender el barrio. La división que hace la carrera 65 crea una noción que los habitantes entienden como arriba y abajo, la cual data de la fundación de barrio Antioquia, se refuerza con la zona de tolerancia (1951), y se vive como frontera invisible en tiempos recientes. Esta división de la localidad aún pervive como una forma de habitarlo, pero, lo relevante es observar una tercera segmentación, los lavaderos donde anteriormente se encontraban llamados “ranchos”, se consolida como un lugar de bajo tránsito o una espacialidad de exclusión de otros grupos familiares que se asentaron allí, lo que hace que hoy en día, esta área se vea sin divisiones, una zona franca con el aeropuerto.

Dicho lo anterior, los ajustes en la metodología de la investigación trajeron consigo el reusar a la implementación de la observación etnográfica, debido a los inconvenientes contextuales para la aplicación de esta. Y, por otro lado, dejar de lado las cartografías por inconvenientes para reunir los grupos consolidados del barrio, quienes se muestran algo reservados para abrirse como organización a elementos externos a las dinámicas del barrio. Tanto la observación como la cartografía son dos técnicas de investigación sumamente productivas, pero que por imposibilidades que impone la situación social no se ha podido hacer uso de estas para la revisión de los detalles de la cotidianidad del barrio.

La búsqueda por reconstruir las prácticas de la cotidianidad como configuradora espacial del barrio, se logró de una manera transversal recurriendo a múltiples fuentes que anclaran permanentemente entre sí los campos diacrónicos y sincrónicos de la realidad de los habitantes cimentada en los lugares. La primera de ellas son los archivos, allí las fuentes institucionales como se retrataron anteriormente detallan la relación que tiene la localidad con la ciudad en general, donde desde la mitad del siglo XX y el auge de la planeación urbana en la ciudad, se logra cimentar una serie de disposiciones que condicionan el actuar de los moradores del lugar, al enmarcarlos en una discursiva de una dinámica de ciudad.

Acompañado del texto de historias de mi barrio, la línea temporal que esclarecen estas colecciones compone una narrativa de la zona hasta los años noventa.

Continuando con la fuente de archivo, pero los de otro tipo, la fotografía amplía la pesquisa ya no en los determinantes de la relación localidad-ciudad, sino de los campos de la cotidianidad del barrio y sus habitantes. Hay que mencionar que ambas dimensiones de tiempo (habitantes y espacio) aunque convergen, tienen ritmos distintos que los componen, siendo los lugares un componente más marcado en el largo plazo, mientras que el de los moradores es más acelerado y denso de captar. De este modo, los eventos y festividades son marcas espaciotemporales presentes en la cotidianidad del barrio en su espectro espacial, mientras que las actividades del habitar son una acción realizada por la población en las interacciones del día a día. Por ello, el marco de la fotografía no es una representación azarosa en sí del diario vivir de sus habitantes, sino un sello, una pauta en los compases de la realidad inmediata, que más que romper la inmediatez, le da fluidez (Panchoaga & Medina, 2016; Roig, 2015).

Las fotografías que se recuperaron fueron suministradas por Wilson De Jesús Londoño Jiménez un morador que ha estado toda su vida en el barrio y sus alrededores, exceptuando escasos 5 años (1975 – 1980) cuando migró a Bogotá, donde aprendió el manejo de la cámara fotográfica y el oficio que esto le brindó. Entre lo deportivo y distintos avatares, Wilson creció en el Coquito y se movió por todo barrio Antioquia pasando de casas con su familia, hasta la actualidad que habita en la zona llamada Aeroparque, aun orbitando satelitalmente los lazos que aún tiene en esta localidad. Adicional a esto, presidente de la Junta de Acción Comunal en la primera década del siglo XXI y otros procesos que ayudó a liderar desde los años ochenta hacia acá, logran posicionar a este personaje como un referente en la historia del barrio. Las fotos aleatorias de eventos especiales en el barrio, lugares y procesos sociales, personajes, permitieron componer un derrotero que entre la imagen y la narrativa a ellas asociada, entablan un mapeo del contexto urbano.

Con la información hasta aquí recopilada y antes de pasar al último punto de la recolección de información, es importante reconocer la relevancia de la sistematización conjunta del material, donde se detallaría las direcciones de sentido que comienzan a trazar las fuentes respecto a lo que es la cotidianidad del barrio. Por un lado, las prácticas religiosas se convirtieron en referencia constante, tanto en los primeros años por la pugna entre la

localidad y la ciudad, y el estatus de arrabal que se anclaba a la zona, como de los años venideros donde se impulsaron procesos de convivencia⁵⁹. Por otro, los usos deportivos como el espacio conjunto de socialización constante donde se fomentaba los actos de vecindad. Así pues, las prácticas deportivas y religiosas se volvieron en el paisaje urbano de barrio Antioquia en motor de interacciones entre sus habitantes y constructor del espacio social.

Por consiguiente, la última fuente a la que se acudió fue a las entrevistas, las cuales se realizaron a habitantes locales y ex habitantes, siguiendo distintos criterios para identificar su idoneidad respecto a la temática a desarrollar. El primero criterio atiende al conocimiento o participación que tuviesen los personajes acerca de las directrices de la pesquisa, en este caso, de la relevancia de las prácticas religiosas o deportivas. El segundo de ellos es sobre la trayectoria en el barrio, para esto se seleccionó sujetos que vivieran por muchos años en el barrio y que aún permanezcan el sitio o en las cercanías, y que aún tuviesen relaciones con la localidad. El último criterio atiende a la edad, acá se buscaron personajes mayores a 25 años, ya que estos tienen una noción más amplia del barrio y mayores detalles para los motivos de la investigación.

Las entrevistas se volvieron como fuente en un punto de encuentro, donde partiendo de la memoria, las experiencias personales, y las trayectorias de los habitantes se elabora un relato conjunto, que realce las dinámicas centrales en el barrio. Acá, el norte metodológico es alcanzar la sincronía de los moradores y la relación de estos con los lugares, llegar a la escala detalle que pase de los ritmos que impone las frecuencias espaciales del barrio, y llegar a los compases de quienes experimentan el barrio desde el día a día. En esta fuente se llegaron a recabar 8 entrevistas a personas que habitan el barrio, bien sea porque viven allí, gozaron de amplia trayectoria de su vida personal allí y aún tiene vínculos familiares o amigos, o se determinaron como representativos en alguna temática de interés en la realidad social del barrio. Los personajes que se entrevistaron fueron:

Wilson Londoño Jiménez: morador desde la década de los 50 en barrio Antioquia, fotógrafo, participante activo en el deporte y miembro de grupos participativos a nivel comuna.

⁵⁹ Cabe mencionar que la investigación retoma principalmente la trayectoria de la iglesia católica, debido a que se intentó agremiar otras ópticas de otros cultos que hacen presencia en el sector, pero, los contactos no se pudieron hacer y los miembros se tomaron algo esquivos en cuanto a realizar un acercamiento formal.

Edwin Pérez: habitante de barrio Antioquia desde la década de los 50 hasta finales de los noventa, participante de actividades deportivas y visitante frecuente aún de la localidad por lazos familiares y de amistad.

Iván Agudelo: residente de barrio Antioquia desde la década de los 60 hasta finales del siglo XX, participante de los eventos deportivos y financiador constante de estos con el nombre del Depósito Fundadores del que es dueño.

Santiago López: vive en el barrio desde que nació hace 30 años, actualmente es miembro activo de la comunidad religiosa como seminarista en proceso de formación y colaborador de la Parroquia Santísima Trinidad.

Francisco García: reside en barrio Antioquia desde la década de los 60 a la actualidad, donde desempeña como organizador de la Casa de la Cultura de la localidad.

Danilo Montes: es un ex residente de barrio Antioquia, hasta hace 10 años que migra del lugar, aún visita el lugar por la presencia de amigos y familiares.

Gloria Gallego: pobladora de barrio Antioquia de cerca de 25 años entre la década de los 90 hasta 2017, trabajadora independiente y confeccionista que aún tiene lazos familiares y laborales en el barrio.

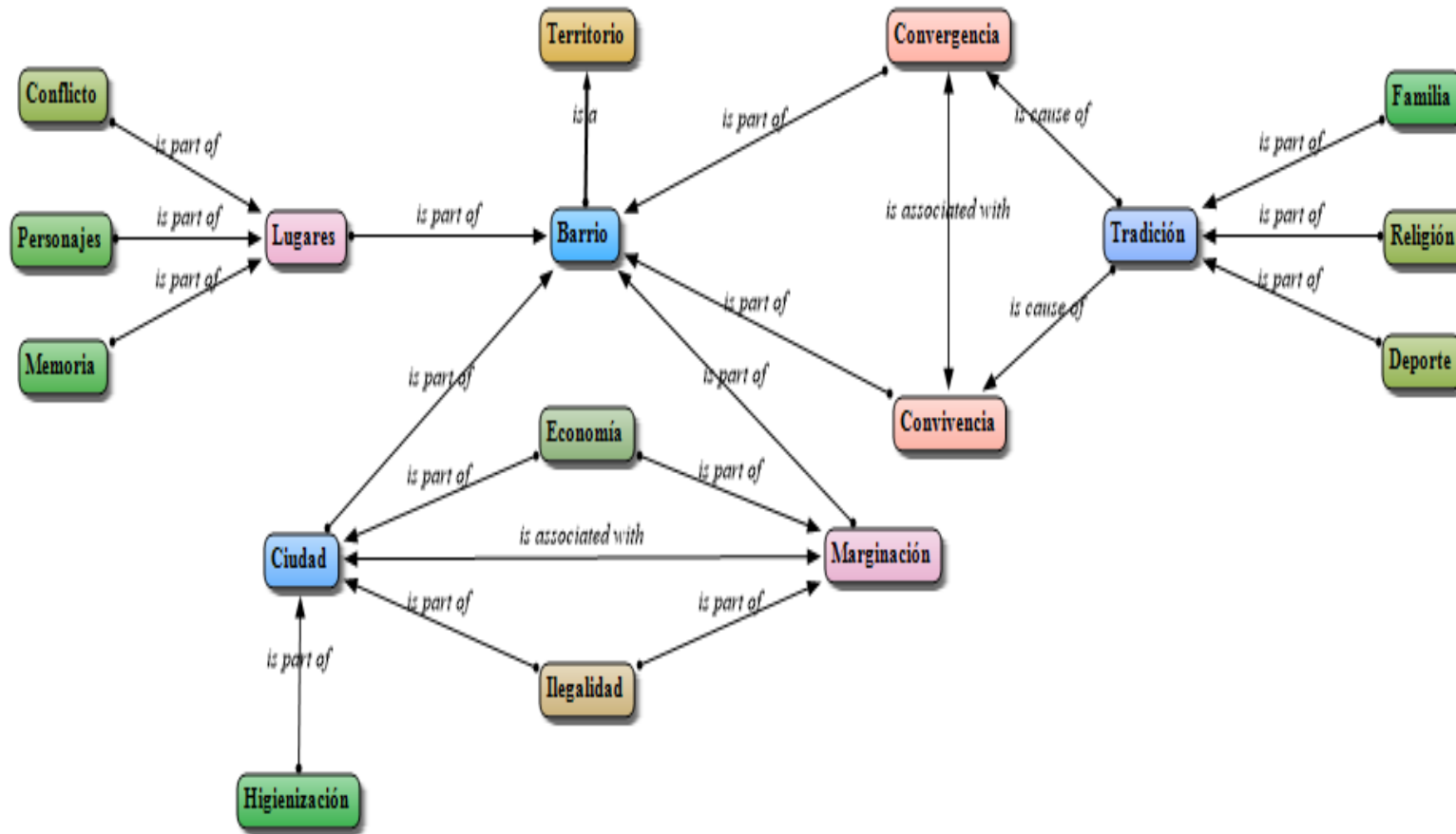
La triangulación de las fuentes (archivo, fotografía y entrevistas) permitió crear una narrativa conjunta que hiló, la creación de barrio Antioquia desde la discursiva de una noción de ciudad; la cual condicionaría su desarrollo en los años venideros, los eventos de la cotidianidad de los habitantes, visto como una secuencia rítmica del diario vivir y la periodicidad de que se sintetiza en los lugares, por último, las prácticas deportivas y religiosas como nodos de interrelaciones a partir de los cuales, se ejercita el barrio, sus dinámicas y los vínculos entre los moradores del sector. De este modo, la mezcla de las fuentes integra una noción que busca comprender el accionar, el habitar como forma vital de la creación del espacio urbano, pero para ello, estos actos que se practican deben posicionarse y disponerse en un panorama, un contexto que predispone los efectos de las acciones que se desarrollan. Es decir, aclarar de manera suscita los caracteres contextuales dota de sentido y transversaliza la práctica, al dimensionar el margen de acción dispuesta y la creada, la práctica se nutre de las estructuras sociales que la componen (Bourdieu, 2013; 2007; Wacquant, 2006).

6.3. Alfarería con los datos

La elaboración de los datos como parte de la investigación no debe ser visto como un momento secuencial a la recolección de la información, sino como un acto transversal a la misma, dado que este proceso determinará el grado de completitud en las categorías de análisis o la necesidad de ampliar estas. Por ello, los instrumentos de recogida de datos deben estar en completa sincronía con los mecanismos de sistematización, evitando caminos sin salida de datos no aprovechados, y con esto, esfuerzos innecesarios del investigador. De este modo, la organización constante del material ayuda a crear una trazabilidad en la forma y dirección de la pesquisa, corrigiendo, retroalimentando y enfocando nuevamente la socavación de las fuentes.

Las fuentes trabajadas archivos, fotografía, y entrevista recurrieron a la utilización de grabadora de voz, y derroteros de conversación – para esta última – cuando el personaje necesitará perfilarse en la conversación hacia las temáticas religiosas o deportivas, pero, en general se guio hacia la experiencia de vivir en barrio Antioquia, la vecindad y vida comunitaria. Por su parte, las dos primeras fuentes a las que se acudió requirieron la utilización de fichas de registro especializado (Anexo 2. Instrumentos de recolección de información), tanto para archivo como para fotografías, permitiendo la fragmentación, seriación y comentarios para el análisis. Estos formatos tenían en común tres secciones generales de información, el primero donde se consignan los datos de la fuente; un segundo de la reproducción de los fragmentos a utilizar o de relevancia, o en el caso de las fotografías, de la imagen; y la tercera sección de comentarios, anotaciones, análisis e inferencias que suscita la fuente a la investigación.

Figura 32.
Mapa conceptual de categorías empíricas



Ahora bien, para la sistematización y articulación de todas las fuentes se elaboraron matrices de bases de datos en formato Excel (Anexo 2. Instrumentos de recolección de información), donde se consignarían los datos de origen de la fuente manteniendo la trazabilidad de estos. Tanto los archivos como las fotografías se les otorga una fila en el archivo para cada ficha, intentando mantener la unidad semántica y contextual de la información allí registrada⁶⁰. Por su parte, las entrevistas⁶¹ se fragmenta el contenido en función de la pregunta, las respuestas o las ampliaciones que hiciera el interlocutor, dado que la respuesta se considera un universo de sentido en sí, por ello, una entrevista arroja más de una fila a diferencia del formato fichas.

Con la organización de la información en matrices se creó un sistema categorial que uniera y compartimentara los datos de una manera más transversal hacia los alcances de la investigación. La codificación en las bases de datos se hizo otorgando un máximo de dos categorías que centraran la atención del fragmento, y que no lo dispersaran con la sobre etiquetación en sus contenidos polivalentes. El cotejar el contenido y sintetizar las expresiones se volvió en una tarea dispendiosa en la etapa de ordenar la recolección de información y la consignación de esta en las matrices de sistematización. Posterior a esto, se subieron las matrices al programa de procesamiento de datos hermenéuticos ATLAS.TI, acá el orden de las cosas se facilitó con el cruce de las distintas matrices que se tenían (archivo, fotografía y entrevistas), creando una imagen más totalizada del proceso investigativo (Figura 32).

La codificación realizada obedeció a dos principios, uno de nivel teórico donde las prácticas como el nivel axiomático de los individuos, desde el cual experimentan el espacio urbano, la cotidianidad como los ritmos de las interacciones y las secuencias que se dan en esta, y el barrio como la síntesis de estos procesos en el espacio urbano. El segundo nivel es el material, donde estas categorías se redimensionan a un panorama empírico, donde las acciones, los ritmos y la espacialidad se llenan de sentido por los contextos de interacción, que condiciona y genera disposiciones en estas (Hernandez Cordero, s/f; Lefebvre, 1978).

⁶⁰ Dadas las dimensiones de estos que en muchos casos no superaban un párrafo se optó por mantener la unidad del dato y no fragmentar, aunque en ciertos momentos la fuente hablase de diversos temas. Exceptuando el texto Esta es la historia de mi barrio Trinidad, que se fragmentó el contenido por ser un formato más amplio y con connotaciones más variable.

⁶¹ Las entrevistas se transcribieron de manera manual con mucho interés en crear párrafos dotados de sentido pleno, eliminando datos personales o de menor relevancia para la investigación, del mismo modo que se omitieron cuestiones que los interlocutores señalaran que no querían que apareciera en la investigación o fuese detalle público.

Con la herramienta de tablas de coocurrencia creada en ATLAS.TI se logró divisar los nodos fuertes que direccionaban la recolección, la reconstrucción teórica y el hilo argumentativo hasta el momento, en el cual, se dieron cuatro puntos de discusión. El primero en torno a la marginación como estigma sobre los habitantes del barrio Antioquia, toda una relación con la ciudad que creaba una discursiva que integraba a este sector dentro de un modelo de segregación urbana. El segundo concerniente a los lugares y la memoria, como expresión material de las vivencias de los moradores quienes construían la barriada desde los sitios de encuentro y la vecindad. El tercero, recrea los ritmos de vida la población local, su convergencia y convivencia, entronando entre las prácticas religiosas y deportivas, una manera de crear unidad barrial. Por último, una síntesis que pretende condensar todos los elementos que transversalizan la creación social del espacio en el barrio como construcción de territorio. Cada una de estas discusiones justificó el enmarque de cada uno de los siguientes capítulos.

Referencias

- Agnew, J. A. (2011). *The Sage Handbook of Geographical Knowledge Space and Place*. <https://doi.org/10.4135/9781446201091.n24>
- Agnew, J., & Oslender, U. (2010). Territorialidades superpuestas, soberanía en disputa: lecciones empíricas desde América Latina. *Tabula Rasa*, 13, 191–203. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39617525008>
- Acuerdo Municipal 48-2014, (2014). https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/pccdesign/SubportaldeCiudadano_2/PlandeDesarrollo_0_17/ProgramasyProyectos/SharedContent/Documentos/2014/POT/ACUERDO POT-19-12-2014.pdf
- Alvarado, A. (2013). La violencia juvenil en América Latina. *Estudios Sociológicos*, 31(91), 229–258. <http://www.jstor.org/stable/23622260>
- Aricapa, A. R. (2016). *Medellín es así: Crónicas y reportajes*. Ediciones B.
- Ariza, A. S., Tamayo, L. C. T., & Henao, D. (2019). Memoria de lo cotidiano: representaciones visuales del archivo de Lucía Álvarez. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 42(1 SE-Reflexiones). <https://doi.org/10.17533/udea.rib.v42n1a07>
- Austin, J. L., & Urmsom, J. O. (2016). *Cómo hacer cosas con palabras: Palabras y acciones*. Paidós.
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (2005). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Blair, Elsa; Grisales, Marisol; Muñoz, A. M. (2009). Conflictividades urbanas vs. «guerra» urbana: otra «clave» para leer el conflicto en Medellín. *Universitas Humanistas*, 67, 29–54.
- Botero-Mesa, M., & Roca-Servat, D. (2019). Water rights and everyday ch'ixi practices in the barrio El Faro in Medellín, Colombia. *Water (Switzerland)*, 11(10). <https://doi.org/10.3390/w11102062>
- Botero, H. F. (1996). *Medellín 1890-1950: Historia urbana y juego de intereses*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Bourdieu, P. (2013). *Crítica de la razón teórica. El sentido práctico* (P. Dilon, A., & Tovillas (ed.)). Siglo veintiuno.
- Bourdieu, Pierre. (2007). *Razones prácticas sobre la teoría de la acción* (4a ed.). Anagrama.
- Castells, M. (1999). *La cuestión urbana*. (I. C. Oliván (ed.); 15a ed.). Siglo veintiuno.
- Castro Gómez, S. (2012). *Historia de la gubernamentalidad*. Siglo del Hombre Editores.
- Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano* (P. Giard, L., Pescador, A., & Mayol (ed.)). Universidad Iberoamericana.

- Collins, R. (2009). *Cadenas rituales de interacción*. Anthropos.
- Colodro-Gotthelf, U. (2019). El barrio construido y habitado como valor histórico y social: El caso de El Aguilucho en Santiago de Chile. *AUS*, 25(2019), 20–25. <https://doi.org/10.4206/aus.2019.n25-04>
- Colombia. Departamento Nacional de Planeación. (2019). *Colombia - SISBEN III*. <https://anda.dnp.gov.co/index.php>
- Criado, E. M. (2013). Cabilia: la problemática génesis del concepto de habitus. *Revista Mexicana de Sociología*, 75(1), 125–151. <http://www.jstor.org/stable/43495647>
- Cuenca, J. (2016). Los jóvenes que viven en barrios populares producen más cultura que violencia. *Revista Colombiana de Psicología*, 25(1), 141–154. <https://doi.org/10.15446/rcp.v25n1.49970>
- Czesli, F., & Murzi, D. (2018). Humildes, trabajadores y sacrificados. Treinta años de despalzamiento de las representaciones de ser jugador de fútbol en Argentina. *Antipoda*, 2018(30), 65–84. <https://doi.org/10.7440/antipoda30.2018.04>
- Das, V., Poole, D., Daels, M., & Piñeiro, J. (2008). El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas*. *Cuadernos de Antropología Social* N°, 27, 19–52. <http://www.scielo.org.ar/pdf/cas/n27/n27a02.pdf>
- Delgado; Manuel. (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. <https://teoriaespacioyfronteras.files.wordpress.com/2012/09/la-sociedad-y-la-nada-manuel-delgado.pdf>
- Delgado, O. (2003). GEOGRAFÍA, ESPACIO Y TEORÍA SOCIAL. En *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Universidad Nacional de Colombia.
- Dentice-Bacigalupe, A., Ramírez-Carrasco, F., & Muñoz-Correa, R. (2019). Barrio almagro, resiliencia y especulación: Fortuita de la pobreza ante la gentrificación. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 12(24). <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cvul2-24.bare>
- Diógenes, G. (2015). Artes e intervenções urbanas entre esferas materiais e digitais: tensões legal-ilegal. *Análise Social*, 50(217), 682–707. <http://www.jstor.org/stable/44071981>
- Echeverría R., M. C. (2007). *Habitar ciudad : estado del arte en Medellín, 1981-2005*. Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios del Hábitat Popular-CEHAP. <http://www.bdigital.unal.edu.co/2168/>
- Erices, L. V. (2019). Mixtura y cohesión social de barrio: Una aproximación socio-espacial a las nuevas políticas de vivienda de Latinoamérica. *Andamios*, 16(40), 275–298. <https://doi.org/10.29092/uacm.v16i40.707>
- Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Alfons el Magnúnim.
- Farris, M., & Salgado, M. (2019). Lo cotidiano como lugar en disputa en los territorios forestales chilenos. Entre dinámicas globales, dispositivos estatales y prácticas populares. *Revista*

- Austral de Ciencias Sociales*, 2019(37), 253–275.
<https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2019.n37-14>
- Fontes, B. A. S. M., & Andreu, F. (2015). La contribución de Simmel a la sociología reticular. *Estudios Sociológicos*, 33(99), 527–551. <http://www.jstor.org/stable/24570804>
- Fortuna, C. (2019). Urbanidades invisibles. *Tempo Social*, 31(1), 135–151. <https://doi.org/10.11606/0103-2070.ts.2019.151257>
- Foucault, M. (2018). *Seguridad, territorio, población : curso en el Collège de France (1977-1978)*. Fondo de Cultura Económica. http://cataleg.udl.cat/record=b1228496~S11*cat
- García-Hernández, J. S. (2018). La transformación de la cotidianidad urbana en los espacios de reproducción social: Movimientos vecinales en barrios desfavorecidos en Santa Cruz tenerife (España). *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 2018(79). <https://doi.org/10.21138/bage.2442>
- Geertz, C. (1997). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu editores.
- Godelier, M. (1990). *Lo ideal y lo material : pensamiento, economías, sociedades* (A. J. Desmont (ed.)). Taurus. https://www.academia.edu/24323512/Godelier_-_Lo_ideal_y_lo_Material_libro_completo_
- Goffman, E. (1981). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.
- Gómez, G. M., & Mahecha, O. D. (1998). Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 7(1–2), 120–134. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/rcg/article/view/70838>
- González, M. F. (2016). Viejos problemas y nuevos vecinos. Consecuencias de una gran reforma urbana en el barrio del Raval, Barcelona. *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, 11(2), 225–245. <https://doi.org/10.11156/aibr.110204>
- Gramsci, A. (2006). *Antología* (M. Sacristán (ed.); 1a ed.). Siglo veintiuno.
- Gúber, R. (2001). *La etnografía : método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma. https://www.academia.edu/296632/La_Etnografía
- Haesbaert, R. (2013). De espaço e território, estrutura e processo. *Economía, sociedad y territorio*, 13(43), 805–815. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-84212013000300011&lng=es&nrm=iso&tlng=pt
- Harris, M. (2011). *Antropología cultural*. Alianza Editorial. <https://diversidadlocal.files.wordpress.com/2012/09/harris-marvin-antropologia-cultural.pdf>
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Hernandez Cordero, A. (s/f). *De la dialectica a la trialectica del espacio: aproximaciones al*

- pensamiento de Milton Santos y Edward Soja*. Recuperado el 19 de abril de 2019, de <http://pdfhumanidades.com/sites/default/files/apuntes/HernandezCordero.pdf>
- Herrera-Pineda, I., & Ibáñez-Gijón, J. (2016). Intercambio y sociabilidad en las redes de ayuda mutua del barrio madrileño de La Ventilla. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 154, 21–44. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.154.21>
- Hoekstra, M. S., & Pinkster, F. M. (2019). ‘We want to be there for everyone’: imagined spaces of encounter and the politics of place in a super-diverse neighbourhood. *Social and Cultural Geography*, 20(2), 222–241. <https://doi.org/10.1080/14649365.2017.1356362>
- Hoyos Agudelo, M., & Nieto Nieto, P. (2001). *La piel de la memoria : Barrio Antioquia : pasado, presente y futuro*. Corporación Región.
- Jaramillo Correa, Mary; Spitaletta Hoyos, R. (2011). El conflicto social que una decisión administrativa no planificada puede generar en una comunidad: el caso del Barrio Antioquia de Medellín. *Reflexión Política*, 26(UNAB), 90–99. [file:///G:/Mi unidad/M_Sociología/Tesis/Txt/1578-Texto del artículo-4600-1-10-20120131.pdf](file:///G:/Mi%20unidad/M_Sociolog%C3%ADa/Tesis/Txt/1578-Texto%20del%20art%C3%ADculo-4600-1-10-20120131.pdf)
- Jessop, B., Brenner, N., & Jones, M. (2008). Theorizing sociospatial relations. *Environment and Planning D*, 26, 389–401. <https://doi.org/10.1068/d9107>
- Jokisch, R. (2000). ¿Cómo es posible la “vida cotidiana” desde el punto de vista de la teoría de la acción social? Apuntes sobre Alfred Schütz y la sociología de la vida cotidiana. *Estudios Sociológicos*, 18(54), 547–554. <http://www.jstor.org/stable/40420966>
- Jones, A., & Murphy, J. T. (2011). Theorizing practice in economic geography: Foundations, challenges, and possibilities. *Progress in Human Geography*, 35(3), 366–392. <https://doi.org/10.1177/0309132510375585>
- Kalmanovitz, S. (2019). *Nueva historia económica de Colombia*. Taurus.
- Lafaye, J. (1997). *Mesías, cruzadas, utopías: El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*. Fondo de Cultura Económica.
- Lefebvre, H. (1978). *De lo rural a lo urbano* (M. Gaviria (ed.); 62a ed.). Barcelona.
- Lefebvre, H. (2007). *Ritmo-análisis: Espacio, tiempo y vida cotidiana*. Continuum.
- Levis Strauss, C. (2011). *Antropología estructural: Mito, sociedad, humanidades*. Siglo veintiuno.
- Malinowski, B. (2001). *Los argonautas del Pacífico Occidental: : comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea melanesica*. Península.
- Massey, D. (2004). Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 57, 77–84. <https://www.raco.cat/index.php/TreballsSCGeografia/article/view/10482/331654>
- Mauss, M., & Lévi-Strauss, C. (1991). *Sociología y antropología*. Tecnos.
- Muzzopappa, E.; Villalta, C. (2011). Los documentos como campo: Reflexiones teórico-

metodológicas sobre un enfoque etnográfico de archivos y documentos estatales. *Revista Colombiana De Antropología*, 47(1), 13–42.

Naranjo, G. G. (1992). *Medellín en zonas : monografías*. Corporación Región.

Nieto López, J. R. (2009). Resistencia civil no armada en Medellín. la voz y la fuga de las comunidades urbanas. *Análisis Político*, 22(67), 38–59. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/45813>

Pérez, S. (2019). Geopolíticas del cotidiano en la frontera patagónica: Las dinámicas del habitar en torno a los campos de hielo patagónicos. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 2019(37), 187–207. <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2019.n37-11>

Piñeros Pinto, G. E. (2016). *Planeación urbana de Medellín (1960-1990): Una limpieza socio-espacial*. Universidad Nacional de Colombia.

Quiceno Toro, N., & Sanín Naranjo, P. (2009). Estigmas territoriales y distinciones sociales : configuraciones espaciales en la ciudad de Medellín. *instname: Universidad de Antioquia*, 7(14). http://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/5370?mode=full#.XI_bRpebMGk.mendel ey

Rama, A. (2009). *La ciudad letrada*. Finneo.

Ramírez Jiménez, E. A., & Gómez Alarcón, T. H. (2011). La construcción de la ciudad de Medellín desde las laderas informales : tensiones, relaciones y liminaridades en la ciudad contemporánea. *instname: Universidad de Antioquia*. http://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/4733#.XI_fIX0aLoo.mendeley

Ramírez Kuri, P. (2015). Espacio público, ¿espacio de todos? Reflexiones desde la ciudad de México. *Revista Mexicana de Sociología*, 77(1), 7–36. <http://www.jstor.org/stable/43497017>

Ramírez, P. S. P. (2011). Cuando Antioquia se volvió Medellín, 1905-1950. Los perfiles de la inmigración pueblerina hacia Medellín. *Anuario Colombiano De Historia Social Y De La Cultura*, 36, 217–253.

Restrepo, U. J., & Posada, . G. L. (1981). *Medellín, su origen, progreso y desarrollo*. Servigráficas.

Riaño Alcalá, P. (2000). *El tráfico de las memorias y los sentidos del lugar: las identidades culturales de los jóvenes de Medellín*. <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2000/RianoAlcala.PDF>

Riaño Alcalá, P. (2003). Encuentro artístico con el dolor, las memorias y las violencias: Antropología, arte público y conmemoración. En *Arte, memoria y violencia. Reflexiones sobre la ciudad* (Corporación, pp. 9–30). www.region.org.co

Riaño Alcalá, P. (2005). Encuentros artísticos con el dolor, las memorias y las violencias. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 21, 91–104. <http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=a9h&AN=22902021&lang=es&site=ehost-live>

- Riaño Alcalá, P. (2006). *Jóvenes memoria y violencia en Medellín: Antropología del recuerdo y el olvido* (U. de Antioquia (ed.)). Universidad de Antioquia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Rincón Patiño, A. (2009). El uso de la norma y la apropiación territorial en la disputa por la ciudad. En P. Brand (Ed.), *La ciudad latinoamericana en el siglo XXI globalización neoliberalismo planeación* (pp. 219–245). Universidad Nacional de Colombia.
- Roberti, E. (2017). Reflexiones sobre la paradoja de la desinstitucionalización en el análisis de las trayectorias de jóvenes vulnerables en Argentina. *Estudios Sociológicos*, 35(105), 489–516. www.jstor.org/stable/26252282
- Roig, G. M. (2015). La fotografía industrial y el archivo de empresa en la siderurgia del Puerto de Sagunto: representación, poder e identidad (1944-1976). *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 149, 65–85. <http://www.jstor.org/stable/24364464>
- Rosón, M. (2015). “No estoy sola”: Álbum fotográfico, memoria, género y subjetividad (1900–1980). *Journal of Spanish Cultural Studies*, 16(2), 143–177. <https://doi.org/10.1080/14636204.2015.1069078>
- Ruiz-Tagle, J. (2016). La persistencia de la segregación y la desigualdad en barrios socialmente diversos: Un estudio de caso en La Florida, Santiago. *Eure*, 42(125), 81–108. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612016000100004>
- Ruiz, R. N. Y. (2011). El desplazamiento forzado en Colombia: Una revisión histórica y demográfica. *Estudios Demográficos Y Urbanos*. *Estudios Demográficos Y Urbanos*, 26, 141–177.
- Salazar, A. (2018). *No nacimos pa semilla: la cultura de las bandas juveniles en Medellín*. Aguilar.
- Santos, M. (2000). *La Naturaleza del Espacio Técnica y Tiempo Razon y Emocion* (1a ed.). Ariel. https://www.academia.edu/8443706/Santos_Milton_2000_La_Naturaleza_del_Espacio_Tecnica_y_Tiempo_Razon_y_Emocion_Edit_Ariel_Espana
- Sassen, S. (2007). *Una sociología de la globalización* (M. V. Rodil (ed.)). Katz Conocimiento. https://www.researchgate.net/publication/251919848_Una_sociologia_de_la_globalizacion
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia : discursos ocultos*. Era.
- Shoshan, N. (2013). El lugar de los extremos: el paisaje urbano, los “otros” étnicos y los jóvenes de extrema derecha en Berlín oriental. *Estudios Sociológicos*, 31, 39–62. <http://www.jstor.org/stable/43202533>
- Sierra, S. C. (2014). Violencia y jóvenes: pandilla e identidad masculina en Ciudad Juárez. *Revista Mexicana de Sociología*, 76(4), 613–637. <http://www.jstor.org/stable/43497005>
- Simmel, G. (2014). El espacio y la sociedad. En *Estudio de las formas de socialización* (pp. 643–740). Fondo de Cultura Económica.
- Smith, N. (2012). *La Nueva frontera urbana : ciudad revanchista y gentrificación* (V. Hendel

- (ed.)). Traficantes de sueños.
- Stuart, F. (2016). Becoming “Copwise”: Policing, Culture, and the Collateral Consequences of Street-Level Criminalization. *Law & Society Review*, 50(2), 279–313. <http://www.jstor.org/stable/44122515>
- Tenorio, J. R. (2014). Tensiones sociales en la representación fotográfica del periodo 1870-1930. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas de Investigaciones Sociológicas*, 148, 135–155. <http://www.jstor.org/stable/24364377>
- Tobón Tamayo, A., & Arredondo Díaz, N. L. (2008). *Guayabal, el barrio de los tejares de Medellín: reconstrucción y recuperación de la memoria histórica cultural de la comuna 15 Guayabal*. Alcaldía de Medellín.
- Torres, F. V. (2016). Henri Lefebvre y el espacio social: Aportes para analizar procesos de institucionalización de movimientos sociales en América Latina - La Organización Barrial Tupac Amaru (Jujuy-Argentina). *Sociologías*, 18(43), 240–270. <https://doi.org/10.1590/15174522-018004311>
- Touris, C. F. (2015). Iglesia católica, dictaduras y memorias en conflicto en Brasil y Argentina. *Archives de sciences sociales des religions*, 60(170), 97–115. <http://www.jstor.org/stable/24740006>
- Troncoso, L. F. L., Barria, V. C. T., Irazábal, C., & Chioino, P. B. (2019). Políticas de fragmentación vs. prácticas de articulación: Limitaciones y retos del barrio como dispositivo de planificación neoliberal en Chile. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 81. <https://doi.org/10.21138/bage.2698>
- Troncoso, L. L. (2018). El barrio en cuestión: Fragmentación y despolitización de lo vecinal en la era neoliberal. *Scripta Nova*, 22. <https://doi.org/10.1344/sn2018.22.21518>
- Wacquant, Loïc. (2006). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador* (M. Hernández (ed.); 1a ed.). Siglo veintiuno. <https://planificacionalainvestigacion.files.wordpress.com/2012/03/24280981-wacquant-loic-entre-las-cuerdas-cuadernos-de-un-aprendiz-de-boxeador-2000.pdf>
- Wacquant, Loïc. (2017). Bourdieu viene a la ciudad: pertinencia, principios, aplicaciones. *EURE (Santiago)*, 43(129), 279–304. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612017000200013>
- Wacquant, Loïc, Andreu, L. F., & Solís, P. (2018). Cuatro principios transversales para poner a trabajar a Bourdieu. *Estudios Sociológicos*, 36(106), 3–24. <http://www.jstor.org/stable/26676103>
- Zabala, M. E. (2012). Hacer estudios etnográficos en archivos sobre hechos sociales del pasado. La reconstrucción de la trayectoria académica y religiosa de Monseñor Pablo Cabrera a través de los archivos de la ciudad de Córdoba. *Tabula Rasa*, 16, 265–282.

Anexos

Anexo 1. Archivos consultados

ARCHIVO HISTÓRICO DE MEDELLÍN (AHM)

Fondo Alcaldía, Sección Secretaría de Cultura, Caja 2, Legajo 10, Folio 430. Año 2005

Fondo Alcaldía, Sección Secretaría de Gobierno, Caja 763, Legajo 7, Folio 13-15. Año 1981

Fondo Alcaldía, Tomo 102, Folio 476. Año 1952

Fondo Alcaldía, Tomo 107, Folio 180-181. Año 1956

Fondo Alcaldía, Tomo 11, Folio 191-195. Año 1939

Fondo Alcaldía, Tomo 114, Folio 34. Año 1957

Fondo Alcaldía, Tomo 70, Folio 282-283. Año 1955

Fondo Alcaldía, Tomo 71, Folio 53-54. Año 1957

Fondo Alcaldía, Tomo 88, Folio 136-138. Año 1951

Fondo Alcaldía, Tomo 91, Folio 2-82. Año 1952

Fondo Alcaldía, Tomo 93, Folio 26. Año 1952

Fondo Alcaldía, Tomo 94, Folio 207, 261. Año 1952

Fondo Alcaldía, Tomo 563, Folio 27, 219-220. Año 1963

Fondo Alcaldía, Tomo 564, Folio 254. Año 1963

Fondo Alcaldía, Tomo 564, Folio 513-520. Año 1963

Fondo Alcaldía, Tomo 565, Folio 159-160, 169, 264. Año 1963

Fondo Alcaldía, Tomo 565, Folio 298, 316. Año 1964

Fondo Personería, Sección Departamento Civil, Caja 159, Legajo 4, Folio 3-9. Año 1949-1962

Fondo Personería, Tomo 65, Folio 139-162. Año 1946

Fondo Personería, Tomo 68, Folio 130-131. Año 1947

Fondo Personería, Tomo 69, Folio 60-90. Año 1948

Fondo Personería, Tomo 71, Folio 131-147. Año 1947-1948

Fondo Personería, Tomo 72, Folio 158-173. Año 1948

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 35, Folio 182. Año 1960

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 37, Folio 176. Año 1960

Fondo Radio Periódico El Clarín, Caja 5, Tomo 29, Folio 5. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Caja 5, Tomo 34, Folio 192. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Caja 5, Tomo 34, Folio 226. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 38, Folio 288, 453. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 46, Folio 111, 309. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 46, Folio 196. Año 1959
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 52, Folio 209. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 55, Folio 380. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 57, Folio 198. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 58, Folio 211. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 59, Folio 255. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 61, Folio 44. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 62, Folio 360. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 64, Folio 112. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 65, Folio 183. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 65, Folio 345. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 65, Folio 377. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 66, Folio 62. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 67, Folio 228. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 69, Folio 115, 140, 35, 384, 422. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 70, Folio 287. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 71, Folio 229. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 72, Folio 6. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 74, Folio 277. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 76, Folio 13, 293, 306. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 80, Folio 118, 299, 49. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 82, Folio 358. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 84, Folio 167. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 86, Folio 180. Año 1961
Fondo Radio Periódico El Clarín, Caja 5, Tomo 28, Folio 430. Año 1960
Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 100, Folio 171. Año 1962

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 15, Folio 351. Año 1959

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 15, Folio 368. Año 1959

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 18, Folio 421, 430. Año 1959

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 18, Folio 447. Año 1959

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 342, Folio 107. Año 1968

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 47, Folio 180. Año 1960

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 49, Folio 329. Año 1960

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 522, Folio 447. Año 1973

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 526, Folio 499. Año 1973

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 7, Folio 258. Año 1959

Fondo Radio Periódico El Clarín, Tomo 91, Folio 29. Año 1961

Planeación, Folio 1-Planeación-Plano-505272 (1956)

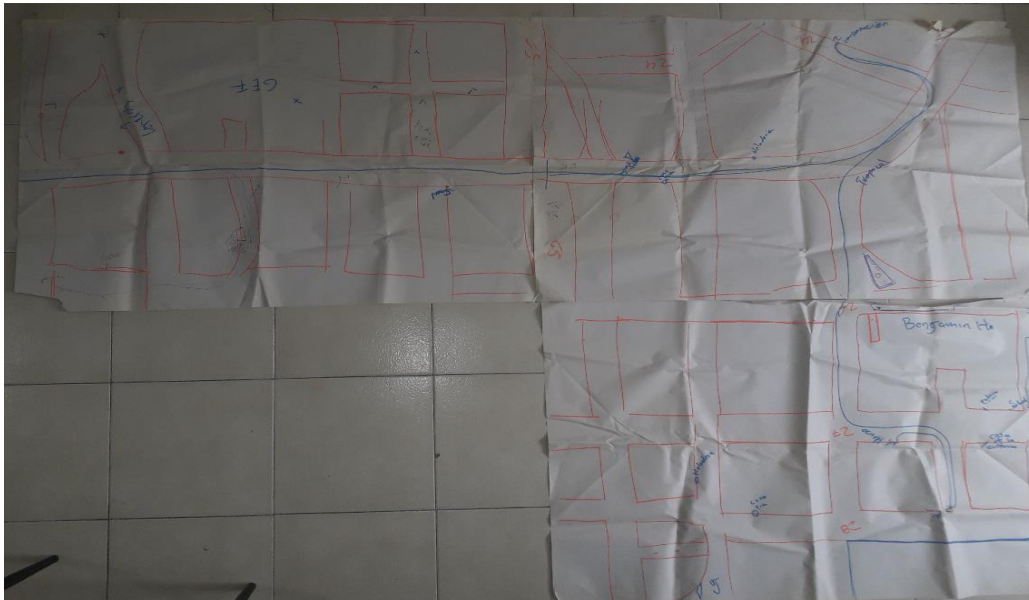
Planeación, Deposito 3, Planoteca 6, Bandeja 27, Folio 3. (1958).

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

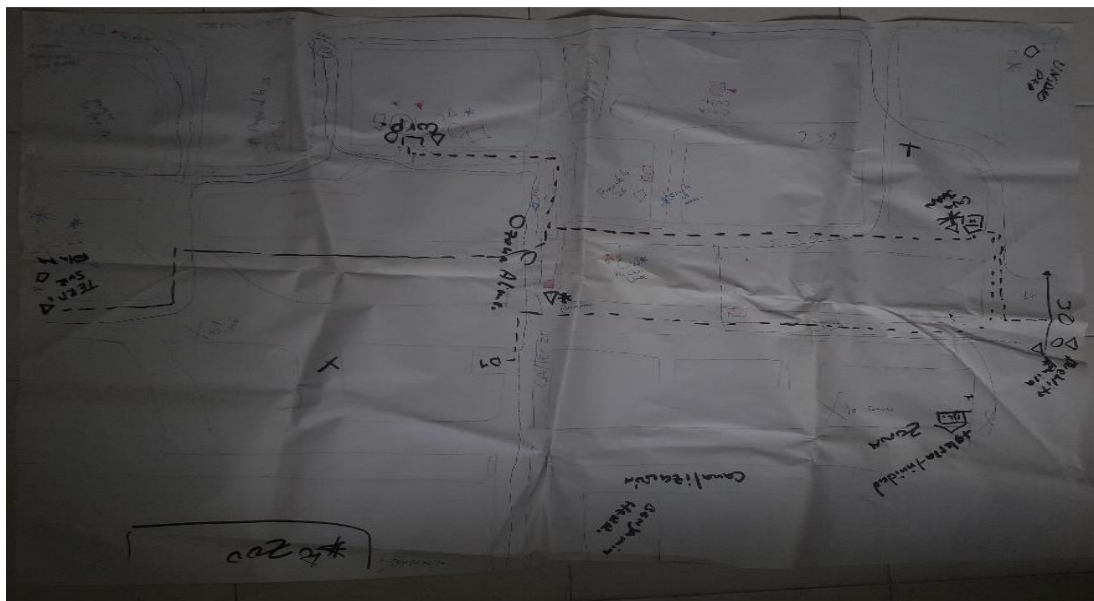
Sección Patrimonial, Antioquia, Acción Comunal Barrio Trinidad. Año 1989

Anexo 2. Instrumentos de recolección de información

Cartografía social aplicada



Cartografía realizada por Caliche, Sara, Santiago y Luis en Corporación Fusión Cultural.



Cartografía realizada por Juan, Lina y Claudia en Corporación Fusión Cultural.

Ficha de archivo histórico

FICHA DE REGISTRO ARCHIVO		
Información General		
Archivo:	Fondo:	Sección:
Legajo:	Tomo:	Depósito:
Vagón:	Bandeja:	Celda:
Rollo:	Folio:	Plancha:
Nº Doc:	Otro:	Fecha Doc:
Asunto:		
Quién lo produce:		
Estado de conservación:		
Estado del archivos:		
Palabras clave:		
Archivo		
Contenido del Archivo:	Análisis del contenido:	
Observaciones:		
Anexos:		
Descripción Anexo:		
Elaboró:		Fecha:

Ficha de archivo fotográfico

Título:	Ficha:
Ref.:	Año:
Imagen:	
Palabras clave:	
Contexto:	
Análisis contenido:	
Observaciones:	
Elaboró:	Fecha:

Bases de datos para sistematización

Nº	Referencia	Resumen	Palabras clave	Elemento Metodológico	Elementos Teóricos	Contexto	Limitaciones de Texto	Categorías	SubCategoría	Citas	Comentario a la Cita
1	Rivlin, A. P. (2003). Encuentros artísticos con el dolor, las memorias y las violencias. ARTS, memoria y violencia. Reflexiones sobre la ciudad. Corporación Región. Medellín, Colombia	Se voz se usa a muchos otros que interrogan el olvido y el sustituirlo de pérdida como expresiones de los hurtos que las violencias extremas y múltiples han ocasionado en el tejido social colombiano. Este artículo se ubica en esta preocupación sobre el papel del recuerdo y el olvido en sociedades atravesadas por la violencia y el terror. Presenta una reflexión antropológica sobre el impacto de la violencia en la experiencia humana y en los modos de transmisión de los dolores a partir de la interrelación etnográfica.	Memoria, Violencia	Enografía	La autora recurre a la construcción de memorias como generadores de sentido del espacio social, pero, se hace expresiones o comentarios teóricos en específico, quizás al psicoanálisis	Barrio Antioquía	La autora expresa cierta inconformidad sobre la necesidad de realizar una cartografía social en Barrio Antioquía, lo cual logra dimensionar la extensión y las complejidades de la memoria, como catalizador del hecho violento de el lugar.	Memoria		"El recordar no es pasivo, ni un hecho puramente psicológico o natural, sino un acto de reconstrucción del pasado en el presente, un proceso social y cultural donde el recuerdo y el olvido, en tanto prácticas opuestas pero complementarias, constituyen los dos operadores que le reanuda continuamente." (Rivlin, A. P. 2003: 14)	Los dinámicos barrios y los procesos cotidianos de identidad y de creación de tejido social, impiden la creación de una memoria, conjugando prácticas de recuerdo y olvido como estructurantes del espacio barrial.
1	Rivlin, A. P. (2003). Encuentros artísticos con el dolor, las memorias y las violencias. ARTS, memoria y violencia. Reflexiones sobre la ciudad. Corporación Región. Medellín, Colombia	Se voz se usa a muchos otros que interrogan el olvido y el sustituirlo de pérdida como expresiones de los hurtos que las violencias extremas y múltiples han ocasionado en el tejido social colombiano. Este artículo se ubica en esta preocupación sobre el papel del recuerdo y el olvido en sociedades atravesadas por la violencia y el terror. Presenta una reflexión antropológica sobre el impacto de la violencia en la experiencia humana y en los modos de transmisión de los dolores a partir de la interrelación etnográfica.	Memoria, Violencia	Enografía	La autora recurre a la construcción de memorias como generadores de sentido del espacio social, pero, se hace expresiones o comentarios teóricos en específico, quizás al psicoanálisis	Barrio Antioquía	La autora expresa cierta inconformidad sobre la necesidad de realizar una cartografía social en Barrio Antioquía, lo cual logra dimensionar la extensión y las complejidades de la memoria, como catalizador del hecho violento de el lugar.	Memoria		"Uno de los narrativas culturales poderosas que se manifiestan en Medellín es la narrativa que organiza la vida diaria alrededor de los eventos de la muerte y los muertos. Estas historias de muerte constituyen una de las narrativas que organiza la historia social local y los momentos informales de recordación que le da dinamismo como comunidad de comunidad de memoria. Los narrativos sobre la muerte y los muertos muestran modos en que los	Con la integración de narrativas orales de la muerte, se da paso a una reconstrucción de la memoria y una integración de la materialidad del hecho violento, como integrante de la cotidianidad y de las prácticas sociales que emergen de la cotidianidad de los habitantes del Barrio.
1	Rivlin, A. P. (2003). Encuentros artísticos con el dolor, las memorias y las violencias. ARTS, memoria y violencia. Reflexiones sobre la ciudad. Corporación Región. Medellín, Colombia	Se voz se usa a muchos otros que interrogan el olvido y el sustituirlo de pérdida como expresiones de los hurtos que las violencias extremas y múltiples han ocasionado en el tejido social colombiano. Este artículo se ubica en esta preocupación sobre el papel del recuerdo y el olvido en sociedades atravesadas por la violencia y el terror. Presenta una reflexión antropológica sobre el impacto de la violencia en la experiencia humana y en los modos de transmisión de los dolores a partir de la interrelación etnográfica.			La autora recurre a la construcción de memorias como generadores de		La autora expresa cierta inconformidad sobre la necesidad de realizar una cartografía social en Barrio Antioquía, lo cual			"Para José y otros jóvenes del Barrio Antioquía, los lugares que ellos conocen y habitan están marcados con los signos y la presencia de la muerte. La muerte es una entidad que se corporiza y	